

Camilla
GREBE..
Asa **TRÄFF**

TE MALTRATO



Lectulandia

En una lluviosa tarde de otoño, Tilde, una niña de cinco años, presencia, escondida bajo la mesa de la cocina, el asesinato de su madre. En otra parte de Estocolmo, la psicóloga Siri y su colega Aina conocen a unas nuevas pacientes al prestarse voluntarias como coordinadoras de una asociación de mujeres víctimas del maltrato doméstico. Durante muchas tardes comparten con ellas sus historias de amores imposibles, violencia y degradación. Mientras tanto, Siri se pregunta: ¿será capaz de confiar en el mismo amor que ha traicionado a tantas mujeres? Poco a poco, el destino de Tilde se cruza con el de Siri y el de las otras mujeres, y, de pronto, la búsqueda del consuelo interior se convierte en la caza de un asesino.

Esta novela fue finalista del premio de la Academia Sueca a la Mejor Novela de 2010.

Lectulandia

Camilla Grebe & Åsa Träff

Te maltrato

Siri Bergman - 2

ePub r1.0

Titivillus 31-05-2019

Título original: *Bittrare än döden*
Camilla Grebe & Åsa Träff, 2010
Traducción: Ana Sofía Pascual Pape

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Max, Gustav, Calle y Josephine.

Y he hallado más amarga que la muerte
a la mujer cuyo corazón es lazos y redes,
y sus manos ligaduras.
El que agrada a Dios escapará de ella;
mas el pecador quedará en ella preso.

Eclesiastés 7:26

Gustavsbergsuburbio de Estocolmo,

tarde del 22 de octubre

Todo se ve distinto desde abajo.

Las macizas patas de la gran mesa del comedor, el tablero de la mesa de roble de nítidas vetas con el dibujo de cera debajo, el que mamá todavía no ha descubierto. El mantel que cae a su alrededor en pesados pliegues de color crema.

Mamá también parece diferente desde abajo.

Tilde asoma la cabeza cautelosamente desde su cabaña, la ve, en la cocina, remover con una mano los espaguetis, que sobresalen de la gran olla gris y parecen palillos de Mikado, y sostener el cigarrillo con la otra.

Se oyen unos chasquidos cuando los espaguetis se rompen bajo la presión del tenedor.

A mamá los gastados tejanos le cuelgan tan bajos que dejan ver el tatuaje que asoma por debajo de las braguitas rosadas.

Desde el suelo, el trasero de mamá parece enorme, y por un instante ella duda si decírselo o no. Mamá siempre se pregunta si su trasero parece grande o pequeño, y a menudo obliga a Henrik a responder a la pregunta, a pesar de que él no quiere. Él prefiere mirar los caballos dar vueltas y más vueltas en la tele mientras se bebe una cerveza.

Es lo que llaman una afición.

Mamá apaga el cigarrillo en la taza de café, recoge con sus largas uñas unos pocos espaguetis que se han salido de la olla y se los mete en la boca como si fueran chucherías.

Crujen cuando los mastica.

Mientras, Tilde coge una cera azul y empieza a colorear meticulosamente lo que será el cielo. En el dibujo ya hay una casa, y también un coche rojo delante de la casa; el que comprarán cuando mamá vuelva a tener un trabajo. A través de la ventana de la cocina se filtra la débil luz de una mañana de otoño y tiñe la estancia con una gama de colores oscuros, deprimentes. Sin embargo, en su cabaña, la oscuridad es extrañamente acogedora. Apenas

penetra una débil luz, suficiente para que pueda ver el papel que ha dejado en el suelo y para intuir los colores de las ceras.

De la radio fluye un chorro constante de música, interrumpido por bloques de anuncios.

Mientras pasan los anuncios, ellos hablan, hasta allí lo ha entendido todo. Los anuncios son cuando Henrik orina toda la cerveza que ha bebido. Los anuncios también son cuando mamá sale al balcón para fumar, pero cuando Henrik no está en casa, fuma por todos lados. Aunque no haya anuncios.

El golpeteo es suave y delicado, apenas puede considerarse un golpeteo, más bien parece que alguien, distraído, haya tamborileado ligeramente contra la madera al pasar por delante de la puerta del piso.

Tilde se da cuenta de que mamá ha vuelto a encender un cigarrillo. Está inclinada sobre el fregadero, parece titubear.

Entonces el leve golpeteo se convierte en un martilleo.

¡Pam, pam, pam!

Y ya no cabe duda de que hay alguien al otro lado de la puerta, alguien que quiere entrar. Alguien que tiene prisa.

—¡Voy! —grita mamá, y se acerca lentamente a la puerta con el cigarrillo entre los dedos. Como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. Y Tilde sabe que es así, porque Henrik ha de aprender a tener paciencia. Las cosas no siempre pueden pasar de golpe, no siempre pueden ser como él quiere que sean. Eso es lo que mamá le ha dicho muchas veces.

Saca una cera amarilla, un color perfecto para pintar el sol, y con movimientos circulares y envolventes empieza a dibujar un redondel. El papel se arruga un poco y, al sostenerlo con la otra mano, se rompe ligeramente por la esquina superior derecha. Una grieta en el mundo perfecto que Tilde está empeñada en crear con tanto ahínco.

Duda un momento: ¿empezar de nuevo o seguir adelante?

¡Pam, pam, pam!

Henrik parece más furioso que de costumbre. Entonces se oye el tintineo de la cadena de seguridad al retirarla y mamá abre la puerta.

Tilde rebusca entre las ceras que parecen ramitas pardas en medio de la oscuridad de debajo de la mesa de comedor. Como si estuviera en el bosque, debajo de un abeto, jugando con ramitas de verdad. Ha estado muy pocas veces en el bosque y se pregunta cómo será aquello. Solo conoce el parque infantil del centro, y allí no hay abetos, solo arbustos espinosos con diminutas bayas anaranjadas que según los otros niños son venenosas.

Entonces encuentra la cera gris. Quiere que sea una nube enorme y oscura. Una con el vientre lleno de lluvia y granizo que asuste a los adultos.

Desde el vestíbulo le llegan voces airadas y otra clase de golpes. Golpes sordos, como si algo cayese al suelo una y otra vez. Y Tilde piensa que le gustaría que alguna vez dejaran de pelearse. O que mamá pudiera tirar esas latas de cerveza doradas, las que hacen que Henrik esté malhumorado, crispado y cansado.

Se agacha un poco para mirar por debajo del mantel. Ahora están gritando, y hay algo que no anda bien. La voz es desconocida. Henrik no suena como de costumbre.

El vestíbulo está a oscuras.

Se vislumbran cuerpos en movimiento allá fuera, pero no consigue interpretar lo que está pasando.

De pronto, un alarido.

Alguien, ahora ve que es mamá, cae de bruces al suelo. Aterrizando de cara y Tilde ve extenderse una mancha roja allí donde descansa su cabeza. Mamá coge con fuerza la alfombrilla de la cocina, como si quisiera sujetarse a ella, y hace un intento por arrastrarse hasta el salón. Algo pequeño, reluciente y dorado entra rodando desde el vestíbulo, donde alguien, un hombre, maldice. Su voz es grave y parece furioso. Luego se oyen pasos que se dirigen a la cocina. Una figura se inclina y recoge del suelo el pequeño objeto dorado.

Tilde no se atreve a asomarse para ver quién es, aunque distingue unas botas negras y unas perneras oscuras que se han detenido cerca de la cabeza de mamá, que vacilan un segundo y que luego, de pronto, empiezan a patearla, una y otra vez, en la cara. Hasta que todo su rostro parece desprenderse como si fuera la máscara de una muñeca, y una masa roja y rosada mana de ella formando un charco sobre la alfombrilla. Las botas negras también están manchadas de aquella especie de papilla, que gotea lentamente en el suelo igual que helado derretido.

De pronto se hace el silencio, excepto por la música que sigue saliendo de la radio, y Tilde se pregunta cómo es posible que la música siga sonando sin parar, como si no hubiera pasado nada, a pesar de que mamá yace en el suelo de la cocina como un montón de ropa sucia, en medio de un charco de sangre que no para de crecer.

La respiración de mamá es pesada y estertórea. Como si acabara de tragar mucha agua.

Entonces ve que mamá es arrastrada hasta el vestíbulo, centímetro a centímetro, aferrada todavía con las manos a la alfombrilla de la cocina.

Lo único que ha quedado en el suelo de linóleo de color crema es el charco de sangre y la masa rosada.

Tilde vacila por un instante, y finalmente se decide por seguir rellenando el nubarrón gris.

Estocolmo, *dos meses antes*

Despacho de Vijay. Un enorme escritorio cuya superficie está completamente cubierta de papeles. Me pregunto si alguna vez logra encontrar lo que busca entre todos esos papeles, carpetas y revistas especializadas.

Encima de un montón de lo que parecen ser artículos está su ordenador portátil. Un Mac extradelgado. Vijay siempre ha sido un chico Mac. Al lado, una taza de café y una piel de plátano. Hay una lata de rapé medio oculta debajo de una circular del jefe de departamento.

—¿Has empezado a darle al rapé?

Aina mira escéptica a Vijay y hace una mueca de disgusto.

—¿Qué quieres que haga? Olle se opone a los cigarrillos, pero el rapé aún puede soportarlo.

Vijay sonríe y Aina sacude la cabeza compasiva.

—¡Qué pena! Y yo que creía que nos llevaríamos el café afuera y que compartiríamos un pitillo en medio del viento cortante, mientras rememorábamos viejos tiempos y toda la pesca.

Los tres reímos y recordamos por un momento las veces que salíamos a la calle, lloviera, nevara o brillase el sol, fuera verano o invierno. Compartíamos café y cigarro. Entonces, cuando tal vez la vida era menos complicada. O sencillamente nos parece así, porque la distancia entre entonces y ahora ha aumentado. Lo que fuimos entonces está muy lejos, lo dejamos atrás, en el pasado.

Aina, Vijay y yo somos viejos compañeros que en su día estudiamos psicología en la Universidad de Estocolmo. Cuando obtuvimos la licenciatura, Aina y yo elegimos trabajar en psicología clínica, mientras que Vijay optó por una carrera académica y se doctoró. Ahora, diez años más tarde, Vijay es catedrático en psicología forense en la misma facultad en la que antaño estudió.

Lo contemplo. El cabello negro, ahora con algunas canas en las sienes. El espeso y enmarañado mostacho, la arrugada camisa a rayas azules y blancas.

No parece un catedrático, pero tal vez sea precisamente eso lo que caracteriza a los catedráticos en general: la ausencia de denominadores estilísticos comunes. Aunque, en realidad, tampoco es que conozca a tantos. Pero aun cuando Vijay no parezca un catedrático, es evidente que ha envejecido, exactamente igual que Aina y que yo. Nos hemos hecho mayores, tal vez más sabios, o tal vez simplemente estemos más cansados y ligeramente sorprendidos porque la vida no ha resultado ser como entonces esperábamos que fuera.

—No es difícil persuadirme, a lo mejor podría compartir un pitillo contigo más tarde. Olle está en una conferencia en Reikiavik, o sea, que no se enterará de nada.

Vijay coge la lata de rapé y se pone a jugar con ella, distraído.

—Pero —prosigue— no es por eso por lo que os he pedido que vinierais a verme. Me refiero a que no tenía intención de discutir mis costumbres nicotínicas con vosotras.

Aina y yo asentimos con la cabeza. Sabemos que Vijay nos ha convocado para comentar un trabajo y nosotras le estamos muy agradecidas. También las psicoterapeutas nos resentimos de las bajas coyunturales y recibimos los encargos de nuestros clientes estatales con los brazos abiertos.

—Como ya os comenté, se trata de un proyecto de investigación en el que estudiaremos el efecto de los grupos de autoayuda en las mujeres que han sufrido malos tratos. Nuestro grupo —objetivo serán las mujeres que se encuentran en riesgo de desarrollar un trastorno por estrés postraumático, pero que por alguna razón no quieren recibir un tratamiento convencional. El proyecto es una colaboración entre el municipio de Värmdö y la Universidad de Estocolmo.

Vijay se ha metido en su papel de profesional. Le brillan los ojos y sus mejillas se han teñido ligeramente de rojo. Tiene una relación apasionada con su trabajo. No lo considera un simple empleo, una forma de sustento, sino más bien una manera de vivir y, tal vez, como algo que le da sentido a su vida. Además, no puede negar que alimenta su vanidad. Le encanta la autoridad que le otorga la cátedra. Poder ser el experto, el que lo sabe todo.

Vijay aparece a menudo en los medios de comunicación hablando de algún crimen y de sus posibles causas. Sería muy fácil psicologizarlo todo, creer que su satisfacción obedece a la necesidad de desquitarse. El inmigrante agraviado, marginado, tanto por su origen étnico como por su tendencia sexual. Sin embargo, la verdad está muy lejos de ser esta. Los padres de Vijay son profesionales acomodados con estudios universitarios que llegaron a

Suecia con becas de investigación y que luego decidieron quedarse en el país. Su familia no se mete con su homosexualidad. Hay otros tres hermanos que proveen a los padres de los tan deseados nietos. Consideran a Vijay un excéntrico, aunque no por ello menos hijo.

—¿Dónde entramos nosotras, si estamos hablando de un tratamiento de autoayuda? —lo interrumpe Aina, algo que a él, en realidad, no le gusta nada.

—Ahora voy a ello, ten un poco de paciencia.

Vijay se queda en silencio, abre la lata de rapé, se mete un pellizco debajo del labio y retoma el hilo de su exposición.

—La idea es que llevéis el estudio piloto. Que testéis el manual, que verifiquéis las partes psicoeducativas y valoréis si habría que añadir o quitar algo.

—La verdad es que a mí la psicoeducación y la autoayuda no me suenan mucho a terapia cognitiva de la conducta —dice Aina, y mira dubitativa a Vijay, que no puede evitar sonreír.

—Es que tampoco se trata estrictamente de terapia cognitiva. Pero eso no significa que no funcione. Como bien sabéis, la demanda de psicoterapeutas formados en terapias cognitivas es mucho mayor que la oferta. Esta es una manera de que participen más profesionales en diversas intervenciones cuya efectividad en trastornos o traumas por estrés postraumático está probada. Dicho de otra manera, pretendemos extender los métodos a un coste más bajo. Además, los grupos de autoayuda tienen su razón de ser, sobre todo para las personas que han sido víctimas. Transmiten una sensación de... tal vez de recuperar el control. De plenipotencia. Bueno, ya sabéis a qué me refiero.

—¿Plenipotencia?

Aina parece seguir dudando y me mira en busca de una señal, de una pista para saber qué pienso yo de todo esto.

—¿Cómo estará estructurado el proyecto?

Tengo curiosidad y pregunto en qué consiste el tratamiento.

—Ocho sesiones de dos horas cada una. Cada sesión se abrirá con una parte educativa, reacciones traumáticas, la violencia ejercida por los hombres sobre las mujeres, información general acerca de los síntomas de los trastornos por estrés postraumático, temas de este tipo. Luego viene una parte más libre, podríamos decir, donde las asistentes expondrán sus experiencias personales y escucharán las de las demás. El papel del coordinador del grupo será conducir la charla. Ocuparse de que todas las asistentes participen y procurar que no haya nadie que resulte más dominante de la cuenta. Luego presentarán un trabajo que habrán hecho anteriormente en casa, que podría ser

una reflexión sobre los cambios experimentados en la vida de cada una de las participantes después del trauma, o el establecimiento de nuevos objetivos y pautas para el futuro. Lo que se ha perdido, y lo que cada una cree que podrá reconstruir, tal vez reconquistar. Y luego, cómo se consigue. Recibiréis un manual detallado, pero sois libres de moveros más allá de sus pautas. Posteriormente, evaluaréis juntas las sesiones y comentaréis su contenido. Tendréis que documentarlo todo. Es importante que tengáis en cuenta en todo momento que se trata de un grupo de autoayuda y, por lo tanto, el nivel tiene que ajustarse a ello, tiene que tener sustancia y poder contribuir a los cambios, aunque no debe ser demasiado complejo. No es psicoterapia ni las coordinadoras que hemos elegido son psicoterapeutas, sino mujeres que también han estado expuestas a la violencia de género...

Vijay interrumpe su discurso, de pronto molesto por algo. Sé lo que está pensando y lo que a continuación dirá.

—Bueno, Siri... No te pido que hagas esto en tu condición de víctima de una agresión, sino porque eres una psicóloga y psicoterapeuta tremendamente competente, así de sencillo. Tú y Aina sois muy buenas. Condenadamente buenas, de hecho.

—Pero ¿no crees que, quizás, el que sea una víctima de una agresión violenta, además de psicóloga y terapeuta, puede resultar perjudicial?

Miro a Vijay, me doy cuenta de que está considerando otras alternativas. Lo conozco tan bien que soy capaz de intuir por dónde transcurren sus pensamientos. ¿Decirlo tal como es, o mejor disimular? ¿Hacer ver que no ha pasado nada y que sigo siendo la misma de antes, o reconocer que lo que ocurrió, que el hecho de que otra persona intentara matarme, realmente me ha cambiado?

—¿Te incomoda? —pregunta Vijay.

Parece dolido y a la vez ansioso. Pienso en su pregunta. Si me incomoda que Vijay crea que yo, con mis experiencias personales, estoy más preparada que nadie para hacer este trabajo. Y me doy cuenta de que no es así. Mis vivencias siguen allí, están en mí, pero ya han dejado de dolerme como una herida abierta. De hecho, creo que tengo el control sobre mis reacciones y confío en mi capacidad para enfrentarme con lo que pasó.

—No, no me incomoda.

De pronto, la atmósfera en la habitación abarrotada cambia, y es imposible ignorarlo. Una oleada de alivio, de sosiego, parece invadir a Vijay y a Aina, y me doy cuenta de que, seguramente, los dos han reflexionado de antemano, pero que Aina no ha querido influir en mí, sino concederme, en su

lugar, la posibilidad de rechazar la oferta de Vijay sin riesgo de quedar mal. Vijay se inclina y me acaricia la mejilla en un inesperado gesto de cariño.

—Siri, amiga mía, me alegra tanto que estés aquí...

Me sorprende su repentino sentimentalismo, pero al tiempo me reconforta su sinceridad. No puedo dudar de que realmente piense lo que dice. Aina atrapa mi mirada y enarca imperceptiblemente las cejas. Desvío la vista porque sé que empezaré a reírme si seguimos mirándonos, y no quiero herir a Vijay. En su lugar, me vuelvo hacia él y ladeo la cabeza.

—Ya está todo dicho. Y ahora, ¿podríamos hablar de dinero?

La lluvia, que parece no tener fin.

Que se niega a dejar pasar el sol o el frío. Cae silenciosa sobre los campos empantanados que rodean mi casita. Disuelve lentamente los contornos de lo que antaño fue mi césped y que ahora está anegado por el agua. Unos aislados mechones amarillentos y desgastados de hierba sobresalen aquí y allí. El sendero que une mi casa con el cobertizo que alberga el baño y el trastero está cubierto de grandes hoyos donde el lodo negro ha succionado mis botas de agua.

Dentro, en mi salón, hace calor y está todo seco, y cada vez que entreabro la puerta principal me sobreviene esa fuerte y genuina sensación de alegría por haber vuelto al hogar que, a fin de cuentas, es mío, que con su bonita pero fiable construcción de madera me mantiene, a mí y, de vez en cuando, también a Markus y a mis amigos, en calor durante estas tormentosas noches de otoño.

Markus no vive conmigo. No quiero una pareja de hecho, todavía no estoy preparada. Tal vez aprecie tener mi propio espacio demasiado, tal vez no crea que seamos capaces de sobrellevar los compromisos que supondría una verdadera vida en común.

¿A quién intento engañar?

La verdad, la que tanto me duele y que solo logro sacar a relucir muy de vez en cuando para escudriñarla, es que soy incapaz de amarle realmente. Exigirme que lo ame es como pedirle a un manco que se ate los cordones de los zapatos: da igual lo mucho que lo desee. No puedo.

Me temo que no hay sitio en mi alma para él.

Todavía.

Stefan.

Siempre presente. A mi lado, de noche y de día. Cuando trabajo, cuando duermo. Cuando hago el amor con Markus.

¿Infidelidad?

La mayoría de la gente diría que es enfermizo y absurdo. Al fin y al cabo, no se puede ser infiel a alguien que ha muerto. Y solo Dios sabe que Stefan, más que nadie, habría querido verme feliz. Lo habría celebrado con mucho gusto.

No.

En este caso, se trata de mi propia incapacidad para comprometerme.

Es así.

Lo único que delata la presencia de Markus los días en que estoy sola son unos cepillos de dientes de recambio en el baño, un cajón con calzoncillos y camisetas de la talla XL en mi cómoda y un ordenador portátil que, según él, necesita para trabajar. Aunque, para decir verdad, nunca lo he visto hacer otra cosa con él que no sea jugar a juegos de ordenador o navegar por la red.

A pesar de que llevamos saliendo casi un año, todavía no he conseguido superar el que seamos tan distintos. Si alguien me hubiera preguntado entonces, hace mucho tiempo, qué era lo que buscaba en un hombre, el hombre ideal, habría podido hablar de ello largo y tendido. Tendría que ser un intelectual, leer libros, interesarse por cuestiones sociales.

Ahora, me doy cuenta de que he conseguido encontrar un hombre que está más lejos de mis ideas románticas que cualquiera que pudiese imaginar: policía y deportista, no comparte, ni mucho menos, mis intereses y aficiones. No lee libros, lo que más le gusta es sentarse ante el ordenador cuando no entrena. Sospecho que vota a la derecha, a pesar de que es de Norrland, pero la verdad es que no lo sé. Nunca hablamos de estos temas. En realidad, no hablamos mucho. Simplemente estamos. Compartimos esta casita y estas rocas a orillas del mar. Compartimos la vida que transcurre plácidamente en este otoño demasiado largo y oscuro. Compartimos nuestros cuerpos con una intensidad que, de vez en cuando, da miedo, y que contrasta enormemente con los quehaceres y las charlas cotidianas, tan comedidas y vulgares.

De vez en cuando pienso que tal vez cumple la misma función en mi vida que un animal doméstico: resulta agradable tener a alguien a tu lado. ¿Suena eso terrible? Sin embargo, lo contrario también es espantoso, exigirle a la vida que un hombre, cualquier hombre, tenga que estar a la altura de una imagen idealizada y romantizada y que comparta todos mis intereses y aficiones. Brillar por su intelecto. Desearme a cada segundo. Eso sería terrible.

Mantener esa clase de exigencias frente a la vida sería muestra de arrogancia. Frente a otra persona...

Además, es demasiado joven para mí. Diez años demasiado joven, para ser exactos. Pero hace tiempo que decidí no dar importancia a este hecho. Me convengo a mí misma de que la edad es relativa. Y, para ser sincera, también disfruto con ello, con la idea de que él, que es tan joven, realmente se sienta a gusto a mi lado.

Es temprano por la mañana y las sombras siguen cubriendo la bahía. Markus y yo estamos muy apretados en el minúsculo baño del cobertizo. Él está inclinado sobre el lavabo y se lleva la maquinilla de afeitar a la cara. Me observa en el espejo. Yo, mientras tanto, acabo de ducharme y unto de aceite mi cuerpo desnudo de un modo lento, ligeramente estudiado. Lo miro a hurtadillas.

—¿Por qué tienes todas estas fotos de Bowie? ¿No te parece que es de inmaduros pegar fotos de ídolos en la pared? —dice Markus, y señala el *collage* que cubre una de las paredes del cuarto de baño.

Suelto una risita y me pongo las braguitas.

—Estoy enamorada de él, siempre lo he estado.

—¿No te parece que es un poco viejo para ti? —dice Markus, y sonrío socarronamente, al tiempo que se coloca unos pequeños pedazos de papel sobre algo que debe de ser o bien una espinilla o bien un corte que se ha hecho afeitándose. Veo cómo la sangre penetra el fino papel y se convierte en una pequeña rosa en su mejilla.

—No, no me refiero a Bowie como es ahora. Estoy enamorada de la versión de los años setenta, ya sabes, del chico andrógino, nervudo y punki. Del que escribía letras de canciones chaladas y le prestaba su mujer a Mick Jagger. ¿O era al revés? No, ahora lo recuerdo, él y Mick se enrollaban. Así fue. ¿O cómo?

—Estás enferma, ¿lo sabes?

—Nunca he dicho lo contrario.

Estamos a punto de celebrar una reunión de trabajo en la consulta.

Elin hojea insegura el montón de papeles que hay sobre la mesa elíptica de abedul. Se rasca un poco el pelo negro y enmarañado.

—¿Dónde están? Pero si hace poco estaban aquí mismo. No entiendo nada, esto es de locos.

De pronto parece confusa. Y mucho más joven que los veinticinco años que tiene. Porque a pesar de la capa gruesa de maquillaje y los *piercings* en la nariz y en el labio tiene un aspecto extrañamente joven y delicado.

Fresco.

Tal vez incluso inocente.

Como si intentara precisamente demostrar lo contrario vistiendo una ropa que lleva a pensar en todo menos en la inocencia: cortos vestidos negros de punto, medias de rejilla, rebecas viejas y ajadas, botas bastas, cadenas y remaches. A veces parece cansarse de toda esa ropa negra y se presenta vestida con unos *leggings* y una sudadera con capucha a rayas rosas y rojas. Algún paciente ha llegado a quejarse, pero la mayoría no le da importancia a la manera de vestir de Elin.

Sven carraspea. Su paciencia para con Elin es, como de costumbre, muy limitada. Su mera presencia parece ponerlo nervioso. Y, en cierto modo, es así, porque Elin tiene la difícil y sobrehumana tarea de llenar el vacío que dejó Marianne, nuestra anterior recepcionista, enormemente competente y a la que tanto echamos de menos.

Elin solo trabajará a jornada reducida con nosotros mientras esté de baja laboral por depresión. Nos la ha facilitado la oficina de empleo. Ninguno de nosotros, ni siquiera la propia Elin, sabe el tiempo que se quedará aquí. Un factor que, puedo imaginarme, ha de ser estresante para ella.

A Aina y a mí nos cae bien por razones intuitivas y, tal vez, algo vagas. Hay que reconocer que no es especialmente eficaz en su trabajo. Nunca deja de sorprenderme el tiempo que tarda en enviar las citas a los pacientes, en encontrar algún expediente o, sencillamente, en bajar a la calle para comprar bollos de canela. Además, está constantemente confusa, una cualidad no demasiado recomendable para una recepcionista que se supone debe llevar toda la parte administrativa de la consulta. Extravía notas; se olvida documentos confidenciales, como por ejemplo los expedientes, en la sala de espera; pierde llaves; y olvida escuchar los mensajes en el contestador automático, de manera que todos los mensajes de cancelación acaban por desaparecer.

Pero es tremendamente amable y bondadosa. Y se muere por complacernos. Así que somos indulgentes con sus fallos, su deficiente sentido del orden y su aspecto peculiar.

—Pero ¿qué es entonces lo que tienes en la otra mano? —pregunta Sven, y señala el papel que Elin sostiene en su mano izquierda al tiempo que hojea la pila de papeles con la derecha.

—¡Oh!

Elin se sonroja y deja el papel en medio de la mesa.

—Disculpad, no sé en qué estaría pensando. De todos modos, aquí está. Del ambulatorio de Fruängen. Vale, vale, aquí pone mujer nacida en 1975, trastorno por estrés postraumático, y luego un signo de interrogación, tras sufrir accidente de tráfico en el que murieron la hermana y la madre. A ver, esto debió de pasar hace tres años. Trastornos del sueño. Hummm, ¿quién se encarga de ella? Sven, ¿tú no eres tremendamente bueno en casos de TEPT?

Sven se quita las gafas y se masajea el rostro arrugado, pero todavía atractivo. El pelo ondulado, ahora ya casi cano del todo, le cae como una cortina delante de la frente.

Sven Widelius es, sin lugar a dudas, el terapeuta más experimentado de la consulta y, durante los años que llevamos trabajando juntos, siempre ha compartido generosamente sus conocimientos y su experiencia con nosotras.

—Querida Elin, creía haberte dicho el lunes y, ya que estamos, también la semana pasada, que ahora mismo no puedo coger nuevos pacientes. Sencillamente no tengo tiempo. Ese proyecto del trastorno alimenticio me tiene muy ocupado.

Detrás de sus palabras se advierte una irritación mal disimulada que no se nos escapa a ninguna de las tres, a pesar de que Sven se esfuerza por adoptar una expresión de preocupación.

—¡Oh, disculpa! No sabía que...

Elin parece confusa y tira del *piercing* del labio. Yo, por mi parte, me irrito con Sven porque no para de meterse con ella. Todos sabemos que está muy fastidiado. Su mujer durante treinta años, Birgitta, lo ha dejado a él y su gran casa de Bromma para irse a vivir sola en un estudio del barrio de Södermalm. «Realmente debe de odiarme mucho para irse a vivir voluntariamente a esa madriguera de ratas infecta», fue todo lo que Sven quiso decir sobre el tema.

Sin embargo, todos los que lo conocemos sabemos por qué lo ha abandonado Birgitta. Al menos desde que yo lo conozco, Sven siempre ha sido notoriamente infiel. La verdad es que todo el mundo se pregunta cómo pudo soportarlo ella durante tanto tiempo. Birgitta no es precisamente una mujer sometida; es catedrática en ciencias de género de la Universidad de Uppsala. Reconocida internacionalmente. Un perfil mediático.

Aina me mira con cierto brillo oscuro en los ojos.

Aina. Mi mejor amiga y mi socia. Decir que lo compartimos prácticamente todo no es, ni mucho menos, una exageración. Entre nosotras hay algo rayano en el contacto intuitivo y, como es habitual, presiento lo que está pensando antes de que le dé tiempo a ponerle palabras.

—Ahora en serio, todos tenemos mucho trabajo. Sabes muy bien que el mes pasado yo facturé casi doscientas horas. Y Siri... O sea, que, Sven, me temo que, esta vez, tú también tendrás que arrimar el hombro.

Aina, que lleva su cabellera rubia recogida en una trenza, tira de ella con irritación, al tiempo que clava la mirada en él.

—¡Ya me ocupo yo! —digo entonces.

De pronto se hace el silencio cuando Sven, Aina y Elin dirigen la mirada hacia mí al mismo tiempo. Es por todos sabido que trabajo demasiado. Elin se pasa nerviosa las manos por los tejanos negros, a la vez que busca apoyo en la mirada de Aina.

Suelto una risita.

—¡Venga, aprovechaos! Me ofrezco voluntaria.

Aina se pone en pie sin contestar, se sacude las migas de los tejanos y se ciñe la deshilachada rebeca de color malva alrededor del cuerpo. Se dirige hacia la pequeña cocina para rellenar su taza de café y dice, como quien no quiere la cosa:

—¿Y a ti te parece que eso es una buena idea?

—No es peor que oírlos discutir sobre cómo distribuir el trabajo cada vez que tenemos una reunión.

Aina ya ha vuelto, se ha colocado enfrente de la mesa con una expresión tan seria y decidida que casi me hace sonreír.

—Muy bien, ahora os diré lo que pienso de todo esto. Siri, tú no haces más que trabajar. Necesitas buscarte alguna afición o algo. Yo no puedo participar en serio en esto, aceptando que asumas más pacientes, cuando tú, Sven, al mismo tiempo... ¡Pero si la semana pasada apenas estuviste aquí! Eso no es precisamente muy solidario que digamos.

—¿Y desde cuándo recae toda la responsabilidad de los nuevos pacientes sobre mí? La semana pasada cogí los dos pacientes que nos llegaron del ambulatorio psiquiátrico. Y al chico del servicio de prevención de accidentes y salud laboral, Bygghälsan. No estaréis diciendo en serio que... ¡Maldita sea!

De pronto, Sven lanza sus gafas torcidas de montura de acero sobre la mesa y salta de la silla, retira su americana de pana marrón y abandona la sala

refunfuñando.

Aina ahoga una risita.

—¡Somos tan condenadamente disfuncionales!

Ahora Elin también sonríe. Con una sonrisa inquisitiva.

—Me da igual —dice Aina—, pero tú no vas a coger nuevos pacientes, Siri. Sven tendrá que encargarse de esta mujer.

De pronto, Elin vuelve a parecer confusa.

—¿Y cómo...? ¿Se lo dirás tú, o qué? Porque yo no puedo... Si lo hago, se pondrá...

—Desde luego que lo haré yo, no te preocupes. Y no será ningún problema —dice Aina, con una sonrisa socarrona en los labios.

Y yo no dudo, ni por un segundo, de que así será.

No suelo ocuparme de las terapias de pareja. En cierto modo, dudo de mi capacidad para ayudar precisamente a personas con problemas amorosos, tal vez porque no parece que yo misma consiga que funcionen mis relaciones de pareja, pero la verdad es que, ahora mismo, tengo a una pareja en terapia. Llevan mucho tiempo con problemas en su relación, y, además, Mia, que es la mujer, ha estado de baja durante los últimos seis meses por agotamiento en su trabajo como redactora de anuncios en una pequeña agencia de publicidad. Fue el médico de familia quien le recomendó que se pusiera en contacto con nuestra consulta, pues solemos colaborar con los centros de salud de Södermalm.

Patrik es alto, con el cabello lacio de color paja y una piel áspera. Me recuerda lejanamente a uno de esos músicos pop de los ochenta, con sus estrechos tejanos negros, su camiseta a rayas y sus gafas de montura de concha. Al sonreír revela unos dientes amarillentos por la nicotina, y me da la mano para luego doblarse como un acordeón y sentarse en el borde de mi butaca de piel en una postura de lo más inverosímil y encorvada; parece un insecto descomunal.

Un saltamontes gigante con tejanos ceñidos.

Su apretón de manos es firme. En cierto modo, es muy de Patrik: directo, dominante, un poco altivo. Un apretón de manos que no está para bromas, que sabe lo que quiere.

Mia está detrás de él. Expectante, se retira un mechón de pelo castaño claro del rostro sudoroso y tira de la chaqueta de punto deslavada como si quisiera ocultar sus pesados pechos.

—Bienvenidos. ¿Cómo estáis hoy?

Mia mira a Patrik de soslayo, como queriendo cotejar la respuesta con él antes de hablar.

—Supongo que bien —dice finalmente, un poco tirante, todavía con la mirada fija en Patrik, aunque no suena muy segura. Parece que me esté planteando una pregunta a mí. O tal vez a Patrik.

—¿Empiezas tú, Patrik? ¿Cómo ha ido desde la semana pasada?

—Bueno, no sé muy bien por dónde empezar.

Cruza una pierna sobre la otra y deja entrever una suela de zapato gastada.

—¿Ha habido muchos conflictos?

Ninguno de los dos contesta. Mia dirige la mirada entre sus amplios muslos y Patrik aprieta los dientes. Con fuerza, con la mirada fija en otro lugar.

—¿Los ha habido? ¿Habéis tenido algún conflicto?

Patrik se aclara la voz y me mira con ojos vacíos.

—¿Sabes qué? A mí me parece que todo sigue igual, como siempre. A pesar de que lo hemos discutido cientos de veces. La verdad es que esto no mejora. Y es tan típico de Mia...

—Un momento —le interrumpo—. ¿Qué es lo que nunca mejora?

—Es que ya lo hemos hablado otras veces. Mia es tan increíblemente pasiva... Se queda en casa echada en el sofá, mirando series de televisión todo el día. No tiene fuerzas para ocuparse de los niños. Todo está... Todo está patas arriba cuando vuelvo del trabajo. Y ayer, Gunnel había vuelto a comer de la comida del perro. No le había cambiado el pañal en Dios sabe cuánto tiempo. Tenía el culito irritadísimo. Y Lennart había vuelto a morder a la maestra de la guardería. Dos veces.

Advierto que Mia se pone rígida en la silla, pues, como es habitual, Patrik ha arramblado con la butaca. No para de frotarse las manos, como si tuviera frío e intentara entrar en calor.

—Querido Patrik —dice en un susurro ronco—, no creo que sea mi culpa que Lennart muerda a su maestra.

—Disculpa, pero es precisamente de lo que se trata todo esto. Nunca quieres responsabilizarte de nada. Y ahora mismo resulta que yo tengo un trabajo, una carrera, y, por lo tanto, no es mucho pedir que eches una mano en casa. Que no te quedes delante de la tele todo el día.

Patrik lleva una pequeña empresa discográfica especializada en bandas de rock suecas. Me imagino que no debe de ganar mucho dinero, pero su trabajo

parece ser tremendamente importante para él; tal vez sea una prolongación natural de su identidad.

Mia se aparta unos invisibles mechones de pelo de la cara y me mira con resignación. Y cuando habla, se dirige a mí, no a Patrik.

—Sé que debería ayudar más en casa. Ser una buena madre. Mejor de lo que soy. Pero... la verdad es que no tengo fuerzas. Ya lo sé, he de hacerlo. He de esforzarme...

—Siempre dices lo mismo. Ya no te creo. ¿Sabes qué? Estoy harto de ti.

—Lo sé. He de hacerlo —repite Mia en voz baja, todavía con la mirada fija en mí, como si me reclamase algo. Como si me exigiera una promesa, como si esperara de mí que arregle esta herida mortal que hay entre ellos. Porque, al fin y al cabo, es para lo que me pagan.

—Un momento —los interrumpo—. ¿Habéis seguido la distribución de tareas que elaboramos la semana pasada?

Patrik resopla y balancea la vieja y gastada bota negra.

—Se suponía que Mia tenía que hacer la compra...

—Pero eso es lo que hice —contesta Mia mansamente—. Tres veces...

—Mia no compró pan. Mia no compró café...

—Pero si yo no tomo café.

—No, ¡pero yo sí!

—Sí, disculpa, eso ha sido una tontería.

Vuelve a tirar de la chaqueta de lana de hombre y observo que le falta un botón. Como si me hubiese leído el pensamiento, de inmediato tapa el sitio donde debería haber estado el botón. Avergonzada. Como si la hubiera descubierto en mitad de un acto deshonesto.

—Mia no compró papilla... Mia no compró Colgate.

—¡Pero compré Sensodyne!

—Sabes muy bien que yo no uso esa porquería. Sabes perfectamente la pasta de dientes que utilizamos. ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

—Perdóname, ya lo sé. Olvidé que...

—Esperad un momento, los dos. En primer lugar, Patrik, estás incumpliendo las reglas ahora mismo infravalorando a Mia al hablar. Quiero que te disculpes por ello.

Patrik suspira demostrativo, deja caer su largo cuerpo contra el respaldo de la silla de un tirón y se vuelve hacia su mujer con el ceño fruncido.

—Sí, perdóname, no ha estado bien por mi parte.

Su voz es tan neutral que no logro determinar si habla en serio o es puro sarcasmo.

—En segundo lugar, ¿no te das cuenta de que estáis discutiendo por una pasta de dientes?

Silencio.

—¿Hola? ¿De verdad crees que es importante si Mia compra Sensodyne o Colgate? ¿Depende todo de eso? ¿Es así como valoras tú vuestra relación?

—No quiero decir eso —contesta Patrik, impetuoso. No con agresividad, sino más bien como si estuviera ansioso por explicarse, por poner en claro la situación.

—Quiero decir que no se trata de la pasta de dientes, pero, de alguna manera, es significativa de toda nuestra relación. De Mia. Es como si nunca fuera capaz de hacer nada... bien. Da igual las veces que se lo digas.

—Perdóname, perdóname —repite Mia en tono monocorde.

Me vuelvo hacia ella y bajo la voz.

—Mia, ¿tú qué sientes cuando oyes a Patrik decir esta clase de cosas?

Mia vacila y vuelve a mirar, insegura, a Patrik.

—Pues... la verdad es que no lo sé.

—La última vez que nos vimos comentaste que en ocasiones te sentías ultrajada por Patrik. ¿Es posible que en este mismo momento te sientas así?

—La verdad es que no lo sé —repite Mia.

—¿Lo ves? —contraataca Patrik como un rayo—. Ni siquiera sabe lo que piensa. De acuerdo, soy un hijo de puta, pero al menos soy capaz de reconocerlo. En todo caso, sé dónde estoy.

No aparto la mirada de Mia.

—Mia, ¿cómo te hace sentir lo que dice Patrik?

—No lo sé, no lo sé, no lo sé... —Mia resopla ruidosamente, se balancea hacia delante y hacia atrás en la silla—. Ya no sé nada. Solo sé que... amo a Patrick y quiero que él... que él... también me ame a mí. Y que volvamos a ser una familia.

Patrik sacude la cabeza y me mira satisfecho.

—¿Qué te decía yo?

Extracto de historia clínica del centro ambulatorio pediátrico.

Control a los dieciocho meses de edad:

Niño de dieciocho meses que acude para una valoración de madurez. La madre declara que cree que el niño tiene un déficit en el desarrollo del lenguaje y el habla y que no siempre parece entenderla cuando le habla. No tiene lenguaje. Sin embargo, conseguimos establecer contacto y el niño no rechaza a los padres. También es de la opinión que sufre un desarrollo psicomotriz deficiente y cuenta que hace muy poco que aprendió a caminar. No hay hermanos en el hogar y la madre reconoce que no tiene gran experiencia con los niños y a nadie con quien compararse.

Durante la visita, el niño se muestra bueno y dócil. No se detecta nada anormal en la exploración física. El contacto visual con él es satisfactorio y parece curioso e interesado en lo que ocurre a su alrededor. Parece algo inmaduro en el desarrollo motriz. Muestra tener ciertas dificultades a la hora de andar sin apoyos. Asimismo, se detecta cierto retraso en la motricidad fina, pues no es capaz de construir torres con tacos de madera ni de garabatear. Sin embargo, esto puede deberse a que el niño no parece interesado en la tarea. El que suscribe explica a la madre que el desarrollo no es igual en todos los niños, y que tanto el habla como la motricidad varían mucho, incluso dentro de unos parámetros de normalidad. La madre parece haberse tranquilizado y no se considera que se necesiten ulteriores medidas. Al niño se le facilita, asimismo, un volante para visitarse con la enfermera Ingrid para su vacunación.

Sture Bengtsson, médico pediatra

Los cristales de las ventanas están negros y los rastros de lluvia dibujan estrechos arroyos que serpentean por la superficie. Abro la ventana, me asomo y veo las luces de neón sobre el complejo de ladrillos amarillos que alberga los baños de Forsgrenska y la biblioteca de la Medborgarplatsen. La luz se refleja en el adoquinado de la plaza y las siluetas de la gente se desplazan por la zona iluminada. El otoño ha tomado la ciudad y la oscuridad se revela inexorable y, a la vez, reconfortante. Las gotas de lluvia caen sobre mi rostro, y el frío y la humedad penetran mi fina ropa.

Me apresuro a cerrar la ventana y echo un vistazo por la sala para verificar que todo está como tiene que estar. En medio de la sala de conferencias hay una mesa oval, alrededor de la cual se han colocado siete sillas. Enfrente de cinco de ellas, hay una libreta y un bolígrafo. En la pared cuelga una enorme pizarra blanca cuidadosamente limpiada. Al lado, una mesa más pequeña con tazas, termos, bolsitas de té y café en polvo. En el sitio de Aina y mío hay dos ejemplares del manual para la terapia de autoayuda para mujeres víctimas de violencia. Todo parece estar en su sitio. Todos los preparativos hechos. Por supuesto, yo no iba a permitir que se me escapara nada.

Alzo la vista hasta el reloj grande que cuelga en la pared, en un extremo de la mesa. Son las siete menos cuarto. Pronto aparecerán las primeras participantes del grupo. Lo único que echo en falta es a Aina. Noto como la irritación va creciendo en mi interior, al tiempo que me embarga un sentimiento de mala conciencia. Nunca podré compensar lo que Aina ha hecho por mí, nunca podré devolvérselo. Me siento mezquina e insignificante por enfadarme por un retraso de un cuarto de hora cuando de pronto Aina entra por la puerta corriendo, con las llaves en la mano y una bolsa llena de bollos entre los dientes.

—Disculpa, no me he podido resistir —dice, y señala la bolsa.

—¿No era que no querías una terapia a base de café y bollos?

—Ya lo sé, joder, pero cambié de opinión. Al fin y al cabo, no es terapia sino autoayuda, son casi las siete, estaremos aquí dos horas largas y nos entrará hambre.

Aina se ha sacado la bolsa de la boca y ahora se balancea a la pata coja en un intento de librarse de las botas de caña alta, suelta una maldición y finalmente se sienta en el umbral de la puerta y empieza a quitárselas.

—Estaba a favor de que tomáramos café desde un principio, lo sabes...

Levanta la mano en un gesto con el que pretende decirme que está dispuesta para una de nuestras discusiones sin sentido, diríase que rituales entre nosotras. Buscamos un detalle menor sobre el que estar en desacuerdo para luego ponernos de acuerdo sobre las grandes cuestiones. Las que de verdad importan.

Suena el portero automático y Aina se pone en pie, agarra las botas y la bolsa con los bollos y sale corriendo hacia la pequeña cocina.

Yo me acerco a la puerta para abrir.

—Bueno, ya estamos todas y querría empezar dándoos la bienvenida a este grupo para mujeres víctimas de la violencia de género.

Estamos de pie ante la pizarra blanca. Miro de reojo a Aina. Lleva el pelo rubio recogido en un artificioso moño y lleva puesto un precioso chal de punto sobre los hombros. Parece serena y tranquila. Confiada. Como alguien a quien te encomendarías sin dudarlo. Yo, en cambio, me siento cansada y andrajosa. La lluvia y el viento han desaliñado mi corta y oscura cabellera y mi ropa está arrugada. Al mismo tiempo pienso que tampoco importa que parezca una mujer cualquiera. Que facilitará las cosas si tengo pinta de persona normal y corriente.

Miro a las participantes por primera vez. Alrededor de la mesa se han sentado cinco mujeres de distintas edades. Evitan mirarse entre sí, fijan la mirada en mí y en Aina o en la mesa. Hay algo de desvalido e inseguro en todas ellas.

A mi lado se ha sentado una mujer que parece ser de mi misma edad. Lleva el cabello, oscuro y abundante, recogido en una coleta, tejanos gastados y una sudadera con capucha. Caigo en la cuenta de que parece muy normal. Podría ser la hermana o la amiga de cualquiera. Una maestra de guardería, o una empleada de banca. De haberla visto en la calle nunca habría dicho que pudiera ser la víctima de una agresión. Lo que, por otro lado, es natural, ya que no existe ningún patrón para personas como ellas, como yo. La mujer se

mueve incómoda en la silla, como si se hubiera dado cuenta de que la estoy mirando. Se vuelve hacia mí y me mira a los ojos. Sus ojos son oscuros. Su mirada, franca. Sonríe cautelosamente, insegura, y luego baja la mirada hacia sus manos que ha cruzado sobre las rodillas.

Aina sigue hablando. Repasa la finalidad del proyecto con el grupo: «No se trata de un grupo de terapia al uso, sino de un grupo de autoayuda conducido por un profesional». Normas: «Nosotras estamos sometidas al secreto profesional, vosotras habéis hecho un juramento de silencio mutuo». Y los marcos: «Una vez a la semana durante ocho semanas». Es una sensación extraña, eso de ser dos conductoras de grupo. No puedo dejar de examinar a Aina, de evaluar sus posturas. Parece estar bien. De nuevo, la palabra «confiada» es la que me viene a la mente. Aina parece confiada y segura. Se nota que tiene experiencia. Pienso en lo insegura que estoy de mi papel en este proyecto. Soy conductora grupal, pero a su vez víctima. Solo una fina línea separa las dos condiciones. Conductora grupal en lugar de participante. Profesional en lugar de víctima.

—Creo que deberíamos empezar con una presentación introductoria. Esto es, a fin de cuentas, un poco especial, pues todas las que estáis aquí venís del mismo municipio. Es posible que os reconozcáis entre vosotras, o incluso que os conozcáis. Por eso queremos recordaros, una vez más, que estamos sujetas al secreto profesional porque es muy importante que todas os sintáis seguras y confiadas aquí. Ninguna debe preocuparse por que lo que diga aquí, en este grupo, vaya alguna vez a salir de aquí o se haga público. ¿De acuerdo? — Aina pasea la mirada alrededor de la mesa, da la impresión de que mira a cada una de las participantes a los ojos. Miro a las mujeres que con una mirada seria asienten con la cabeza y mascullan su conformidad.

—Podrías decir vuestro nombre, con el de pila bastará, y luego explicar brevemente por qué estáis aquí. Naturalmente, no tenéis que contar más de lo que estéis dispuestas a contar. Os agradecería, eso sí, que comentarais las razones y los objetivos que tenéis personalmente para participar en el grupo. Que expliquéis en qué creéis que os puede ayudar el grupo.

Aina sonríe y consigue parecer, al tiempo, comprometida y empática.

—Puedo empezar yo.

La mujer que tengo a mi lado echa la vista a su alrededor y vuelve a sonreír cautamente y un poco nerviosa.

—Me llamo Kattis. Bueno, en realidad, Katarina. Pero Kattis. Todo el mundo me llama Kattis. Y trabajo en el centro de integración laboral, el

Arbetscentrum, como instructora. Aunque a lo mejor no debería haberlo dicho.

Se interrumpe y sacude la cabeza.

—Disculpadme. Estoy nerviosa. Me resulta difícil hablar de esto.

Aina la mira a los ojos y asiente con la cabeza para animarla a que siga. Kattis coge aire y vuelve a empezar.

—Estoy aquí porque mi antiguo novio me maltrataba. Espero encontrar ayuda para seguir adelante. Dejar a Henrik atrás. Y para conseguir perdonarme a mí misma por haber sido tan jodidamente estúpida como para seguir con él.

Kattis suelta el aire. Se queda en silencio. Parece como si no acabara de creer que ha dicho lo que ha dicho.

—Bienvenida, Kattis. Me apunto tus objetivos —dice Aina, asiente y apunta algo en su libreta. Luego se vuelve hacia la chica joven que está sentada al lado de Kattis. Creo que no puede tener más de dieciocho años. Es joven, delgada y frágil. Parece que fuera a romperse en mil pedazos en cualquier momento. Sus largos y finos dedos no paran de toquetear algo. La falda corta. El pelo. La cara.

—Me llamo Sofie. Y estoy aquí porque mi padrastro me maltrataba. Nada de incesto, ni cosas por el estilo. Simplemente me pegaba. Cuando estaba borracho, o si yo hacía algo mal, así, en general. Estoy aquí porque...

Sofie se queda callada y fija la mirada intensamente en el suelo, como buscando la manera de formularse.

—Quiero lo mismo que ella, me refiero a Kattis, claro.

Sonríe ligeramente cohibida hacia Kattis.

—Yo también quiero seguir adelante, de alguna manera.

Aina asiente y anota. Las demás participantes del grupo también asienten. Parecen afectadas e interesadas.

Después de Sofie, hay una chica, también joven, tiene algunos años más, pero sigue siendo muy joven. Parece fuerte y enérgica. Lleva el pelo corto y teñido de rubio. Va vestida con ropa de corte deportivo. Tengo la sensación de que es deportista. Mira a su alrededor y parece admitir a todas las integrantes del grupo a la vez.

—Malin. Fui violada por un chico en el que creía poder confiar. Estoy aquí porque espero poder quitarme de encima tanta rabia. Y porque no me quiero sentir como una víctima. Creo que sirve de algo hablar de ello. Creo que mi situación puede mejorar.

Su voz es fuerte y decidida, y mira desafiante a Aina a los ojos. Como si la estuviera retando.

Aina anota algo en su libreta y luego da paso a la siguiente mujer. Es la mayor de las participantes. Probablemente tenga unos sesenta años. Pelo rojizo con permanente y uñas amarillentas de nicotina. Tiene la cara cubierta de arrugas y de manchas de pigmento. Toda ella parece cansada y resignada. Como si la vida no hubiera sido nunca buena con ella. Por un momento, medito sobre lo que puedo yo tener en común con estas mujeres. Probablemente nada. Me dedico un pensamiento airado a mí misma. Me insto a pensar en lo que hay fuera de mí, en las participantes. No solo en mí, y me siento como una egocéntrica irremediable y miro con anhelo hacia la oscuridad cargada de lluvia.

—Me llamo Sirkka —dice la mujer con marcado acento finés—. Estoy aquí porque mi marido me maltrataba. Lo he comprendido. Después de muchos años. Él murió el invierno pasado y desde entonces empecé a pensar.

Suspira. Un suspiro tan hondo que hace que cese toda actividad en la sala. Tiene la atención de todas las mujeres reunidas allí.

—Quiero...

Vacila.

—Querría poder volver a empezar. Como las chicas jóvenes que estáis aquí hoy. Ahora ya soy demasiado mayor. Pero supongo que todavía espero ser capaz de...

Vuelve a vacilar.

—Reconciliarme conmigo misma.

Sirkka sacude la cabeza, como para señalar que ha terminado. Que ha concluido su presentación.

La última de las participantes. Una mujer guapa de unos cuarenta años. Un pelo oscuro y corto enmarca su rostro. Ojos verdes, una boca perfecta y pintada de un profundo color burdeos. Ropa exquisita. Una mujer que no pasa inadvertida. Levanta la mirada de la mesa y opta por centrarse en mí en lugar de en Aina.

—Yo soy Hillevi, y ahora mismo vivo en una vivienda protegida junto con mis tres hijos, tres niños.

Hillevi sonríe y parece contenta, tal vez porque piensa en sus hijos.

—Vivo en Solgården porque el padre de los niños me pegaba. Quiero decir, mi marido, claro.

Hillevi se queda en silencio. No se trata de una interrupción fruto de la duda, sino una pausa bien calculada, y caigo en la cuenta de que Hillevi es

una oradora habituada a hablar delante de la gente. Pasea la vista por el grupo, pero luego vuelve la mirada hacia mí de nuevo.

—Puedo vivir con que me pegue a mí. Me han educado para que creyera en el matrimonio. Mis padres pertenecen a la Iglesia Libre y me enseñaron que el matrimonio comporta buena y mala ventura. Sol y lluvia. Jakob no me pegaba a menudo, y cuando lo hacía, luego se sentía terriblemente arrepentido. No odia a las mujeres. Me respeta. Me ama. Solo que tiene un temperamento muy violento, se enfada muchísimo. Hemos asistido a terapia de pareja. Jakob se ha esforzado. Ha trabajado su conducta. Yo creí que había mejorado.

Hillevi se detiene, reflexiona:

—Mejoró. De verdad. Pero luego golpeó a Lukas.

Vuelve a quedarse en silencio. La miro a los ojos y es cuando, finalmente, detecto la vergüenza.

—Pegó a Lukas, a nuestro hijo mayor. Pronto cumplirá siete años.

Las lágrimas brotan en sus ojos y Hillevi deja que corran por sus mejillas, hasta llegar al fino y pálido cuello.

—Estoy aquí porque tengo que entender que no puedo vivir con el hombre al que amo. Y porque tengo que llegar a perdonarme a mí misma que no fui capaz de proteger a nuestros hijos.

Asiento brevemente para confirmar que he escuchado lo que ha contado. Que he participado de su mundo que se ha derrumbado y que ahora hay que volver a construir siguiendo un nuevo modelo.

La voz de Aina me devuelve al grupo y al orden del día de la reunión.

—Muy bien —dice—. Así ya sabemos un poco más las unas de las otras. Habíamos pensado seguir contándoos un poco sobre las reacciones más habituales en las personas que han sido expuestas a actos de violencia, y también sobre las fases comunes de un proceso de crisis normal. Pero esto no es una conferencia, ni una clase magistral, sino que está pensado como un diálogo y, por lo tanto, podéis interrumpir cuando queráis.

Me aclaro la garganta y me vuelvo para coger un rotulador para la pizarra blanca. Ahora me toca hablar a mí.

—Se suele decir que una crisis pasa por diferentes fases. ¿Lo habíais oído decir alguna vez?

Ya tenemos disecada la anatomía de la crisis sobre la pizarra blanca. El grupo se ha quedado en silencio y me mira, pendiente de mis indicaciones. Noto que

de pronto se encienden mis mejillas. No estoy acostumbrada, no estoy acostumbrada a dirigir grupos tan grandes. No estoy acostumbrada a hablar de violencia contra las mujeres, no estoy acostumbrada a acercarme a mis propios miedos en el trabajo.

Turbada, me paso las manos por la túnica negra y bajo la mirada al suelo de linóleo.

—Muy bien, nos quedan quince minutos. Había pensado que, a lo mejor, alguna de vosotras querría compartir su historia con el resto.

Para mi gran sorpresa, hay alguien que se ofrece a empezar. Sin decir nada, Malin levanta la mano, señalando así que quiere tomar la palabra.

—No me importa empezar yo. Para mí... ¿cómo lo diría?, para mí no resulta difícil hablar de estas cosas. La verdad es que me cabreo haciéndolo.

Malin se queda callada y me mira a los ojos a través del círculo de mujeres. La sala está sumida en el silencio, solo se oye el ruido del tráfico que ruge en algún lugar allá afuera, en la oscuridad otoñal.

—¿Con quién estás cabreada? —dice Sofie, dubitativa. Y de pronto todas las miradas se vuelven hacia la enclenque muchacha que está sentada a mi izquierda. Lo dice con infinita cautela, y sus palabras se parecen más a una disculpa que a una pregunta.

—Connmigo misma. Claro.

Malin suelta una breve y sonora risa con la boca abierta. Con el rabillo del ojo veo que Aina asiente, coge el bolígrafo y hace una anotación en su libreta.

—¿Podrías contárnoslo desde el principio? ¿Qué fue lo que pasó? —pregunta Aina.

—En realidad, es una historia bastante patética. Nos encontramos en la red, el tipo este y yo. En un chat, no en una de esas páginas tenebrosas de sexo, sino en una página para corredores de fondo. Porque yo corro bastante, ¿vale? Además, yo sabía quién era él, es un mundo bastante pequeño el que formamos los que nos gusta correr a nivel de elite, y también vive en Värmdö...

La voz de Malin se extingue y, para mi sorpresa, descubro que se agarra de los muslos con una fuerza convulsa. Por fuera parece relajada y comunicativa, muy verbal, pero llego a la conclusión de que, a pesar de todo, le cuesta contar lo que le pasó. De pronto suelta el aire, y un hondo suspiro escapa de su boca, al tiempo que menea ligeramente la cabeza.

—Ya lo sé, no se llega a conocer a nadie en la red. En realidad, no. Porque no acaba de ser real. Pero solíamos chatear y luego, una vez que intercambiamos nuestras direcciones de correo electrónico y nuestros

números de teléfono, empezamos a enviarnos correos y a hablar por el Messenger. Supongo... supongo que fue como un flirteo, eso creo. Sin embargo, no había nada grosero en aquellos correos y SMS, nada inquietante, no sé si me entendéis. Aunque, claro, sí había un cierto flirteo, incluso ligeramente sexual. Pero desde luego no había ni rastro de... nada que señalara que... que pueda explicar lo que luego ocurrió.

Todas asentimos y miramos sin decir nada a Malin, que ha sacado una pomada para los labios sin que por ello la utilice.

—Y luego de pronto un día hablamos por teléfono y decidimos que había llegado el momento de conocernos. Así de sencillo. En su casa. Sé que fue un grave error —dice Malin, y sacude la cabeza con tanta fuerza que su corta cabellera rubia parece un casco sobre la coronilla.

Se retira el flequillo de la cara, coge la pomada de labios y se la pasa lentamente por los pálidos y turgentes labios con el semblante distraído.

—Ese fue mi primer error. Pero no el último. Era un viernes, y ese día, los compañeros de trabajo nos solemos tomar una cerveza para despedir la semana. Además, acabábamos de tener una reunión sobre las bonificaciones. Trabajo de vendedora de anuncios, y cada trimestre recibimos una bonificación, si hemos vendido mucho, claro. Y precisamente aquel día todo el mundo, en principio, había recibido una. Me refiero a la bonificación, claro. Bueno, y por eso el ambiente estaba animado, estaba genial, la verdad. Todos nos bebimos al menos cuatro o cinco cervezas. Yo también. El problema es que no suelo beber. Quiero decir, no es que sea un problema, en realidad, pero...

Malin se queda callada. Nos escudriña una a una en silencio, como si se preguntara si se puede fiar de nosotras. Si nos merecemos y somos capaces de manejar su confianza.

—O sea, que me emborraché. Fue una maldita estupidez.

Otro suspiro hondo, baja la cabeza y junta las manos sobre las rodillas. De una manera serena y solemne que me hace pensar en una monja o una diaconisa. Y de pronto parece más afligida que enfadada, y hay algo en la expresión de su cara, algo en la profunda arruga entre sus ojos, en las duras facciones alrededor de su boca, que me lleva a pensar que probablemente es mayor de lo que me pareció al principio. Se ha posado cierta resignación y cinismo en todo su semblante.

—No lo entiendo, no lo entiendo, no lo entiendo. ¿Cómo pude ser tan condenadamente estúpida? Como os decía, fui a casa de ese tipo al que nunca había visto antes. Sola, borracha. ¿En qué coño estaría yo pensando? Luego,

cuando llegué allí... Él vive en el bloque de pisos de la playa, cerca del polideportivo. Me entró una sensación muy rara cuando abrió la puerta. Me miró, me miró de una manera condenadamente extraña, parecía sonreír. Pero no era una sonrisa simpática. Tuve la sensación de que, por alguna razón, se reía de mí, como haces cuando alguien ha cometido alguna torpeza, del tipo caérsele un vaso lleno de agua al suelo... Sea como fuere, podía haber dado media vuelta y haberme ido. No es que se me echara encima, ni nada, allí en el rellano. Pero me sentía tan tonta que, a pesar de todo, entré. Qué estúpida.

Se ha hecho el silencio en la sala. Todas miramos a Malin, que parece haberse hundido en la silla. Está abrazada a sí misma con sus musculosos brazos, como si tuviera frío o buscara consuelo en su propio cuerpo.

—De acuerdo, tampoco es que llevara la ropa más adecuada del mundo. Una falda terriblemente corta. Lo sé, está muy manido el tema, es obvio que no tiene nada que ver. Es cierto que esto no debería importar. Pero de vez en cuando me pregunto... Si hubiera estado sobria. Si hubiera llevado puesto algo muy poco sexy. Si hubiera llegado sin duchar y fea. Con un aliento asqueroso. ¿Habría importado? ¿Acaso contribuí a lo que él me hizo? Aun cuando no debería importar, es cierto, lo que llevas puesto...

Malin vuelve a suspirar hondo, todavía con los brazos alrededor del torso, como si llevara puesta una camisa de fuerza.

—En fin. Estuvimos charlando un rato en su cocina. Bebimos un poco más de cerveza. Y... bueno, luego nos dimos un poco el lote, y yo estuve totalmente de acuerdo. Pero de pronto pasó algo, de pronto se produjo un cambio en él. Se volvió más bruto. O tal vez fuera yo la que cambió. Porque de repente sentí que no quería seguir adelante, y se lo dije. Le dije que parara, que yo no quería. Se lo dije varias veces. Es posible que gritara, no lo recuerdo muy bien. Pero él me tiró al suelo de la cocina y me sujetó con un brazo en el cuello, a la vez que me metía los dedos. Y yo... yo me quedé allí, tirada, porque no me podía mover, apenas podía respirar. Era muy fuerte. Quiero decir, yo también soy fuerte, pero él era... Y parecía que estuviera furioso conmigo, como si de pronto me odiara, como si quisiera matarme. No logro comprender de dónde vino toda esa rabia, qué fue lo que dije o hice que lo llevó a enfurecer de aquella manera. He estado pensando en ello. Después, claro. En por qué se enfadó tanto. Y luego está lo de sentirte absolutamente impotente. Yo, que normalmente soy una persona fuerte, estaba allí tirada, sin hacer nada. Completamente impotente. Mirando por debajo de su nevera, constatando que había un montón de polvo allí debajo, que hacía mucho tiempo que no limpiaba. Polvo y viejas cortezas de queso y envoltorios de

helados. ¿Por qué recuerdo estas cosas? Porque se piensa en estas cosas cuando...

De pronto enmudece. Se queda sentada sin moverse, con los puños cerrados sobre las rodillas.

—Y luego lo hizo.

—Malin, de hecho, de vez en cuando puede ser un alivio contar algunos detalles más de la agresión en sí —digo—. A menudo resulta muy desagradable en ese momento, pero a la larga, puede ayudar a superar la violación.

Malin asiente muda con la cabeza. No parece que piense que es una buena idea.

—Si hoy no quieres hablar de ello, podemos dejarlo para otra ocasión. No tienes por qué sentirte presionada.

—No, quiero hacerlo. Me refiero a contarlo. Lo que él me... Me violó allí. En el suelo de la cocina. Además, no paraba de gritarme, «puta» o «chocho», cosas así. Y fue entonces que lo entendí. Que la cosa iba en serio. Que estaba ocurriendo de verdad. Porque hubo un momento en que creí que se trataba de una especie de broma, un juego pasado de rosca, algo así. En todo caso, a pesar de que me di cuenta de que iba en serio, sentí como si yo no estuviera allí verdaderamente. Era como si estuviera golpeando a otra persona. El cuerpo de otra persona. Sentí como si estuviera sentada a la pequeña mesa de la cocina mirándonos desde arriba. Constaté que «esto no va demasiado bien. Me pregunto si ella saldrá de esto y podrá escapar». Como si fuera una maldita reportera de deportes, comentando la jugada. Llegué a la conclusión de que él era fuerte y rápido, mientras que yo era... torpe y tonta. Y estaba borracha. Por lo tanto, tenía todas las de perder. Luego, no sé si fueron los malos tratos, las lesiones, u otra cosa, tal vez una especie de mecanismo de protección, pero me volví completamente pasiva. Podía hacer lo que quisiera conmigo. Y eso fue lo que hizo.

La voz de Malin ha menguado hasta convertirse en un débil y áspero susurro. Mantiene la mirada obstinadamente en el suelo de linóleo.

—Me violó varias veces. Violaciones vaginales, anales, de todo. Entre medias me pegó. No tanto como al principio. Fue como si... como si su energía estuviera a punto de acabarse. Me abofeteó varias veces. Me pateó un poco. Me tiró del pelo. Pero, en general, a medida que pasaba el tiempo iba perdiendo el interés. Yo, por mi lado, estaba echada allí, sin hacer nada... entre la sangre y mi propia orina... y... y...

—¿Cuánto tiempo duró todo esto? —pregunta Aina con una voz sorprendentemente firme.

—¿Cuánto tiempo?

Malin parece sorprendida por la pregunta.

—¿Cuánto tiempo? Al menos unas cuantas horas.

—¿Unas cuantas horas? Es una locura —dice Kattis, indignada.

—¿Qué pasó? ¿Conseguiste huir? —pregunta Sirkka con cautela.

—Se quedó dormido. Ese hijo de puta se quedó dormido. ¿Podéis entenderlo? Se quedó dormido en el suelo de la cocina, y lo único que tuve que hacer fue largarme de allí. Así que hice lo más clásico en estos casos. Me fui a casa y me duché. Me duché, y me froté con jabón no sé cuántas veces. Intenté eliminarlo de mi cuerpo. Cuatro semanas más tarde lo denuncié a la policía. Como podréis entender, ya no quedaban evidencias técnicas, tampoco ningún daño visible, pero la policía me dijo que tenían un buen caso entre manos. Al parecer, había vejado a una chica medio año antes y la policía encontró, ¿cómo era?, Rohypnol en su casa. Dijeron que era por eso por lo que se ponía tan agresivo. Que podía seguir tanto rato. Por lo visto, el Rohypnol mezclado con alcohol tiene ese efecto. Pero yo me pregunto una cosa. Si es algo que tienes dentro de ti. Hacerle algo así a otra persona, contra otro ser humano. ¿Acaso no se es un monstruo desde el principio? No creo que tuviera nada que ver con las drogas. Creo que él... era malvado. Y luego, en el juicio, hablaron un montón de cómo él había sufrido agresiones siendo un niño, cómo unos chicos mayores lo habían vejado a él en Hagsätra, a principios de los noventa. Como si fuera contagioso. Como si eso fuera una excusa. Me cago en ella. Dijeron que era por eso por lo que le gustaba el sexo duro. Porque fue precisamente eso lo que dijo en el juicio. Que habíamos practicado sexo anteriormente. Y que había sido sexo duro. Y que a mí me había gustado, que había estado de acuerdo, que incluso lo había deseado. Luego, esos hijos de puta utilizaron nuestros SMS para demostrar que habíamos mantenido una relación. Y es cierto, había algunos SMS escritos por mí que eran un poco subidos de tono, muy poco, pero... En todo caso, pasó lo que nunca tenía que haber pasado. Sus colegas del barrio de Gustavsberg le dieron una coartada para aquella noche, dijeron que habían ido juntos al cine y que, además, estaban enterados de que manteníamos algún tipo de relación. Que éramos folliamigos, eso fue lo que dijeron. ¿Cómo alguien puede hacer algo así? ¿Cómo pueden mentir en una cosa como esta, cómo puede alguien proteger a un monstruo como este? Lo absolvieron. Lo soltaron sin cargos. De hecho, lo veo bastante a menudo. Hace unos meses,

nos encontramos por casualidad en el Systembolaget del centro. Me saludó con la mano y se rio socarronamente, más o menos como si nos conociéramos.

Malin hace una breve pausa y luego añade:

—Ojalá lo hubiera matado, ojalá hubiera evitado que ocurriese. Ojalá que me hubiera matado él a mí.

—¿Por qué dices eso? —pregunta Sofie, de nuevo con mucha cautela.

—Porque destrozó algo dentro de mí. En el alma, por así decirlo. Me arrebató algo. Algo que nadie tiene derecho a quitarte. Me...

La voz de Malin se extingue.

—¿Qué crees que fue lo que te robó? —dice Sirkka, y se inclina hacia delante dejando que su cabellera pelirroja y encrespada se encienda como una aureola inflamada a la luz de la lámpara de techo.

—Me quitó...

Ahora, Malin solloza, se retira los mocos con el dorso de la mano y meneala lentamente la cabeza.

—Me quitó la niña que había en mí. Quiero decir, la niña que, en cierto modo, era. Me quitó toda mi confianza. Toda mi fe. Me quitó la que yo era entonces. Y me quitó la que quiero ser.

Sirkka suspira hondo. Parece que la hayan abofeteado, está conmovida y, a la vez, cabreada. Con mucho cuidado y sin decir nada, alarga su delgada y arrugada mano hacia Malin. Le toca suavemente la rodilla.

—Hija mía, retiro lo que he dicho de que quería cambiarme por una de vosotras.

Nos quedamos un buen rato inmóviles, sin decir nada. Afuera, la oscuridad se ha posado sobre Södermalm, indiferente ante lo que ha tenido lugar en mi consulta.

El cuerpo de Markus sobre el mío, ardiente, duro.

¿El cuerpo equivocado?

Stefan.

Y, sin embargo, siento que es el que tiene que ser. Como si, de alguna manera, hubiera vuelto a casa. Como si este cuerpo ardiente fuese a curar todas mis heridas.

Fuese a curarme a mí.

Esta tarde nos peleamos precisamente por ello. Su voz era como papel de lija, quería retirar todo mi sentimiento de culpa. Hacer que me abriera. Esa

desagradable sensación de ser una fruta que alguien tiene que pelar, examinar sus entrañas. Devorar.

—No me dejas entrar. Tú... dejas que esté contigo. A tu lado. Pero tú haces tus cosas. Es como si yo no estuviera aquí. Como si estuviera muerto. Como él, tu ex.

—Querido Markus...

Mi voz es débil, suplicante.

—Todo se hace a tu manera, siguiendo tus condiciones.

Me quedé callada. Sabía que tenía razón. Sabía que él sabía que yo sabía.

—Tú y tu maldito proceso...

Mi proceso.

He intentado explicárselo, con todo el cuidado que soy capaz de reunir. Cómo Stefan, a pesar de estar muerto, todavía está extrañamente presente en mi vida. Que no sé si soy capaz de atarme a nadie más. Porque no se trata de lo que yo quiera.

¿O acaso sí?

Me di cuenta de que le había dolido, y lo entiendo muy bien. Yo no lo quiero tener a él de la misma manera que él me quiere a mí. Él quiere todo el paquete. Alianza en el dedo, juzgado, mocosos, reuniones en la guardería, hipoteca, entrenamiento de fútbol, barbacoas con los vecinos.

Yo, en cambio, no sé lo que quiero. Mi vida es como el agua, refleja lo que me rodea, pero no tiene ni color ni sabor. Sale corriendo cuando alguien intenta atraparla.

Y, sin embargo, es un hombre adulto. Él mismo lo ha elegido.

¡Me da lo mismo si no es así!

Yo no le he prometido nada. No fui yo quien envió un SMS detrás de otro. Una noche detrás de otra. No fui yo quien envió correos electrónicos con ardientes declaraciones de amor. Yo simplemente estaba aquí cuando él vino. Cada vez que vino. Simplemente lo recibí.

Brazos abiertos. Boca sedienta.

He sido muy clara. Él lo escogió.

Y sin embargo...

Su frente sudorosa contra mi pecho. Su aliento en mi nuca. Noche tras noche. Esos brazos, todavía morenos por el sol del verano que me sostienen como un torno.

Nunca quiero soltarlo. Estaría incluso dispuesta a pagar por ello.

Débiles.

Creo que somos débiles los dos.

Aunque de maneras diferentes.

Más tarde.

Markus, que está echado en la cama detrás de mí. Respira pesadamente. El dedo que dibuja pequeños círculos en mi espalda.

¿Por qué hacen eso los tíos? A lo mejor está escribiendo algo.

«Eres mía».

Me echo a un lado. Me desplazo lentamente hacia el otro lado de la estrecha cama.

Con mucha cautela.

Temo que se pueda interpretar como un gesto demostrativo, y no lo es. Solo que necesito notar un rato el vacío alrededor de mi cuerpo. La ausencia de su piel sudorosa. Sus atenciones. Sus esperanzas.

Fuera, la lluvia acrecienta. Crece hasta convertirse en un tamborileo ensordecedor contra el tejado. Unas ramas desnudas arañan los cristales de mis ventanas por el viento.

He intentado explicárselo. Exponerle mi necesidad de intimidad. Física y mental. Cómo la sola idea de tener una relación de pareja estable, con visitas a los suegros y cenas conjuntas, me pone la carne de gallina. Vi que realmente quería entenderme, pero que no podía. Me miró como si yo fuera un plato de comida exótico que le hubiera gustado saborear, pero que, a la hora de la verdad, no era de su agrado.

—¿Oye?

Markus se acurruca contra mí, su cuerpo húmedo se moldea hasta convertirse en una copia perfecta del mío. Se acomoda a mi delgada espalda. Me rodea con sus brazos. Me posee con sus brazos.

—Mmm...

—¿Estás bien?

¿Por qué siempre estas preguntas sin sentido? ¿Estoy bien? ¿En qué sentido? ¿Porque hemos follado? Que me ha sujetado con tanta fuerza que, es cierto, he llegado a sentir que éramos el uno para el otro. De verdad. Que el sentimiento desapareció rápidamente.

—Mmm, ha estado muy bien.

—Me gustas.

Su boca que besa mi nuca. Suavemente. Ya saciada.

—Tú también me gustas.

Y no es mentira. Porque me gusta. Mucho. Solo que no soporto estar juntos todo el tiempo, me resulta asfixiante.

—Gracias —masculla, y bosteza.

Y, una vez más, me pregunto: ¿por qué?, ¿porque lo he aliviado?, ¿porque le permití que se corriera dentro de mí?, ¿porque todavía no le he pedido que se vaya?

Afuera se oye el estruendo de las olas cuando rompen contra las rocas. Rítmicamente. Como su pulso.

Tengo que intentarlo.

Me juro a mí misma por enésima vez que intentaré convertirme en la mujer normal que él quiere. Que se merece.

Que yo desearía ser.

Patrik sostiene su enorme puño escamoso y encarnado delante de mi rostro. A pesar de la oscuridad de la sala de la consulta veo lo que es. En la palma de la mano hay dos pequeñas pastillas blancas, cada una de ellas del tamaño de una uña del dedo meñique.

En realidad, no tenía que volver a ver a Mia y a Patrik hasta la semana que viene, pero Patrik ha llamado pidiendo una sesión extra.

Ha pasado algo.

—Quiero una respuesta —dice con un brillo tenebroso en la mirada, al tiempo que limpia sus gafas de concha con la mano que tiene libre—. ¿Te has vuelto adicta, o qué? Mi chica. La madre de mis hijos es... drogadicta. ¿Lo eres, Mia? Tú ya sabes... podía esperarme muchas cosas de ti. Pero esto... ¿En qué demonios estabas pensando? ¿Pensaste que la vida ya no es divertida, y los niños me tienen esclavizada, o sea que voy a drogarme en lugar de cuidarlos? Aquí en el sofá ya se arreglará todo, ¿verdad?

Mia mira al suelo, en su rostro se reflejan los mismos sentimientos que en una hoja en blanco. Sus manos, con las uñas de color lila oscuro y desconchadas, descansan inmóviles entre sus robustos muslos. Hoy también lleva puesta una chaqueta de lana de hombre. Agrandada de una manera poco favorecedora su cuerpo, ya de por sí, voluminoso.

—Un momento —interrumpo a Patrik—. ¿Podrías contarme qué es lo que ha pasado?

Patrik suspira hondo, se rasca el pelo rubio que lleva peinado hacia un lado y endereza las piernas. Los tejanos son tan ceñidos que solo con mucho esfuerzo logra estirar sus largas piernas. Llegan casi hasta mis pies, al otro

lado de la mesa, y sin querer, retiro los míos por debajo de la butaca. No hay que acercarse demasiado a los pacientes.

—Cuando llegué a casa ayer alrededor de las cinco, Mia estaba durmiendo en el sofá. No había manera de comunicar con ella. La tele estaba puesta. Y Gunnel, Dios mío... Gunnel había sacado carne picada del congelador. Ya es capaz de abrirlo, y la estaba mordisqueando. ¿Lo comprendes? Mia estaba... colocada... y mi hija hambrienta mordisqueaba un bloque congelado de carne picada. Estaba manchada de sangre alrededor de la boca. ¡Era tan repugnante! Como la peor de las películas de terror. Yo ni siquiera como carne. Y Lennart... Lennart estaba durmiendo en el suelo del baño. Se había vuelto a quitar el pañal y había mierda seca en el suelo. Y en medio de todo este caos estaba Mia, la madre de mis hijos, durmiendo. ¡Colocada hasta las trancas!

Mia sigue sentada en la silla, extrañamente quieta. Sin embargo, veo unas finas perlas de sudor que brotan en su frente y se deslizan por sus sienes, y un temblor apenas visible en la comisura de los labios revela lo tensa que está. Patrik la escudriña con una mirada de asco.

—¡Deberías avergonzarte! —dice, escupiendo las palabras como si tuvieran un mal sabor.

—Muy bien, Patrik, ¿por qué crees que Mia estaba bajo los efectos de algo?

Patrik me lanza una mirada escéptica, como si dudara seriamente de mi inteligencia, y empieza a toquetear la lata de rapé que descansa sobre su rodilla.

—Las encontré. Me refiero a las pastillas. Estaban en la cocina. Sobril. Una caja entera. Supongo que sabrás lo que es, ¿verdad? Benzodiazepinas, la peor droga. Sé exactamente de qué va esto. Ya lo había visto antes. No pienso permitir que acabe con mi familia.

Patrik se vuelve hacia Mia y de pronto se levanta. Se queda de pie entre ella y yo, amenazador, como un gigantesco monolito en medio de un campo.

—Pienso proteger a los niños. ¿Lo has entendido? Aunque eso signifique que tengas que mudarte. Pienso protegerlos.

Vuelve a escupir las palabras y unas diminutas e invisibles gotas de saliva me alcanzan en la mejilla. Mia sigue inmóvil, pero veo cómo unas grandes y pesadas lágrimas manan por sus mejillas. De su nariz cuelga un fino hilo de mucosidad. Cada vez se hace más largo, pero ella sigue sentada sin moverse y con la cabeza gacha. Como si estuviera esperando un golpe. O como si acabara de recibirlo.

Y pienso que quizá sea exactamente lo que ha ocurrido.

—¿Cuánto tiempo hace que te sientes así? —le pregunto a Patrik.

—¿Qué quieres decir con sentirme así? Querrás decir cuánto tiempo hace que las cosas son así. No me digas «cuánto tiempo hace que te sientes así», porque no tiene nada que ver con cómo lo siento yo. Se trata de cómo es, verdaderamente, la realidad. Deja de culpabilizarme. Estoy aquí porque, en cierto modo, soy un padre responsable, porque me preocupo por que mis hijos tengan una infancia medianamente segura y saludable.

—De acuerdo. ¿Cuánto tiempo hace que consideras que las cosas están así?

Patrik suspira y saca el aire. Sigue de pie, en mitad de la sala. De pronto agita sus enormes puños, como si la pregunta fuera un irritante insecto que intenta espantar.

—No lo sé. Mucho tiempo. Digamos que desde que nació Lennart.

Ha bajado la voz y parece algo quebradiza, como si se hubiera resignado. Hay meses de noches en vela y cólicos en ella, hay soledad y desolación, y un ronco y candente dolor.

—No siempre fue así. Antes de que naciera Lennart... Mia solía juntarse todo el día con las demás arpías Odd Molly en la plaza de Nytorget para sorber un café con leche detrás de otro. Era mejor entonces. Estaba bien. Y antes de entonces, cuando nos conocimos. Estuvimos locamente enamorados durante años. Quiero decir, que sentíamos una fuerte pasión. Cuando recuerdo esos tiempos, todavía siento las mariposas en el estómago. Y Mia era... Mia era maravillosa. Social, intelectual, verbalmente. Tenía un montón de aficiones, estuvo a punto de convertirse en socia de la agencia de publicidad en la que trabaja. Pero luego... Después de los niños, después de que Mia se consumiera por el exceso de trabajo. No sé cómo explicarlo... Es igual que vivir con otra persona, muy diferente. Para mí es casi como una extraña. No es que la deteste, ni nada por el estilo. Simplemente no la reconozco.

Miro a Mia, que sigue llorando con la mirada clavada en el suelo. Pienso que yo tampoco he llegado a conocer a la persona que Patrik describe, la mujer social y comunicativa de la que se enamoró en su día. Por primera vez desde que la conozco, me preocupa seriamente su estado. ¿Y si resulta que está tan deprimida que, en realidad, necesita medidas más drásticas y contundentes que las que puede ofrecerle mi pequeña consulta? He perdido a pacientes otras veces y no quiero que vuelva a pasar.

—Mia —empiezo a decir vacilante. Le toco suavemente el hombro y el contacto la sobresalta—. Mia, ¿tú qué puedes decirme de todo esto?

Mia sacude la cabeza.

—No es... así.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no es así?

Patrik vuelve a doblar su largo cuerpo en la preciosa butaca y mira dubitativo a Mia.

—Las cosas no son como las cuenta Patrik. Es cierto, estaba cansada. Llevaba un rato durmiendo, pero desde luego no había tomado ninguna pastilla.

—¿De quién son entonces las pastillas, Mia? ¿Puedes explicármelo? —dice Patrik quedamente.

—Son mías, es cierto. Me las dio el médico de cabecera, lo sabes muy bien. Duermo muy mal. Tengo ansiedad. No sé qué hacer. Supongo que es por eso por lo que estoy tan cansada durante el día. Pero ayer no había tomado ninguna pastilla. Entonces no. Simplemente estaba terriblemente cansada.

Habla en voz baja, mira al suelo todo el tiempo, a la vez que se pasa las manos por sus corpulentos muslos.

—¡Yo no he tomado ninguna pastilla! —la imita Patrik con una voz chillona—. ¿Sabes lo patética que resultas? No hay ni un solo drogadicto que no niegue serlo. No se puede confiar en un drogadicto, ¿no lo sabías? Renunciaste al privilegio de ser creída desde el momento en que empezaste a tomar esas malditas pastillas. ¿Lo entiendes?

Miro hacia el reloj de pared y veo que pronto serán las tres. Eso quiere decir que tendremos indefectiblemente que dar la sesión por terminada. Algunas veces es así, y me veo obligada a concluir en mitad de algo doloroso o importante. A fin de cuentas, solo me pagan por escuchar sus confesiones durante sesenta minutos. Así, hago lo que he hecho tantas otras veces antes: resumo la sesión y les doy un ejercicio con el que trabajar hasta la próxima vez. Finalmente, fijamos una nueva cita para dentro de una semana.

Patrik y Mia abandonan la habitación: él primero, con movimientos bruscos, lleno de rabia contenida; y luego ella, pegada a él, arrastrando los pies, todavía con la cabeza gacha.

Como un perro.

Como el perro de Patrik.

Lo único que queda en la estancia después de que se hayan ido es un débil olor a sudor acre. Todo vuelve a estar en calma.

—¿Y Anette no es lo bastante interesante para ti?

Markus y yo volvemos a discutir.

Es la tarea más desoladora que existe. Acusaciones y recriminaciones que vuelan como bolas de nieve a través de la estancia. Con el único propósito de hacerle daño al otro. Acertar el tiro donde más duele.

Una luz gris, muy gris, se filtra a través de mis puertas acristaladas.

Fuera, el mar: crudo e inhóspito. Espuma y follaje pardo que flota en la orilla de la playa.

La temperatura que se acerca a los cero grados, ninguna persona en su sano juicio quiere ya bañarse, sentarse sobre las rocas, admirar el paisaje. Unos pájaros negros rebuscan en los charcos de agua de mi césped en busca de fríos y escurridizos insectos con los que aplacar el hambre. Árboles desnudos que, desvergonzados, estiran sus cuerpos hacia el cielo plomizo.

—No hay nada malo en Anette. Solo que no sé si quiero pasar las Navidades con ella.

Mentira.

Sí hay algo malo en la hermana de Markus. Es tan terriblemente aburrida que estando con ella parece que no pase el tiempo.

Es policía, como Markus. Vive en un suburbio donde todas las casas son iguales. Las mismas fachadas de madera barnizada de gris, las mismas camas elásticas azules en el jardín, la misma barbacoa Weber sobre los mismos pedacitos de césped delante de la ventana de la cocina. Marido, dos hijos. Los deportes de la televisión a toda marcha durante la cena. Los críos que no paran de dar la lata porque quieren dejar la mesa para poder jugar en el ordenador.

¿Por qué iba yo a celebrar las Navidades con ella? No le veo la gracia.

Ahora Markus está en desventaja. Porque ¿cómo se supone que puede argüir que debo frecuentar a Anette, cuando, de hecho, yo siempre he sido sincera y he dejado muy claro lo que pienso acerca de formalizar nuestra relación?

—Es tan típico de ti...

Es una acusación que en realidad carece de aguijón, pero su voz es tenebrosa y henchida de ira. Como aguas negras va colmando mi habitación, se cuela en el espacio que hay entre nosotros, llenándolo de su presencia.

—No. Eres. Justa.

Y ahora soy yo la que grita.

—No creo haberte prometido nunca que fuéramos a estar juntos de esta manera, ¿verdad? Nunca dije que tuviéramos que estar juntos siempre. De

esta manera, no, desde luego. Estoy harta. Desearía sentirme de otra manera, pero no es así.

—¿Sabes cómo me haces sentir?

Ahora su voz es tensa, aprieta los dientes.

Y yo sacudo la cabeza, porque ¿cómo voy a saber yo eso?

—¡Como un jodido prostituto!

No lo puedo remediar, pero su comentario me provoca hilaridad y no logro contener una risita. Me resulta absurdo.

Markus, un prostituto.

Markus, mi putita.

Me acerco a él y lo abrazo suavemente. Le doy un beso en la mejilla con barba de tres días.

—Pero, ¡amor mío! Eres muchas cosas para mí, pero una puta...

Me vuelvo a reír.

Su cuerpo está rígido entre mis brazos. Se suelta de mis brazos con determinación y me mira sin decir nada, se vuelve y sale al vestíbulo donde la ropa de abrigo y los zapatos se amontonan desordenadamente. Se pone la chaqueta y las botas de agua enfangadas. Sale disparado por la puerta principal y desaparece en la tarde plomiza y húmeda. Oigo el chapoteo de sus pies en los charcos lodosos. La puerta sigue entreabierta. El aire frío y húmedo se mete en mi sala de estar.

Se va.

Sin más.

Y yo me quedo sola.

Ahora me asalta el sentimiento de culpa, está presente en cada poro de mi piel, en el aire que respiro, en el sudor que cubre las palmas de mis manos.

Y me invade la certeza.

Se merece a alguien mejor que yo.

Extracto de historia clínica del centro ambulatorio pediátrico.

Conversación telefónica con la madre: La madre se pone en contacto con el centro porque está preocupada por su hijo. Cuenta que siempre le ha parecido retrasado y que al niño le ha costado empezar a hablar. También es torpe desde un punto de vista de la motricidad y le cuesta correr y gatear. Tiene arrebatos de cólera, tanto en el parvulario como en casa, lo que a menudo parece darse cuando no logra hacerse entender. Por lo demás, la madre piensa que su hijo es bueno aunque un poco pasivo y que le cuesta relacionarse con los demás niños. En el parvulario creen que el niño funciona relativamente bien. Tiene amigos, pero prefiere acercarse a los más pequeños, algo que puede deberse a sus retrasos en el habla. Por lo demás, no consideran que el niño tenga problemas especiales.

Explico a la madre que los niños se desarrollan a diferentes ritmos y que el desarrollo puede ser muy diferente entre un niño y otro. También resalto que su hijo parece ser un buen niño que tiene

amigos en el parvulario, algo que es muy importante. También hablamos de los problemas de la madre a la hora de manejar la rabia del niño. La madre dice que se siente desesperada e impotente cuando no logra calmar al niño. Le comento la posibilidad de que vea a un psicólogo aquí en el centro para hablar de la problemática de la condición maternal. La madre se lo pensará y volverá a ponerse en contacto con nosotros si desea tener una charla.

Ingrid Svensk, auxiliar de enfermería

Otoño en Estocolmo.

El follaje baila por Medborgarplatsen a la luz del sol poniente. Las nubes grises han cedido el lugar a un cielo brillante y azul que se refleja en los charcos que todavía cubren el adoquinado tras la lluvia de los últimos días. Hay gente por doquier, que lucha contra el frío viento por avanzar en diferentes direcciones. Desde algún lugar en Skanstull se oyen las bocinas de los coches.

Me retiro lentamente de la ventana y me meto en la consulta. Reviso las sillas que forman un círculo en la sala. Sobre la mesita bandeja que hay al lado de la puerta hemos dejado una garrafa de agua y unos vasos. Papel y bolígrafos, Kleenex. Los accesorios habituales.

Alguien llama a la puerta y Aina asoma la cabeza. Lleva el pelo recogido en un moño alto y suelto, y la chaqueta roja de punto le llega casi hasta las pantorrillas.

—Ya están aquí. Todas.

—Muy bien. Pongámonos en marcha, pues.

Unos minutos más tarde, todas estamos sentadas en las duras sillas formando un círculo. Las carcajadas y las risitas ahogadas colman la sala. Alguien abre una botella de agua mineral.

De no saberlo, nadie diría que es un grupo de autoayuda para mujeres que han sufrido agresiones. El ambiente es demasiado desenfadado para parecerlo.

La risa de Sirkka es ronca y ruidosa. Se está riendo de algo que le ha dicho Malin, al tiempo que se pasa su mano arrugada por la cabellera pelirroja. Se sube los tejanos lavados a la piedra por encima de su trasero huesudo y se deja caer a mi lado, tan cerca de mí que percibo el olor a humo de cigarrillo y a perfume barato que desprende.

Entonces me mira. Todas me miran y de pronto guardo silencio. Se me hace un nudo en la garganta y noto que mis mejillas se sonrojan.

Inexplicable.

Esta sensación de torpeza es inexplicable. Porque siempre me muestro segura en mis relaciones con los pacientes. Es cierto que a veces medito sobre la mejor manera de ayudar a una persona. Y no siempre tengo una respuesta a mano.

Pero esto es otra cosa. Esto es una especie de repentina inseguridad social que nunca antes había experimentado.

Miro desvalida a Aina a través de la sala. Ella sonríe y no parece haberse dado cuenta de la situación, pero de todos modos tiene que haber notado el vacío que se ha creado, porque interviene inmediatamente y da la bienvenida a todas de esa manera cálida y abierta, tan suya. Roza suavemente a Malin que está sentada a su lado.

—¿Nos tomamos unos minutos para contar qué tal ha ido la semana? Malin, ¿quieres empezar tú?

La boca de Malin se abre en una amplia sonrisa que deja entrever una dentadura regular y blanca. No se parece en nada a la mujer conmovedora que relató su violación la semana pasada.

—Ha sido una semana fantástica. Mi hermana mayor tuvo un bebé el martes pasado, y estuve allí celebrándolo con mamá y papá. También he entrenado bastante. A fin de cuentas, hay muchas carreras en otoño, o sea, que he corrido un montón a campo través y he subido bastantes cuestas. Un par de horas al día.

Se encoge de hombros como si quisiera quitarle importancia al esfuerzo que ha realizado y mira a Sofie, que está sentada a su izquierda.

Sofie sonríe insegura y se estira un poco el top deslavado. A pesar de la gruesa capa de maquillaje que cubre su rostro no parecer tener ni un día más de diecisiete años. Su voz es débil y ronca cuando comienza a hablar.

—No ha ocurrido nada en especial. Sobre todo he pasado el tiempo en la escuela, cosas así.

Aina asiente y hace un gesto en dirección a Hillevi, que está sentada al lado. Ha venido vestida de negro de pies a cabeza y, al igual que la última vez, está guapísima. Su corta y oscura cabellera se amolda a la preciosa forma de su cabeza, sus grandes ojos oscuros se pasean tranquilamente por la sala y sonríe levemente.

—He estado pensando mucho esta semana.

—Cuéntanos —dice Aina.

Hillevi asiente.

—Me dio mucho que pensar nuestra última reunión. Tengo que decir que me pareció muy valiente por tu parte, Malin, que nos hablaras de la violación.

Y eso me ha ayudado. Porque si tú eres tan fuerte que ya eres capaz de hablar de ello, sé que yo también podré superarlo. Lo superaremos, yo y los niños.

Malin parece avergonzada, baja la vista al suelo, pero sonrío levemente.

Aina vuelve a asentir con la cabeza y hace una anotación, y yo me siento turbada una vez más, como si no aportara nada al grupo.

Un lastre, pienso.

Miro a Sirkka, que gesticula y habla, pero de repente no oigo lo que dice. Solo veo la cabellera pelirroja y las huesudas manos. Las profundas arrugas que atraviesan su estrecha boca que se mueve sin parar mientras nos refiere los acontecimientos de la semana.

El grupo se ríe de algo que ha dicho. Aina ríe también. Entonces me mira y enarca una ceja con expresión inquisitiva.

Sonrío, como se espera que haga, y de pronto me estremezco. ¿Realmente podré solventar esto? ¿Yo, que también fui víctima de una agresión, realmente podré ayudar a estas mujeres? ¿Yo, que ni siquiera soy capaz de reunir la energía necesaria para escucharlas?

Ahora le ha llegado el turno de hablar a Kattis. Lleva su larga y castaña cabellera recogida en un moño, igual que la última vez. Pero hoy parece más cansada. Más ajada. Más deteriorada. La semana que ha pasado parece haberla envejecido a ojos vistas.

—De acuerdo —dice titubeante. Duda, como si no estuviera segura de si quiere o no contarle—. Ha sido una semana de mierda. Henrik, mi ex, ha conseguido mi nuevo número de teléfono y no ha parado de llamarme.

Se hunde en la silla y el grueso cabello castaño del moño le cae por delante de la cara, ocultándole la mirada.

Aina golpea ligeramente el bolígrafo contra la libreta.

—Kattis, ¿quieres tomarte un tiempo antes de hablarnos un poco más de ti y de Henrik? ¿Te parece bien?

Kattis se encoge de hombros sin levantar la vista y de pronto siento una extraña afinidad con la mujer que está sentada a mi lado. Debemos de tener más o menos la misma edad. Ella es pequeña y delicada, como yo. Pero su piel es pálida. A la fría luz de los fluorescentes distingo las venas debajo de la piel, fina como el papel, de su cuello. Los tejanos le cuelgan por debajo de las caderas, como si hubiera perdido mucho peso recientemente.

—Henrik y yo nos conocimos hace dos años. En casa de un amigo suyo. Realmente fue pura pasión desde el primer momento.

Kattis sonrío. Levanta la cabeza y mira alrededor, y yo caigo en la cuenta de lo guapa que es cuando parece contenta. Nunca la había visto tan alegre

antes.

—¿Pasión? —dice Aina para ayudarla a arrancar.

—Sí, fue una locura. Nos hicimos supernovios directamente, por así decirlo. Y el sexo era fantástico. Es posible que sea un comentario frívolo en este contexto, pero para mí... La verdad es que no había experimentado nunca nada parecido. O sea, que nos fuimos a vivir juntos a las pocas semanas o, mejor dicho, yo me mudé a su casa.

Vuelve a sonreír, esta vez con una sonrisa más amplia. Las demás nos hemos quedado en silencio, con las manos juntas sobre las rodillas, esperando que continúe. Aina inclina la cabeza suavemente.

Al otro lado de la ventana, el cielo otoñal se ha oscurecido y una luz azulada se filtra en la sala. Lo único que se oye es el zumbido lejano del tráfico y la respiración silbante de Sirkka. Supongo que los años de humo de cigarrillos le han cobrado su tributo a sus pulmones.

—Bueno, como sea —dice Kattis, de pronto turbada, y vuelve a mirar al suelo. Se queda en silencio.

—No hay prisa —dice Aina—. Tenemos tiempo de sobra.

Kattis se ríe, pero esta vez con una risa áspera y desconsolada.

—Es tan condenadamente difícil determinar cómo empezó... Es como el cuento de la rana, ya sabéis, que si la metes en una olla con agua hirviendo salta inmediatamente. Pero si la metes en agua fría y luego vas aumentando la temperatura lentamente... Lo que quiero decir es que empezó de una manera insidiosa. Pretendía, en cierto modo, controlar todo lo que yo hacía, con quién me veía. Luego no quiso que viera a otros tíos, ni siquiera en el trabajo. Tenía ataques de rabia, me acusaba de serle infiel, me llamaba puta de mierda. Dijo que nunca nadie me querría. Que era fea, gorda y estúpida. Que no valía nada. Cosas así. Cuando me pegó por primera vez, no me sorprendió especialmente. Me pareció lógico. Y por entonces me había lavado el cerebro hasta tal punto que incluso me pareció que me lo merecía. Que yo lo provocaba. Que debía aprender a ser distinta. Mejor.

Kattis se queda callada, inmóvil, con la mirada perdida en alguna parte, en Aina, tal vez, aunque no parece verla. Suspira y prosigue el relato.

—Estuvimos juntos un año. Y durante ese año... No sé. Es como si aquel año me cambiara de arriba abajo. A veces apenas recuerdo quién era yo entonces. Antes de Henrik. Pero la echo de menos. Quiero recuperarla. Quiero volver a ser la vieja Kattis.

Menea la cabeza y vuelve la mirada al suelo. Parece avergonzada. Avergonzada e inmensamente desconsolada.

—Pero ¿ahora ya lo has dejado? —dice Hillevi, y posa su mano sobre la rodilla de Kattis. Me doy cuenta de que Kattis se estremece con el roce, como si la quemara.

—Sí, aunque lo peor de todo... —Kattis sigue con los ojos clavados en el suelo, como si tuviera miedo de ver lo que dicen nuestras miradas, como si temiera nuestra condena—. Bueno, lo peor de todo es que yo no quería dejarle. ¡Maldita sea! —Esconde su rostro entre las manos—. No fui yo quien lo dejó a él, fue él quien me largó a mí, y me dolió mucho. Dejó de amarme y entonces fue como si yo desapareciera. Como si no existiera sin él, como si no pudiera existir sin él. No hubiera imaginado nunca que pudiera ser tan doloroso. Quiero decir... Yo entendía, como es lógico, que él era un cerdo y que debería estar contenta de que, por fin, se hubiera terminado, pero entonces... entonces fue como si me muriera. ¿Lo entendéis?

Levanta cautelosamente la cabeza, su mirada nos roza, casi imperceptible, a cada una de nosotras. Supongo que está interpretando nuestras reacciones, busca alguna señal de recelo o de aversión. De pronto parece un poco más tranquila, tal vez no ha visto lo que tanto temía.

—Eso es lo peor, lo que no puedo perdonarme a mí misma. Que, en realidad, no quisiera que se terminara, a pesar de que él era conmigo como era.

—Pero ¿ahora cómo estás? ¿Todavía sigues enamorada de él? —pregunta Sofie, sin entrar a juzgarla, solo siente curiosidad. Se atreve a preguntar lo que las demás nos preguntamos.

—No. —Kattis sonrío levemente y parece cansada—. No, ahora por fin estoy agradecida de que haya terminado todo. Y lo más irónico es que ha empezado a andar detrás de mí otra vez. Me llama cuando está bebido y quiere que nos veamos, me da la tabarra. Y cuando le digo que no, se cabrea. Me dice que me matará, y cosas así. Y, de vez en cuando, le creo. La verdad es que creo que, algún día, lo hará.

—No puedes creer eso, simplemente no debes creerlo —le dice Hillevi. Su mano sigue descansando sobre la rodilla de Kattis.

—Tiene una chica nueva, ¿os lo había dicho? Creo que viven juntos y... no sé. Cuando se pelea con ella, me llama a mí. Me dice lo bien que estuvimos juntos, me habla de lo que sentíamos el uno por el otro, el sentimiento, tan único, que compartíamos. Dice que fue algo único, algo especial. Y cuando yo le pido que me deje en paz, entonces él cambia. Dice que soy una puta de mierda. Que voy a morir. Ahora empiezo a comprender que es un verdadero psicópata, que en realidad es incapaz de sentir nada por

nadie, que solo se quiere a sí mismo, que solo puede ocuparse de sí mismo y de sus necesidades. Y luego está su nueva chica. Por un lado, espero que las cosas vayan bien entre ellos, que él siga con ella, en lugar de conmigo. Para que me deje en paz. Por otro lado, no puedo evitar pensar en que tal vez también le haga daño a ella. Entonces, ¿soy su cómplice? ¿Lo soy?

Hillevi aprieta la delgada pierna de Kattis suavemente, pero no dice nada.

Aina se ha adelantado para coger una mesa. Me he quedado sola en la consulta, recogiendo después de la sesión del grupo. Hay que meter las tazas y los vasos vacíos en el lavaplatos, hay que borrar la pizarra blanca, hay que limpiar la mesa. Del pequeño equipo de música sale la voz atormentada de Jeff Buckley. Aina se ha quejado de que mi elección de música es demasiado deprimente, pero a mí me gusta. Es posible que se ajuste a mi estado de ánimo. A lo mejor se ajusta demasiado bien.

Mientras sigo limpiando y recogiendo, me sirvo una copa de vino del cartón que quedó después de que Sven invitara a algunos colegas de la universidad a canapés y copa la semana pasada. El vino es barato y avinagrado, pero, aun así, me sobreviene una deliciosa sensación cuando el calor, tan familiar, se extiende casi al instante desde el estómago hasta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

Cumple su función, pienso.

La función es lo que cuenta.

De pronto oigo un extraño ruido que consigue atravesar la música. A pesar del dulce sosiego que el vino ha creado, siento cómo el malestar se propaga en mi interior como una descarga eléctrica. El terror es inmediato, y noto cómo el vello se eriza en mi nuca cuando de repente comprendo. No estoy sola en la consulta. Hay alguien más en el local.

Apago el CD, interrumpo Grace, el canto fúnebre de Jeff Buckley. Se vuelve a oír el ruido, sordo, ahogado. Como si alguien no quisiera que se oyera. Miro alrededor en la sala, despacio, intento comprender de dónde viene el ruido, al tiempo que busco alguna salida.

Huye.

Mi reacción inmediata es la huida.

Las grandes ventanas están negras y relucientes. Intento razonar conmigo misma, convencerme de que no hay peligro, cuando de pronto comprendo lo que estoy oyendo. Hay alguien que llora.

El baño del vestíbulo está cerrado. Llamo a la puerta y los sollozos ahogados cesan. Se abre la puerta y una mujer con los ojos enrojecidos asoma la cabeza.

Es Kattis.

Su máscara de ojos se ha corrido y dibuja unos finos arroyos negros que se bifurcan por sus mejillas, como el delta de un río en un paisaje llano. Tiene los ojos hinchados, el pelo enmarañado y las mejillas rojas. Tal vez por el dolor o la pena, o a lo mejor también por la vergüenza de haber sido sorprendida en un momento tan privado.

Kattis se restriega el rostro con las manos abiertas. Se frota la piel debajo de los ojos, un acto que provoca que los arroyuelos negros de maquillaje pasen a ser campos de un gris sucio. Me mira. Con cautela, escudriñándose.

—Disculpa. No sabía... ¿Estáis cerrando ahora? Quiero decir, ¿te vas?

Se limpia alrededor de la nariz brillante y se sorbe los mocos. Veo cómo se esfuerza por sosegar. Por recuperar el control. Yo hago algo que suelo evitar. Alargo la mano, le toco el brazo. Intento infundirle un poco de serenidad.

—No hay peligro. Solo estoy recogiendo un poco.

Kattis parece entender mi gesto. Sonríe vacilante, agradecida.

—Disculpa. En serio, disculpa. No te habré asustado, ¿verdad?

Por primera vez, me mira con atención y me doy cuenta de cómo debo de aparecer ante sus ojos. Tensa, tal vez incluso asustada, y con una copa de vino medio vacía en la mano. Miro la copa de vino de soslayo, y Kattis capta mi mirada y de pronto empezamos a reírnos las dos.

—No, en realidad, no. O tal vez sí, un poco.

Sonrío y noto cómo la tensión abandona mi cuerpo lentamente.

—Pero ¿qué es lo que te ha pasado realmente?

Kattis sacude la cabeza y se estira para alcanzar el papel higiénico del baño pequeño. Vuelvo a posar la mano en su brazo y le digo:

—No puedes quedarte aquí dentro. Ven, vamos a sentarnos.

Empiezo a caminar hacia la sala de terapia donde hace apenas media hora estábamos sentadas frente a frente. Ahora volvemos a tomar asiento y Kattis mira burlona mi copa de vino.

—Mira, es posible que te pueda parecer poco ético o algo así, pero, por favor, ¿me invitas a una copa? Estoy tan... agotada.

Kattis se sorbe los mocos y vuelve a frotarse la cara con la bola de papel higiénico. Tiene toda la razón, invitar a los pacientes a una copa de vino no es lo más adecuado, pero a su vez entiendo perfectamente cómo debe sentirse

ahora mismo. Me voy a la cocinita y vuelvo con otra copa de vino tinto. De vuelta, vuelvo a poner el CD.

—Aquí tienes. Por esta vez solo. A partir de ahora, será café o agua mineral.

Sonríe brevemente, agradecida. Le alargo la copa de vino y ella la acepta. Ávida, bebe un par de sorbos y luego se reclina en la silla y cierra los ojos.

—¡Mierda! Lo siento mucho. Disculpa. Solo que es muy duro hablar de esto. No me imaginaba que pudiera ser tan duro, la verdad. Ya sabes...

Kattis ladea la cabeza y busca mi mirada. Busca mi apoyo, que le dé la razón. Que la comprenda. Lo he visto antes y me limito a asentir con la cabeza. Suelto un débil gruñido de simpatía.

—Supongo que nunca... Que nunca llegué a ponerle palabras yo misma. Y ahora, de pronto, todo se me ha venido encima. De repente he entendido lo desahuciada que estoy. Quiero decir, ¿cómo permití que me pasara esto? A fin de cuentas, soy una persona bastante normal, tú lo sabes. He tenido otras relaciones, y fueron... normales y corrientes.

Kattis parece suplicarme con la mirada. Como si necesitara mi compasión, mi aprobación. Como si tuviera que hacerme entender que es una persona normal y corriente. No solo una víctima. Como si el hecho de haber sido agredida por su anterior pareja la deshonrara. Como si hubiera sido ella la que cometió el delito, como si ella fuera la culpable.

Aparta apresuradamente la mirada y da un largo trago de vino.

—Pero es que no es tu culpa.

Pronuncio las palabras con convicción, porque sé que es verdad.

Kattis baja la mirada a la copa de vino. La hace girar en la mano. Parece escéptica.

—Debería haberlo entendido antes. Debería haberle abandonado. Pero es que él no solo es malvado. ¿Me entiendes? El mundo no es blanco o negro. No hay ninguna persona que únicamente sea buena o mala. Y Henrik. Realmente me amaba. También. Y yo... yo quería con todas mis fuerzas que funcionara.

De pronto suena mi móvil y lo cojo y echo un vistazo a la pantalla. Es Aina. Levanto un dedo hacia Kattis para pedirle que aguarde y luego contesto. Aina está enfadada porque todavía no he aparecido y me pregunta en un tono de voz cortante si va a tener que venir a ayudarme a llenar el lavaplatos. Le prometo darme prisa y luego doy por terminada la llamada. Kattis, que ha escuchado la conversación, se acaba la copa de un trago y se pone en pie.

—Te estoy entreteniendo. No era mi intención. Me voy, pero muchas gracias por haberme escuchado. Y gracias por el vino.

Rodea la mesa y me da un abrazo espontáneo, al tiempo que repite su última frase.

—Gracias. Muchas gracias por haberme escuchado.

Aina está sentada a una mesa de madera oscura sorbiendo más que bebiendo una cerveza. Hojea el suplemento cultural de *Dagens Nyheter* y me doy cuenta de que está irritada. Hace calor y el ambiente está un poco cargado en la cervecería, y el murmullo de las conversaciones de los clientes me envuelve. Huele a comida y a algo más, algo indefinible. La mayoría de las mesas están ocupadas y pienso que los clientes parecen haber huido de la oscuridad y el frío de la calle. Como náufragos que han conseguido llegar a tierra en una isla desierta de algún lugar. Avanzo hacia Aina y me siento a la mesa pesadamente. Enfrente de mi silla hay una copa de vino intacta. Aina levanta la vista y parece que intente decidir si enfadarse o hacer la vista gorda por mi retraso.

—Echa un vistazo —dice, y señala el diario abierto con la cabeza. Un crítico comenta un libro recién publicado sobre un psicoanalista que critica el enfoque, cada vez mayor, en la terapia cognitivo —conductual y los métodos basados en la evidencia de la psiquiatría de hoy—. Me fastidia enormemente que siempre me tengan que presentar como una especie de máquina terapéutica sin capacidad para la empatía ni para pensar por mí misma —prosigue Aina—. ¿Acaso creen que es posible llevar a cabo cualquier tipo de tratamiento mínimamente razonable sin molestarse en conocer la historia o las experiencias de un paciente? ¿Realmente se imaginan que nos limitamos a leer de un manual o...? Es curioso, cuando yo empecé con la C.T. siempre creí que nosotros éramos los buenos. Que éramos nosotros los que realmente escuchábamos a los pacientes y que nos tomábamos sus síntomas en serio. Que trabajábamos con lo que realmente creían que era el problema. Pero cuando leo esto, empiezo a entender que esta gente cree que nosotros somos malos, superficiales y simplistas, y que lo único que nos preocupa es conseguir el mayor número de resultados en el menor tiempo posible. Como si no nos importara por qué hay que conseguir un resultado, como si no considerásemos el sufrimiento...

—¿A lo mejor la culpa es nuestra? —digo, tanteando con cautela esta posibilidad, curiosa por conocer la reacción de Aina.

—¿Y qué quieres decir exactamente con eso? ¿Acaso piensas igual que nuestro amigo el analista?

—Lo único que digo es que a nosotros mismos nos gusta mucho hablar de resultados y de la duración de los tratamientos, la evidencia y el dinero. Y menos de reducir el sufrimiento humano...

—Ahora sueñas igual que ellos.

—No, no es verdad. Simplemente no me gusta la gente que solo piensa en blanco y negro. No entre analistas, no entre nosotros.

Aina sacude la cabeza y tira el diario.

—¡Qué más da! He encargado comida también, albóndigas. Supongo que las traerán en cualquier momento. ¿Por qué te retrasaste tanto? ¿Cuánto tiempo se tarda en cargar un lavaplatos?

Se me queda mirando un buen rato, no me suelta con la mirada.

—¿Has estado bebiendo? Tienes vino tinto en la comisura de los labios.

Me tapo instintivamente la boca con la mano, como para ocultar los posibles rastros de mi pecado. Aina se da cuenta de mi gesto y sonrío recelosa.

—Te he pillado con las manos en la masa. Has estado bebiendo vino en la oficina. Muy mal. ¿Por qué? ¿Apareció Sven?

Niego con la cabeza y me doy cuenta de que, en realidad, no tengo ganas de hablarle a Aina de Kattis.

—Solo que pasó una cosa. Totalmente inesperada.

—¿Y?

—Una de las chicas del grupo.

—Querida Siri, ¿podrías ser un poquito más explícita? Así no tendría que sacártelo palabra por palabra.

Aina vuelve a parecer irritada y lo único que quiero es aplacarla. Esta noche no tengo fuerzas para soportar a una Aina malhumorada. Decido contarle lo de Kattis, pero omitir lo del vino. Sé que a Aina no le va a gustar, con toda la razón del mundo. Además, no me quiero arriesgar a tener que escuchar un discurso más sobre mis costumbres alcohólicas. Ya tengo bastante con que Markus se queje constantemente de ellas. Me apresuro a contarle lo que ha pasado y Aina escucha interesada con los ojos entornados.

—De acuerdo, entiendo. ¿Por qué no me lo dijiste enseguida? Sin más. ¿Crees que se derrumbará?

Cierro los ojos y medito. Veo a Kattis. El cuerpo enclenque, los brazos que se cierran alrededor de su torso en una postura que parece que le hayan

puesto una camisa de fuerza. Las mejillas cubiertas de lágrimas. Pero también su mirada, cómo se irguió.

—No lo sé, pero no lo creo. Hay algo en ella que es fuerte. Íntegro.

Una ruidosa pandilla de chicas se sientan a la mesa de al lado. Traen consigo una nube de olor a cigarrillos y a lana mojada y me doy cuenta de que han salido a fumar. Aina y yo nos miramos y cambiamos de tema. Nada de hablar de trabajo cuando nos pueden oír.

—En realidad, ¿cómo te va con Markus?

No es la charla que más me apetezca tener ahora mismo. El sentimiento de culpa después de nuestra última discusión me sigue escociendo. Últimamente tengo la sensación de andar por ahí siempre con un nudo difuso en el estómago. La sensación corroyente de que no doy abasto, que me he equivocado. A veces no se me ocurre qué es lo que he hecho. Solo que he hecho algo. Veo ante mí el rostro de Markus. Su pelo revuelto, su escasa barba rubia de dos días. Los labios turgentes. Y luego sus ojos, su mirada triste y herida. Suelto un suspiro involuntario.

—Más o menos —dice Aina, y detecto auténtica simpatía en su mirada.

—Lo decepciono constantemente. No puedo darle lo que él quiere.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Lo quiere todo, todo el kit. Ya sabes. Quiere una especie de idilio familiar, exactamente igual que el que tienen sus papás allí arriba, en Norrland.

Noto cómo el malestar crece en mí al pensar en su familia. En la idealización provocadora que hace Markus de su felicidad familiar. Como si fuera algo que todo el mundo pudiera tener, como si solo hubiera que hacerse con ella. Casi como comprar una mesa nueva, o un sofá.

—Markus es joven, y a veces es muy ingenuo.

Sacudo la cabeza. Miro mi copa de vino que está casi vacía.

—¿Y si resulta que no lo es? Me refiero a ingenuo.

Aina se retira un mechón de pelo rubio de la cara y me mira inquisitiva.

—¿Y si eres tú quien no da su brazo a torcer, que no se atreve a dar el paso?

La miro sorprendida, porque suele ser la que se muestra escéptica respecto a mi relación con Markus.

—Al parecer te gusta mucho, y aun así, te acobardas. De algún modo, no te atreves a afrontar vuestra relación. Creo que deberías meditar qué es lo que realmente quieres, porque no eres precisamente muy simpática con Markus.

No entiendo qué es lo que pretende Aina. Suele ser muy leal. Siempre se pone de mi lado. Estoy a punto de contradecirla, pero me interrumpe un amable camarero que deja un plato con una gigantesca porción de albóndigas sobre la mesa. Suspiro y levanto la vista, fijo la mirada en el naípe que extrañamente ha acabado en el techo y que lleva allí desde siempre. Cuando vuelvo a enfrentarme a la mirada de Aina, me encojo de hombros y luego agarro los cubiertos.

La discusión ha terminado.

Estoy sola en la consulta, firmando expedientes y encargándome de otras tareas administrativas. Es tarde y debería irme a casa, cenar, ver la tele con Markus. En su lugar me como una gominola. Llevo todo el día sintiéndome mal, parece una leve pero pronunciada resaca, como si tuviera un traicionero dolor de estómago latente en mis intestinos que está a punto de declararse.

La consulta está silenciosa, oscura y desierta. Percibo en algún lugar de la habitación el olor a una vieja piel de plátano, me revuelve el estómago. Después de buscar un rato, localizo la piel parda detrás de la papelera. Con la nariz fruncida me la llevo a la cocina y la tiro en el cubo de la basura.

En el mismo momento que vuelvo a mi despacho me suena el móvil. Es mi hermana mayor que quiere recordarme el cumpleaños de mi sobrino. Su voz es alegre y me habla de su nuevo trabajo y unas futuras vacaciones, pero cuando se entera de que sigo en el trabajo observo su preocupación.

—¡Pero si ya son las ocho! ¿Cuánto tiempo piensas quedarte allí?

Yo me río, sorprendida por su solicitud.

—Ni un minuto más de las nueve, pero los expedientes no se escriben solos, desgraciadamente.

—Yo creía que tenías ayudantes para hacerlo.

Me vuelvo a reír. Esta vez, con más fuerza. La sola idea de que unos pequeños asistentes, probablemente mujeres, pudieran andar por aquí con las notas para los expedientes listas para ser escritas, me hace sonreír. Es cierto, tenemos a Elin, pero ella apenas es capaz de llevar la cuenta de las citas. No me atrevo siquiera a pensar en lo que pasaría si tuviera que pasar mis anotaciones a limpio. Me vienen a la cabeza conceptos como «tratamiento equivocado» y «consejo disciplinario».

—Sí, claro, un hombre. De unos veintipico años, tal vez. Ya sabes, antes de que les haya dado tiempo a avinagrarse y se nieguen a bajar a comprar bollos y a recoger mi ropa en la tintorería.

Presiento que sonrío ampliamente, aunque no pueda verla.

Naturalmente, me quedo hasta pasadas las nueve. Corro escaleras abajo. Tanto porque no me gusta permanecer demasiado rato en la escalera oscura, como porque quiero llegar a casa cuanto antes.

El viento que me golpea al abrir la puerta es, si cabe, aún más glacial que antes. El constante rumor del tráfico rodado en Götgatan envuelve la plaza como una suave manta sonora. Siempre presente, pero en ningún caso molesto. Vislumbro el contorno de la gente que se desplaza, aparentemente sin rumbo, por Medborgarplatsen en medio de la oscuridad compacta.

Echo el cuerpo hacia delante contra el frío viento.

A mi derecha veo el restaurante tailandés. El pequeño neón centellea en la oscuridad, como una solitaria bengala en la noche. En la escalera de los baños Forsgrenska un grupo de borrachos comparte concentrado una botella.

Junto lentamente mis bolsas y me dirijo al cajero automático, le doy una vuelta más a la bufanda que llevo alrededor del cuello en un intento de evitar que el frío aire otoñal penetre mi fino abrigo.

Lo veo casi de inmediato. Sus pasos son inseguros y solo lleva una camiseta, tiene que estar pasando mucho frío. Lleva las manos metidas en los bolsillos de los tejanos hechos jirones y va tocado con un gorro rojo en la cabeza.

Alejo discretamente mis pasos del tipo a todas luces ebrio y doblo hacia el restaurante tailandés. Miro hacia el asfalto mojado como si me interesara. Estrujo el bolso que llevo en la mano.

Sin embargo, parece querer algo de mí. Su mirada es tan vacía como el oscuro cielo sobre nuestras cabezas. Se tambalea levemente hacia delante y hacia atrás y de pronto tengo miedo de que se caiga.

—¿Tienes diez coronas para una hamburguesa?

De repente me siento compungida. Los adictos son cada vez más jóvenes. Adivino que el chico de la camiseta debe de tener unos quince años, no más. Sin embargo, de la misma forma que me siento mal por el chico drogado, también siento terror por la oscuridad y por lo que sé que es capaz de hacer un drogadicto que necesita dinero. Sea este un niño o no.

Me apresuro a rebuscar en los bolsillos de mi abrigo. El izquierdo está agujereado. En el fondo hay un agujero en el forro barato y fino. No tengo

ninguna moneda suelta. Empiezo a toquetear torpemente la cremallera del bolso. Tengo los dedos entumecidos por el frío y no me obedecen.

—¿Te está molestando?

Levanto la mirada, la despego del chico flaco y congelado. Al principio, solo vislumbro una silueta contra la luz del centro comercial de Söderhallarna, luego empieza a tomar forma poco a poco. Es alto y fuerte y lleva la cabeza rapada. Un chaquetón de plumas negro, tejanos, un tatuaje que asoma por debajo del jersey, una especie de bolsa deportiva en la mano. Podría ser un trabajador o un instructor de gimnasio o un vigilante jurado cualquiera. A pesar de su tamaño y sus atributos parece amable. Simpático.

—No, o mejor dicho... Solo quería que le diera un poco de dinero para una hamburguesa.

—¿Para una hamburguesa? —El hombre sonríe levemente, como si ya hubiera oído esa mentira miles de veces antes. Se mete la mano por dentro del chaquetón y saca una billetera de piel gastada. Luego extrae un billete arrugado de cincuenta coronas y se lo ofrece al sorprendido chico que no parece creer a sus propios ojos. Se apresura a coger el billete, alza la mirada hacia el hombre y farfulla un «gracias». Hay un destello en su mirada. Un sentimiento, un pensamiento, pero luego su rostro se vuelve vacío e inexpresivo de nuevo. De pronto me asalta la sensación de que los dos se conocen de alguna manera. Hay algo en aquellas rápidas miradas que intercambian, algo en la forma en que el chico atrapa el billete al vuelo.

Sale corriendo en dirección al Jardín de Björn. El viento agarra su camiseta. Se la levanta dejando la barriga al descubierto, pero él no reacciona.

—¡Espera! —le grito—. Espera, ¿no tienes frío? Ven, ¿no quieres que te dé mi bufanda?

El chico se vuelve hacia mí. Me mira a la cara, sus pálidos labios se separan en una sonrisa burlona.

—¡Anda, vete a la mierda!

El hombre se ríe. Abre los brazos en un gesto resignado y luego se vuelve hacia mí.

—¿Eres Siri?

Me quedo tan sorprendida que me limito a asentir con la cabeza. ¿Cómo puede saber quién soy?

—Yo soy Henrik —dice, me tiende la mano y yo se la cojo automáticamente. Registro que su mano es cálida y fuerte. Todavía sigo sin entender quién es, su nombre no me dice nada, no lo reconozco. Un extraño.

—No sabes quién soy, supongo.

Sigo incapaz de hablar. Sacudo la cabeza. Tirito de frío cuando una gélida ráfaga de viento atraviesa mi fino abrigo.

—Me parece que mi antigua novia asiste a una especie de grupo en tu consulta, un grupo para mujeres maltratadas.

De pronto me siento terriblemente sola en aquella enorme y oscura plaza. Nada de lo que ha dicho Vijay acerca del grupo y su conducción me había preparado para esto.

—No puedo responderte a eso, tienes que entenderlo. Estoy sujeta al secreto profesional.

Intento parecer enérgica y resoluta. Manifestar un aplomo que, en realidad, no tengo. La verdad es que tengo tanto miedo que mis piernas apenas me sostienen. El hombre que maltrataba a Kattis, el hombre que ella misma llama psicópata, está delante de mí en la oscuridad de Medborgarplatsen.

—Disculpa, comprendo, por supuesto que lo comprendo. Pero si, pongamos por caso, Kattis asiste por alguna razón a un tratamiento en tu consulta, me gustaría poder hablar contigo.

Mira al suelo. Casi parece abochornado.

—Y entiendo que tampoco puedes responderme a esto. Tampoco puedes hablar conmigo, ¿tengo razón?

—Sí, la tienes.

—Lo siento mucho. No era mi intención entrarte de esta manera, pero pensé que no querías hablar conmigo si te llamaba por teléfono. Solo quería...

Titubea, busca las palabras.

—Creo que quiero explicarme. Quiero que lo entiendas. No es todo tan sencillo como parece. Quiero que tengas mi versión también. ¿No podrías escucharme, sin más?

—Yo... No puede ser, no puedo hablar contigo, tienes que entenderlo.

Suelta una risa apenas audible, como si pensara que lo que digo es muy gracioso, y echa la vista por la plaza desierta.

—Debería de haberlo supuesto —farfulla.

—¿Qué?

Suspira hondo, escarba el fango pardo que cubre el suelo con el pie.

—Olvidalo, ya no te molestaré más.

Entonces vuelve su espalda maciza hacia mí.

—¡Espera! ¿Cómo sabes quién soy? ¿Cómo sabes dónde trabajo?

Me mira por encima del hombro, parece sorprendido. Como si no entendiera por qué le hago esta pregunta. Como si no le pareciera importante. De nuevo, se vuelve lentamente hacia mí.

—Consulté vuestra página web después de hablar con Kattis. Hay una foto de ti. Y también aparece vuestra dirección. Así de sencillo. No es muy difícil encontrar a alguien.

Se encoge de hombros y da unos pasos hacia mí. Parece cansado. Tiene los ojos apagados y los párpados enrojecidos.

—Te he enojado, ¿verdad? No quería asustarte. Solo pretendía hablar.

Ahora su rostro está muy cerca de mí. Tiene la piel morena por los rayos UVA y un poco arrugada. Me aprieta el brazo, un poco demasiado fuerte, un poco demasiado, pero luego parece decidir que lo mejor será soltarme.

—Solo quiero que sepas que no todo es como dice Kattis. Tiene una imaginación muy viva.

—Muy bien. Comprendo —digo. Mi voz es quebradiza y débil.

Sin decir nada más, se agacha, coge su bolsa deportiva, se pasa la mano por la cabeza rapada, se vuelve y desaparece en la oscuridad como si tuviera una reunión muy importante a la que asistir.

Doy un paso atrás, me apoyo contra el muro de un edificio y devuelvo sobre el empedrado negro.

Extracto de las actas del equipo de asistencia a los alumnos.

Escuela de enseñanza primaria y secundaria de Älvängen.

Laila Molin, profesora jefe de la clase 2B, describe ciertas dificultades con un niño de la clase. Todavía no ha resuelto el código de lectura y tiene grandes problemas para aprender las letras. Es capaz de escribir su nombre. Laila considera la posibilidad de que tenga dificultades específicas para leer y escribir y propone que tenga una sesión con la profesora de educación especial, Gunvor Blomkvist, medida que apoyan todos los presentes en la reunión. Laila también cuenta que a veces el niño tiene graves accesos de cólera si algo no sale como él quiere. No suele ocurrir a menudo en las clases de Laila, sino que parece ser un problema mayor en las clases de educación física y de artes plásticas que tiene con otros profesores. El profesor de educación física cree que los demás niños se burlan del chico porque es un poco torpe y obeso. Ningún otro profesor ha observado tales tendencias. Decidimos que el chico se reúna con Gunvor Blomkvist para trabajar de forma más intensiva con la lectura.

Resumen por

Siv Hallin, asistente social de la escuela

Sábado por la mañana.

El dormitorio está lleno de luz y los rayos de sol entran por la ventana, cegándome cuando intento abrir los ojos. Ha dejado de llover. Durante la noche, la lluvia golpeaba contra los cristales de la ventana con tal fuerza que llegué a creer que estaba granizando, pero ahora todo está en silencio. Estoy sola en la cama de matrimonio. Markus trabaja, o al menos eso dice. No sé por qué, pero en cierto modo me resulta gratificante que no esté aquí.

Me envuelvo en la colcha y cruzo el frío suelo de madera hasta llegar a la ventana. La superficie de la bahía está cristalina. Los arcos de la otra orilla están a punto de perder lo poco que queda de su antes tan frondoso follaje. Unas valerosas hojas rojas y anaranjadas siguen pendiendo de las copas esqueléticas. Pronto caerán ellas también. Abro la ventana y respiro el aire puro. Dejo que los cautelosos rayos del sol otoñal rocen mi rostro. Cierro los ojos. Respiro.

Ahora mismo, el mundo es bello.

En la cocina hace aún más frío, si cabe. Meto unos leños en la vieja estufa y arrugo unas hojas de periódico que luego seguirán a la madera por la portezuela.

Café y un bocadillo. *Dagens Nyheter* del viernes todavía sin leer. Tiemblo y noto cómo llega el malestar en oleadas. A lo mejor estoy enferma. ¿Gripe estomacal? O simplemente estoy cansada.

La experiencia de la pasada noche me vuelve a la mente. Veo a Henrik ante mis ojos. Su mirada, los párpados enrojecidos, sus ojos que me miraban fijamente, que se negaban a soltarme. La cabeza rapada, su actitud. Había algo militar en su proceder. De pronto caigo en la cuenta que parecía un madero. Uno de los que están cansados y desilusionados, de los que salen en los artículos de crítica social en los periódicos y que vemos en las pelis. Uno de los que van en los furgones de la policía y que golpea a los malhechores con su porra en lugares donde no deja marcas.

No uno como Markus.

Markus es difícil de catalogar como madero. Tan difícil que ni siquiera puedes llamarle madero. Policía, de acuerdo, pero madero no. Ni tampoco es el típico agente de policía joven que tiene un papel secundario en la serie de televisión, el entusiasta que, ya desde el principio, sabes que se verá metido en líos más o menos a mitad de la película.

Markus es joven, a veces casi un cachorro. A veces, sus eternos juegos en el ordenador, sus SMS, su Facebook y su MSN me sacan de quicio. Me hacen sentir vieja. Como su madre. Me exasperan su ingenuidad y optimismo adolescentes. Su fe inquebrantable en que todo saldrá bien. Sin embargo, a su

vez tiene una autoridad y una calma que envidio. Una y otra vez, me veo obligada a revisarlo y darme cuenta de que no solo es ese mocoso, sino también un ser humano serio e inteligente, de buena voluntad. Cuando Markus te escucha te sientes escuchada. Cuando Markus habla, los demás lo escuchan. Y muy pocas veces monta en cólera, es capaz de mantener sus sentimientos a raya.

Entiendo muy bien por qué los que en su día lo admitieron en la Escuela Superior de Policía pensaron que sería un buen policía, y puedo entender por qué ha acabado en la brigada criminal en lugar de en las fuerzas de orden público. Tiene una mente analítica, le resulta fácil detectar patrones y conexiones. Ahora, cuando no está aquí, me doy cuenta de lo mucho que lo echo de menos. Su cuerpo y su calor, sí, pero también su compañía.

¿Qué postura debo tomar?

Pienso en lo que me dijo Aina la otra noche. Que tal vez sea una cobarde, que no me atrevo a darle una oportunidad. Tal vez sea así, no lo sé. Solo sé que lo comparo constantemente con Stefan, a pesar de que no debería. Que esto es lo más prohibido. Comparo su cuerpo, su intelecto, su alma. Comparo, y Stefan siempre sale airoso de la contienda. Pero ¿y si dejo que Stefan gane, solo porque ya no está aquí? ¿Para librarme de tener que tomar una decisión? ¿Porque no quiero echar a perder lo último que me queda de Stefan?

Stefan está muerto y Markus vive. Sé que me veré obligada a enfrentarme a ello, antes o después, solo que ahora no.

En su lugar, vuelvo a pensar en Henrik y la extraña reunión de ayer. A pesar de que se confrontó conmigo en un espacio abierto donde había gente alrededor, a pesar de que se mostró discreto y amable, la amenaza era palpable. Solo pensar en el daño que le hizo a Kattis me lleva a estremecerme.

Todas las mujeres de nuestro grupo.

Tan diferentes entre sí.

Sin denominadores comunes, salvo por este, que fueron sometidas a malos tratos por alguien en quien tenían que haber podido confiar. Un compañero, un marido, un novio, un padrastro.

Me pregunto por qué Henrik, en realidad, me vino a ver. ¿Será por demostrar su poder? ¿Para darle a entender a Kattis que siempre sabe lo que ella hace? ¿Le hará daño? ¿Podría estar en peligro? Tal vez esté exagerando, resulta difícil mostrarse neutral cuando tú misma has sido víctima de la violencia y has estado amenazada. Dejo que mis pensamientos fluyan libremente, sopeso los pros y los contras, pero luego me pongo en pie y me

acercó al armario donde guardo los expedientes. Siento que tengo que hablar con Kattis de esto.

Que tiene derecho a saber.

La conexión tarda en establecerse, pero de pronto suena el teléfono y Kattis contesta. Su voz es bronca y suena como si acabara de levantarse. Me doy cuenta de que ni siquiera sé la hora que es y lanzo una rápida mirada al pequeño reloj magnético que tengo colgado en la puerta de la nevera. Las ocho y cuarto. De un sábado por la mañana. Tal vez sea demasiado pronto.

—Soy Siri Bergmann, ¿te he despertado?

Me avergüenza haberme lanzado a llamarla, pero, a su vez, siento que no podía esperar.

—¿Siri?

La voz de Kattis, inquisitiva, insegura.

—Sí, Siri, del grupo. Siento muchísimo haberte despertado de esta manera, de verdad, pero tengo que hablar contigo de un asunto.

—¿Ha pasado algo?

Detecto la preocupación de Kattis, el miedo que atraviesa sus concisas frases como un punzón.

—Disculpa, me temo que te he asustado. Mira, ha ocurrido una cosa, pero no hay... peligro. Ahora mismo, no hay ni el más mínimo peligro. Solo quería hablar de ello contigo. Y tal vez sea mejor que no sea por teléfono.

—¿Sabes qué? La verdad es que me va muy bien que nos veamos hoy.

Kattis parece ansiosa y supongo que quiere saber. Y la entiendo. Vuelvo a mirar el reloj de soslayo, pienso cuándo podría acercarme a la ciudad y dónde podríamos vernos. Tengo un montón de trabajo que debería terminar. Una ocupación de lo más adecuada para un sábado. Deberíamos poder reunirnos en la consulta. No habrá nadie más allí.

—Podemos reunirnos en la consulta, esta misma tarde. Alrededor de las cuatro. ¿Te parece bien?

—¡Desde luego! Allí estaré.

Luego el silencio, un silencio que contiene la duda.

—¿Estás segura de que no hay peligro?

—Por supuesto, absolutamente. Seguro.

Damos por concluida la conversación telefónica y me quedo allí sentada. Me siento como una mentirosa. ¿Cómo puedo jurarle que no hay peligro? A fin de cuentas, ni yo misma lo sé.

La consulta está desierta. Tal como había previsto, no hay nadie trabajando un sábado por la tarde. Probablemente, Aina esté dándose el lote, completamente despreocupada, con Carl-Johan, su último ligue con el que, sorprendentemente, ya lleva un tiempo. Seguramente, Sven esté trabajando en su casa de veraneo en Roslagen. Es allí adonde va cada fin de semana después de la separación de Birgitta. No tengo ni la menor idea de lo que puede estar haciendo Elin un sábado por la tarde. Apenas sé nada de ella, y me doy cuenta de que, de hecho, no me interesa ni lo más mínimo, lo que me asusta un poco.

Echo de menos a nuestra antigua recepcionista. Marianne, que está ingresada en un centro de rehabilitación en Dalarna, donde se recupera de las secuelas de un accidente de tráfico. Sé que tendrá que quedarse allí mucho tiempo, y que lo más probable sea que no vuelva nunca a la consulta. Me parece triste e injusto.

Llaman a la puerta de la consulta y me acerco para abrirla. Kattis está afuera, como de costumbre, con su larga cabellera castaña recogida en una cola. Lleva unos tejanos estrechos, unas botas de caña muy alta atadas con cordones y un poncho de punto. Me doy cuenta de que es guapa, a pesar de los rasgos faciales ligeramente consumidos, sobre todo alrededor de los ojos y la boca, algo en lo que hasta ahora no me había fijado, pero que salta a los ojos.

La invito a entrar y ella se mueve intranquila y nerviosa en el pequeño vestíbulo. Se pone los protectores azules de plástico por encima de las botas y se deja puesto el poncho. Puesto que la consulta está vacía nos sentamos en la sala grande de conferencias que también hace las veces de estudio de trabajo y comedor. Salgo a la cocina y lleno dos tazas con café de la máquina, rebusco en el armario para ver si encuentro alguna pasta o algún bollo, y al final saco un cubo de plástico rojo lleno de galletas de vainilla de la pastelería Kakbagaren de Vingåker. Cuando vuelvo a la sala, Kattis está sentada con la cabeza gacha retorciéndose la coleta entre los dedos. Levanta la cabeza y me mira.

—Es Henrik, ¿verdad? Sé que es Henrik. Cada vez está peor. Desde que consiguió mi número de teléfono no para de llamarme constantemente.

Kattis se queda en silencio y me mira implorante. Como si quisiera que la detuviera. Como si yo fuera la única capaz de hacer que todo vuelva a estar bien.

—Es Henrik, ¿o qué? —repite—. ¿Qué ha hecho?

Asiento con la cabeza, lamento que así sea. Le pido disculpas, como si todo fuera mi culpa.

—Me vino a ver ayer por la noche. Aquí fuera. Apareció de la nada.

Hago un gesto vago en dirección a Medborgarplatsen.

—En realidad, su comportamiento no fue amenazante. Me dijo que solo quería hablar, a la vez que... Es difícil de explicar, pero era como si estuviera, no sé, ansioso, un poco demasiado ansioso. Me asusté.

Kattis me contempla. Su rostro está sereno. Neutral, a pesar de un pequeña, casi inapreciable, arruga en el ceño.

—Lo siento mucho, Siri. Lo siento muchísimo. Es culpa mía. Me temo que le comenté que venía aquí. —Kattis suspira hondo—. De haber sabido lo que todo esto pondría en marcha, nunca habría empezado en el grupo. Es como si saber que acudo aquí le cabrease aún más. Y luego también está la denuncia que hice a la policía.

—¿La denuncia?

Estoy sorprendida, no sabía nada de una denuncia a la policía.

—Hace unos meses, denuncié a Henrik por malos tratos, fue entonces que me informaron del tratamiento. Ya sé que había pasado casi un año y que no tenía pruebas, pero...

—¡Muy bien! ¿O no...?

Busco la mirada de Kattis inquisitiva.

—Desde luego. Aunque también fue horrible, la verdad. Quiero decir, ¿quién sabe lo que se le puede llegar a ocurrir? Y todo eso. Y ahora, pues eso, se acerca el día del juicio.

Lucha por contener las lágrimas.

—Deberías llamar a la policía que se encarga del caso. Contarles lo que ha pasado. Ellos pueden ayudarte, te pueden dar distintos tipos de dispositivos de alarma. Contacto directo con la policía.

—¿Eso crees? A lo mejor solo piensan que soy... una histérica, o algo así. Hasta el momento, no se han mostrado precisamente impactados por lo que les he contado.

—Estoy absolutamente convencida de que es lo mejor que puedes hacer.

En mi cabeza, los pensamientos se entrecruzan.

La charla con Kattis despierta unos recuerdos muy dolorosos en mí. Pienso en mi caso, en mi negativa a recibir ningún tipo de protección, y en las consecuencias que podía haber tenido, y me corroigo por dentro. Medito si debería contárselo a Kattis. Contarle lo que yo he pasado. Explicarle por qué

necesita más ayuda. Al fin y al cabo, es para protegerla que me he reunido hoy con ella, que le he contado lo de Henrik.

—No sé lo mucho o poco que sabes de mí, Kattis, pero a mí también me acosaron.

Kattis asiente con la cabeza y mira sus manos. Por un segundo, parece incluso incómoda.

—Bueno, verás, se ha comentado algo, desde luego. Cómo aquel loco casi te mata en tu propia casa. También apareció en los periódicos cuando ocurrió.

—Vivía sola, igual que tú. Hace unos años, mi marido, Stefan, murió en un accidente, o sea, que solo quedábamos yo y el gato. En cierto modo, sentía que la casa era lo único que me quedaba de Stefan, y aunque hubiera sido mejor para mí trasladarme a la ciudad, me quedé en mi casa. Simplemente no soportaba la idea de abandonarla, porque habría sido lo mismo que abandonarle a él. Por lo tanto, cuando empezaron a pasar cosas raras opté por no creérmelas de verdad. Tardé mucho tiempo en aceptar que, de hecho, estaba siendo acosada y que iba en serio, que no se trataba de alguna broma pesada. Aun así, me negué a recibir cualquier tipo de protección durante mucho tiempo. En cierto modo, sentía que podría violar mi intimidad. Que yo no había hecho nada malo y que, por lo tanto, no necesitaba cambiar mi vida. Esa postura estuvo a punto de costarme la vida. Debería haber seguido los consejos de la policía y haberme marchado inmediatamente. Debería haber aceptado todos los dispositivos de alarma y todo tipo de protección. ¿Lo comprendes? Quiero que lo sepas, porque no quiero que te pase lo mismo a ti.

Sus ojos no se despegan de mi rostro. En su mirada veo cómo varían los sentimientos: simpatía, consideración, miedo, dolor. Y solidaridad. Una revelación que nos ha unido. Ya no somos simplemente paciente y terapeuta. Nos unen nuestras experiencias. Con mucha cautela, Kattis alarga la mano y la posa sobre la mía. Es una sensación muy agradable. Reconfortante. Dejo que siga allí.

—¿Interrumpo algo?

Aina ha aparecido en la puerta de la sala de conferencias. Tiene las mejillas encendidas y lleva suelto el pelo largo y rubio que le cuelga libremente sobre la vieja chaqueta de cuero. Veo sorpresa en su mirada, y algo más, algo inidentificable. Tal vez rabia. Retiro la mano. La escondo debajo de la mesa. Mis mejillas arden y la vergüenza se propaga en mi interior, se ramifica rápida como un rayo.

—Acabamos de terminar. Es que ha pasado algo.

—Muy bien, pues... ¿qué es exactamente lo que ha pasado?

Aina apoyada en el marco de la puerta. Con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, yo ya me voy. Ahora mismo.

Kattis coge su bolso y se pone en pie, pasa por el lado de Aina, que no se ha movido, y sigue adelante hacia el vestíbulo. Se quita los protectores azules de los pies y los deja en la cesta reservada a los protectores usados. Agarra el pomo de la puerta, pero entonces se vuelve y busca mis ojos, a sabiendas de que Aina no ve su rostro. Lanza la mirada al cielo y sonríe de una manera diríase que casi conspiratoria. No puedo contenerme y le devuelvo la sonrisa. Al siguiente instante ha desaparecido.

—¿De qué iba eso? —Aina sigue de pie en la puerta, y parece irritada, pero también curiosa—. Me refiero a eso de estar cogida de la mano de una paciente en una consulta vacía. Quieres sustituir a Markus, ¿o qué?

Sonríe levemente, pero en realidad no parece muy contenta. Solo furiosa y eso otro a lo que no consigo ponerle palabras.

—No es como tú crees.

Mi voz es inesperadamente chillona y alta. Es la voz que tengo cuando discuto con Markus y durante un breve instante me veo a mí misma desde fuera. Pienso en que, por lo visto, no puedo dejar de pelearme con la gente.

—Pues, ¿cómo es entonces?

El semblante de Aina, casi sarcástico. Como si participáramos en un drama ya realizado.

—Lo mejor que podrías hacer es contármelo sin más. Ahora en serio, Siri. Te encuentro cogida de la mano de Kattis. Aquí, en la consulta. Entiende que me parezca un poco raro. La semana pasada estabas aquí, consolándola después de la sesión con el grupo. En realidad, ¿qué es lo que está pasando entre vosotras?

Y de pronto caigo en la cuenta de lo que no reconozco en Aina. Ese sentimiento escurridizo que no acaba de mostrarse del todo, sino que se esconde detrás de las palabras, de las formulaciones. El sentimiento que Aina intenta ocultar. Disimular.

Aina está celosa.

Gustavsberg, *noche del 22 de octubre*

Marek salta escaleras abajo de la casa ajada sobre unas piernas que nunca se cansan. Delgadas, fibradas e incansables no paran de moverse. Piernas de futbolista, piernas de ladrón, piernas que pueden huir corriendo durante horas de la banda de motoristas del lago.

En las orejas, auriculares de iPod, las manos llenas de publicidad. El pequeño remolque de la bicicleta, lleno hasta los topes de hojas de publicidad, está en el vestíbulo. Hoy vienen del supermercado Ica, que tiene precios especiales en salchichas de Falun y pañales, la inmobiliaria Svensk Fastighetsförmedling ofrece sus servicios, como si los pisos deteriorados y deprimentes del edificio fueran a ser del interés de nadie. En el remolque también hay una hoja en blanco y negro de tamaño A5 de H-I-A Allservice, que ofrece limpieza y trabajos de carpintería, bricolaje y pintura. Este anuncio lo reparte gratuitamente. La empresa es Bogdan, el primo de papá, y de vez en cuando le deja acompañarle para dar ese servicio total que anuncian. Bogdan suele pagarle bien y, por lo tanto, no le molesta ayudarlo con el *marketing*.

Svensson, Holopainen, Skogsjö.

Con el dinero que logre juntar, se comprará un ordenador y jugará al WoW con los colegas. Hoy tendrá que usar el ordenador de la biblioteca del colegio, y allí no puede jugar los juegos de ordenador ni surfear por sitios de internet para conocer chicas.

Ahora ha llegado a la tercera planta. Las paredes de color pistacho están cubiertas de millones de puntitos blancos y negros. Como si alguien hubiera salpicado todas las paredes de la maldita escalera.

Uzgur, Johansson, Rashid...

En la puerta de Johansson hay un pequeño letrero que dice «No se admite publicidad, gracias». Se aparta un mechón sudoroso de pelo de la cara y saca tres juegos de hojas de anuncios, hace un pequeño cucurucho con los tres y lo mete por la ranura del buzón. La portezuela se cierra con un chasquido. «No

se admite publicidad», los hay que pretenden ser especiales. Pues les doy el doble, así son las cosas.

Segunda planta.

La lámpara en el techo está estropeada. La única luz es la que se filtra por el hueco de la escalera desde la tercera planta y un débil centelleo verde del rótulo averiado del Systembolaget que está justo delante de la ventana.

Las puertas de los pisos parecen agujeros oscuros en la sombría y desvencijada caja de escalera. Cuesta leer los letreros.

Lanto, Tarek, Olsson...

Pero ¿esto qué es?

La puerta de Olsson no está cerrada. Una fina, una finísima franja de luz se cuela hasta el rellano.

Tantea la puerta con cautela. La cadena de seguridad no está puesta.

Su primera ocurrencia: a lo mejor hay dinero en el piso, o joyas, electrónica o algo que se pueda vender fácilmente. Luego: mangar algo en el Ica es una cosa, entrar en un piso forzando la puerta es algo muy distinto. Se da cuenta de que no sería capaz de hacerlo. Al menos solo no, tal vez si Kevin y Muhammed hubieran estado con él, pero no solo.

Estruja el papel en la mano. ¿Por dónde lo mete? ¿Por la ranura del buzón, o debería simplemente entreabrir la puerta y dejarlo en el suelo de la entrada?

Se decide por esto último. Si lo mete por la ranura del buzón, a lo mejor la cerradura de la puerta se cierre y por alguna razón no quiere que eso pase. Al fin y al cabo, parece que alguien la ha dejado abierta a propósito. ¿A lo mejor alguien que ha ido a hacer un recado y no quiere quedarse fuera?

¿A las once de la noche?

Vuelve a entreabrir la puerta, percibe un suave aroma a humo de cigarrillos y algo más. Algo dulce, orgánico, difícil de determinar.

Sus ojos se pierden en una oscura estancia. A lo lejos, a la izquierda, la luz fluye de una de las otras habitaciones. ¿Una cocina? A la tenue luz vislumbra algo al lado del felpudo floreado. Es un bolso. Encima hay una cartera. Está abierta, como un libro, y parece gruesa. Como si su interior estuviera lleno de billetes.

Es más una ocurrencia repentina que algo que ha planeado. Ágil se agacha y la recoge. Todo va automático. Es como alargar la mano para coger una manzana de una rama. Es así de fácil.

¡Shit, cómo pesa! ¿Cuánto habrá, en realidad? ¿Lo bastante para comprarle un poco de hierba a Nico? ¿Lo suficiente para un ordenador? ¿Más que eso?

El estómago se le revuelve con solo pensarlo.

Justo en el momento en que se mete la gruesa cartera en el bolsillo de la sudadera ve los pies.

La hoja de anuncios sale volando como una golondrina de papel y aterriza silenciosamente sobre el suelo de linóleo, y ve cómo el papel blanco de H-I-A Allservice se tiñe lentamente de rojo.

Da un paso atrás instintivamente, al tiempo que algo frío crece en su interior. Se retira los auriculares de las orejas y es entonces cuando lo oye. Una débil raspadura, como si alguien restregara las uñas contra un tablero. Procede del interior de la sala iluminada y él sabe que no debería, todo su cuerpo sabe que lo único correcto en este caso es salir corriendo de allí, valerse de esas fuertes piernas con las que lo han bendecido.

Porque en lo más profundo de su ser ya sabe que ha ocurrido algo fatídico en este lugar, que la mujer que yace como un saco deforme delante de sus pies no solo se ha caído sobre la alfombrilla, ni se ha muerto por un ataque epiléptico. Sin embargo, no titubea, simplemente baja la vista y se mira sus nuevas deportivas blancas, pasa cautelosamente por encima del cuerpo, por encima del gran charco, evita pisar la masa roja y pegajosa. Se va a la cocina. Escucha la música que sale de los auriculares del iPod que se oye como un chisporroteo lejano, al tiempo que la raspadura se hace más presente.

Está sentada debajo de la mesa, parcialmente cubierta de sangre. A su alrededor hay un montón de ceras diseminadas por el suelo y enfrente sostiene un dibujo que elabora con esmero con una cera azul. Marek cae en la cuenta de que cada milímetro cuadrado del papel está coloreado y se pregunta si la niña lleva mucho rato haciéndolo.

¿Cuántos años debe de tener?

Por su estatura diría que unos cuatro o cinco años. Suele saber determinarlo con facilidad, gracias a sus cuatro hermanos pequeños. Es más o menos del tamaño de Tarek, que tiene cuatro.

Con mucha cautela, alarga la mano hacia ella, le acaricia el hombro y los ojos azules de la niña se encuentran con los suyos. Su mirada es firme.

—Hola, colega. Ahora tendrás que venir conmigo.

Medborgarplatsen, *octubre*

No es una víctima.

Es todo lo que me viene a la cabeza cuando Hillevi toma la palabra.

Está sentada con la espalda erguida, vestida con un sencillo vestido de color negro, medias opacas y botas marrones de hombre. Unas gotas de agua se han posado en su cabello negro y corto y se ha pintado la boca con un pintalabios de color vino.

Tan guapa. Tan perfecta. Como una muñeca.

Sin embargo, él le pegaba. El que se llama Jakob y es su marido. El que ella dice que ama y que echa de menos. El que ella dice que respeta.

Es una tarde de otoño encapotada cuando volvemos a encontrarnos en la consulta. Como de costumbre, estamos sentadas en un círculo, nos miramos con curiosidad, casi se diría que excitadas. Aina y yo les hemos servido café y agua mineral y hemos cortado un brazo de canela de la pastelería de Söderhallarna.

Hay una silla inquietantemente vacía.

La silla de Kattis.

Intento no preocuparme por que no haya venido. No pensar en lo que puede haber ocurrido. Reprimo la imágenes que tengo del hombre de la cabeza rapada que se llama Henrik.

Hillevi se ha ofrecido para contar su historia, no, no se ha ofrecido, ha insistido. Estaba casi obstinada, como alguien que sabe lo que quiere y está acostumbrada a conseguirlo.

Las manos sobre las rodillas, sin nervios. Los ojos verdes que descansan tranquilos sobre Aina.

—Jakob y yo nos conocimos en la adolescencia, en la asociación juvenil de la Iglesia. Yo era —Hillevi se lo piensa un segundo, alza la vista hacia el fluorescente que arroja una luz fría y blanca sobre la estancia— muy joven. Muy, muy joven.

Vuelve a sonreír, pero no hay ni rastro de amargura en su sonrisa. Es cálida y bonita y perfecta, como todo lo demás en ella.

—Es decir, que hemos estado juntos prácticamente toda la vida. Nos hemos criado juntos. Nos hemos casado. Hemos construido una familia.

Entonces se queda callada un rato, como si estuviera rebuscando entre los recuerdos pero no consiguiera encontrarlo.

—¿Cómo era vuestra relación al principio? —pregunta Aina.

Hillevi se ríe mansamente y se mira las manos cuidadas, las uñas cortas y pintadas de un rojo intenso. El sencillo y enorme anillo de plata.

—Era fantástica. ¿No es siempre así al principio? Estábamos muy enamorados. Estamos muy enamorados ahora mismo.

De pronto le inunda la tristeza, pero solo dura un segundo. Luego vuelve a recomponerse, recuperando el aire de antes.

Aina inclina la cabeza y pregunta:

—Entonces, ¿cuándo empezaron a ir mal las cosas?

—Después de que naciera Lukas, nuestro hijo mayor. Creo que un nacimiento acelera los procesos en una relación. Que evoca un montón de cosas de la infancia de cada uno. Cuando te conviertes en padre, también reconsideras tu propia infancia. La paternidad de tus propios padres. ¿No es así? A Jakob lo maltrataron de niño. Proviene de una familia acomodada, pero terriblemente convencional. En la que había que criar a los niños de acuerdo con la disciplina y las normas del Señor.

Veo que Malin sonríe desde su silla al lado de Hillevi. Y Hillevi también se da cuenta de ello y se vuelve tranquilamente.

—Te estás riendo, y sé por qué lo haces. Suena muy anticuado, ¿verdad?

Malin parece abochornada, se mira los tejanos gastados, cruza sus brazos musculados y morenos delante del cuerpo. Sin embargo, Hillevi no parece enojada.

—Está bien, Malin. Sé muy bien que suena extraño. De hecho, yo misma encuentro que es raro. Pero existe un montón de gente así en la Iglesia Libre, aunque la mayoría es totalmente normal. Me he criado en un entorno de lo más normal, en una familia corriente. Él trabajaba en una compañía de inversiones que quebró. Entonces, de un día para otro, se quedó sin trabajo. Y creo que no solo perdió sus ingresos, sino que toda su identidad profesional.

Empezó a beber un poco por las noches. No mucho. No es un alcohólico, pero tiene unas reacciones enormemente negativas ante el alcohol. Saca un montón de aspectos negativos de él.

—Y tú, Hillevi, ¿de qué trabajas?

Sé que tal vez la pregunta no sea relevante ahora mismo, pero desde que vi a Hillevi por primera vez, he sentido, por alguna extraña razón, una enorme curiosidad. Podría decirse que estoy fascinada, casi obsesionada por esta criatura fuerte y hermosa.

—Soy oncóloga pediatra, es decir, médico del cáncer. Trabajo en el hospital infantil de Astrid Lindgren, que pertenece al Instituto Karolinska.

Asiento con la cabeza, ahora, si cabe, más curiosa que antes.

—La primera vez que Jakob me pegó estaba sobrio. Pero acabábamos de pasar un período bastante duro. Lukas era un niño propenso a las infecciones del oído y estaba enfermo con cierta frecuencia. Yo trabajaba de noche muy a menudo. Jakob estaba en el paro, se pasaba el día viendo series en la televisión y se sentía inferior. Discutíamos, de hecho, ni siquiera recuerdo de qué y, por lo tanto, no puede haber sido muy importante. Solo fue un golpe. En la cara. Pero me rompió la nariz. Luego se desesperó, lloró en mi regazo. Yo también lloré. Los dos lloramos.

Hillevi se ha quedado inmóvil y la estancia se ha quedado en silencio.

Sirkka tose y se pasa la mano por su cabellera seca y pelirroja que ahora tiene una raíz cana de un centímetro. Sacude la cabeza y dice:

—Deberías haberte ido inmediatamente.

Hillevi la examina durante el silencio. Muestra esa sonrisa serena y amable y sacude la cabeza.

—No lo entiendes.

—Amor mío, ¿qué es lo que hay que entender? El tío te pegaba.

Sin embargo, Hillevi sigue sonriendo y vuelve a sacudir la cabeza.

—Jakob y yo...

Se queda callada un momento, y por primera vez vislumbro cierta inseguridad en su rostro que, al principio, interpreto como si, en realidad, está de acuerdo con Sirkka, a pesar de todo. Pero entonces prosigue:

—No sé muy bien cómo explicártelo, Sirkka, para que me entiendas. Y a las demás. Porque para Jakob y para mí, el matrimonio es sagrado. No te separas. Es una cuestión de fe.

Se hace el silencio en la sala. Ni siquiera a Aina se le ocurre nada que decir y se limita a asentir con la cabeza lentamente, el gesto que sé que hace cuando realmente hay algo que no acaba de entender.

Vuelvo a mirar hacia la silla vacía, la que Kattis tenía que haber ocupado. Me pregunto si Henrik la habrá encontrado, si es por eso por lo que no está aquí. Si ella también está tirada en algún lugar con la nariz rota, con la cara cubierta de sangre.

—Pero si el maltrato no es un buen motivo para separarse, entonces, ¿qué lo es? —dice Malin, en un tono de voz ligeramente provocador. Algo que pone de manifiesto que no comparte la valoración que hace Hillevi del matrimonio.

—Creo saber que Jakob siente lo mismo, que hay que esforzarse por salir de una crisis. Que todo el mundo es capaz de mejorar. Además, Jakob no es una mala persona, de verdad que no lo es. Sencillamente no sabe controlarse. Y mientras no sepa hacerlo, no podremos convivir. De hecho, estoy un poco harta de las imágenes de hombres maltratadores en los medios. Hay cierta tendencia a demonizarlos, a rehuir la problemática que hace que un hombre, o una mujer, pongamos por caso, pegue a otro ser humano. Todo se vuelve mucho más sencillo a partir del momento que decidimos que son monstruos. Pero esa es una explicación que no se sostiene. Al menos no para mí. Tanto porque es insuficiente, como porque no concuerda con mi fe.

—Entonces, ¿qué hicisteis? —pregunta Sirkka, y me doy cuenta de que suaviza su bronca voz, intenta quitarle el aguijón a la pregunta y suavizarla.

—Fuimos a hablar con nuestro pastor. Ambos le tenemos mucho aprecio y tenemos mucha confianza depositada en él. Rezamos juntos. Y la verdad es que las cosas mejoraron por un tiempo. Pero más tarde volvió a empezar todo y Jakob acudió a un psicólogo especializado en este tipo de casos. Yo pensaba que lo tenía bajo control. Él creía que lo tenía bajo control. Pero un día que volví a casa, Jakob había pegado a Lukas porque se le había caído un cartón de zumo de naranja al suelo. Lukas estaba completamente mojado... de zumo y de sangre. Tuve que darle dos puntos al labio. A la semana siguiente, se hizo pipí encima del miedo que le entró cuando le conté que su padre lo recogería en el colegio. No puedo perdonarme haber permitido que pasara esto.

—¿Rezasteis juntos?

Malin parece dudar de lo que ha oído, pero Hillevi asiente con la cabeza sin mirarla.

—No espero que lo comprendas, Malin. No es como escribir la carta a los Reyes magos. Se trata de llevar una conversación con Dios.

La sala está en silencio. Solo se oye el rumor del tráfico en la calle. Al otro lado de la ventana, una solitaria hoja revolotea en el aire, llevada por el

viento.

Hillevi se ha quedado inmóvil, sin decir nada, con sus pequeñas manos sobre las rodillas y sus ojos verdes clavados en mí. Siento como si su mirada me atravesara, como si atravesara la pared y siguiera más allá. Terminará en el negro infierno donde creo que ha estado.

Lo que llaman matrimonio.

Entonces se oyen unos sonidos sordos a través de la pared. La voz de Sven en algún lugar de la recepción.

Golpes.

Una voz aguda, una voz de mujer. Y luego, de nuevo, la voz más oscura de Sven.

Insistente.

Están llevando una especie de conversación. ¿Una discusión? La mujer suena ligeramente indignada.

Hillevi se vuelve hacia Aina y la mira inquisitiva. Sirkka se retuerce.

Entonces se abre la puerta de golpe y alguien irrumpe en la sala, una mujer vestida de negro con el abrigo puesto y unos protectores azules de zapatos en la mano que sé que Sven ha intentado obligarla a ponerse.

Es Kattis.

—¡La ha matado!

Grita las palabras antes de atravesar el círculo con tal ímpetu que Sofie casi se cae de la silla y golpea la mesa con la pierna de manera que el pequeño jarrón de cerámica azul que mi hermana hizo en el cursillo de torno cae al suelo estrepitosamente.

—¡Oh, no! —exclama, y se lleva las manos a la boca—. ¡Oh, no! ¿Qué es lo que he hecho? —Kattis cae de rodillas y recoge con cuidado los pedazos. Los sostiene en la mano con delicadeza, pasa el dedo por la superficie glaseada azul celeste—. Perdonadme, perdonadme. ¡Dios mío, no era mi intención!

Mi mirada se encuentra con la de Aina, me levanto lentamente y me pongo en cuclillas al lado de Kattis.

—Escucha, Kattis, no es más que un pequeño jarrón, además un jarrón feo. De verdad que no importa.

Sin embargo, las lágrimas y los mocos recorren sus mejillas.

—No debía haber venido aquí —murmura—. Lo estropeo todo. Todo lo que toco se malogra. Habría sido mejor si hubiera acabado conmigo.

—¿Me escuchas? No es más que un estúpido jarroncito, no importa. Lo importante es que tú estés bien. Siéntate aquí con nosotras y cuéntanos...

—¿Quién ha muerto? —pregunta Hillevi, que parece ser la única que está lo bastante entera para formular la pregunta.

Sin embargo, Kattis no contesta, se deja caer en la silla vacía, oculta el rostro entre las manos y solloza sonoramente.

—La ha matado. Le ha quitado la vida. ¡Delante de su hija!

Aina se pone en pie y se acerca a Kattis. Le posa la mano con decisión sobre el brazo.

—Escucha, Kattis, empieza desde el principio.

—¡No! —ruge Kattis, y se pone en pie de un salto. Se sacude la mano de Aina—. No, ya no soporto esto más. Comprendedlo. La ha matado a ella, y ahora piensa matarme a mí. Sé que es así.

Aina obliga a Kattis a sentarse y le quita el abrigo con mucho cuidado, como si fuera una niña pequeña. La sostiene con fuerza por los hombros, obligándola a mirarla a los ojos.

—Tienes que contar lo que ha pasado.

—Henrik, es Henrik. ¿No lo entendéis? ¡Ha asesinado a su nueva compañera, y ahora quiere matarme a mí!

—¿Henrik, tu ex?

Kattis asiente y levanta la cabeza por primera vez para mirarnos. Suspira hondo.

—La policía vino esta mañana. Un chico que repartía publicidad había encontrado a la compañera de Henrik muerta. La hija, tiene cinco años, estaba sentada en medio de un charco de sangre debajo de la mesa de la cocina al lado de su madre muerta, dibujando. ¡Y ahora vendrá a por mí y me matará!

La última frase de Kattis es como un aullido. De una presa de caza herida.

—Pero ¿lo han cogido? —pregunta Sirkka.

Kattis no hace más que sacudir la cabeza. Baja la mirada al suelo, susurra:

—Ya no puedo más.

Sven tiene sus lados buenos.

Bajo la gruesa americana de pana y las deformes camisas azules se esconde un hombre bastante empático, y sus gastadas sandalias Birkenstock han recorrido muchas millas, han tomado parte en esto y aquello.

Con mucha delicadeza, me sienta en una de las incómodas sillas de plástico de la cocina, hace café que, a pesar de que está demasiado frío y

demasiado suave, sabe mejor que cualquier otro café que he tomado en mucho tiempo. Escucha mi resumen inconexo de la sesión de terapia del día, deja que salga toda mi resignación y mi rabia. No me interrumpe. Sencillamente se queda sentado, toqueteando su pipa, sin hacer ni el más mínimo ademán de querer fumar. No se atreve. Aina podría volver en cualquier momento con la comida que ha ido a comprar al centro comercial de Södarhallarna.

—En cierto modo, sé exactamente cómo se siente. Me refiero a Kattis, claro. Sé muy bien lo que supone que te acosen. Preguntarse constantemente quién se esconde en la sombra bajo los árboles del parque, siempre andar por la parte iluminada de la calle, engancharse a los propietarios de perros y a las pandillas de jóvenes solo para evitar estar expuesta, para evitar la soledad, la vulnerabilidad.

—Entiendo.

—Y, sin embargo, tú eres la vencida. Siempre te alcanzan.

—Entiendo.

Lo miro un segundo, a sabiendas de que se repite, que corrobora mis comentarios como si realmente entendiera.

Al otro lado de la ventana está oscuro. La consulta está vacía, salvo por mí y por Sven. Las mujeres del grupo de autoayuda se han ido todas a casa. Algunas discutieron indignadas y acaloradas, otras, como Sofie, se quedaron en silencio y parecían afectadas de la manera en que es fácil sentirse afectada cuando la realidad te alcanza.

—*Reality bites*. Bocados de la realidad. ¿No es así como se llama?

—Tengo tanto miedo a que también la mate a ella...

—Entiendo.

No puedo evitar sonreír.

—Cuando dices eso, no puedo remediar sentirme como una de tus pacientes, ¿te das cuenta?

Su mano se ha posado sobre la mía. Grande, cálida, seca. El tipo de mano que mi padre tenía cuando yo era pequeña. El tipo de mano que te infunde confianza y seguridad infinitas, un roce en el que perderse.

Sin embargo, no me devuelve la risa.

Vuelvo a mirarle con cautela. Lleva el pelo canoso retirado hacia atrás, dejando ver la frente alta y morena. Las patas de gallo alrededor de los ojos son más profundas que de costumbre. La mirada cansada. Tal vez abatida.

Y veo a Sven, un hombre ajado de unos cincuenta años que acaba de ser abandonado por su mujer, pero que, a pesar de todo, tiene fuerzas para dejarlo

a un lado para escuchar mis elucubraciones.

De pronto siento curiosidad por saber cómo está. Me avergüenzo un poco por haber estado tan ocupada con mis propios problemas. La verdad es que nunca le he preguntado cómo se encuentra, ahora que Birgitta lo ha abandonado, después de todos estos años. Cómo supera la soledad y la oscuridad otoñal.

—¿Y tú que tal, por cierto? —digo, y lo miro de reajo. Y como si hubiera apretado un botón, Sven agarra el paquete de cigarrillos que tiene al lado de la pipa, sobre la mesa. Saca uno y se lo mete lentamente en la boca, al tiempo que se inclina hacia delante para coger las cerillas.

—No deberías fumar aquí. Ya sabes cómo se pone Aina.

Pero Sven se limita a sacudir la cabeza, como si tuviera otras cosas en que pensar y quisiera ignorar mi reprimenda.

—¿Qué quieres que te diga? Es un maldito infierno.

Asiento con la cabeza sin decir nada, presiento que está a punto de abrirse a mí de verdad.

—¿Te sientes solo?

Asiente con la cabeza, sin responder, y se mira los dedos amarillentos de nicotina, parece estudiar las uñas.

—¿Cuánto tiempo hace ahora? —pregunto con cuidado.

—Un mes desde que se fue.

—¿Qué pasó?

—Me dijo que había tenido bastante. Que ya no podía soportar mis mentiras por más tiempo.

—¿Mentiras? ¿Te descubrió?

Sven asiente con la cabeza y da una calada tan profunda que el cigarrillo arde como una bengala en la sombría estancia.

—¿Con quién?

—¿A qué te refieres cuando dices con quién?

Sven me mira confundido, como si no entendiera la pregunta, y de pronto me siento insegura.

—¿Con quién te descubrió? ¿Con quién estabas?

—¡Maldita sea! ¿Por qué demonios tenéis todas ideas preconcebidas?

Sven salta de la silla, empieza a pasear de un extremo a otro de la habitación con el cigarrillo en la mano. No sé si está enfadado conmigo o simplemente indignado por la situación en general.

—¿He dicho alguna estupidez?

—Yo... No, no sé. De cualquier forma, todo el mundo está convencido de que me dejó porque tenía otras mujeres.

—¿Acaso no fue por eso?

—Claro que tenía otras. Ella también, de hecho. Vivíamos en una relación abierta. Una relación poliamorosa. Pero a la gente le cuesta muchísimo entenderlo, arrastran sus imágenes estereotipadas de lo que es el amor. La familia nuclear heteronormativa. Ya sabes.

Se queda en silencio y me escudriña desde el otro extremo de la habitación, como si se preguntara si soy lo bastante liberal para entender lo que me dice.

—¡Uy! La verdad es que me sorprende. Yo no juzgo, pero simplemente nunca lo hubiera dicho.

—No todo es lo que parece.

—Supongo que tienes razón.

—Birgitta tuvo muchos amantes a lo largo de los años. También mujeres.

—¿Ah, sí? —digo, y pienso en la mujer de pelo canoso y rellenita, en los labios turgentes y el rostro arrugado. Sus vestidos de lino y sus grandes joyas de plata. El aplomo inmediato que transmite cuando entra en una habitación, cómo la llena con su presencia evidente y fuerte.

¿Por qué no iba ella a tener amantes? ¿Tanto hombres como mujeres?

Sven vuelve a hundirse en la silla frente a la mía, parece que se ha tranquilizado un poco. Apaga el cigarrillo en la lata de las galletas donde la ceniza se mezcla con las migas de las galletas de limón de la pastelería de Götgatan.

El desgastado jersey de lana de color óxido se ha levantado un poco alrededor de su cintura y deja entrever unas carnes blancas y flácidas. Sven se está haciendo viejo, pienso. ¿Alguien quiere envejecer solo? ¿Yo envejeceré sola, yo, a quien tanto le cuesta dejar que alguien se acerque?

—Pero, no sé, la verdad es que no acabo de entenderlo. Me has dicho que te descubrió, ¿verdad?

Sven suelta una risa desconsolada, sacude lentamente la cabeza y luego entierra la cara entre las manos. Todo su enorme cuerpo empieza a temblar y se le escapa un sollozo.

—Me descubrió.

—¿Pero...?

—Me descubrió bebiendo. Me encontró entre las botellas, ¿sabes? Era lo único que no me permitía hacer. Lo único que había prometido que no volvería a hacer jamás. El maldito alcohol. ¿Recuerdas antes del verano, en la

fiesta del cangrejo que organizaste, cuando yo me emborraché tanto? Después de eso, tuve que prometerle que no volvería a beber nunca más, si no, ella me dejaría. Eso fue lo que me dijo. Las otras mujeres no le importaban, pero el alcohol... De hecho, la entiendo. Hace veinte años estuve a punto de quedarme sin casa y perderlo todo por culpa del alcohol. Iba borracho a la consulta. Mis pacientes se quejaron, me denunciaron. Supongo que ella creyó que podía volver a ocurrir. ¿Lo comprendes?

No contesto. Esto no me lo esperaba. Todo el mundo da por supuesto que Birgitta abandonó a Sven porque él la engañaba. Sus líos de faldas son legendarios. Pero no tenía ni idea de que bebía. Es cierto que alguna vez ha mencionado que había bebido demasiado anteriormente. Pero, de alguna manera, lo deseché, convencida de que se trataba de algún pecado de juventud. Nunca sospeché que siguiera teniendo un problema con la bebida.

Nada es lo que parece.

Sven, que siempre atiende su trabajo con tanta dedicación, que es tan apreciado por sus pacientes y al que tanto Aina como yo acudimos cuando necesitamos consejo.

¿Un alcohólico? Me cuesta creerlo.

—¿Y ahora qué? —Hago la pregunta con mucho cuidado. No quiero que se sienta obligado a contestar si no quiere. Lo que me acaba de contar es un asunto muy privado.

—Ahora mismo tengo unas ganas locas de beber —dice, y me mira con una mirada impenetrable—. Pero eso ya se acabó. Y para mí también se acabó el amor. Lo tengo muy claro.

Le sonrío, me inclino sobre la mesa desvencijada de la cocina y le acaricio el jersey cubierto de bolitas delicadamente con la mano, noto cómo las tufaradas de su aliento a cigarrillo me alcanzan por encima de la mesa.

—¿No crees que estás exagerando un poco? ¿A lo mejor cambias de opinión si te das un tiempo?

Coge mi mano y me mira directamente a los ojos.

—No.

—¿No?

—Para mí el amor se terminó. Ya no quiero más. No vale la pena. El dolor es demasiado grande.

Asiento en silencio con la cabeza, porque ¿qué puedo decir?

Nos quedamos un buen rato así, mi mano en la suya, la oscuridad que se densifica al otro lado de la ventana. Entonces me mira, constata:

—Pues sí, aquí estamos, tú y yo. Dos borrachos en una misma consulta.

Me estruja la mano suavemente, una sonrisa asoma en su cara, y no logro enojarme con él. A pesar de que ha pronunciado lo impronunciable, ha tocado lo que no había que tocar. En su lugar, le devuelvo una sonrisa cansina y me encojo ligeramente de hombros.

Sven alza la mirada hacia la puerta y allí está Aina con unas bolsas blancas de Södarhallen en la mano. Todavía lleva la chaqueta de cuero puesta, un gorro a rayas y unas manoplas de punto rojas y demasiado grandes. Su mirada descansa plácidamente sobre mí y me pregunto cuánto tiempo debe de llevar allí, escuchando nuestra conversación.

—¿Falafel^[1]? —pregunta cariñosamente.

—¿O sea, que el antiguo novio mató a su nueva compañera?

Vijay está sentado en su silla.

Su postura no es muy distinta a la de un saco de leña. El cigarrillo en la comisura de los labios y unos brazos peludos que asoman por las mangas de la camiseta de color naranja, un poco demasiado ajustada. Sus deportivas están tiradas delante de la puerta y en los pies lleva un par de zapatillas de piel de cordero. Una piel afelpada sobresale a la altura de sus tobillos. Una vez más, pienso que, de hecho, se está convirtiendo en uno de esos profesores excéntricos que nos daban clases magistrales en la universidad, de los que se libraron de ser socialmente incompetentes, de follarse a jóvenes estudiantes o de llevar largas conversaciones consigo mismos en los pasillos.

—Sí, la mató.

Aina susurra la respuesta de una manera alarmantemente rápida, como si pretendiera anticiparse a mí, o tal vez porque no cree que yo sea capaz de responder a una pregunta tan sencilla, pero fatídica.

Nos hemos reunido para una especie de gabinete de crisis en el despacho de Vijay. Tanto Aina como yo estamos trastornadas por lo ocurrido, por que la realidad se haya infiltrado en nuestra pequeña comunidad de mujeres justo cuando empezábamos a conocernos, porque nos vuelven a recordar por qué realmente nos juntamos. Nuestras reuniones no son simples encuentros de chicas, son reuniones de autoayuda para mujeres, jóvenes y adultas, que han sufrido malos tratos y violaciones.

Al otro lado de la ventana, cae una fina llovizna. Unas nubes grises se han posado sobre la ciudad y un viento gélido recorre la hierba empantanada que rodea el macizo edificio de ladrillos que alberga el departamento de psicología. Es viernes por la tarde, y la facultad ya ha empezado a vaciarse de gente, a pesar de que apenas son las tres.

Nuestra gruesa y húmeda ropa de otoño está tirada en una esquina. Vijay no es de los que se preocupan por estas cosas, pero convive con un pedante. A Olle, su pareja, le cuesta soportar su desaliño. Él es de los que en casa cuelgan incluso las camisetas en perchas iguales, que dota las chanclas de baño de hormas de cedro, se asegura de que los cables y los dispositivos electrónicos se guarden en cubículos especialmente habilitados para que no afeen el piso.

—¡Qué horror! —masculla Vijay, y enciende otro cigarrillo.

—¿Qué debemos hacer? —dice Aina.

—Nada, o mejor dicho, tenéis que seguir adelante como hasta ahora, naturalmente. A fin de cuentas, el grupo será aún más importante para las participantes. No solo para esta chica, sino también para las demás. Y si existe una amenaza contra esta... Kattis, es algo de lo que la policía tendrá que ocuparse. Y también encargará una de esas alarmas antiagresión para la consulta. La verdad es que debería haberlo pensado antes. —Vijay se queda callado un rato, nos escudriña con la mirada y suelta una bocanada de humo que nos separa como una cortina de una manera que a los no iniciados podría parecerles un gesto demostrativo, pero yo lo conozco. Sé que está meditando. Está evaluando lo que le hemos contado.

—¿Qué? —digo yo.

Vijay tamborilea los dedos contra la mesa, vuelve a dar una profunda calada a su cigarrillo. Parece molesto por alguna cosa.

—Yo lo que me pregunto es cómo estáis vosotras. ¿Os veis con ánimos de tirar esto adelante?

Se hace el silencio en la habitación, pero al rato Aina intenta responder la pregunta:

—Estamos... bien. De verdad lo creo. Y antes de que pasara todo esto, de hecho, a mí me empezaba a gustar lo de las reuniones de autoayuda. Es enormemente interesante enfrentarse a todos estos destinos de mujer. Son muy diferentes entre ellas. Y, sin embargo, tienen algo en común, son víctimas de la violencia de género. Creo que empiezo a hacerme una idea más fidedigna de lo que realmente significa la violencia de género.

Vijay se ríe con dulzura.

—De lo que no hay duda es que no son precisamente representativas.

—¿A qué te refieres? —pregunta Aina.

—Lo único que digo es que el grupo con el que trabajáis no es representativo de las mujeres maltratadas. Para empezar, es mucho más homogéneo desde un punto de vista étnico que en la realidad. Vosotras tenéis, me parece, una sola mujer de origen extranjero. De origen finlandés, además.

Es decir, con un trasfondo cultural similar. Todas las demás son suecas. Eso no es representativo. En realidad, las mujeres de origen extranjero están más expuestas a la violencia de género, como también lo están las mujeres que pertenecen a grupos socialmente desprotegidos, como por ejemplo los drogodependientes y los sin techo, o mujeres con discapacidades. Y luego están, por supuesto, las guerras y los conflictos. En este tipo de situaciones, las mujeres están muy expuestas. Las mujeres soldado son sometidas a menudo a violaciones regulares, las mujeres son violadas y mutiladas como parte integrante del hecho de guerra.

—Pero nosotros, aquí en Suecia, no tenemos conflictos armados...

El comentario se me escapa sin que lo haya podido remediar, y veo inmediatamente que Vijay piensa que mi ingenuidad es cansina. Apaga el cigarrillo en una botella de agua mineral italiana y se inclina hacia mí. Me habla lento y de manera muy articulada, como si fuera una niña pequeña.

—No, pero tenemos a muchas chicas y mujeres que provienen de zonas donde sí hay conflictos bélicos. Por eso el problema también es nuestro. Y no solo un problema moral, sino también meramente práctico. Somos nosotros los que tenemos que hacernos cargo.

Asiento muda con la cabeza. Me avergüenzo de mi ignorancia, de que sea tan poco reflexiva y de que siempre me precipite, dando por supuesto que la violencia de género se limita a las mujeres suecas que sufren malos tratos por parte de sus novios suecos en algún suburbio donde las casas funcionales brotan como setas en el fértil mantillo nórdico.

Como si fuera capaz de leer mis pensamientos, Vijay prosigue:

—No es tan sencillo como podemos creer en un primer momento. La definición de violencia de género no es unívoca. No solo se trata de maltrato físico en el hogar, sino de amenazas, de maltrato psíquico, de control extremo. Matrimonios infantiles, desnutrición consciente de las niñas, inspección del himen. Ya sabéis.

—Pero ¿existe un denominador común? —pregunta Aina.

Vijay asiente con la cabeza, se pasa la mano por su barba negra que, con los años, ha ido cogiendo más matices canos.

—Poder —dice—. Poder y control. Al final, siempre se trata de eso.

Asiento, miro por la pequeña ventana sucia que apenas deja penetrar la grisácea luz otoñal.

Poder.

¿Es así de sencillo?

Me pregunto si al hombre que estuvo acosándome, el que quería verme muerta, también lo impulsaba el poder. El poder para controlar la vida, para hacer justicia. El poder para decidir sobre mi vida, mi muerte.

—Su hija lo vio todo —dice Aina quedamente.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Vijay rápidamente.

—Cinco años.

—Entonces no le podrán sacar nada razonable. ¿Sabes lo difícil que es interrogar a un niño de cinco años? Por no hablar de sacarle algo que realmente sea sólido desde un punto de vista jurídico.

Vijay sacude la cabeza y mira por la ventana, hacia la lluvia y los campos enfangados. En algún lugar ladra un perro. Unos pájaros negros pasan volando en formación por delante de la ventana, tal vez de camino a algún lugar más cálido.

—¿Estás seguro? —pregunto.

Vijay suspira y me mira con una mirada cansada.

—Desde luego. Van a tener que solicitar la ayuda de un experto en psicología del testigo o de un psicólogo infantil. Pueden interrogarla, pero es posible que no saquen nada en claro, nada que les vaya a servir. Hay estudios que demuestran que es tremendamente difícil conseguir un testimonio fiable de un niño menor de cinco años. No tienen el mismo sentido de la cronología que los adultos, mezclan las fantasías con la realidad. Recuerdan detalles, pero no lo global. Además, es muy probable que esté traumatizada, lo que puede significar que sea aun más difícil llegar a los recuerdos. Es probable que no recuerde lo que ocurrió. ¿Sufrió algún daño físico?

—No, no parecía que tuviera lesiones físicas. La policía la encontró debajo de la mesa de la cocina, en medio de un charco de sangre. En la mano sostenía sus ceras y un dibujo.

—¿Y la cocina es el lugar del crimen?

—Eso creo —digo.

—En todo caso, ni siquiera es seguro que haya visto nada. ¿O qué? Puede haber estado en otra habitación y haber entrado para buscar a su mamá, haberla encontrado, haberse asustado y buscado refugio debajo de la mesa. ¿O qué?

—Sí, supongo que sí.

De pronto, Aina palidece, se pasa ambas manos por los muslos, como si quisiera retirar alguna cosa. Sus uñas están mordidas y veo restos de esmalte rojo carmesí.

—¿Cómo se puede ser tan condenadamente perturbado que mates a alguien a quien quieres, o al menos dices que quieres?

Pero Vijay ignora la pregunta. No da muestras de sentirse incómodo por el tema de conversación, sino que sigue exponiéndolo con manifiesto ahínco. Este es su campo, el análisis de los aspectos más patológicos de la psique humana, las motivaciones de los delincuentes y los agresores, el origen del mal.

—El hecho de que estos hombres realmente asesinen es muy raro. El año pasado se dieron parte de alrededor de dos mil setecientos casos de violación de la integridad de la mujer en Suecia, y sin duda se trata de una enorme subestimación. Sin embargo, en Suecia murieron de media diecisiete mujeres al año, asesinadas por un hombre de su ámbito más cercano. Por lo tanto, es bastante infrecuente que acabe de esta manera. Y si echamos un vistazo a los perpetradores, en el ochenta por ciento de los casos se trata de personas psíquicamente perturbadas, el sesenta por ciento tiene condenas de cárcel previas y el cincuenta por ciento están alcoholizados. Yo no sé nada de este tipo, pero es muy probable que al menos cumpla uno de estos criterios.

Rehúyo contar que, de hecho, he conocido a Henrik, que me buscó. Lo último que pretendo es que Vijay y Aina empiecen a preocuparse por mí otra vez.

Aina se encoge de hombros.

—No creo que sea un borracho, ni que haya estado en chirona, pero ¿qué sé yo? Según Kattis, era muy violento. Además, parece ser que estaba muy enamorado de ella, que le costó dejarla. Que, en cierto modo, no conseguía seguir adelante. Y ella tampoco parece que haya podido soltarlo a él.

Vijay se ríe y se inclina hacia Aina. Le aparta uno de sus largos mechones rubios que caen de su moño descuidado sobre su cara, le retira el pelo detrás de la oreja. Un gesto que al tiempo es íntimo y cariñoso.

—No es amor, nunca se trata de amor, amiga mía. Se trata de poder. No lo olvides.

Extracto de la historia clínica.

Escuela de Enseñanza Primaria y Secundaria de Älvängen.

La madre llama hoy en el horario de consulta telefónica, muy preocupada por su hijo que está en tercero de primaria. Cuenta que el niño se queja a menudo de dolores de estómago y de cabeza y dice que está enfermo. La madre tiene dificultades para conseguir que asista al colegio. Dice que los demás chicos le acosan en el colegio porque es lento y un poco torpe. En una ocasión, unos chicos mayores lo obligaron a comer cacas de conejo aduciendo que se trataba de chucherías. También teme que abusen

de su hijo porque es fácil de engañar y un poco ingenuo. Cree que los otros niños obligan a su hijo a robar en el supermercado a cambio de chucherías y revistas.

La madre está muy indignada y llora durante gran parte de la conversación. Dice que no sabe qué hacer y que lo único que pretende es ayudar a su hijo, pero que no consigue llegar a él. También explica que la situación provoca múltiples conflictos en casa y que su esposo considera que es blanda y condescendiente.

Decidimos que el chico y la madre se reúnan conmigo para una charla. También le aconsejo que acuda al ambulatorio médico para que le hagan pruebas a fin de descartar un posible déficit de hierro u otras patologías.

Sara Solberg, enfermera escolar

Aina y yo nos apretamos debajo de un pequeño paraguas rojo en Götagatan. Los jerséis gruesos, las bufandas y las botas no consiguen alejar el crudo frío.

—¡Jolines, qué frío hace! —dice, y se cierra la fina chaqueta de cuero alrededor del pecho.

—¿A lo mejor deberías considerar comprarte ropa que abrigue más?

Su sonrisa es amplia y tal vez un poco arrogante cuando me mira.

—No creo que, a estas alturas, pueda empezar a vestirme con calzones polares y pasamontañas. Además —dice, esta vez en tono serio, y baja la mirada al pavimento bajo nuestros pies como si lo estuviera examinando—, este mes voy un poco apurada de dinero.

—¿Necesitas que te preste un poco?

Aina sacude la cabeza sin contestar. Se retira unos rizos rubios y húmedos de la cara.

—No, para eso tengo la tarjeta de crédito, ¿no te parece?

Aina casi nunca tiene dinero a final de mes. No tenemos unos sueldos especialmente altos, pero sé que su alquiler es bajo, muy bajo. Y, en realidad, no tiene muchos otros gastos y, por lo tanto, no debería de tener problemas económicos. De vez en cuando, le presto dinero y siempre me lo devuelve a principios del siguiente mes. Podría comentárselo, haberle dado mi opinión sobre la manera que tiene de administrar su economía, pero la verdad es que no le veo la gracia ni la necesidad. Aina es mi amiga. Es una mujer adulta y, en todos los sentidos, competente para tomar sus propias decisiones.

Un coche pasa por encima de un charco a toda velocidad y envía una cascada de agua pardusca contra las pantorrillas de Aina.

—¡Hijo de puta! —grita Aina, y levanta el dedo corazón.

—¡Pero, chica! —La agarro del brazo y se lo bajo suavemente—. ¿O es que quieres pelea?

—Pero ¿no lo has visto? Me ha salpicado de arriba abajo.

—Sí, pero no tenemos tiempo para esto ahora mismo. Vas a tener que trabajar la agresividad en la colchoneta de yoga, o donde sea. Hace veinte minutos que deberíamos haber llegado.

Aina suspira y se encoge de hombros, vuelve a cerrarse la chaqueta alrededor del cuerpo.

—¿Vendrán todas?

—Hillevi no podía. Está de guardia.

Hemos quedado en el Pelikan para picar algo y hablar de lo ocurrido. De que el antiguo novio de Kattis ha asesinado a su chica. La ha pateado hasta matarla a sangre fría en la cocina. Y lo haremos como personas civilizadas que somos, en un restaurante. Como si hubiéramos salido a pasar un buen rato por ahí.

Podíamos haberlo hablado en nuestra próxima sesión, pero cuando Malin propuso que nos viéramos por ahí, y Sofie y Sirkka declararon que, naturalmente, nosotras también debíamos participar aunque somos las conductoras del grupo, decidimos que respetaríamos su decisión. A fin de cuentas, es un grupo de autoayuda, no un grupo de terapia. En cierto modo, también resulta agradable ir a otro sitio, relajarnos un poco.

Un olor a frito y a lana húmeda impregna todo el local escasamente iluminado. Esta noche ha salido mucha gente y me alegro de haber reservado mesa. En uno de los reservados a lo largo de la pared vislumbro una cabellera pelirroja y veo a alguien que agita la mano. Es Sirkka.

—Allí —digo—. Ya han llegado todas.

Nos abrimos paso a través de una multitud de vecinos de Söder vestidos de negro que beben cerveza. Aguardamos unos segundos para dejar pasar a una camarera que tiene las manos llenas de platos con albóndigas y puré de patatas.

A nuestro alrededor, todas esas voces, el rumor de gente que no conocemos que comparte esta oscura noche de otoño con nosotras. En todas las mesas hay velas encendidas, las llamas titilan en la corriente que viene de la puerta que se abre constantemente de par en par.

—Hola, chicas —dice Sirkka, y descubre todos sus dientes amarillos en una amplia sonrisa.

Aina le da un abrazo y murmura un saludo con la nariz enterrada en la cabellera pelirroja. Yo saludo a Malin, que lleva una camiseta de manga larga con la leyenda «Team Bosön 2009». Huele a recién duchada, se ríe y me alborota el pelo corto. Hay algo muy íntimo en el gesto que de pronto me

hace sentir cohibida. Cuando me vuelvo aparece Sofie, también ella con los brazos abiertos. Con mucha cautela me da un abrazo sin decir nada, pero me doy cuenta de que está contenta de verme. Cuando me vuelvo de nuevo, aparece Kattis frente a mí, y casi me desmayo. Lleva el pelo sucio que le cuelga en greñas por los hombros. Tiene los ojos hinchados y la boca no es más que una fina línea. En sus mejillas distingo dos manchas rojas, como si estuviera excitada, o acabara de llorar.

—Kattis. —Eso es todo lo que consigo decir.

—Sí, ya lo sé —dice, y menea la cabeza—. Estoy horrible.

—No, no quería decir eso. Yo...

Kattis se ríe y aparta la mirada, echa un vistazo hacia la barra y la gente que se agolpa allí en grupos, que ríe, habla en voz alta, gesticula. Su pálido y resuelto perfil se dibuja contra los alegres clientes que comparten cervezas y el contraste salta a los ojos. Encajaría mucho mejor en un entierro que en una abarrotada cervecería del barrio de Söder.

Poso mi mano suavemente en su hombro y noto que se estremece, como si le hubiera sacudido una corriente eléctrica. Nuestras miradas vuelven a cruzarse, hace una leve y cansina inclinación con la cabeza, en una especie de gesto de complicidad, como si las dos comprendiéramos algo sin necesidad de intercambiar ni una sola palabra, y se deja caer en la silla sin decir nada más.

Me siento a su lado y miro a las demás: Sofie, Sirkka y Malin, pero ninguna parece haberse dado cuenta de nada. Sin embargo, Aina lo ve, me escudriña con la mirada desde el otro lado de la oscura mesa de madera y una arruga se forma entre sus marcadas cejas. Supongo que está preocupada por Kattis, tal vez también por mí.

Entonces Sirkka rompe el hielo.

—Cariño, ¿quién iba a decir que las cosas acabarían así?

Kattis no contesta, se queda inmóvil en la silla, con la espalda erguida, las manos serenas, juntas sobre la mesa, la mirada fija en la llama de la vela que hay en medio de la mesa.

—Lo leí en el diario —empieza diciendo Sofie con mucha cautela—. Resulta muy extraño leer algo sobre el municipio de Gustavsberg, nunca crees que pueda ocurrir algo así allí. Es de locos, ¿o qué os parece?

—No tan de locos como enterarte de que tu anterior novio ha matado a alguien —susurra Kattis sin levantar la mirada.

—Disculpa, no quería decir...

—Por supuesto que no —murmura Kattis, y nos mira a las que estamos sentadas alrededor de la mesa. Su mirada está apagada y parece resignada.

Los ojos hinchados e inyectados en sangre comunican una especie de indiferencia que me asusta infinitamente más que su llanto aquella noche en la consulta—. Porque algo así es incomprensible, ¿o qué? Ni siquiera yo lo puedo entender, y yo, al fin y al cabo, sabía de lo que era capaz, ¿me comprendéis?

—Ahora tienes que ser fuerte —dice Sirkka, y la mira a los ojos.

—¿De qué me sirve eso?

—Es lo que hace la diferencia en este mundo. Por ti.

—Pero, y ella, ¿qué? Susanne está muerta, y haga lo que haga yo, nunca...

—A ella no la puedes ayudar. Solo puedes ayudarte a ti misma —dice Sirkka, como si supiera perfectamente de lo que está hablando—. Tendrás que empezar por aquí, porque no podrás ayudar a nadie hasta que no te ayudes a ti misma.

—¿Y cómo, exactamente, hago eso?

La voz de Kattis es apenas un susurro y, sin embargo, oigo cada una de las palabras como si me las susurrara a mí al oído, con sus labios pegados al lóbulo de mi oreja.

—Cariño —dice Sirkka, y aprieta la mano pálida de Kattis—, tienes que olvidar a ese tipo. Dejarlo atrás.

—Es muy fácil decirlo.

—Sabes que es así —dice Sirkka, en un tono de voz ligeramente desafiante—. No serás libre hasta que tú misma lo hayas soltado.

Kattis retira rápidamente la mano, se pone en pie y se queda inmóvil al lado de la mesa, titubea, parece recomponerse unos segundos, como si estuviera a punto de dar un discurso.

—Solo quería... Disculpadme, ahora mismo vuelvo.

Entonces se dirige hacia los lavabos. Nos miramos sin decir nada.

—¿He sido demasiado dura con ella? —dice Sirkka.

—No —dice Aina—, a mí no me lo parece. Supongo que necesitará unos minutos para rehacerse. Y las demás, ¿qué tenéis que decir? ¿Habéis pensado mucho en esto?

—Pues sí —aborda Sirkka—. A fin de cuentas, Gustavsberg no es muy grande. La gente se conoce, o saben quién es quién, al menos. La gente habla.

—La chica que murió, Susanne. Su hijo iba al mismo instituto de bachillerato que unos amigos míos —suspira Sofie.

—Creía que tenía una niña pequeña —dice Malin.

—Sí, es verdad, pero también tenía un hijo mayor. Era un chico tremendamente duro, desde luego. Al menos en el colegio. Ahora está en una especie de reformatorio, creo.

—¿En un reformatorio?

—Sí, una de esas instituciones para drogadictos o delincuentes, o lo que sea. No lo sé muy bien.

—Gamberros o delincuentes —murmura Aina, y pasea la mirada por el local, pensativa.

—Pues sí, también se habla mucho de esa mujer —dice Sirkka—. No es asunto mío divulgar los chismes que se cuentan, pero bueno. Es evidente que era...

Sirkka hace una pausa, mira hacia el local con la mirada perdida. Parece ausente.

—¿Qué? —dice Malin—. ¿Qué es lo que era?

—Bueno, no son mis palabras —dice Sirkka en un tono de voz firme, y se frota las manos como si tuviera frío—, pero dicen que era una verdadera zorra. Apenas se había ido un tío cuando aparecía otro. Es evidente que tenía una puerta giratoria en su piso de Blåsippevägen. No me extraña que las cosas le fueran como le fueron a su hijo. Al fin y al cabo, los niños necesitan cierta estabilidad, eso creo yo.

Malin se retuerce.

—No te lo tomes a mal, Sirkka, pero me cuesta un poco aceptar que alguien llame zorra a una mujer solo porque ha tenido muchos ligues. A fin de cuentas, puedes acostarte con todos los tipos que te venga en gana sin por ello adquirir mala fama. ¿Por qué es así? Yo pienso que las chicas debemos ser solidarias, no llamarnos zorras mutuamente. Lo peor es cuando las mujeres se sabotean entre ellas. No hay nada menos solidario que eso. Debería de haber pena capital para eso. Sí, de verdad, lo digo muy en serio.

—Estoy de acuerdo contigo —dice Sirkka tranquilamente—. Solo os contaba lo que yo he oído por ahí. Por cierto, también creo que los tíos pueden ser unos zorros. Así es.

Entonces traen las cervezas. La camarera deja unos vasos de cerveza espumosos y empañados sobre la mesa.

—La cola es para mí —dice Malin—. Yo no bebo. Ya no.

Nadie dice nada. Aina sorbe su cerveza y yo vuelvo a sorprenderme, una vez más, porque es incapaz de beber sin hacer ruido, a pesar de que es una mujer adulta. Se limpia la boca con el dorso de la mano y echa un vistazo por todo el local.

—¿Queréis que vaya a ver cómo está Kattis? —pregunta Sofie.

—No —dice Aina—, estoy segura que se apañará. ¿Tú como te sientes, Sofie? ¿Estás bien?

—¿A qué te refieres? —pregunta Sofie, y se sonroja por detrás de la cerveza.

—Quiero decir, ¿te sientes cómoda? ¿Te parece bien seguir adelante con el grupo ahora que... a pesar de lo que ha ocurrido?

—Desde luego —se apresura a decir, sin darse tiempo a pensarlo—. Por supuesto que sí. A mí me parece genial encontrarme con vosotras. Y, además... —Sofie estira una cinta de cuero con perlas azules que lleva alrededor de la muñeca—. Creo que, ahora mismo, Kattis nos necesita.

Hace que esto último parezca una pregunta y me sorprende, una vez más. Me sorprende lo prudente y sensible que es y cómo siempre nos escucha a las demás, siempre se supedita al grupo.

—Yo pienso igual —dice Malin—. Ahora tenemos que ayudar a Kattis. Yo, por mi parte, estoy terriblemente enojada. Podría matar a ese tío. Lo digo en serio. Literalmente.

—O sea, ¿que estás furiosa? —digo yo.

La boca de Malin se abre en una amplia sonrisa.

—¡Venga, corta el rollo! ¿Sabes cómo sueñas?

—¿Como qué? ¿Como una psicóloga? ¿Como tu psicóloga?

Vuelve a reírse, pero es una risa falta de alegría, mecánica y apagada.

—Exacto, y puesto que lo eres, ¿entiendes por qué estoy tan cabreada?

—Desde luego que sí. Aunque no sé...

—¿Qué? —dice Malin, y abre los brazos en un gesto de asombro.

—No sé si es muy constructivo, eso de estar cabreada.

—Es preferible estar cabreada que tener miedo —dice Malin—. Es mejor ser fuerte que débil. En eso tendrás que darme la razón, ¿no te parece?

—Ojalá fuera tan fuerte como tú.

Es Kattis quien lo dice. De pronto vuelve a aparecer en la mesa. No la he visto llegar y me pregunto cuánto tiempo llevará escuchando nuestra conversación.

—Tú eres fuerte —dice Malin, y toma un sorbo de su cola—. Todos somos fuertes por dentro. Solo se trata de conectar con la fuerza que tienes en tu interior. Es cuestión de practicar.

Kattis sonrío dubitativa y se deja caer en la silla. Levanta el vaso de cerveza hacia la luz y examina la llama a través de él, tuerce la cabeza

ligeramente hasta que su pelo cae pesadamente sobre su hombro. Luego da un sorbito a la cerveza, como si temiera que la bebida fuera a quemarla.

—¿Una cuestión de práctica? ¿Qué quieres decir, como ir al gimnasio?

Risitas colectivas.

Malin parece irritada.

—Pues sí. No hay ninguna diferencia entre la fuerza física y la psíquica. Puedes entrenar tu fuerza mental, tu cerebro es exactamente como un músculo. Y una vez que lo hayas hecho, no habrá ni Dios que pueda humillarte.

—Supongo que tendrás que enseñarme a hacerlo.

Kattis sonríe con una sonrisa cautelosa.

—Por supuesto, cuando haya acabado contigo, hermana, serás más dura que una piedra. Pero antes tendrás que entrenar duro, claro. Todo tiene un precio. Si quieres transformar tu cuerpo, o tu psique, tendrás que hacer muchos sacrificios. Tendrás que consagrar una parte de tu vida, de tu tiempo, a la misión.

—Pero ¿realmente quieres ser así? —pregunta Sirkka.

Malin se pone rígida, deja el vaso sobre la mesa y se pasa una mano por el pelo corto y rubio platino. Se produce una breve pausa.

—¿Qué quieres decir con «así»?

—Pues así, como un hombre, grande y musculoso. Y duro, hasta en el alma. Después de todo, somos mujeres —murmura Sirkka, y se frota las manos. De pronto me doy cuenta de que le duelen y me pregunto cómo puede ser que no me haya dado cuenta antes, que no haya visto sus dedos deformados, las articulaciones inflamadas. Tiene una ligera sonrisa en los labios que alisa el sinfín de arruguitas alrededor de su boca, que la hace parecer más joven, que desvela cómo fue en su día.

Entonces.

Antes.

Malin ha cruzado los brazos sobre el pecho. Ahora hay algo oscuro en su mirada.

—En todo caso, siempre será preferible a ser una víctima.

—Pero ¿realmente tiene que ser así? —dice Sirkka—. ¿Realmente es necesario que nos convirtamos en hombres para escapar de su violencia? ¿Realmente tenemos que ser como ellos? ¿Es esa la solución? ¿Por qué no podemos ser como somos, sin que nos violen y nos golpeen... y nos humillen? ¿Acaso es pedir demasiado?

—Voy a deciros lo que yo pienso —dice Aina de pronto, y deja el vaso de cerveza casi vacío sobre la mesa con un sonoro golpe que hace que todas nos sobresaltemos—. Pienso que Sirkka tiene toda la razón al decir que no tenemos por qué cambiar. Todas tenemos que poder vestir faldas cortas sin que por eso nos violen. Todas tenemos que poder dejar una relación sin que nos asesinen. Ninguna mujer tiene por qué soportar que la llamen puta solo porque reconoce su sexualidad. Pero, hasta que sea así, no me importa hacer un curso de autodefensa. ¿O qué?

—Yo me pregunto si un curso de autodefensa hubiera podido salvar a Susanne Olsson —murmura Sirkka.

—¿Susanne Olsson? ¿Se llamaba Olsson? —pregunta Malin, y es como si su cuerpo se paralizara y el vaso se detuviera en el aire, a medio camino de la boca.

Kattis asiente silenciosa.

—¿Dónde vivía?

—En Blåsippevågen, me parece que era —dice Sirkka.

—¿Por qué? ¿La conocías? —pregunta Kattis.

Malin sacude la cabeza con vehemencia y deja el vaso sobre la mesa.

—No, qué va. Solo que... No era nada.

Entonces llega la comida. Se desata una intensa discusión sobre el municipio de Gustavsberg. Sobre el extraño hecho de que casi todo el mundo, de una o de otra manera, sepa quién era Susanne, sobre los pros y los contras de vivir en una pequeña localidad. Sirkka gesticula con sus flacos y arrugados brazos levantados. Malin sigue sentada con los brazos cruzados en una postura defensiva. Sofie mira de una a otra con el semblante serio, como si intentara evaluar la situación, comprender lo que está pasando. Determinar dónde encaja ella en todo eso. De pronto, Aina se ríe sonora y efusivamente, como solo ella es capaz de hacerlo, y echa la cabeza hacia atrás.

Solo Kattis me mira con unos ojos grandes, oscuros y vacíos. Y es como si todas las demás desaparecieran, como si se desvanecieran en el local bullicioso, fundiéndose con el público cervecero. Y de pronto todo es silencio. Lo único que existe es su pálido rostro y sus ojos negros, y me gustaría tanto poder consolarla, estar allí para ella, hacer que sea más llevadera esa carga que, por alguna razón, le ha tocado soportar...

Y se lame los estrechos y agrietados labios. Intenta dibujar una sonrisa que acaba siendo torcida, forzada.

—Todo irá bien —digo.

Ella vuelve a sonreír, y de pronto está guapa. No importa que su pelo cuelgue en grasientas greñas sobre sus hombros, o que tenga los ojos enrojecidos. Es guapa.

Y ya está.

—De hecho, no puedes saberlo —dice con voz ronca.

—Sí, sí puedo —digo yo. Y en ese mismo instante me doy cuenta de que lo digo en serio. Que una parte de mí, de mi intuición, sabe que Kattis siempre saldrá adelante. Que es una superviviente, una de las que emergen a la superficie de entre la oscuridad, una que siempre aterriza de pie.

Una de las que son amadas y son capaces de amar.

No una como yo.

La migraña como un casco de acero que pesa sobre mi cabeza, la hunde hasta el suelo enfangado cuando salgo corriendo por lo que antaño fue una alfombra de césped, pero que ahora sobre todo parece un fangal, con unos terrones herbosos dispersos que despuntan aquí y allá. El viento azota el mar convirtiéndolo en un feroz espumarajo que barre las rocas y deja unos pequeños charcos viscosos de espuma en las piedras. Las gotas de lluvia repiquetean como agujas de coser contra mis mejillas.

Son las cinco y ya está oscuro.

¿Por qué, por qué construimos el baño en un edificio independiente? ¿A quién se le ocurrió esa idea?

Stefan. Siempre Stefan.

La idea de Stefan: una casa a orillas del mar. Solos, él y yo. Cerca de la naturaleza. Cerca del submarinismo.

La idea de Stefan: si construimos un baño en el cobertizo tendremos sitio para una sala de estar en el edificio principal.

En algún lugar por encima del mar se oye un lamento prolongado y quejumbroso. Como de un animal moribundo, ¿tal vez un ave marina herida? Me quedo parada un segundo, estrujo la bolsa de plástico de la farmacia. Su contenido descansa traicioneramente ligero en mi mano entumecida por el frío y no lo puedo remediar, el pensamiento me viene de ningún lugar. Una vez más no. El niño que murió, el que matamos. Lo sé, lo sé, el término correcto es interrupción del embarazo. Además, por buenas razones. Un serio daño cerebral del feto puso fin a las ambiciones, mías y de Stefan, de formar una familia nuclear.

Pero aun así...

De pronto es como si fuera transportada atrás en el tiempo, a otro día, cuando me hice otro test de embarazo y recorrí el mismo camino que hoy para compartir la buena nueva con Stefan. Cuando mi interior estaba colmado de un sentimiento cálido y puro que podría describirse como confianza. Confianza en Stefan. En la vida, tal vez.

Ahora, este sentimiento ha sido sustituido por un desasosiego indefinido y absorbente que se propaga por todo mi cuerpo. Si algo está creciendo allí, en mi tenebroso interior, no estoy segura de que sea capaz de darle la bienvenida. No estoy segura de que pueda sentir esa misma confianza.

Una vez que me encuentro en el calor del cobertizo, me desplomo sobre la taza del váter, retiro el plástico del dispositivo que parece un termómetro, pero que mide una cosa muy distinta.

Hago pipí.

Cruzo una mirada con David Bowie que cuelga en la pared. Tan desafiante y provocador como siempre en su postura displicente, con el delgado cuerpo ligeramente echado hacia atrás, embutido en un mono plateado. Zapatos de plataforma. Pelirrojo. Muy maquillado.

Me guiña el ojo con complicidad y yo respiro hondo y leo el test.

Comisaría de Värmdö,

octubre

Sonja Askenfeldt mete el paquete de tabaco en el bolso de mano y se pregunta quedamente si a lo mejor lleva demasiado tiempo siendo policía. Hoy interrogarán a una niña pequeña que con toda probabilidad vio cómo asesinaban a su madre y todo lo que se le ocurre pensar es que tiene que darle tiempo a pasar por la tienda de ropa para madres e hijos Polarn O. Pyret para canjear el cheque regalo que está a punto de caducar. Hace diez años, le habría dolido el estómago durante varios días antes de un interrogatorio como este.

Sabe por experiencia que reaccionará cuando el interrogatorio esté en marcha, que resultará difícil escucharlo y aceptar lo que relate la niña, pero en poco tiempo todo volverá a la normalidad.

Un día más en el trabajo, nada más.

Saluda a la investigadora infantil.

—Hola, soy Carin von Essen. ¿Creo que nos hemos visto antes?

Sonja asiente y sonríe.

Desde luego había visto antes a Carin. Carin del arbusto en el arbusto. Había dado una conferencia en un curso de técnicas de interrogatorio la pasada primavera. Además, tenía un nítido recuerdo de ella de la fiesta de personal del verano.

Aquella fiesta de personal. Y la que recuerda es otra Carin, no la mujer formal y seria que tiene ahora enfrente, sino una mujer ebria y un poco regordeta de risa fácil de unos cuarenta años, con sombrero de cangrejo, un escote demasiado profundo y unas medias de nailon hechas jirones. Fue de las más ruidosas y de las que cantaron con más brío, de las que bailaron de forma más descontrolada y, probablemente, también más pegadas a los colegas del sexo masculino. Luego se había hablado bastante de ella, de cómo había hecho pipí detrás de un arbusto en la rotonda que había delante del local de fiestas. Un arbusto muy pequeño. De hecho, tan pequeño que ni siquiera

tapaba sus partes más íntimas. Y era por eso por lo que la llamaban el Arbusto. Carin, la del arbusto en el arbusto.

Y ahora, de pronto, la tiene delante, con el pelo rubio peinado con el secador y un jersey de cuello alto subido hasta arriba. Tiene el aspecto de alguien recién salido de la ducha y muy maternal, como una maestra de parvulario cualquiera. Igual que la mayoría de las investigadoras infantiles. Parece que sea algo que se contagia.

Carin saluda a su colega Roger, que para la ocasión se ha calzado unas botas de *cowboy* y se ha puesto un cinturón con una enorme hebilla de latón en forma de águila. Su rostro se ilumina al ver a Carin y Sonja siente una leve oleada de irritación y algo que le recuerda a la vergüenza.

¿Acaso se avergüenza en nombre de Roger? ¿Acaso se le contagia, de alguna manera, su estúpida manera de vestir? ¿Sus patéticas insinuaciones a Carin von Essen, de las que él cree que ella no se da cuenta?

Decide rápidamente que es ridículo. En serio, su estilo, sus declaraciones machistas y su sonrisa socarrona de caballo no tienen nada que ver con ella.

Lleva años trabajando con Roger y, en general, es un buen policía. Sin embargo, ha dejado de involucrarse realmente. El compromiso que sentía hace diez años hace ya tiempo que desapareció, como el agua de una charca que se va evaporando gradualmente y apenas deja una fina capa que evoca lo que antes había allí. Lo mismo le pasa a Roger. Se ha desecado de sentimientos y energía. Solo queda una fina pátina de empatía y compromiso. Va a trabajar porque es su obligación, porque tiene que pagar la hipoteca y los plazos y para poder volver a Tenerife con la mujer y los gemelos el próximo invierno también. Y, para ser sincera, tampoco se lo puede reprochar. No cree que exista nadie capaz de mantenerse fiel a un ideal en esta profesión durante demasiado tiempo. O bien te hundes, o bien te vuelves... duro. Te creas una especie de coraza contra la realidad a la que te tienes que enfrentar cada día. Aprendes a bromear con la muerte, los vómitos y los drogadictos adolescentes. También aprendes a apreciar las bromas.

Y aun así...

Le molesta. Roger ha cruzado la fina línea entre la resignación y la simple y llana desidia. Demasiado a menudo, Sonja se ve haciendo horas extras, escribiendo unos informes que, en realidad, él debería haber hecho, cuando ella podría ir a recoger a las niñas, al gimnasio, o simplemente sentarse con un libro y un cigarrillo.

Sonja se recuerda a sí misma que tiene que tener esa charla con Roger muy pronto. Que no se siente bien tratándole como si fuera el tercer hijo que

no tiene ni quiere tener.

Ahora Carin, la investigadora infantil, saluda al padre de la niña. Es costumbre que estén presentes los padres cuando hay que interrogar a niños tan pequeños. En cierto modo, el padre parece nervioso y recién salido de la cama. Lleva el pelo alborotado, tiene los ojos hinchados y enrojecidos, el raído jersey de lana le aprieta alrededor del abdomen de una manera un tanto amenazadora.

—¿Por qué hay que grabar el interrogatorio? —pregunta el padre, y a Sonja le parece distinguir cierto tono vacilante, incluso hostil, en su voz.

—Siempre grabamos todos los interrogatorios a niños menores de quince años —le explica Carin pacientemente—. Eso significa que el niño no tendrá que comparecer como testigo en un posible juicio. En su lugar se utiliza el interrogatorio registrado en vídeo. Ya puede ir a por Tilde y traerla a la sala de interrogatorios.

El padre de Tilde asiente con la cabeza y se pasa la mano por la barba de tres días, pero no parece del todo convencido.

—Es decir, ¿que no podré estar presente?

—No, como ya le expliqué cuando hablamos ayer, solo estarán la niña y el interrogador. Es importante que la niña se pueda concentrar completamente en el interrogatorio y responder a las preguntas sin la intervención de nadie. Como padre es fácil caer en la tentación de intentar ayudar al niño a arrancar y entonces nos arriesgamos a influir en el resultado. Tendrá que esperar aquí con... ¿Roger y...?

—Sonja —dice Sonja—. Nosotros cuidaremos de usted aquí. Y podrá ver el interrogatorio a través de esta ventana y escuchar todo lo que se diga. Y si se hace demasiado pesado o duro para Tilde, haremos una pausa. ¿Le parece bien?

—De acuerdo —dice, dubitativo, se vuelve y sale de la habitación para ir a buscar a Tilde.

—Bueno, pues pongámonos en marcha —dice Carin del arbusto en el arbusto, y abandona la estancia con pasos sigilosos.

Sonja piensa en lo que Roger le acaba de contar hace un rato. Él había comentado anteriormente el interrogatorio de Tilde con Carin, que le había explicado algunas de las dificultades que conlleva interrogar a un niño de esa edad. Le había subrayado lo importante que es que el niño se sienta confiado, que el interrogador formule unas preguntas claras y concisas en un lenguaje que el niño pueda entender, puesto que a esas edades tienen un vocabulario reducido. Carin le había dicho que Tilde, que acababa de cumplir cinco años,

probablemente solo conocía entre mil y mil quinientas palabras. Además, que no es hasta los cinco años que la memoria semántica, o memoria cognitiva, empieza a desarrollarse. Antes de esta edad, los niños tienen una capacidad bastante reducida para recordar conceptos abstractos. Son capaces de recordar lo que ha pasado, sobre todo si se trata de un incidente traumático, pero les cuesta relatarlo. En general, no se suele interrogar a los niños menores de tres años, puesto que, en estos casos, el valor probatorio suele ser más bien reducido.

Tilde y Carin están sentadas cada una en una silla alrededor de la mesa. Sonja apenas reconoce la sala de interrogatorios. La investigadora infantil se ha traído cojines y un montón de papeles en blanco y algunos libros. Supone que es para crear una atmósfera más agradable, y seguramente no sea mala idea.

Tilde está sentada sin decir nada. Lleva el pelo castaño recogido en un moño suelto y el vestido tejano cuelga como un saco de ese cuerpecito tierno y delicado. Las piernas oscilan libremente debajo de la alta silla. Los pies no le llegan, ni mucho menos, al suelo.

—Tilde, me llamo Carin von Essen y soy policía. ¿Sabes a qué se dedica un policía?

Tilde asiente lentamente con la cabeza, pero no contesta.

—Yo trabajo atrapando a las personas que hacen cosas que están prohibidas. A los que se pelean o que roban, por ejemplo. Me gustaría hablar un poco contigo de lo que le pasó a tu mamá.

Tilde vuelve a asentir de aquella manera pausada que hace que parezca que realmente entiende la gravedad de la situación. Carin le sonríe levemente y prosigue:

—Muy bien. Verás lo que haremos. Yo te haré algunas preguntas sobre lo que pasó y entonces quiero que tú las respondas. Si no lo sabes, me dices «No lo sé». ¿Lo entiendes?

—Sí.

La voz de Tilde es tan débil que apenas se distingue y, sin embargo, a Sonja se le eriza el vello en la nuca. Los crímenes en los que está implicado algún niño tienen algo muy especial. Después de tantos años en el puesto, es casi lo único que realmente le afecta en lo más profundo. Hay cosas que un niño no debería presenciar, que no debería siquiera ver. Y en más de una ocasión Sonja hubiera deseado cambiarse por el niño.

«Mira las fotos; contesta las preguntas; señala en la muñeca en qué parte del cuerpo te tocó el hombre malvado; muéstrame en la foto qué chico fue el que pinchó a tu hermano en el ojo con el palo; háblame del día en que tu madre fue atropellada por el tren».

—Entonces, si yo, por ejemplo, te pregunto: «¿De qué color es mi gato?», ¿tú qué me dices?

Tilde titubea unos segundos y se toquetea el vestido, parece pensárselo.

—¿No lo sé?

—Exactamente. Porque tú nunca has visto mi gato, ¿verdad?

—Pues no —dice Tilde, y se mira las rodillas.

—Muy bien. Ahora ya sabes cómo va la cosa. Si yo te digo algo que no entiendes, me lo preguntas, ¿de acuerdo, Tilde?

—Sí —contesta Tilde con esa voz tenue, casi susurrante.

—¿Qué fue lo que pasó con tu madre, Tilde?

Tilde se queda en silencio, parece dudar, pero al tiempo empieza a contar. Y de pronto su voz es fuerte y clara. Ni mucho menos frágil y tenue como antes.

—El señor pegó a mamá.

—¿Y de dónde vino el señor, Tilde?

—De la puerta.

—¿De qué puerta?

—La puerta de fuera.

—¿La puerta exterior?

—Sí, estuvo llamando a la puerta mucho rato y, al final, mamá tuvo que abrir. No se debe llamar así a la puerta. No está bien.

—Y luego, ¿qué pasó?

—El señor pegó a mamá.

—¿Tú lo viste?

Tilde asiente seria con la cabeza, pero no responde a la pregunta.

—¿Puedes contarme lo que hizo?

—El señor pegó a mamá.

—¿Cómo pegó a mamá?

—Le pegó, y luego le dio patadas, muchas patadas.

Una pausa. Carin se pasa las manos por las mangas del jersey de cuello alto, como si tuviera un poco de frío.

—Y, entonces, ¿qué pasó?

—Mamá se cayó al suelo y empezó a salir mucha sangre, y la alfombrilla se ensució, no hay que manchar la alfombrilla. Pero estaba pegajosa y, aun

así, él no paró. Aunque estaba sucia y mamá se había caído. Y él siguió dándole patadas y patadas y patadas. Y no paraba. A pesar de que mamá, aunque... No se debe hacer una cosa así.

La voz de Tilde se ha vuelto chillona y aprieta los pequeños puños contra las rodillas con fuerza. Sus piernas han dejado de balancearse debajo de la silla, su cuerpecito se ha quedado quieto y rígido como un palo. Se le ha soltado el moño y su pelo castaño cae suave y fino sobre sus infantiles hombros.

—¿Luego qué pasó, Tilde?

La voz de Carin es tranquila y aparentemente impasible. De pronto Tilde se baja de la silla, se queda de pie delante de la mesa y se lleva las manos a las orejas. Grita directamente:

—¡No más hablar, no más hablar, no más hablar, no más hablar!

Carin se acerca a ella, posa una mano sobre su hombro, espera a que se calle. Coge las dos manitas entre las suyas y se pone en cuclillas para que sus ojos estén a la misma altura que los de Tilde.

—¿Quieres que dibujemos un rato, tú y yo? Luego, de aquí un rato, podemos volver a hablar de tu mamá.

Tilde asiente muda con la cabeza. Vuelven a tomar asiento alrededor de la mesa. Carin saca ceras y papel.

—¿Quieres que te pinte mi casa?

Tilde asiente.

—De acuerdo. Es una casa muy pequeña. Mira —dice Carin, y dibuja algo sobre el papel con trazos rápidos.

—¿Dónde está el gato?

Carin se ríe.

—O sea ¿que te acuerdas del gato? Es verdad, no podemos olvidarnos de Adolf. —Carin dibuja algo muy pequeñito, alarga la mano para coger una cera de color naranja y rellena el contorno—. Así es mi gato. Y luego hay un árbol. Solo hay un árbol, porque mi jardín es muy pequeño. Pero es un buen árbol, porque me da muchas manzanas cada año. Y puedes trepar al árbol también, porque tiene unas ramas perfectas para trepar por ellas.

—Nosotros no tenemos jardín en casa de mamá.

La voz de Tilde vuelve a estar calmada.

—No, no todas las casas tienen jardín. Pero ¿a lo mejor tenéis otra cosa que está bien?

—Nuestra tele es muy grande. Está puesta en la pared y es casi plana, como un panqueque.

—¡Vaya, eso suena muy bien! ¿Recuerdas lo que hiciste esa noche, antes de que llamaran a la puerta?

Tilde vuelve a bajar la mirada, cierra los puños y se retuerce en la silla. Los pies empiezan lentamente a oscilar hacia delante y hacia atrás en el aire.

—No... lo sé.

—¿Habías visto a este señor antes?

Tilde se retuerce nuevamente en la silla, como si la pregunta le resultara desagradable.

—No lo sé.

—¿Dijo algo el señor?

—El señor y mamá gritaban.

—¿Recuerdas lo que decían?

Titubeo.

—Gritaban muchísimo.

—¿Pudiste oír lo que decían?

—No lo sé.

—De acuerdo, está muy bien, Tilde. Eres muy buena respondiendo. ¿Reconociste la voz del señor?

—No lo sé.

—Pero crees que era un señor, ¿no una señora, ni una chica?

—Era un... mago.

—¿Cómo sabes que era un mago?

Tilde vuelve a quedarse callada y seria, mira fijamente a Carin sin decir nada.

—¿Por qué crees que era un mago, Tilde? —repite Carin.

—Hizo desaparecer la moneda.

—¿Qué dices que hizo desaparecer?

—La moneda.

Pausa.

—¿Cogió dinero?

—Sí.

Una rápida mirada de Carin a través del cristal.

—¿Eso fue antes o después de que pegara a tu mamá?

—Primero pegó a mamá, luego lo hizo.

—¿Primero pegó a tu mamá y luego cogió el dinero?

—Sí.

Sonja suspira. Nunca habría dicho que podría tratarse de un asesinato por robo. La violencia con la que se había empleado aquel hombre era demasiado

brutal. Sin embargo, de ser así, desde luego era preocupante y angustioso. Una madre sola asesinada a patadas delante de su propia hija porque un toxicómano cualquiera necesitaba un chute rápido. Bien mirado, era más que probable, pasaba continuamente.

Roger se inclina hacia Sonja y cuchichea entre dientes:

—No está mal. Ahora mismo, el arbusto ha crecido ante mis ojos.

Y a pesar de que Sonja no quiere, se le escapa la sonrisa y le sobreviene un sentimiento de ternura incondicional por su colega desesperante, indolente y machista. Le da un codazo amigable en el costado y mira cautelosamente hacia el padre de Tilde, preocupada por si se ha dado cuenta de sus bromas, pero él sigue mirando como hipnotizado a través del cristal de la sala de interrogatorios, al tiempo que el sudor brota formando pequeños regueros que caen de sus sienes.

Värmdö, *octubre*

Un sábado perfecto.

Un largo paseo por la playa. El mar que persigue nuestros pies.

Ahora ya llevamos gorras gruesas. Guantes. Jerséis de lana por debajo de las chaquetas. En lo alto, el cielo está gris y plumoso como un bloque de hormigón. Sobre nuestras cabezas, unos pájaros negros vuelan en círculos, como si fuéramos una promesa de comida.

Luego tomamos chocolate caliente en mi sofá. En la esquina, la chimenea chisporrotea y la radio está encendida. Hablan de inundaciones, de que el agua se ha llevado un tramo de la E 18 como si fuera un bricbarca. También se llevó dos coches. Ambos conductores fallecieron. Una acompañante se salvó porque consiguió salir a través del parabrisas roto y subirse al tejado de un quiosco de salchichas Sibylla. La mujer había sobrevivido al tsunami de Tailandia en 2004 y contó con voz frágil que esto había sido peor. Su Rune nunca emergió a la superficie en aquella agua turbia. Después de cuarenta años de matrimonio, y tras haberle ganado la partida al cáncer y a un tsunami, perdió el amor de su vida en una avalancha de fango en la E 18.

Miro a Markus, que está sentado frente a mí en el viejo y ajado sofá en tejanos y un jersey con capucha. Su rostro parece el de un niño. Los pálidos ojos inquietos de una manera indefinida. Me pregunto si me atreveré a dejarle acercarse tanto que me vuelva vulnerable.

Tan vulnerable como la mujer en la radio.

—¿Estás bien? —me pregunta suavemente en su acento cantarín de Norrland, y yo coloco mis pies sobre sus rodillas. Markus me masajea lentamente las plantas de los pies, me escudriña en silencio.

—Claro que estoy bien.

—Me gustaría que no trabajaras en algo así.

—¿Algo así?

—Sí, violencia y este tipo de porquerías. Como hago yo cada día.

—Entonces, ¿qué crees que debería hacer? ¿Limitarme a trabajar con casos de aracnofobia y de compra compulsiva? ¿No entiendes que estas mujeres realmente necesitan ayuda? Estamos contribuyendo, Aina y yo. Y Vijay, por Dios, que ha dedicado su vida a ello.

—Pero este tío parece estar más enfermo que la media.

—¿Te refieres al hombre medio o al maltratador de mujeres medio?

Markus retira ofendido mis pies de sus rodillas.

—Muy graciosa, de puta madre. De verdad.

Suelto una risita, tomo un sorbo de chocolate y me inclino hacia él. Beso su suave boca, dejo que mi lengua recorra sus labios.

—¿Te has enfadado?

Markus se ablanda, rodea mi cintura con sus brazos.

—No me he enfadado, solo estoy preocupado por ti.

—No quiero que te preocupes por mí. Estoy hasta las narices de que la gente se preocupe por mí.

—Lo sé, pero esta vez a lo mejor hay una razón para hacerlo. Hablé con la chica que dirige la investigación de ese asqueroso asesinato en Gustavsberg. Es evidente que fue algo monstruoso. La violencia con la que se empleó el agresor fue injustificadamente fuerte. Por lo visto le destrozó toda la cara a patadas, estaba esparcida por todos lados. ¿Lo entiendes? Encima, lo hizo delante de la niña.

De pronto me siento incómoda. Doy un enorme sorbo a la bebida caliente.

—¿Vio algo?

—¿La niña? Todavía no lo sé, tenían que interrogarla ayer, o eso creo.

—Vijay dice que no se puede interrogar a niños tan pequeños.

Markus se encoge de hombros.

—La verdad es que no lo sé. Supongo que habrán solicitado la ayuda de un psicólogo de testigos o de un investigador infantil.

—¿Lo habéis detenido? Me refiero al hombre que vivía con ella.

—No, no podemos coger a alguien de esta manera, no es seguro que haya sido él.

—Claro que ha sido él. Siempre es el tío en estos casos.

—No, casi siempre es el tío.

—Es lo mismo.

—No desde un punto de vista jurídico.

—¿Cómo puedes decir eso? Mata a patadas a su pareja delante de su hija, y lo único que se te ocurre es...

—Pero, Siri —dice Markus, y me mira sorprendido—, ¿de qué va esto? ¿Desde cuándo estás implicada personalmente en el caso?

De pronto siento como el malestar crece en mi interior como una ola, casi se me cae la taza en el sofá y me veo obligada a salir corriendo al vestíbulo. Solo me da tiempo a abrir la frágil puerta de madera antes de vomitar en la escalera de la entrada. El aire frío se cuele por debajo de mi fina ropa y alivia mi malestar por un segundo. Respiro pesadamente.

Entonces su mano se posa en mi hombro.

—Siri, ¿qué te pasa? ¿Estás enferma?

Apoyo la cabeza contra la fachada fría de la casa, noto cómo la escarcha se derrite con el calor que emito.

—Creo... creo que ha sido un poco demasiado para mí lo de ese asesinato. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Markus no contesta, pero me conduce con cuidado de vuelta al calor del salón.

Los sonidos de la noche de otoño al otro lado de la ventana del dormitorio: el viento que recorre los escollos, las finas ramas que arañan la casa como dedos. La lluvia que tamborilea sobre el tejado de cemento de asbesto. Un suave aroma a humo de la chimenea que todavía pende en el aire de la estancia.

Markus me levanta y me deja a horcajadas encima de él. Me acaricia el pecho y baja las manos hasta mi cintura, donde las deja descansar un segundo. Luego me acaricia el abdomen y el trasero con sus anchas manos.

—¿No estás un poco más redondita?

Su tono de voz es retador.

Yo me retiro, me repliego en el otro lado de la cama. Me hundo por debajo del edredón como si eso fuera a ocultar la verdad.

Lo impronunciable.

Sé que tengo que contárselo, pero no encuentro las palabras. Porque ¿cómo contar una cosa así?

«Quiero a tu hijo, pero no te quiero a ti».

Mañana oscura como la noche.

El viento ha amainado.

No se oye ni el más mínimo ruido cuando me tambaleo hacia el cobertizo, solo cubierta con el enorme plumífero de Markus y unas botas de agua. Esta noche, las temperaturas debieron de bajar por debajo de los cero grados porque los charcos de agua están cubiertos de una capa milimétrica de hielo que se rompe como cristal frágil al pisarlos, chapoteando sin mostrar el más mínimo respeto por esta maravilla de la naturaleza: una quebradiza membrana blanca como la leche con la que el frío ha vestido la tierra.

El malestar colma todo mi cuerpo, desde la cabeza a los pies.

Pero hoy llego a tiempo. De rodillas ante la taza del váter devuelvo bilis en el cobertizo.

—¿Has salido? —susurra Markus adormecido cuando vuelvo al calor de la cama y meto los pies helados entre sus fuertes muslos.

—Mmm. He ido a hacer pipí.

Me abraza y noto su cuerpo cálido, perfectamente temperado, no húmedo, sino seco. Siempre me ha fascinado su cuerpo, lo musculoso que es, lo seca y suave que es su piel, cómo sus manos adivinan cómo deben sostenerme exactamente, con qué fuerza.

Me acaricia el abdomen. Besa mi nuca.

—Estás más redondita.

Su voz suena ronca, como si todavía no acabara de despertar. Me retiro con cautela al otro lado de la cama, tanto como puedo, la maldita cama es irremediablemente estrecha. Espero que se vuelva a dormir y miro hacia toda la negritud al otro lado del cristal. La mañana que no es una mañana, tan solo una oscuridad insonora y fría que envuelve mi casita.

Una sensación. Estamos solos en el mundo. No tenemos amigos. Los pacientes han desaparecido. También la familia. Solo existimos Markus y yo, y mi cama es el centro de nuestro universo.

—¿Es eso bueno o malo?

Noto cómo se mueve, cómo se incorpora sobre los codos. Se vuelve a acercar a mí. Vuelve a la vida.

Y presiento la pregunta antes de que me la haga.

—Siri, ¿hay algo que deberías contarme?

¿Qué debo contestar? ¿La verdad?

—Ya lo sabes, ¿no es cierto?

Mi voz: delgada, más quebradiza que el hielo en el jardín.

—¿Es verdad?

Markus busca mi mano en medio de la oscuridad y cuando la encuentra, me la estruja con fuerza, con mucha fuerza.

—¿Es verdad, es verdad, es verdad?

Ahora está impaciente. Como un niño que acaba de recibir un regalo. Algo que hay que abrir, inspeccionar y probar.

No vale la pena postergar lo inevitable.

—Sí, Markus. Estoy embarazada. Me gustaría quedarme el niño, pero quiero vivir sola.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿Cómo? No entiendo lo que quieres decir. ¿Qué quieres hacer sola?

—Vivir sola. Aquí, en esta casa. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Pero y yo, ¿qué? Pero si yo soy... yo seré el padre. No entiendo nada. ¿Dónde entro yo?

«Tú no entras».

Suspiro.

—Markus, no lo sé. Me siento un poco confusa. No sé si estoy preparada para vivir con alguien.

—No, claro, pero estás preparada para traer un niño al mundo. ¿Sin un padre?

Markus está indignado. No es de extrañar, a sus ojos debo de parecer la cerda del siglo, ahora me doy cuenta.

—Pero no es que no vaya a tener un padre. A fin de cuentas, tú estarás allí y...

—¿Estar allí? —grita, y salta de la cama—. ¿Qué habías pensado exactamente que yo fuera? ¿Qué papel pensabas concederme en tu vida? ¿En la vida de mi hijo?

—Cariño, no te enfades. No lo sé. No lo puedo remediar. No es que no te quiera. Simplemente no quiero... no puedo... ya sabes. Vivir contigo.

—Siri, estoy harto de tener en cuenta tus malditas paranoias todo el tiempo. No puedes vivir conmigo. No quieres conocer a mi familia. Yo no quiero tener un hijo contigo si no puedo compartirlo. Bajo mis condiciones.

—Me parece muy bien, pero resulta que no depende de ti. ¿O qué?

Un comentario a todas luces innecesario. ¿Realmente hacía falta que se lo restregara en la cara? La conciencia de su propia impotencia ante la decisión que he tomado yo sola.

Markus se viste con asombrosa calma. Se estira para coger la mochila y sale al vestíbulo. Oigo cómo se pone la ropa de abrigo. La puerta que se abre y se cierra. Pasos que se alejan y el sonido que suena exactamente como cristales rotos cuando sus pies hienden el frágil hielo alrededor de mi casa, y pienso que tal vez sea más que el hielo lo que se rompe.

Mi estudio. Es luminoso, pero no especialmente acogedor. Supongo que podría decirse que es impersonal. Y es así como quiero que sea. Mis pacientes se encuentran con la terapeuta Siri, no con un particular a quien le gustan los geranios, o los kílimes, o la fotografía artística. Mis pacientes vienen a ver a una profesional. Alguien con quien poder hablar de su angustia hasta eliminarla sin necesidad de devolverle el favor.

En las butacas preceptivas, tapizadas de piel gris de borrego, están sentados Mia y Patrik. Hoy elegí la silla de varillas, no acepté que Mia tuviera que sentarse en ella una vez más, mientras Patrik acaparaba la butaca.

Los dos parecen exhaustos, drenados de energía. El rostro, habitualmente pálido, de Patrik resplandece en varios matices que van del blanco al verde a la fría luz del fluorescente. Unas gotitas de agua brillan en su barba oscura. Mia parece que acabe de salir de la cama: ropas deformes y suaves, pelo sucio que envuelve la pálida piel de su rostro en rizos grasientos. Sobre la oreja derecha, un extraño remolino, como si hubiera estado durmiendo un buen rato de lado y no se hubiera peinado.

—No, no va bien. La verdad es que no va nada bien.

Patrik menea la cabeza. Es un gesto desconsolado. Toda aquella energía agresiva que irradiaba en nuestras anteriores sesiones parece habérsela llevado el viento.

—¿Podrías contármelo?

—No sé —empieza diciendo Patrik, vacilante—. No sé si esto va a funcionar.

Vuelve a quedarse en silencio y me observa con una mirada insondable, los dientes apretados, como en un espasmo.

—¿Y tú, Mia? ¿Cómo estás hoy?

—¿Cómo estoy?

Mia parece confusa y me mira a los ojos un segundo. Es como mirar en medio de una neblina espesa, todo lo que aparece es una amorfidad húmeda, un vacío velado, una nada infinita.

—Lo que quiero decir es cómo te sientes hoy. ¿Qué tal estás?

Se hace un breve silencio.

—Estoy bien. Gracias.

Pronuncia las palabras mecánica y lentamente, de una forma estudiada.

—¿De verdad? Si he entendido bien a Patrik, él duda de cómo os irán las cosas en el futuro.

Mia no contesta, en su lugar, mira por la ventana y, a diferencia de las demás veces que nos hemos reunido, está sentada totalmente quieta. Ni un solo movimiento. Ningún temblor revelador en la comisura de sus labios. Ninguna gota de sudor en la frente. Está tan inmóvil como mis butacas. Carraspeo ligeramente.

—Mia... Sé que estás mal, pero es enormemente importante para la terapia que te esfuerces por transmitir lo que sientes. Si no lo haces, esto no nos conducirá a ningún lado. Si no, no podré ayudaros. No puedo hacer nada por ti si te retiras de esta manera. ¿Lo comprendes?

—Sí, claro.

Mia asiente con la cabeza, mientras sigue mirando por la ventana con esa mirada vacía.

—O sea, que ¿cómo estás en realidad?

—Estoy bien, sin más, ahora mismo.

Mia habla con una voz lenta y firme, casi como si estuviera leyendo un texto en voz alta para unos niños pequeños. Como si se esforzara por pronunciar cada sílaba.

—¿Quiere eso decir que las cosas van mejor que la última vez que nos vimos?

—Ya lo creo.

Se queda en silencio y yo aguardo la continuación. La explicación. Pero esta no llega nunca.

—Entonces, ¿qué es lo que ha mejorado?

—Pienso que está todo bien, sin más.

La misma voz firme y monótona. La misma mímica insensible. La misma mirada vacía en su pálido rostro. De pronto oigo un sollozo prolongado desde la otra butaca. Patrik ha dejado caer su largo y delgado cuerpo hacia delante y ha enterrado la cabeza entre las manos. Sus dedos masajean bruscamente el cuero cabelludo, al tiempo que su cuerpo tiembla.

—¡Joder, Mia! —aúlla él con desesperación en la voz—. ¡Maldita sea! Quiero que esto funcione. Sé que he dicho cosas repugnantes. Sé que te he fallado. Que te he dejado sola con la responsabilidad de los niños. Pero ahora ya ni siquiera puedo hablar contigo. Es como si te hubieras borrado. ¡Joder, ya no sé siquiera quién eres! ¿Lo entiendes?

—Aquí tienes —le digo, y le acerco la cajita de Kleenex sin mirarle. Sin embargo, él ni me ve ni me oye.

—¿Qué es lo que he hecho mal? ¿En qué me he equivocado? ¿Por qué me excluyes? ¿Por qué tiene que ser tan difícil?

Me vuelvo de nuevo hacia Mia, que sigue sentada en la misma postura de antes, con la mirada fija en la ventana que ahora está oscura. Sin revelar ni con el más leve gesto lo que piensa, de pronto Mia posa su recia mano sobre la de Patrik. Y hay algo terriblemente equivocado y amedrentador en su gesto extrañamente mecánico. Su mano descansa inmóvil como un pedazo de carne sobre la de él. Patrik gira la muñeca y le da un fuerte apretón.

—¡Joder, Mia! ¿No podríamos volver a intentarlo? Prometo que esta vez las cosas irán mejor. Te... te ayudaré. Te lo prometo.

Mia le da una palmadita desmañada en el dorso peludo de la mano y dice en un tono ligero de voz:

—Claro que sí.

Markus y yo compartimos una copa de vino sentados sobre las rocas a orillas del mar. Hace frío, pero el viento se ha calmado, a pesar de que el cielo pende aciago y gris sobre nuestras cabezas y vislumbro nubes negras en el horizonte. Encima de los jerséis gruesos, las chaquetas y las botas nos hemos envuelto cada uno en su manta.

Aquí estamos. En silencio, mirando el mar.

La copa de vino descansa en la mano de Markus. Le da vueltas lentamente, como si fuera a catarlo. Markus raras veces bebe, pero presiento que hoy necesita el vino, me imagino que piensa apoyarse en la copa de vino como si fuera una muleta. Se aclara la garganta y deja la copa con mucho cuidado en una grieta en la roca llena de pinaza parda.

Yo, mientras tanto, miro hacia el agua oscura, veo las hojas amarilleadas hace ya tiempo que flotan a montones a lo largo del borde de la roca, distingo las algas escurridizas como un matiz verde tóxico bajo la superficie brillante y negra, me imagino el paso de los peces a través de un universo infinito, frío y oscuro.

Stefan, en medio del frío. Su cabeza apoyada en un cojín de algas enmarañadas. Curiosas criaturas marinas que examinan el cuerpo pálido y flácido. ¿Con tentáculos o con antenas? ¿O con qué?

¿Tal vez lo prueben?

Basta ya. Es suficiente.

Stefan, siempre presente. A pesar del paso del tiempo, el que cura todas las heridas.

Yo soy la psicóloga que debe ayudar a los demás a recuperar el control sobre sus vidas, pero que es incapaz de soltar su propio pasado. Soy humana,

dice Aina. «Como cualquier otro ser humano. Imperfecta. Débil. Incapaz».

—Tengo que preguntarte una cosa —dice Markus, y me mira con sus ojos pálidos—. Quiero decir, es algo que realmente me he estado preguntando.

Me mira con una extraña expresión en la cara. Una mezcla de asombro, escepticismo y... asco. Como si fuera una nueva especie de insecto que acabara de descubrir arrastrándose en la orilla espumosa del mar.

—¿Qué? —digo con una voz ronca y débil, plúmbea de culpa.

—¿Alguna vez me amaste? ¿En realidad?

—Pero, Markus, qué pregunta más extraña. Supongo que sabes que te quiero. ¿Y por qué hablas en pasado?

Ahora Markus frunce el ceño. No me cree.

—Sí, eso dices, es cierto.

Se queda callado.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Pero me pregunto si sabrás lo que es el amor.

Me retuerzo. No me gusta nada esta conversación, pero me quedo por Markus.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué, que no sé lo que es el amor?

—Quiero decir. Si realmente me quisieras. Como yo te quiero a ti. No me harías lo que me estás haciendo. Quitarme mi hijo y...

—¡Basta ya! No creo que te esté quitando ningún hijo. Al fin y al cabo, es tan tuyo como mío. Solo que quiero vivir sola. Tal como hago ahora. Como hacemos ahora. Eso es todo.

Veo cómo Markus retuerce los flecos de la manta con tanta fuerza que sus dedos se ponen blancos. Cuando habla, su voz es como un grave bufido.

—No harías lo que me estás haciendo si me quisieras. Como yo te quiero...

—Muy bien, pues a lo mejor es que no te quiero. A lo mejor te quiero a mi manera. ¿Acaso no puedo hacerlo? ¿Por qué tu manera es la manera correcta de querer? ¿Y por qué no puede todo seguir siendo como hasta ahora? ¿Por qué no podemos intentarlo al menos?

—¿Intentar qué? ¿Vivir en el limbo? ¿Estar juntos y ser solteros a la vez? ¿Vivir juntos y separados? Serlo todo a la vez, lo que en realidad resulta en que no somos nada. Hay que decidirse, Siri. No tomar una decisión también es decidirse.

—¿Ah, sí? ¡Vaya! —digo.

—¿Vaya qué? —dice Markus.

—De todos modos, yo ya me he decidido.

Incluso antes de que llegue el estallido se lo veo, veo los dientes apretados, el rubor que se extiende por su pálida piel, veo cómo se pone en pie, rígido, pero a la vez completamente controlado.

—¡Estás completamente loca! Te odio. Ojalá no nos hubiéramos conocido nunca. Has destrozado mi vida. ¿Lo entiendes? ¿Lo entiendes?

Sus palabras son como golpes que caen sobre mi diafragma, me hacen perder el aliento, me hacen sentirme mal. Le doy la espalda instintivamente. Me vuelvo hacia el mar que reposa tranquilo e infinito, sin exigencias, ante mis pies. Que me da la bienvenida. Que me infunde una especie de calma.

—Te has quedado completamente muda. Me pregunto si realmente tienes sentimientos —me grita al oído.

Me hago un ovillo, como una niña pequeña que intenta zafarse de un golpe. Sin embargo, el golpe no llega. En su lugar, veo con el rabillo del ojo cómo Markus arroja la manta a cuadros sobre la superficie del agua. Revolotea como una hoja en el suave viento, se queda flotando en la superficie, se mece lentamente hasta que finalmente empieza a hundirse.

Extracto de las actas del equipo de asistencia a los alumnos.

Escuela de enseñanza primaria y secundaria de Älvängen.

En la clase 5B siguen los problemas con el niño que el tutor jefe de la clase, Morgan Söderberg, planteó durante la última reunión. El chico sigue faltando mucho a clase y cuando está en la escuela suele quedarse solo. Cuando el profesor le exige algo, él se muestra agresivo. Es difícil de controlar. Resulta complicado evaluar los conocimientos del chico debido a su alto grado de absentismo. Ha dado pruebas de tener dificultades a la hora de leer y escribir. La semana pasada estuvo implicado en una pelea con otros dos chicos. Uno de los chicos sufrió una grave lesión en la cara y tuvo que acudir a urgencias hospitalarias. Nos hemos puesto en contacto con los padres que nos contaron que hace tiempo que los demás chicos lo acosan y que la disputa se debió a que los chicos le quitaron los pantalones y los calzoncillos al niño delante de unas niñas de la clase, algo que los otros dos chicos niegan por completo. Los padres quieren que la escuela se haga cargo de las situaciones de acoso. Ningún profesor de la escuela ha presenciado ningún episodio de acoso, sino que más bien son de la opinión que el chico es algo solitario, aunque decidimos, a pesar de todo, convocar al equipo encargado del acoso para que aclare lo que realmente ha ocurrido. También aconsejamos a los padres que soliciten una persona de contacto en el servicio de psiquiatría de la infancia y la juventud, BUP.

Resumen por

Siv Hallin, asistente social de la escuela

La oscuridad envuelve la consulta.

Las ventanas están brillantes y negras.

Lo único que se ve son los reflejos de la habitación en que nos encontramos. La perspectiva está distorsionada, pero veo que las sillas están colocadas alrededor de la mesa oval de conferencias. Las siluetas de las personas que están sentadas. Reina el silencio en la sala. Nadie cuchichea, nadie se ríe. Es como si la estancia entera contuviera la respiración, expectante, esperara el momento propicio. Cierro los ojos e intento reunir fuerzas para empezar el trabajo de conducir al grupo a través de una sesión más. Oigo a Aina carraspear y vuelvo la mirada hacia ella.

—Tengo entendido que habéis reflexionado mucho acerca de lo que pasó la semana pasada. Es terrible cuando la violencia te toca tan de cerca. Creo que fue una magnífica idea encontrarnos en el Pelikan para charlar un poco. Hillevi, es una pena que no pudieras venir.

Aina está tranquila y serena. Con su jersey de punto y sus tejanos gastados parece una colegiala que se ha disfrazado con la ropa de su papá, pero habla con una autoridad incuestionable y la tensión en la sala parece bajar casi al instante. Siento una enorme gratitud hacia ella, por su seguridad y su aplomo. Su capacidad para hacerse con las riendas de la situación.

—Disculpa que te interrumpa, Aina, pero he estado pensando y no me queda más remedio que deciros una cosa. —Las mejillas de Kattis han adoptado un color ligeramente rosado y abre los brazos como para dar peso a sus palabras—. La verdad es que no lo entiendo. Henrik ha matado a esta... a ella, a Susanne, y, sin embargo, la policía no hace nada. ¿Por qué no lo detienen, por qué no lo meten en prisión preventiva? Es increíble.

Su voz se extingue, hasta convertirse en un susurro ronco.

—¿Cómo sabes que la policía no hace nada? —dice Malin, y mira detenidamente a Kattis.

—Cómo lo sé. Pues verás, sé leer, por ejemplo. Creo que es bastante evidente que la policía todavía no ha detenido a nadie. De haberlo hecho, aparecería en los diarios. —Kattis agita un ejemplar de Metro que ha traído—. Además, ayer vi a Henrik en el centro de Gustavsberg. Estaba comprando unas albóndigas en el supermercado Ica como si fuera un tío cualquiera. No entiendo cómo puede ser.

Mira a su alrededor resignada, buscando apoyo o tal vez simplemente compasión. Su mirada busca la mía, y yo intento transmitirle un sentimiento de comprensión y simpatía, algo que no me resulta difícil. Al fin y al cabo, yo también estoy indignada.

—A lo mejor tuvo lo que se merecía —murmura Malin. Y por un instante se hace el silencio en la sala, mientras intentamos interiorizar lo que acaba de

decir.

La mirada de Kattis se cruza con la de Malin y por un segundo aparece un destello en sus ojos: duda, sorpresa, tal vez incluso aversión. Sirkka se ha quedado en silencio con la boca abierta, como si estuviera a punto de decir algo, pero no sale ni una sola palabra de su boca.

—Pero ¿qué es lo que dices? —susurra Aina, y por primera vez en una situación profesional parece perder la compostura. Aina, que siempre se muestra tan controlada, que siempre tiene una respuesta a todas las preguntas, que sabe instintivamente cómo manejar cualquier situación complicada.

—Disculpad, no era nada —murmura Malin.

Nadie consigue decir nada.

—Ya os he dicho que no era nada. No lo quería decir así. No ha sido más que un comentario estúpido. ¿Podríamos olvidarlo?

Malin ha cruzado los brazos delante del pecho en un gesto defensivo.

Aina me mira inquisitiva, y vuelvo a sentir esa impotencia; no sé cómo manejar la situación.

—Sé que tenéis razón, que la policía está trabajando en ello, pero me siento terriblemente mal, y tengo tanto miedo... —balbucea Kattis, y sacude la cabeza lentamente.

Hillevi, que está sentada a su lado, se inclina hacia ella.

—Todo se arreglará. Ya verás como se arregla. —Sonríe dulcemente a Kattis antes de mirar rápidamente a Malin.

Vislumbro algo oscuro e inquisitivo en su mirada. Pero su templada voz suena tan serena, tan segura, que de hecho llego a creer que tiene razón. A lo mejor todo se arregla. A lo mejor todo saldrá bien. A lo mejor, el comentario de Malin no era más que un enorme malentendido, a lo mejor detienen a Henrik hoy, a lo mejor volveremos a sentirnos seguras, fuertes y felices.

A lo mejor algo así es realmente posible.

Kattis suspira y mira al techo con los ojos enrojecidos.

—Bueno, yo creo que pronto lo pillarán —dice la voz áspera, pausada y cautelosa de Sirkka—. De lo contrario, no sería justo. Sencillamente no sería justo.

Sirkka suspira hondo y se mira las manos, se frota los dedos torcidos.

—Leí en el periódico que estaba tan malherida que apenas pudieron identificarla. ¿Cómo alguien puede hacer una cosa así? Y su hija. Porque lo vio todo.

Sofie nos mira, busca una explicación que no podemos darle. Desearía poder decir algo juicioso. Que pudiera manifestarme como una digna

representante del mundo de los adultos. Sé que, por definición, Sofie es adulta, pero resulta difícil verla como algo más que una chiquilla. Se acurruca en su asiento y todo lo que querría hacer es cogerla en brazos, protegerla, prometerle que nunca ningún monstruo la matará.

—A mí también me parece repugnante, pero no entiendo cómo todas podéis estar tan seguras de que fue él, Henrik, quien lo hizo. —Malin mira a su alrededor y parece irritada—. Es cierto, parece ser el perfecto candidato, pero no lo sabemos. Lo único que pretendo decir es que las cosas no siempre son lo que parecen.

—Pero ¿qué es lo que te cuesta tanto entender? —Kattis se vuelve hacia Malin. Parece tranquila, pero su voz es cáustica y percibo su rabia cuando prosigue—. Ese maldito tío casi me quita la vida. Es capaz de cualquier cosa. De vez en cuando, las cosas sí son lo que aparentan. Él era su novio, es un maltratador, ella muere. ¿Tan complicado te parece?

—Lo único que digo es que no deberíamos juzgar a nadie sin conocer todos los hechos. No hay que juzgar a nadie sin haberle escuchado antes. No pretendía poner en entredicho lo que te hizo a ti. Siento mucho si lo ha parecido.

Malin levanta las manos en un gesto de disculpa y es evidente que quiere poner fin al conflicto que se avecina.

—Sea quien fuere quien lo hizo, resulta aterrador. Y eso me da miedo. Miedo a que me pueda pasar algo parecido, a mí, o a cualquiera de vosotras. Pero lo más importante ahora mismo es, a fin de cuentas, que estamos aquí, que intentamos hacer algo con nuestras vidas.

Hillevi sonríe cautelosamente a las demás mujeres presentes y yo pienso que ha adoptado el papel de madre del grupo. La que tiene que ponerlo todo en su sitio y mediar en los conflictos. Hacer que todos los demás se sientan bien. Eso me lleva a preguntarme quién se hará cargo de ella.

¿Cuándo podrá Hillevi mostrarse pequeña y frágil?

Aina se mete en la conversación.

—Creo que Hillevi le ha puesto palabras a lo que todas sentimos ahora mismo. Miedo. Pero creo que tienes razón en una cosa importante. No podemos cambiar lo que ha ocurrido, pero podemos influir en nuestras propias vidas. Y ese es precisamente uno de los motivos principales para vernos aquí. Ayudarnos a encontrar herramientas, a tener fuerzas para abandonar a la persona que ha usado la violencia contra nosotras. Dejar atrás las dudas en nosotras mismas, la impotencia y el desprecio, darnos fuerzas mutuamente para seguir adelante.

Resplandece alrededor de Aina cuando habla. Su pelo lanza destellos a la luz de la lámpara y sus ojos brillan. Estoy asombrada. Aina no es de las que suelen hacer discursos incendiarios, pero su compromiso parece auténtico. Por lo visto, hay cosas en ella que yo desconozco, después de tantos años. Como si sintiera mi mirada en ella, mira hacia mí y me sonríe, apenas un instante.

—Debemos seguir hablando de las ayudas que la sociedad puede ofrecer a las mujeres maltratadas. Siri os hablará de ello más adelante, pero antes me preguntaba si alguna de vosotras no tendrá alguna reflexión que comunicarnos desde la semana pasada, aparte de lo que ya hemos hablado.

La mirada de Aina se pasea por el círculo de mujeres. Todas están calladas, pero de pronto Sofie levanta la mano. El gesto tanto infantil como conmovedor. De pronto, su juventud y su vulnerabilidad se hacen muy patentes.

—Adelante, Sofie.

Aina le sonríe para darle ánimos y Sofie parece tomar impulso. Baja lentamente la mano, que tiembla por lo que parece ser nerviosismo y tensión. Su rostro está blanco como la leche, pero sus mejillas han adquirido un tono rosa y febril. En su frente, las gotas de sudor brillan como diminutas piedras preciosas de una tiara.

—Bueno, a ver... lo que hablamos la semana pasada. Lo que contó Hillevi. De su hijo. Querría decirle algo a Hillevi.

Hillevi mira con atención a Sofie, parece incorporar su nerviosismo y temor y asiente lentamente.

—Me gustaría saber lo que tienes que decirme, Sofie. Cariño, cuéntamelo.

La pediatra, la madre de tres hijos, se ha inclinado hacia delante en la silla y escucha con gran respeto a la chica de dieciocho años, y caigo en la cuenta de que aquí todas somos iguales. No importa cuál sea el papel o el entorno de cada una en la vida cotidiana. La profesión que tengamos. La formación. El barrio en el que vivamos. Aquí, lo que importa es lo que nos une, lo que nos vincula. No lo que nos separa.

—Verás, lo que contaste de tu hijo y tu marido. Cómo él pegó a un niño pequeño... —Sofie no osa cruzar su mirada con la de Hillevi y en su lugar la fija en la libreta sobada que ha dejado sobre la mesa—. A mí me pasó lo mismo. Quiero decir que mi padrastro me pegaba. Siempre me ha pegado. Desde que yo recuerdo.

Hillevi vuelve a asentir con la cabeza y Aina murmura algo para animarla a seguir. Sofie se sorbe los mocos y prosigue.

—Mi mamá y él siempre estuvieron muy enamorados. Están muy enamorados. Es así como yo me he criado, con la imagen de mi madre y de mi padrastro como dos personajes de cuento. Mamá siempre me contaba cómo ella y Anders se habían conocido, en un café de la ciudad. Cómo papá se acercó a mamá donde ella estaba sentada, leyendo conmigo en el cochecito, y había empezado a hablar con ella. Cómo se enamoraron. Directamente. ¡Zas!, amor a primera vista. Se fueron a vivir juntos inmediatamente. Son de la clase de personas que no pueden evitar tocarse constantemente, todavía lo hacen, a pesar de que llevan juntos pongamos que unos diecisiete años.

—Uy, pero entonces ¿cómo es que tú estás aquí? ¿Si todo es tan maravilloso?

La voz de Malin es sarcástica, maliciosa, y yo me sobresalto, sorprendida. Antes de que me haya dado tiempo a actuar, Aina se vuelve hacia Malin. Veo que lo único que hace Aina es levantar levemente la ceja y que Malin se apresura a volver la cabeza inmediatamente para farfullarle una disculpa quedamente a Sofie. Durante un breve instante reflexiono sobre lo que en realidad le puede estar pasando a Malin. Pienso que tengo que hablar con ella después de la sesión. Tengo que intentar entender por qué actúa de esta manera.

—Pero eso es precisamente lo que intento explicaros. —Sofie parece irritada por la interrupción—. En todo caso, Anders es una persona bastante colérica. Pero nunca se enfada con mamá. Ella es como su ángel. Nunca la tocaría, ni le haría nada. Sin embargo, se enfada conmigo. No sé la edad que debía de tener yo cuando me pegó por primera vez. En cierto modo, tengo la sensación de que siempre me ha pegado. Durante mucho tiempo pensé que todos los padres pegaban a sus hijos. Que las cosas eran así. No fue hasta que empecé en el colegio cuando nos hablaron de la ley que prohíbe a los padres pegar a los hijos, que entendí que no se debía hacer. No solía pegarme demasiado fuerte. Era más bien alguna que otra bofetada, o un empujón. Si llegaba tarde, o no había ordenado mi cuarto, o no había hecho los deberes. Mamá solía decirle: «Pero Anders, deja en paz a Sofie», pero nunca hacía nada. No intentaba impedirle que lo hiciera, ni nada de nada. Simplemente lo dejaba estar, dejaba que continuara. Ella siempre tenía excusas para justificar sus golpes. «Anders está fastidiado, ahora mismo lo pasa mal en el trabajo», «Anders está agotado», «A Anders le duele la espalda». Siempre había una buena excusa. Era como si mamá siempre se pusiera de su lado. Que eran ellos contra mí, como si dijéramos. Me sentía como si yo fuera una niña

cualquiera que aparecía por allí para fastidiarles su maravilloso amor. Mi propia madre pensaba que su novio era más importante que yo.

—¡Mi niña! —Sirkka se frota sus arrugadas manos en las rodillas y sacude la cabeza con tanta fuerza que su fina cabellera pelirroja se levanta por unos instantes de sus delgados hombros—. ¿No entiendes que estaba mal? Es un acto contra natura hacerle algo así a una niña.

—¿Lo es? —Sofie mira a Sirkka a los ojos sin ceder—. A lo mejor eso es precisamente la naturaleza.

—¿Qué quieres decir? —dice Sirkka, y parece sinceramente confundida.

—Quiero decir... Acostumbro a pensar que es como con el león.

La voz de Sofie se corta y de pronto no es más que un susurro.

—¿El león? —dice Aina.

—Sí, ya sabéis, cuando un león macho conoce a una nueva leona siempre mata a sus hijos. Sí, porque ella los ha tenido con otro macho. Y yo suelo pensar que debe de ser así. Yo no soy suya. En cierto modo, me rechaza. Así es la naturaleza.

Se hace el silencio en la sala. Sofie mira al suelo de linóleo sin decir nada, pero me parece oír un leve sollozo.

—Entonces, Sofie, ¿qué pasó luego? —pregunta Aina con suavidad.

—Bueno... Anders empezó a beber cada vez más. Siempre ha bebido bastante, mamá y Anders siempre han tenido muchas fiestas y cosas, pero con el tiempo fue a más. Y cuanto más bebía, más furioso estaba. Y siempre era mi culpa. Empezó a pegarme, ahora en serio.

Sofie se queda en silencio. Sus ojos están entelados y su rostro tenso y rígido. Sin embargo, el dolor traspasa su máscara. Su relato tiene efecto en todo el grupo. Está mal que un hombre mate a su mujer, pero que pegue a un niño va en contra de nuestros más profundos instintos. Veo cómo Sirkka se seca las lágrimas disimuladamente, cómo Malin abre y cierra los puños lentamente, como si quisiera saltar sobre el padre de Sofie personalmente.

Y Hillevi. Hillevi no suelta a Sofie con la mirada. Su rostro es grave. Pálido. Asiente con la cabeza lentamente, como si de pronto lo comprendiera todo.

—Me empujó con tanta fuerza que caí escaleras abajo y me rompí un brazo. Porque llegué tarde a casa un sábado por la noche. Se volvió loco cuando conocí a Viktor, mi chico. Dijo que era un perdedor y que debería buscar a alguien mejor. No un gandul del extrarradio. Pero lo peor no fue que me pegara, ni que me rompiera el brazo, ni que me llamara puta. Lo peor fue que mamá le diera la razón y se pusiera de su lado siempre. Que siempre lo

disculpara. Que siempre hubiera una buena excusa para que él hiciera lo que hacía. Sinceramente, me la suda que me pegara, pero que mi madre me traicionara...

Sofie se queda callada, mirando a Hillevi.

—Y es por eso por lo que debes dejarlo. Por tus hijos. Ellos tienen que saber que tú eres su madre. Que estás de su lado. Que no está bien pegar a nadie. Bueno, esto era lo que quería decir.

Hillevi alarga la mano lentamente hacia Sofie. Sus mejillas, tan pálidas, casi blancas. Los ojos llenos de lágrimas. Toca levemente la mano de Sofie.

—He escuchado lo que me has dicho, cariño. He oído lo que has dicho, y te prometo que nunca dejaré a mis hijos en la estacada.

Un discreto golpe en la puerta interrumpe el sentimiento, casi hipnótico, que se ha producido en la sala. Es Elin, que llama y asoma la cabeza por la estrecha ranura de la puerta.

—¡Vaya! ¡Hola a todas!

Elin parece confusa y Aina y yo intercambiamos miradas discretamente. Aina mira al techo exasperada y yo tengo que morderme la lengua para no empezar a reír. Elin es enormemente encantadora, pero no se entera de nada. Debería saber que estamos ocupadas, que estamos en medio de una sesión y que este tiempo es sagrado.

No existe ninguna razón aceptable para interrumpir. O casi ninguna.

Elin se ha quedado vacilante en la puerta, no parece saber qué hacer. Excepcionalmente, lleva el pelo negro recogido en un artificioso moño y la cara, como de costumbre, pintada del blanco más blanco y del negro más negro.

—Bueno, veréis, es que hay un tío aquí. Que quiere entrar.

Mira de soslayo hacia afuera, parece incómoda, y distingo una sombra detrás de ella.

—Desgraciadamente no podemos dejar entrar a nadie. Estamos en medio de una sesión. Lo siento mucho, pero tendrás que pedirle que vuelva más tarde, o que llame.

Elin asiente con la cabeza y empieza a cerrar la puerta. Luego todo ocurre muy rápido. La sombra se despegas de la pared y empuja a Elin dentro de la sala con mucha fuerza.

—Tenéis que dejarme entrar. Tengo que contaros algo. ¡Tenéis que escucharme! ¡Escuchadme!

La cabeza rapada está resplandeciente por la lluvia, o tal vez por el sudor, y brilla a la luz de la lámpara de techo. Esta vez también lleva la enorme

cazadora negra de pluma puesta. Reconozco a Henrik de inmediato, el hombre que tal vez haya matado a su novia. El hombre que apareció en medio de la oscuridad de Medborgarplatsen.

Aparece alto como una torre en el vano de la puerta y me doy cuenta de que se tambalea. Sus ojos tienen un brillo febril y un débil pero inconfundible olor a alcohol se extiende por la habitación.

Elin, que ha caído de rodillas, parece una muñequita a su lado.

—¡Tenéis... que... escucharme!

Su voz es aguda, su rostro desesperado. El bronceado de la última vez parece gris y sucio. Una barba de tres días cubre su rostro demacrado.

—Lo siento muchísimo, pero tengo que pedirte que te vayas.

Me acerco a Henrik lentamente, intento parecer calmada, pero a la vez decidida. Transmitir una sensación de seguridad en mí misma. Dentro de mí, solo hay un negro terror. Manos temblorosas, el sonido del corazón que late con fuerza, con mucha fuerza. Ampliado con cientos de decibelios. El estómago que se encoge. En los oídos, un sonido que se amplía hasta convertirse en un pitido insistente, un grito.

Henrik me mira a los ojos. Sus ojos azules y claros están ribeteados.

Ira, dolor, desesperación.

Mirarle a los ojos es como ahogarse en un espectro de sentimientos tenebrosos.

—Sí, sí, sí. Me iré, pero antes tendréis que escucharme. Tenéis que escucharme. Ella tiene que escucharme.

Señala a Kattis, que se ha acurrucado en la silla. Rodea su cabeza con los brazos y todo su cuerpo parece temblar.

—¡Pero mírame! ¡Mírame, Kattis! Ahora tenemos que hablar. ¡Tú antes querías hablar! Ahora tienes la oportunidad de hacerlo. Ahora estoy aquí. ¡Ahora vamos a hablar!

Henrik tropieza, casi se cae encima de Elin, pero en el último segundo logra agarrarse a mi silla.

—¡Mierda! —masculla, sobre todo para sí mismo. Entonces se pone derecho, se tambalea ligeramente.

Mis ojos se cruzan con los de Aina. Parece resuelta y empieza también a levantarse de su silla.

—Lo sentimos mucho, pero tenemos que pedirte que te vayas ahora mismo, si no nos veremos obligadas a llamar al guardia.

La voz de Aina es autoritaria, firme. Como si realmente fuéramos capaces de convocar la presencia de un vigilante solo con el pensamiento. Porque no

tenemos ninguna alarma. Al menos la que se suponía que Vijay debía encargarse no ha llegado, o a lo mejor se ha olvidado por completo del asunto.

—No vais a llamar a ningún maldito vigilante, ¡vais a escucharme! Y yo os contaré cómo son las cosas en realidad. ¿Lo habéis entendido? —De pronto solloza y puedo ver lágrimas a punto de brotar en sus ojos—. ¡Joder, joder, mierda, mierda! —repite una y otra vez, como si maldijera sus propias emociones.

Echo un rápido vistazo por la sala. Sirkka está sentada totalmente rígida, mirando al frente. Su rostro arrugado se ha cerrado en sí mismo, inexpresivo. Sofie ha empezado a llorar, se apretuja contra el costado de Hillevi, mientras Hillevi le acaricia el pelo suavemente. Kattis sigue ocultando la cabeza con los brazos. Y Malin mira a Henrik llena de odio. Elin está sentada en el suelo, despeinada y hecha un ovillo en medio de un montón de ropas negras y cadenas.

—Desde luego, claro que podrás hablar.

Aina camina lentamente hacia Henrik mientras habla en un tono de voz sosegado, casi cotidiano. Con claridad, como a un niño.

—¡No te acerques! No te acerques más —gruñe él, al tiempo que levanta un brazo. Veo algo que brilla en su mano. ¿Metal? ¿Un arma?

—¡Aina, vuelve a sentarte! Deja que hable Henrik. Henrik, ahora puedes hablar. Cuéntanos lo que querías decir.

Agito la mano para que Aina recule. No sé si ha visto el arma en la mano de Henrik, pero comprendo que de pronto nos hallamos en una situación muy distinta. Un maltratador de mujeres ebrio y agresivo, tal vez incluso un asesino, que está aquí y quiere ajustar cuentas, y que se ha traído un arma. Lo único que no logro entender es por qué Henrik está aquí. Tal vez para hacer daño a Kattis, pero ¿por qué? ¿Por qué no en secreto, por qué se mete con ella aquí? ¿En público?

—¡Tenéis que escucharme!

Henrik bloquea mi mirada. Implora mi consentimiento.

—Te escucharemos. Puedes empezar.

Aina vuelve a hablar con la voz sosegada y apacible.

—Tenéis que entenderlo. ¡Está loca! ¿Me habéis oído? Loca.

Henrik señala a Kattis con el objeto metálico. Ella vuelve la cara hacia él, afronta su mirada, parece desnuda. Vulnerable. Desesperada.

Pero no asustada.

—No es quien pretende ser —prosigue él balbuciente—. Nunca la he tocado. ¿Me habéis entendido? Nunca le he... pegado. Lo juro por Dios.

Nunca le he puesto la mano encima a una mujer. ¿Lo comprendéis? Es ella la que es un monstruo. Que me persigue. Está loca y también os manipulará a vosotras. Y vosotras...

De pronto se ríe. Primero suelta una risita ahogada, pero esta crece hasta convertirse en una carcajada de verdad, sonora, descontrolada, se abre camino a través de su cuerpo y colma la estancia entera.

—Ya os ha engañado. ¿Lo entendéis? —Henrik vuelve a reírse, tanto que apenas es capaz de hablar, tanto que se ve obligado a inclinarse hacia delante y se golpea la mano contra la rodilla—. ¿Lo entendéis? Ya os ha... Y vosotras habéis picado, todas. No puede ser verdad, ¡joder! Ya os ha... ¿Lo entendéis?

Entonces se apaga la risa y se hace el silencio en la sala. Nadie dice nada, y Henrik no parece saber muy bien qué hacer tampoco. Mira a Kattis y cuando vuelve a hablar es como si las palabras estuvieran dirigidas a ella, no para las demás, nosotras somos meras comparsas.

—Susanne está muerta. Yo la quería. La quiero. Y ahora todo se ha roto, maldita puta. ¿Estás satisfecha?

Ahora llegan los sollozos. Su pena y su dolor, tan fuertes y tangibles.

—Has destrozado mi vida.

Su voz es apenas un susurro y puedo oír el lavaplatos zumbando en la cocina y los coches que pasan silbando en medio de la lluvia en Götgatan. Es como si el tiempo contuviera la respiración. En el reloj grande de la pared las manecillas avanzan lentamente. El sonido de los segundos pasando resuena en la estancia. Nadie se mueve. Nadie dice nada.

Henrik se ha acercado una silla y se ha sentado. Respira pesadamente, se retira los mocos y las lágrimas con la manga de la cazadora que cruje cuando se mueve. Ahora sostiene el arma a la vista de todas. No sé nada de armas. No sé si se trata de una pistola o de un revólver. No sé de qué marca es ni de qué calibre. Pienso en Markus, en su arma reglamentaria, que cuida como si fuera un bebé y que me impide que siquiera la toque. Que guarda bajo llave de acuerdo con el reglamento.

No sé qué arma es la que tiene Henrik, pero sé el potencial que tiene para hacer daño. Para matar.

Parece cansado. Como si su vida ya hubiera llegado a su fin. Imágenes de dramas con rehenes recorren mi mente. Muertos y heridos. El autor del delito que se suicida. Cuerpos de policía especiales que son emplazados para que convenzan al secuestrador. Hablar en un tono calmado, establecer contacto, ser una persona.

Pero los policías tienen que saber que estamos aquí, que Henrik está aquí. Y nadie lo sabe. Hoy ya no queda nadie en la consulta. Sven se ha tomado el día libre para ir a su casa de veraneo y, supongo, tener una recaída.

—¿Por qué, Kattis? ¿Y qué demonios estás haciendo aquí con estas brujas?

Henrik vuelve a mirar a su alrededor y levanta el arma. Sofie solloza de nuevo y se aprieta contra Hillevi.

—¿Cómo podemos ayudarte, Henrik? Queremos ayudarte. Di lo que necesitas para que todo vuelva a estar bien. Te escuchamos.

Aina de nuevo. Calmada. Confiada. No hay nada en su semblante que podría sugerirle a un observador externo que tiene miedo o está preocupada.

—Lo único que tenéis que entender es que está loca y que siempre miente. De todo. Nada de lo que dice es verdad. ¡Es malvada!

Henrik aúlla las últimas palabras. El intento de Aina de tranquilizarle no parece que vaya a funcionar. Henrik está en otro lugar, en otra realidad. De pronto Kattis se pone de pie. Alarga las manos hacia Henrik.

—Lo siento, Henrik. Todo ha sido culpa mía. Ahora lo comprendo.

Kattis. Rostro inexpresivo, mejillas pálidas, ojos grandes.

Veo que está llorando y me gustaría alargar una mano hacia ella, consolarla.

Se acerca a Henrik con la cabeza gacha. Parece alguien que avanza hacia su propia ejecución y me pregunto si es lo que planea. Sacrificarse.

Desearía poder impedírselo, detenerla en mitad del gesto, pero no me atrevo. En algún lugar de mi interior me veo obligada a reconocer que no me atrevo. Que no estoy preparada para dar mi vida por otra persona.

Lo único que quiero es volver a estar en mi casa. Pienso en la vida que hay en mi vientre. En la vida que crece allí y que puede llegar a convertirse en un ser humano.

Un niño.

Pienso en Markus. En sus cálidas manos. En su cuerpo. Su risa. Markus y un niño. Tan complicado y, de pronto, tan sencillo.

—¡No!

El grito de Hillevi rompe el silencio. Se abre camino cortando el plúmbeo aire. Se pone en pie y se coloca entre Kattis y Henrik.

—No —repite—. Déjala en paz. Vete de aquí. Vete de aquí.

Henrik mira confuso a Hillevi, como si no comprendiera lo que está pasando. Hillevi sigue allí de pie. Afronta su mirada y sacude lentamente la cabeza.

—Tienes que irte ahora. Dame tu arma. Te vamos a ayudar. Nos ocuparemos de que recibas ayuda.

—Pero no entiendes nada.

La voz de Henrik no es más que un susurro ronco, e intuyo cierto desánimo en su tono de voz. Su mirada es vidriosa y mira a Hillevi con ojos casi temerosos. Entonces da un paso atrás y alza el arma.

—¡Detente, joder!

Ya está aquí de nuevo, esa sensación de que el tiempo ha dejado de existir. Que todos somos prisioneros del momento, incapaces de influir sobre el curso de los acontecimientos.

Hillevi se acerca a Henrik y dentro de mí todo se huela.

Henrik está borracho, tal vez furioso. Probablemente esté asustado, es posible que se haya hecho ideas falsas y paranoicas acerca de Kattis. Si llega a sentirse amenazado por Hillevi podría pasar cualquier cosa. No debería acercarse tanto. Debería retroceder.

Kattis se ha detenido y tiene los ojos cerrados. Sofie se ha quedado sola y desvalida, ahora que ya no tiene a Hillevi en quien apoyarse. Malin y Sirkka se han quedado en silencio, totalmente rígidas.

De pronto veo a Elin, olvidada en una esquina de la habitación. En la mano sostiene un teléfono móvil. La pantalla se ilumina débilmente. Me mira y asiente lentamente con la cabeza y yo entiendo lo que pretende decirme. De alguna manera, ha conseguido enviar un mensaje. La ayuda está en camino. Se apresura a esconder el móvil en algún lugar entre la vestimenta negra.

Hillevi levanta las manos como para señalar que es inofensiva. Que no le desea nada malo. La pequeña Hillevi contra el hinchado gigante Henrik. Henrik que se ha quedado inmóvil y asombrado la mira con el arma resplandeciente en la mano.

Entonces...

El segundero da un salto más hacia delante en el reloj de pared. En algún lugar un coche toca la bocina. El lavaplatos emite un pitido en señal de que ha terminado su ciclo. Alguien respira hondo. Hillevi da un paso adelante, no es un paso amplio, no es un movimiento brusco, tan solo un pequeño pero decidido avance.

El pequeño y delicado cuerpo vestido de negro de Hillevi cae hacia atrás, sobre la mesa que está en medio del círculo de sillas, tira al suelo la fuente con bollos y la cajita de Kleenex y con el rabillo del ojo veo cómo los bollos esparcidos sobre la alfombra marrón absorben lentamente la sangre tiñéndose de rojo hasta parecer ovillos desmadejados.

Henrik se mira asombrado la mano, como si no alcanzara a comprender lo que ha ocurrido, como si no fuera consciente de lo que acaba de hacer.

Luego el silencio.

Nunca había sospechado que un disparo pudiera sonar tan alto en una habitación cerrada.

Ensordecedor.

Ni cómo luego el silencio borra el sonido, colmándolo de vacío.

Colmándolo de nada.

Más tarde. Sonidos. Movimientos. Gente que entra y sale corriendo de la habitación. Destellos azules que barren regularmente la pared, un reflejo de las ambulancias y los coches de la policía que están alineados en la plaza. Elin sentada en un sillón con una manta cubriéndola. La mirada acerada. A su lado, de rodillas, una mujer amable que le pregunta cómo está. Si necesita asistencia hospitalaria.

Sirkka, Sofie y Malin, que están sentadas en una esquina, parecen pequeñas y desvalidas. Kattis, que se ha colocado en otra esquina, y que conversa con un policía. Está blanca y hay algo rígido y desapacible en sus movimientos. Sospecho que está en shock.

De pronto alguien posa una mano sobre mi hombro. Me sobresalto instintivamente. El cuerpo sigue en estado de sobreexcitación. Avisa de posibles peligros y anima a la lucha o a la huida. Me vuelvo y allí está Markus, en tejanos y una sudadera con capucha.

—Lo oí. Oí que había habido un tiroteo en una consulta de psicología en Medborgarplatsen. Vine aquí lo más rápido que pude. Creí que eras tú...

Balbucea y vuelve la cabeza, como para ocultar sus sentimientos.

—¡Joder, Siri! Creí que eras tú quien...

No digo nada. Dejo que me abrace, que me meza como a una niña pequeña, toqueteo su sudadera, siento la tela moteada. Inspiro el aroma de Markus, tan familiar y acogedor.

—¡Markus, maldita sea, qué contenta estoy de verte! —Aina está a nuestro lado. Su cara está roja y embadurnada de máscara de ojos. Está llorando, pero no parece que se dé cuenta.

—¿Sabes algo? ¿Algo de Hillevi?

Mira intensamente a Markus y yo suelto su cuerpo. No quiero soltarme, pero me doy cuenta de que debo hacerlo. Doy unos pasos atrás y lo contemplo. Busco pistas.

—No sé nada o, mejor dicho, solo sé lo que he escuchado en la radio. Que han disparado a una mujer. El autor del crimen está en libertad, huyó del lugar de los hechos a pie.

—¿Dónde está?

Miro a mi alrededor. Recuerdo el semblante de Henrik justo después de disparar. Su cara, como la de un niño que acaba de despertar: desnuda, cansada e inexpresiva. La mirada que dirigió al arma, casi asombrada. Como si fuera un juguete nuevo cuyo funcionamiento acababa, precisamente en aquel momento, de entender.

Y Hillevi.

Estaba echada boca arriba sobre la mesa como un animal a punto de ser sacrificado. Sus toscas pero pequeñas botas de hombre que colgaban libremente en el aire, justo por encima del suelo, y la falda negra que se había rasgado y dejaba al descubierto una pequeña y flaca pelvis.

Parecía una niña pequeña.

Sirkka que se inclinó sobre su cuerpo, que intentó detener la sangre con sus manos arrugadas.

Sangre.

Por doquier esa sangre que corría, por el suelo, tiñendo la alfombra de sisal de color arena de un rojo intenso.

—Todavía no lo hemos encontrado, pero solo es cuestión de tiempo. Lo atraparemos.

Aina mira a Markus. Intenta que asimile lo que hemos visto. Explica lo que no se deja explicar.

—Tenemos que ocuparnos de ellas.

Señalo en dirección a Sirkka, Malin y Sofie, que todavía están sentadas en sus sillas. Entumecidas, olvidadas.

—Llegarán camilleros y agentes de policía en breve que se ocuparán de ello. Son testigos, se ocuparán de ellas. Y también de vosotras, alguien vendrá para ocuparse de vosotras.

Ahora Markus parece más tranquilo. Está en su terreno. El lugar del crimen y las catástrofes forman parte de su cotidianeidad.

—Hillevi. Tienes que averiguar qué ha pasado con Hillevi.

Aina vuelve la cabeza hacia Markus. Suplica. Markus asiente con la cabeza y se dirige a un hombre que parece ocupar una posición de mando.

Conversan un rato y veo que Markus se vuelve hacia nosotras. A lo mejor le está explicando quiénes somos Aina y yo. El hombre habla y asiente con la cabeza. Sus movimientos y su semblante no revelan nada. No logro adivinar lo que tiene que decir, ni qué le ha pasado a Hillevi. Markus vuelve con nosotras. Busco su mirada y no veo nada. Solo su semblante neutro, profesional. No sé nada, no veo nada, no soy capaz de vislumbrar nada.

Markus nos conduce a través de la sala y nos mete en la cocina, que está vacía. Nos dejamos caer en las sillas. Mis manos tiemblan. No soporto verlas. No sé por qué, pero de pronto me siento terriblemente cansada y no tengo fuerzas para mirar estas manos temblorosas, un recuerdo de lo que hemos atravesado. Lo que no tengo fuerzas para interiorizar.

—Hillevi fue alcanzada en el abdomen.

Markus nos mira, como para confirmar que lo que está contando es realmente cierto. Que coincide con lo que hemos visto.

Aina asiente débilmente.

—Sangraba del estómago, muchísimo. Nadie puede perder tanta sangre sin que...

—Perdió mucha sangre por culpa de la herida de bala. Es cierto.

Markus se aclara la voz. Parece incómodo y de pronto siento un nudo frío en el estómago. Sé lo que está a punto de decir. Sé que nadie puede perder tanta sangre y sobrevivir.

—Llevaron a Hillevi al hospital de Söder, donde constataron que había muerto. Probablemente murió en la ambulancia, pero no la declararon muerta hasta llegar al hospital. Hay que hacerlo así, no podemos declarar a nadie...

Markus enmudece, como si se hubiera dado cuenta de que no tenemos fuerzas para escuchar los detalles superfluos como quién declara muerto a quién y dónde. Aina y yo nos miramos y poco a poco se asientan las palabras.

Hillevi ha muerto.

Estoy acurrucada en el sofá envuelta en mi edredón. Sin embargo, tengo frío. Siento como si los temblores no fueran a desaparecer nunca. Sobre la mesa hay una taza de té que Markus me ha preparado. Tal vez espere que el calor de la bebida me calme.

Al otro lado de la ventana se oye el viento que recorre las copas de los pinos. Sopla con fuerza y la lluvia golpea contra el cristal en cascadas irregulares.

Echo de menos una copa de vino. Sé que hay una caja en el armario encima de la nevera, siempre hay una caja en el armario encima de la nevera, pero pienso en el niño y sé que debo desistir. Ya no puedo permitirme seguir bebiendo, a pesar de que el miedo paraliza mi cuerpo, me desgarrar por dentro. El ansia por el alcohol, mucho mayor de lo que hubiera querido admitir, de lo que me había permitido ver. Pero también sé lo que el alcohol puede hacerle a un feto y no puedo hacerme culpable de algo así. Pienso en la criatura nonata que tengo dentro y en el niño que un día perdí y sé que no puedo arriesgarme. El vino tendrá que esperar. A pesar del ardor en el estómago, el ligero malestar y el pulso que se desborda. Markus quiere que acepte la oferta de benzodiacepina que me ha hecho el médico de guardia, pero incluso los tranquilizantes están proscritos. Nada de alcohol, nada de medicamentos.

Solo negro terror.

Markus se pasea por el cuarto de estar con una energía nerviosa y agitada, y sé que se bate entre estar en casa conmigo y salir huyendo para perderse en el trabajo. A pesar de que el asesinato, o el homicidio, de Hillevi no acabará sobre la mesa de Markus, la responsabilidad de la resolución del asesinato de la novia de Henrik es de la policía de Nacka, de los colegas de Markus. Y, naturalmente, hay que investigar la posibilidad de que haya una conexión entre estos delitos tan distintos entre sí.

—¿Por qué no lo detuvisteis? —Mi voz suena extraña, me cuesta pronunciar las palabras. Descansan como grandes e incómodas piedras en mi boca seca.

—¿Te refieres a Henrik? —Markus se ha detenido, el agitado deambular se ha interrumpido temporalmente.

—Claro que me refiero a Henrik. ¿Por qué no lo detuvisteis? Al fin y al cabo ya había asesinado a su novia, si lo hubierais detenido, Hillevi no habría... Y ahora ha desaparecido. ¿Y si nunca lo encontráis?

Me quedo callada. En mi cabeza veo la misma escena una y otra vez. Hillevi delante de Henrik, intentando llegar a él, el disparo, Hillevi que cae contra la mesa. Y la sangre. La sangre que corre sobre la alfombra, mezclándose con los cascajos de porcelana y los bollos de canela. La escena es irreal, pero a la vez inexorable. Resulta imposible escapar de ella.

—Siri, las cosas no siempre son como parecen. —Markus busca mi mirada y alarga la mano. Roza cautelosamente mi hombro—. Lo estuvimos interrogando en la comisaría. Lo contrasté con los colegas. Tenía una coartada, no pudo matar a la novia. Además, una coartada muy sólida, estuvo por ahí con los empleados de su empresa de construcción. Diez personas que

jurán que estuvieron tomando copas con él y cantando en el karaoke. Además, el personal del bar también confirma que es verdad. Se acuerdan de él, estaba borracho y un poco pesado, estuvo manoseando a las camareras.

—¿Cómo podéis estar tan seguros? —Me doy cuenta de que sueno algo hostil, casi agresiva—. Es un conocido maltratador. Kattis me ha contado... —Me quedo callada, sé que estoy a punto de quebrantar mi voto de confidencialidad, de revelar nombres y datos que estoy obligada a mantener en secreto.

—Kattis, ¿es ella su ex pareja? ¿Su ex que también participa en tu grupo de mujeres maltratadas?

Asiento con la cabeza. Sé que, de todos modos, esto saldrá a la luz. Que la policía investigará a las componentes del grupo y qué se dijo durante la sesión. Todo ello para entender y explicar, ponerle palabras a la conducta de Henrik, encontrar conexiones y vínculos, crear un contexto.

—De acuerdo. Entonces supongo que podemos decir que la versión de Henrik no coincide del todo con la de Kattis. Él lo niega todo, dice que nunca le puso la mano encima. Que se lo inventa.

—Pero eso siempre es así. ¿Cuántos maltratadores reconocen que son culpables y se someten a un castigo o a un tratamiento? ¿Crees que es muy frecuente? Ni siquiera entiendo cómo puedes defenderlo. Habéis cometido un gravísimo error, y ahora intentáis ocultarlo afirmando que es inocente.

Noto que el llanto está a punto de sobrevenirme. Las saladas lágrimas corren por mis mejillas y por mi cuello. Me siento herida, impotente, desesperada.

—Siri, ¿no has oído lo que te he dicho? Henrik tenía una coartada. No puede haber matado a su novia. Y la policía no tiene el don de ver el futuro, no podemos evitar delitos que no sabemos que tendrán lugar. Y, además... —Markus titubea. Él también está sometido al secreto profesional y soy consciente de que no puede contarme todo lo que sabe. Que tal vez ya haya dicho más de lo que debería—. A ver, la agente de policía que le comunicó la muerte a Henrik dijo que estaba destrozado. Que se derrumbó completamente. Y dijo que si estaba haciendo teatro, sin duda era la función más lograda que había visto en toda su vida. Tuvieron que llamar a un enfermero para que le suministrara un tranquilizante.

—De todos modos, pudo haberlo hecho. Pudo haber contratado a alguien. Está completamente loco, ¿qué tipo de persona va por ahí con un arma? Que me persigue por la noche en Medborgarplatsen. Y a quien pretendía hacer daño era a Kattis, no a Hillevi.

—Siri, lo primero que hacemos cuando encontramos a una mujer muerta es investigar su situación. Sabemos que el perpetrador más probable es el marido, la pareja o el novio. Es asqueroso, pero es así. Hemos investigado a Henrik, hemos repasado su relación con Susanne Olsson. Todo lo que hemos podido averiguar indica que Henrik es un tipo de lo más normal. Aparte de la denuncia por malos tratos de su anterior pareja, no tenemos nada. Apenas un par de multas por exceso de velocidad. No tiene antecedentes penales, cuida su negocio, es un jefe muy apreciado. Ninguno con los que hemos hablado ha presenciado ni experimentado ningún episodio de violencia. Todo el mundo parece apreciarlo, excepto un vecino que piensa que tiene un BMW demasiado grande y está convencido de que trabaja en negro, lo que seguramente también hace. Ha perdido un montón de dinero apostando a las carreras de caballos, pero por lo demás parece ser un tipo de lo más normal. No teníamos nada que pudiera incriminarle, Siri, nada en concreto. Aparte de las acusaciones de Kattis. No podíamos saberlo.

Markus abre los brazos en un gesto de disculpa y luego se ponen en cuclillas y me coge la mano. Me acaricia el pelo.

—¿Y el arma? ¿Por qué tenía un arma? ¿Qué persona normal y corriente que sea inocente tiene un arma en el cajón de su escritorio? Venga, Markus, está loco y tú lo sabes.

Me he incorporado en el sofá y me he sacudido el edredón. De pronto me doy cuenta de que he dejado de tener frío. Es como si el dolor y la rabia le hayan devuelto la vida a mi cuerpo. Fuera, la tormenta arrecia. La lluvia azota la ventana y las ráfagas de viento desgarran las ramas y los árboles. También la naturaleza parece haberse enfurecido por lo que ha ocurrido.

—No sé nada con seguridad, pero es miembro de un club de tiro. Tiene licencia y todo eso. Parece ser que estuvo compitiendo cuando era joven. Creemos que utilizó el arma para la que tenía licencia. Si quieres saber lo que yo creo, Siri, ahora mismo te lo digo. Henrik no mató a Susanne, pero algo pasó con él cuando le comunicaron su muerte. No preguntes qué, tú lo sabrás mejor que yo. Se derrumbó, se rompió. Se volvió loco, si quieres. Vio a Kattis como la cabeza de turco de todas las miserias que le han acaecido.

—¿Kattis? ¡Pero no es posible que crea que ella tuvo algo que ver con el asesinato de Susanne!

—No sé lo que cree, a lo mejor sintió que ella estaba saboteando su vida con todas esas denuncias por malos tratos. Y luego pasó lo de Susanne. Creo que fue demasiado para él, así de sencillo. Que perdió la cabeza. Tú que sabes de estas cosas, ¿no crees que podría ser?

Me encojo de hombros.

—Supongo que pudo volverse psicótico. Cosas así pasan. Desde luego. De pronto Markus parece cínico y cansado.

—Siri, la gente habla demasiado, se imagina muchas tonterías. La semana pasada tuvimos que encargarnos de un suicidio con asesinato. Una madre soltera que se quitó la vida después de matar a su hija de cinco años porque estaba convencida de que las perseguía un cártel de la droga sudamericano. Ya no veía ninguna otra salida. El ex las encontró a ella y a su hija muertas en el dormitorio cuando pasó para recoger a la niña y pasar el fin de semana con ella. La madre había obligado a la niña a tomar pastillas y luego se había atiborrado de ellas. Su médico nos contó que sufría de esquizofrenia paranoide que mantenía a raya gracias a la medicación. Solo que el problema era que había dejado de tomar la medicación...

Markus sacude la cabeza.

—Lo que quiero decir es que la gente enferma puede quedarse colgada de cualquier persona y de cualquier cosa. Y la de tu grupo, Kattis, supongo que dirá que él la perseguía, ¿verdad? Que tal vez esté obsesionada con ella, que la ve como la causa de todos sus males. ¿Qué sé yo?

Markus me mira. Una ráfaga de viento parece aferrar la casa. De pronto, las paredes parecen finas, frágiles, y por un momento creo que la casa saldrá volando con el fuerte viento. Markus prosigue:

—A lo mejor tienen alguna obsesión malsana el uno por el otro. De todos modos, no tenemos nada que lo incrimine. Nada en concreto. En general, tenemos muy poco que sea concreto. Todo lo que sabemos es que fue un hombre. No hay testigos, aparte de la niña. Pero, por el amor de Dios, una niña de cinco años... —Hace una breve pausa—. Tampoco tenemos ninguna evidencia técnica. Es una pesadilla policial. Un asesinato sin aclarar.

Nos quedamos en silencio un rato. Markus carraspea.

—Oye, Siri...

Se retuerce. A estas alturas, ya conozco a Markus, sé muy bien lo que ahora vendrá. Afronto su mirada. Ese semblante tranquilo, sincero e inocente, el arquetipo del policía atento y simpático. Sin embargo, también veo el indicio de bolsas bajo los ojos, la barba y la ropa que apenas es una pizca más descuidada de lo normal. Markus está agobiado por lo que pasa entre nosotros. El juego que parece tener vida propia, del que ni siquiera yo tengo acceso a las instrucciones y las reglas.

—Tenemos que hablar. De nosotros.

—Supongo que sí.

Mi respuesta viene rápida, porque sé que Markus tiene razón. Tenemos que hablar. Lo que le ha pasado a Hillevi, y aquellos dolorosos y lentos minutos en la consulta con Henrik. La sola idea de que todo pudiera acabar allí, en ese mismo instante. La angustia y el terror. De pronto, las cosas adquieren otra perspectiva. Todavía sigo sin saber lo que quiero, si quiero vivir con Markus. Sin embargo, la sola idea de perderlo se hace a su vez insoportable. Y luego el niño, el niño que ha elegido quedarse dentro de mí. Sin que estuviera planeado, de forma sorpresiva, abrumadora.

—Siri... Llegué a creer que eras tú. Que estabas herida. Y todo el tiempo pensé que tenía que decírtelo. Que quiero que al menos lo intentemos. Que también es mi hijo. Que la verdad es que creo que te quiero y que quiero estar contigo. Querida Siri, no me dejes fuera.

—No te puedo prometer nada. —Miro a Markus, lo miro a los ojos—. No puedo prometerle nada, pero podemos intentarlo.

Comisaría de Värmdö, *octubre*

La sala de interrogatorios es pequeña y cuadrada y, de nuevo, amueblada de forma espartana: una mesa, unas sillas y un fluorescente desnudo en el techo. Han desaparecido los juguetes, las ceras y los montones de papel que la investigadora infantil había traído para que Tilde se sintiera un poco menos incómoda. Sobre la mesa, unos micrófonos. No hay cuadros en las paredes, ningún objeto decorativo por ninguna parte. Nada que pueda utilizarse como arma. Un enorme espejo en una de las paredes, que no es un espejo, sino una ventana que da a una estancia contigua desde la que los colegas pueden seguir el interrogatorio sin ser vistos. Y es allí, detrás del cristal, donde se halla Roger Johnsson, apoyado contra el cristal con una mano en la cadera.

Marek Dlugosz ha tomado asiento en la silla que está vuelta hacia la ventana. Ya no parece tan engreído y chulo. No como cuando lo trajeron la última vez, cuando llevaba una vida asquerosa. Les fue de un pelo que no pudieran procesar a ese niño de mierda por resistencia violenta y agresión a un agente de la ley.

Acababa de cumplir dieciséis años y, por lo tanto, cumplía con la mayoría de edad penal por un buen margen. Debería darle las gracias a su buena estrella que no hubieran estado de ese humor.

Se pasa una mano por el flequillo ralo, suspira y se sienta en la silla. Saca un Losec del bolsillo para aliviar el ardor que siente justo debajo del esternón. Se recuerda a sí mismo que no debe tomar más café hoy, a pesar de que el cansancio se está apoderando de él. Promete, por enésima vez, que reducirá los cigarrillos, o al menos cambiará a unos más suaves. El dolor candente lo obliga a cambiar de postura, a estirar la espalda y echar el pecho hacia delante.

Hubo un tiempo en el que no se sentía provocado por gamberros de poca monta como Marek, en que incluso los escuchaba, se sentaba tranquilamente y les daba su tiempo. Intentaba comprender.

Como si hubiera algo que entender.

Hubo un tiempo en que se mostraba clemente. Que hacía la vista gorda. Que había creído que podría ayudar, hacer distinciones.

Como si eso importara.

Se había paseado por el centro de Gustavsberg como una especie de papá en la ciudad. Había sido el amigo de cada uno de los mocosos, había intentado entender a los gamberros. Había intentado salvar a aquellos que todavía no habían resbalado realmente, proteger a los que se hallaban en la zona de peligro.

Pero...

Había dejado atrás esa mierda. Llegas a un punto, una especie de instinto, tal vez una encrucijada, en la que tienes que elegir entre tú y ellos para no perder la razón, para no volverte loco, sencillamente.

¿Cuántas veces había dado la cara por alguien para que luego lo engañaran? ¿Cuántas veces le habían mentado esos niños a la cara? ¿Cuántas veces le habían prometido que era la última vez que robaban, que se peleaban, que fumaban?

Aquella sensación candente le sobreviene de nuevo con renovada intensidad y está obligado a inclinarse, dar unos pasos hacia delante y acercarse al espejo para desviar la atención del dolor.

Las imágenes pasan como destellos en su conciencia. Johnny Lanto en aquel pequeño y destartado Opel.

Dios mío, ¿por qué tiene que pensar ahora en él? Al fin y al cabo, eso ocurrió hace mucho tiempo.

Johnny Lanto también se lo había prometido. Le había prometido que nunca más cogería prestado el coche de su padre. Siempre que él no se chivase, siempre que no llamara a su padre. Porque si lo hacía, el padre le daría una paliza, una paliza tan grande que luego no podría ni andar. Y eso no era lo que quería, ¿verdad? ¿O qué?

Luego. La siguiente imagen.

Lo que antaño fuera la cara de Johnny Lanto. Una máscara viscosa de sangre y carne. Incluso antes de que le dieran la vuelta y sacaran la identificación de su cartera, él lo sabía, sabía que era Johnny. La media melena rubia. La chupa guateada de color azul que le llegaba a la cintura. El Opel desvencijado que estaba boca arriba como un escarabajo muerto sobre el suelo helado.

Todos los chavales que había visto morir. Todos aquellos malditos pandilleros. Y no había salvado a ninguno, ni a uno solo.

Hanna, la que le juró que estaba limpia. Y que todo iba bien y que, de hecho, estaba contenta de estar embarazada, aunque realmente era demasiado joven. Y él la había creído, le había acariciado la larga y suave cabellera pelirroja y le había deseado torpemente toda la suerte del mundo.

Siguiente imagen: Hanna echada en el suelo en el servicio del centro comercial. El delicado cuerpo doblado en una extraña postura. Una mano que descansaba contra los azulejos blancos, como si los estuviera acariciando. El rostro blanco, los labios azules. Rígida como un maldito palo. La barriga que asomaba por debajo de la camiseta. La jeringuilla que estaba tirada a su lado en el suelo asqueroso.

Adjöss, Hanna. Goodbye, adiós, adieu. «Si no hubiera sido tan condenadamente ingenuo tal vez seguirías viva ahora. Y tal vez tu hijo habría jugado al fútbol con los gemelos. Ahora tendrían la misma edad».

Y era por eso por lo que Roger Johansson había decidido dejar de relacionarse con los pandilleros, había dejado de preocuparse por los golfos.

Ahora entra Sonja Askenfeldt en la sala de interrogatorios. Se sienta enfrente de Marek, de espaldas a Roger. Reúne sus papeles. Coge el bolígrafo con sus huesudos dedos. Inicia el interrogatorio recitando de un tirón fecha y nombre. Lleva el pelo oscuro y estropeado recogido en un moño marchito. De la goma pende algo que parece una pequeña mariposa. ¿Le ha cogido prestada la goma de pelo a su hija?

Sonja está bien. Es de fiar, metódica y competente de una manera que muy pocas veces se ve en la actualidad. Y entiende a las personas, es buenísima interrogando. Los chicos que vienen directamente de la Escuela Superior de Policía lo saben todo acerca de la investigación forense, las drogas sintéticas y la violencia por honor. Sin embargo, no saben interrogar a un sospechoso, ni siquiera a un chaval de dieciséis años.

Sobre todo no a un chaval de dieciséis años.

—La noche del 22 de octubre estabas en el edificio, el lugar de los hechos. ¿Qué hacías allí?

—Pero si ya lo he contado. Estaba repartiendo publicidad. Ya lo sabéis. ¿Por qué me lo preguntáis?

Marek parece nervioso, sostiene los brazos cruzados delante del pecho en una postura defensiva. No para de golpear el suelo con los pies.

—¿Qué tipo de publicidad estabas repartiendo?

—¿Qué tipo? Pues publicidad, yo qué sé.

—¿De qué?

—Pues, del supermercado Ica, y otros. No lo recuerdo.

—¿Para qué empresa trabajas?

—¿Empresa?

—Sí, porque supongo que no habrás ido a por la publicidad en el supermercado de Ica por iniciativa propia, ¿verdad?

—Vale, ahora te entiendo. Para Svensk Reklamdistribution, esa es la empresa. O eso creo.

Sonja hace una anotación en sus papeles y se retira unas mechas de pelo oscuro de la cara.

—¿Y qué pasó cuando llegaste a la puerta de Susanne Olsson?

—Estaba abierta.

—¿Abierta? ¿Cómo? ¿Abierta de par en par o solo un poco abierta?

—No, solo un poco abierta. Me di cuenta cuando fui a meter las hojas de publicidad en el buzón.

—¿Y entonces qué hiciste?

—Abrí la puerta.

Sonja golpea el bolígrafo contra sus papeles en un gesto de impaciencia.

—¿Por qué?

—Para... meter las hojas de publicidad.

—Pero supongo que podrías haberlas metido en el buzón.

—No quería que...

—¿Qué?

—La puerta podía volverse a cerrar, y...

—Sí, es cierto. ¿Y?

—Bueno, pues a lo mejor alguien la había dejado así a propósito.

Sonja se queda en silencio y hace otra anotación en el papel que tiene delante, escribe algo con esa letra pequeña y angulosa que Roger conoce muy bien.

Tiempo atrás, le había parecido guapa. Antes de que adelgazara de aquella manera, antes de que su pelo perdiera el brillo y su piel sobre los pómulos se tensara y se volviera coriácea. Ahora no reconoce nada de aquello cuando la mira. No siente ningunas ganas de frotarse contra ese trasero huesudo, de besar esos estrechos labios que huelen a nicotina.

Los rumores decían que su novio la había dejado por una chica de veintitrés años, una higienista dental de Riga. Roger no tenía ni idea. Nunca se lo había preguntado. Llevaban diez años trabajando juntos, pero nunca se lo había preguntado. Según qué cosas debían seguir siendo privadas. Sobre todo en este trabajo.

—¿Y qué viste cuando abriste la puerta?

—Bueno, pues fue entonces cuando la vi. La cartera, quiero decir.

—¿No viste nada más en ese momento, no oíste nada?

—Pues no, estaba a oscuras. Pero sí oí música.

Sonja asiente con la cabeza.

—¿Y fue entonces cuando recogiste la cartera del suelo?

—Sí, ya os lo he dicho. ¿Por qué me lo vuelves a preguntar?

—Escúchame bien, soy yo quien hace las preguntas aquí. Contéstame.
¿Por qué cogiste la cartera?

Marek masculla algo inaudible entre dientes.

—Habla para que te pueda oír bien, ahora no estás en casa de tu madre polaca.

—Solo quería echarle un vistazo.

—¿Por qué?

Marek se encoge de hombros.

—Contesta.

—De acuerdo. Pensé que a lo mejor había dinero en la cartera.

—Que pensabas llevarte.

—No lo sé. No pensé nada, ¿vale? Simplemente la cogí. Y ya está.

Marek levanta la voz, que se torna estridente y ronca, y a través del cristal, Roger vislumbra un rubor que tiñe sus pálidas mejillas.

—La niña dice que quien mató a su mamá le cogió dinero. ¿Qué me dices?

Marek abre los brazos en un gesto de desesperación.

—Pero ¿qué coño quieres que te diga? ¿Qué sé yo, joder? Yo no la maté, solo la encontré. De hecho, podría haberla dejado allí, pero en cambio ayudé a la niña. Y ahora me echáis mierda por eso. ¿Cómo crees que me siento?

—Marek, creemos que visitaste a Susanne y a su hija la noche del 22, que le robaste la cartera y que la maltrataste hasta morir. Y tenemos un testigo que apoya esta versión.

—¡Pero, joder! Esto es enfermizo. Yo no he, yo nunca he matado a nadie... nunca le he hecho daño a nadie...

Sonja hojea tranquilamente entre el montón de papeles.

—Escucha, porque ahora te voy a leer algo en voz alta. Veamos, el año pasado, maltrato. El año pasado, hurto. En julio de este año...

—¡Pero nunca he matado a nadie! ¡A ver si te enteras, puta!

Sin apenas reaccionar, Sonja Askenfeldt se inclina, de una manera diríase que estudiada, hacia el micrófono. Mira el reloj, dice con voz serena que harán una pausa en el interrogatorio y detiene la grabación. Al segundo

golpea la palma de la mano contra la mesa con tanta fuerza que Marek da un respingo antes de enterrar la cara entre las manos.

Roger se ríe para sí.

Sin duda, Sonja machacará a ese niño polaco de mierda en un abrir y cerrar de ojos.

Medborgarplatsen, *noviembre*

Estoy sentada en mi despacho de la consulta, en lo que solemos llamar la habitación verde.

Aina sostiene mi mano. Rígidamente.

Por una vez, ella es la débil, las lágrimas corren por sus mejillas coloradas y se retira los mocos con la manga de la blusa malva de mohair y sacude la cabeza desolada.

—Cualquiera, pero Hillevi no. No es justo. ¿Ahora quién se ocupará de sus hijos? ¿El padre? ¿El que les pega?

Aprieto su mano sin contestar a su pregunta, porque ¿qué se supone que debo decir? Fue lo primero que pensé después de la fuerte impresión. Sus hijos, los tres chicos. Los que tenían tanto miedo a su padre que uno de ellos se hizo pipí encima cuando él los iba a recoger en el colegio. ¿Qué será de ellos ahora?

Estrujo el papelito húmedo con la mano que tengo libre, vuelvo a mirar a Aina y sus ojos enrojecidos se cruzan con los míos.

—¡Llama ya!

Asiento con la cabeza y alargo la mano para coger el teléfono, desdoble el papelito sobre la mesa, echo un rápido vistazo al número apuntado, el que me pondrá con la directora de Solgårdén, la casa de acogida de mujeres donde Hillevi vivía con sus hijos.

El teléfono suena cinco veces hasta que alguien contesta. Luego se oye una voz con un acento que parece español.

—Solgårdén, soy Mirta.

Le explico el motivo de mi llamada en voz baja y tal vez un poco forzada, le cuento que Hillevi participaba en mi grupo de autoayuda donde nos habló de los malos tratos, que estuve allí cuando murió y que me pregunto qué pasará a partir de ahora.

—Me refiero, claro está, a los niños, me pregunto qué pasará con los niños. No puedo dejar de pensar en ello. Al fin y al cabo, el padre también

pegaba a uno de los chicos. ¿Supongo que estaréis al corriente? Es muy importante que los niños no acaben con él.

—Es muy trágico —dice Mirta, como si no me hubiera oído—. Durante todos los años que llevo trabajando aquí, nunca había perdido a una mujer. Ni una sola. A mis chicas les han pegado y las han violado, pero nunca asesinado. Dios mío, no pudimos protegerla.

—Pero no fue su marido quien la mató.

—La violencia de los hombres contra las mujeres —empieza a decir, aunque de pronto se detiene y suspira hondo—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Los niños?

—Los servicios sociales se harán cargo de ellos. Están en un hogar provisional para niños de Nacka, a la espera de que finalice la investigación.

—¿La investigación?

—Sí, el hijo mayor, Lukas, me parece que se llama, nos contó que su padre le había dado una paliza. Por lo tanto, informamos a los servicios sociales, algo que siempre tenemos que hacer cuando nos enteramos de que un niño no está bien. Así es la ley. Ahora mismo, el grupo de familia de los servicios sociales está realizando una investigación de urgencia. Pero si me lo preguntas a mí, creo que los niños estarán de vuelta con su padre en un par de semanas. Suele ser así. Al fin y al cabo, es muy difícil probar la acusación del niño. Y ahora el padre tiene la patria potestad, por motivos obvios. Sí, es posible que sea una cínica, pero creo que las cosas irán así.

De pronto se oye de fondo a un niño gritar con una voz tan penetrante que estoy a punto de soltar el auricular. Oigo a la mujer que se llama Mirta regañar a alguien, supongo que a un niño, en español.

—Discúlpame, está todo muy agitado aquí, hoy. Acabamos de recibir a tres nuevas chicas. También aquí la vida sigue adelante...

Se hace el silencio en el teléfono, ninguna de las dos sabemos ya qué más decir. Entonces ella vuelve a tomar la palabra:

—Hillevi, era una chica especial, ¿no te parece?

—Sí, era muy especial.

—Era fuerte. Y compartía esa fuerza con todas las chicas que están aquí. Se me hace un nudo en la garganta y no sé qué contestar.

—Era un verdadero ángel, esa chica. Es así —dice Mirta suavemente.

—Un ángel —susurro—. Es verdad, era un ángel.

Recorremos a pie el breve trayecto desde Söderhallarna hasta el pequeño piso de Aina en Blekingegatan, 27. La fría y fina lluvia que cae en la oscuridad reblandece las hojas otoñales que se amontonan alrededor de la iglesia de Allhelgona y las vuelve peligrosamente resbaladizas. Aina no dice nada, simplemente avanza con el cuerpo encogido contra el viento y la lluvia. La bufanda roja enrollada en mil vueltas alrededor del cuello, las manos metidas en lo más profundo de los bolsillos, la mirada fija en el asfalto mojado.

Una vez en su casa, Aina enciende unas velas y pone en marcha la tetera. Nos quedamos sentadas en silencio alrededor de la mesa de la anticuada cocina. Y es como si Hillevi estuviera allí con nosotras, en ese pequeño y silencioso piso. Casi me parece percibir su perfume suave y andrógino, ver su rostro de muñeca de finos rasgos y sus manos perfectas.

—Es demasiado terrible.

Aina se muerde la uña del pulgar y mira por la ventana, hacia la oscura calle donde el agua de lluvia forma unos pequeños y sucios rápidos en el arroyo.

Asiento quedamente. Doy un sorbo al té caliente y paso la mano que tengo libre por el brazo de Aina con mucha cautela. Ahora hay algo oscuro en su mirada, como una ira reprimida que está a punto de salir a la superficie y de pronto me asusto. Hay momentos en que Aina me asusta. Es capaz de albergar mucha oscuridad, puede ser muy cáustica.

Entonces, de repente recuerdo algo, otra ira, otra oscuridad.

—Oye, todo esto de Hillevi... Ha sido muy intenso, nos ha dejado sin fuerzas. He estado pensando tanto en ello que casi olvido un asunto. ¿Recuerdas lo que dijo Malin en la sesión, antes de que dispararan a Hillevi?

—¿Malin?

—Sí, fue antes de que apareciera Henrik. Dijo algo muy extraño. Algo como que la mujer que había muerto a patadas, Susanne, a lo mejor había recibido lo que se merecía. ¿Lo recuerdas?

Los ojos oscuros de Aina se cruzan con los míos y sin soltarme con la mirada deja la taza con mucho cuidado sobre el platillo.

—Lo recuerdo. ¿Qué puede haber querido decir con eso? Fue un comentario de lo más extraño, la verdad.

Me estremezco involuntariamente, siento un ligero temblor en el estómago.

—¿No crees que hay algo un poco turbio en Malin? Toda esa charla sobre la fuerza y la autodefensa, y ahora este comentario.

Aina se queda en silencio un rato con la taza de té humeante entre las manos.

—No lo sé. También pienso que Kattis es un poco rara.

—¿Kattis? Pero si es de lo más normal. ¿Cómo puedes decir una cosa así? Aina levanta la mano como si quisiera impedir que diga nada más.

—Un momento, Siri. No estás siendo objetiva cuando se trata de Kattis. Al fin y al cabo, os habéis hecho muy amigas, ¿verdad? Os cogéis de la mano en la consulta y os llamáis para lloraros las penas. ¿Realmente crees que eso está bien? ¿Crees que es ético?

Las mejillas de Aina se encienden y me doy cuenta de que aprieta los dientes.

—No, pero... —No puedo evitar reírme—. Aina, no estarás celosa, ¿verdad?

La pregunta sale de mi boca sin más, pero en cuanto la pronuncio me doy cuenta de su peso.

Aina frunce el ceño y se reclina en la vieja y torcida silla de cocina.

—Es posible. Hubo un tiempo en que lo compartíamos todo, no lo olvides.

Sus palabras son como bofetadas y vuelvo la cabeza cuando me alcanza la evidencia. Tiene razón. Una parte de mi intimidad se ha perdido. Tal vez se deba a la relación que mantengo con Markus. Tal vez simplemente no hayamos cuidado nuestra amistad. Tal vez el tiempo la haya desgastado un poco, le haya dado otra forma.

Alargo la mano para coger una de las servilletas que están tiradas sobre la mesa en un montón desordenado. La estampación que lleva representa un mes de mayo. La sostengo desconfiada en alto antes de sonarme con ella.

—¿A lo mejor ha llegado el momento de redecorar la cocina?

Aina sonríe.

—Bueno, Carl-Johan trajo estas la semana pasada. No sé de dónde saca todos estos chismes raros.

—Carl-Johan —digo, saboreando el nombre—. Hace ya un tiempo que lo ves, ¿verdad?

Aina se retuerce y de pronto parece incómoda.

—Sí, supongo.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Nada en absoluto.

Los ligues de Aina son legendarios. Siempre hay hombres nuevos en su vida. A lo largo de los años los he visto ir y venir. Tanto jóvenes como viejos,

de pelo largo y calvos, con barba y sin. Basureros y directores. Suecos y extranjeros. Aina no discrimina, la diversidad parece ser su consigna. Por eso me sorprende al oír que sigue viendo a este tío. Debería de haberlo mandado a paseo hace ya un tiempo.

—¿Supongo que no estarás...?

Agita la mano negándolo.

—Por supuesto que no.

Sin embargo, su mirada cede a la mía y se sonroja.

—¡Oh, mierda!

Aina suspira hondo.

—¿Realmente tenemos que hablar de mis polvos? De hecho, Hillevi está muerta.

Reflexionamos sobre ello en silencio mientras el té se enfría en las grandes tazas de cerámica.

—La gracia de que vengas aquí por tu cuenta es que tengas la oportunidad de hablar de las cosas que no quieres tratar en presencia de Mia. No tiene por qué tener nada que ver con vuestra relación. Puede muy bien ser cosas que tú, personalmente, quieres trabajar.

Patrik y yo hemos quedado para tener una sesión individual. No hemos trabajado mucho estos últimos días, algo que posiblemente no sea tan extraño, teniendo en cuenta las circunstancias. En mis sueños soy yo y no Sirkka quien se inclina sobre Hillevi para intentar detener la sangre que mana de su vientre. Mis manos las que se hunden en su cuerpo pulsante y todavía caliente. Y justo cuando me doy cuenta de lo desesperada que es la situación me despierto, bañada en sudor, con el edredón ceñido como una serpiente alrededor de mi cintura.

Patrik, que está sentado frente a mí, suspira hondo y cruza los brazos sobre el pecho. Todo su largo cuerpo se estremece por la frustración.

—Desde luego, pero resulta que no soy yo quien tiene el problema.

—Tu relación está a punto de irse a pique, ¿y dices que no tienes ningún problema?

—Ya, pero lo que quiero decir es que no es mi culpa.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que tienes un problema?

Patrik suspira demostrativo, al tiempo que se mete una pulgarada de rapé debajo del labio superior cortado y se seca las manos en los tejanos húmedos.

Mira por la ventana gris, hoy vuelve a llover. Una fina pero persistente llovizna que las ráfagas de viento impulsan por las esquinas de las casas.

A través de la estancia, siento el olor del jersey de lana de Patrik mojado por la lluvia y de pronto recuerdo los olores de la infancia a manoplas húmedas por las bolas de nieve, la ropa interior de lana sudada que había que quitarse después de esquiar, el besuqueo después de unas copas de vino blanco en una oscura noche de otoño con algún compañero de clase con acné sobre una húmeda alfombra persa. Diferentes matices de lana, eso es todo. El recuerdo olfativo se filtró a través del oscuro laberinto de la memoria.

Patrik parece darse cuenta de que estoy distraída porque se encoge de hombros demandante.

—Es Mia quien tiene el problema —susurra finalmente.

—A menudo, la causa y el efecto son muy complejos en una relación de pareja. Si una persona tiene un problema, este suele afectar a la relación. Al revés, también podríamos decir que el problema de base no siempre está en la persona que parece estar peor.

—Si quieres saber mi opinión, todo esto no es más que mierda —dice Patrik, y me mira inexpresivo desde el otro lado de la mesita donde se amontonan la botella de agua, los vasos y la cajita de Kleenex.

Está echado hacia atrás en la silla, en una postura displicente, y todavía lleva puesta la cazadora negra de piel. Parece que no esté dispuesto a aceptar que, de hecho, vamos a pasar la próxima hora juntos y, en cambio, quiera marcar que está a punto, muy a punto, de irse.

—Patrik —titubeo un segundo, medito cómo decírselo—, muy a menudo, cuando nos vemos, pareces muy enfadado. Y pareces estar muy enfadado con Mia. Me pregunto qué puede desencadenar toda esta rabia.

—Creo que es evidente.

—¿De veras?

—Simplemente no se puede hacer lo que hace Mia. Es una jodida traición lo que hace con los niños. Al fin y al cabo, adquieres cierta responsabilidad al traer niños al mundo. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—¿Cómo crees exactamente que Mia os ha traicionado?

Patrik vuelve a suspirar, por centésima vez durante nuestra conversación.

—¿Qué más quieres que te explique? No creo que pueda ser mucho más explícito. Está enganchada a una especie de ansiolíticos. Creo que esa es la traición definitiva. No creo que puedas hacerle más daño a la gente que quieres. Ella ha preferido las pastillas antes que a nosotros. Así de sencillo.

—¿O sea, que te sientes rechazado?

—Bueno, rechazado quizá sea un poco fuerte, no creo que se trate de mí. Se trata de los niños. Y de la certeza de que ella misma ha escogido. ¿Cómo se puede elegir unas pastillas en lugar de a tus propios hijos? De niño dependes completamente de tu madre. Sí, tengo que reconocerlo, me pone furioso.

Nos quedamos un rato sin decir nada. Él golpea el suelo levemente con el pie.

Impaciente. Como un alma en pena.

—Patrik, me preguntaba si te había pasado algo parecido en tu vida antes. ¿Tal vez te desatendieran? Cuando eras niño, quiero decir.

Patrik se pone rígido en mitad del movimiento y de pronto parpadea varias veces y me doy cuenta de que, de alguna manera, he dado en el clavo. Por lo tanto, me echo hacia delante en la silla y lo miro fijamente, le brindo toda mi atención terapéutica a este hombre larguirucho y enrabiado.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Todavía no lo sabemos, por supuesto. ¿O tú qué dices? ¿Te había pasado algo parecido en el pasado?

—Es posible.

—¿Qué quieres decir con eso?

Empieza a mover el pie de nuevo, suspira y hunde la cabeza entre las manos.

—Mamá, mi madre, supongo que bebía mucho.

—¿O sea, que tu madre era alcohólica? ¿Cuántos años tenías cuando empezó a tener problemas con el alcohol?

—No lo sé. Creo que siempre tuvo un problema. Pero no me debí de dar cuenta hasta que tenía unos seis o siete años.

—¿Y de qué manera afectaba su problema a vuestra relación?

—Bueno, la verdad es que no era muy abierta con el tema, ni daba la nota. Los servicios sociales nunca tuvieron que intervenir, si sabes lo que quiero decir. Pero podía llegar a ser condenadamente temperamental. A veces no nos daba de comer. Casi siempre comía en casa de algún compañero de clase después del colegio. Todos se implicaban. Me crie en la isla de Domarö, en el archipiélago de Estocolmo. Es una sociedad muy pequeña. La gente se ayuda entre sí. Nadie cotillea de nadie. Sabían perfectamente que mamá bebía, todo el mundo ayudaba todo lo que podía. Pero nadie dijo nunca nada. Y sí, de vez en cuando nos pegaba. O nos gritaba. No sé qué fue peor. Yo solía cuidar de mi hermano pequeño.

—¿Cuánto tiempo duró esta situación?

—Me fui de casa cuando tenía dieciséis años. Luego mamá murió el mismo año que cumplí los dieciocho. Fue en un accidente de tráfico, o sea que no tuvo nada que ver con el alcohol. O eso creo.

—¿Y qué sientes cuando piensas en tu madre?

—No pienso en ella.

La respuesta es inmediata y de pronto su mirada recupera la firmeza. No me evita.

—Es obvio que sí lo haces. Venga. Esfuérzate un poco, y ponle palabras a los sentimientos.

—Soy... supongo que... estoy cabreado, realmente —dice él, y titubea un segundo antes de proseguir—: No lo habría dicho nunca, hace tanto tiempo que no pensaba en ello... Pero es así. Estoy cabreado. Y punto.

—¿Qué es lo que te pone tan furioso?

—Pero bueno, es que ella nos desatendía. Priorizaba su adicción por encima de sus propios hijos.

Me inclino hacia él.

—¿De la misma manera en que lo hace Mia?

Patrik me mira fijamente, sin decir nada y con las manos temblorosas. De pronto, sus ojos se humedecen y su rostro se torna infantil a pesar de la negra barba de tres días. Me suplica con la mirada.

No digo nada, pero asiento con la cabeza.

Llueve otra vez.

Con unas duras gotas que golpean contra los cristales de mi coche. Los limpiaparabrisas intentan ir al compás de las masas de agua que caen del cielo. El sonido de las hojas al pasar por el cristal, adormecedoras y, en cierto modo, tranquilizantes.

Me he tomado un día libre. He cambiado las citas de mis pacientes y me he procurado un día sin sesiones. Ahora mismo voy de camino a la ciudad, paso por ensenadas y por casas de veraneo que parecen abandonadas y solitarias en este día gris de otoño. En verano, el camino a la ciudad está lleno de destellos en el agua, veleros y un enjambre de visitantes. Ahora, el paisaje está desierto y la autovía prácticamente vacía. Aquí y allá me encuentro con algún coche cuyos faros amarillos se reflejan en la calzada mojada, y al llegar a la altura de Baggensstäket me adelanta un autobús de ruta que anega mi pequeño coche con todavía más agua. Por lo demás, nada.

La soledad me deja mucho espacio para reflexionar. Lo que antes intentaba dejar a un lado es ahora un hecho. Doblemente confirmado por un débil signo de más en un palito de plástico.

Un niño.

Intento comprender cuándo pudo pasar. Soy una persona adulta. Sé cómo se hacen los niños y cómo protegerme. A su vez, no tengo ni idea de cuándo puede haber tenido lugar. Cómo puede haber tenido lugar. No consigo asimilarlo. Entenderlo. Solo el malestar que se ha apoderado de mí convierte lo irreal en realidad. Porque fue exactamente así la vez anterior.

Entonces, con Stefan.

El niño que iba a ser nuestro. El niño que nunca fue. Y ahora, un niño nuevo. Tan sorprendente. Extraño. Incomprensible. Y pienso en Markus. Su auténtica alegría por el embarazo y su dolor por mi deficiente respuesta. Por un breve momento me siento avergonzada. Siento cómo la vergüenza arde en mi abdomen porque no soy capaz de amar a Markus como él me ama a mí. No puedo, no me atrevo, no quiero. Ni siquiera tengo fuerzas para decir por qué. Solo sé que hay algo en mí que no osa soltarse.

En alguna parte también hay una idea casi mágica. Todo lo que toco se estropea. Todos los que amo mueren. Si me dejo llevar y cedo ante Markus, entonces... ¿Entonces, qué? La idea es irritante e irracional, y me doy cuenta de que es depresiva y muy poco constructiva.

Tomo el desvío hacia Södermalm y empiezo a buscar mi objetivo. Veo algunas siluetas solitarias bajo unos grandes paraguas negros avanzar a toda prisa por las calles. Un grupo de niños recién salido de la escuela Sofia, aparentemente indiferente a la lluvia. Su ropa está empapada y llevan el peso pegado a sus caras, pero están ocupadísimos dándole patadas a un gastado balón de fútbol y comiéndose una bolsa de chips que se van pasando.

Unas cuantas manzanas más, y habré llegado. Como por arte de magia, encuentro un sitio donde aparcar justo delante de la entrada y salgo corriendo hacia la puerta de cristal del edificio de ladrillo rojo. Una vez dentro, sigo los carteles hasta la consulta de la comadrona. Haciendo equilibrios a la pata coja me pongo los feos protectores de zapatos que hay en una cesta al lado de la entrada.

No hay nadie en la ventanilla de la recepción y, por lo tanto, tomo asiento en uno de los enormes sofás y empiezo a hojear una revista al tiempo que miro alrededor. En otro sofá está sentada una mujer gigantesca, hablando por el móvil. La oigo hablar de presión arterial, ingresos hospitalarios e

intoxicaciones durante el embarazo, a la vez que se acaricia, aparentemente sin darse cuenta, la enorme barriga.

A lo lejos se oye el tintineo de loza y unas risas ahogadas. Las paredes están decoradas con arte comprado en Ikea, pósteres de la línea telefónica de ayuda a las mujeres maltratadas y una petición para participar en un proyecto de investigación sobre la sensación de dolor de las mujeres parturientas.

Por doquier, revistas sobre embarazos y niños.

De pronto se abre una puerta y una mujer de unos cincuenta años asoma la cabeza y me ve. Tiene el pelo crespo y lleva una túnica con flores bordadas. Un enorme colgante de bronce descansa entre sus pechos. Me ve y ladea la cabeza.

—¿Tú eres Siri Bergman?

Asiento con la cabeza sin decir nada y noto que el malestar va en aumento. De pronto tengo miedo de que vaya a vomitar allí mismo, en esa sala de espera tan recogida, pero a su vez pienso que precisamente aquí, en este ambiente creado para las mujeres embarazadas, serán sin duda más tolerantes con estas cosas que en cualquier otro lugar.

—Hola, Siri, me llamo Monica Wall y soy comadrona. Bienvenida.

Coge mi mano húmeda en la suya, totalmente seca, y me conduce hasta su consulta donde señala una silla enfrente de un gran escritorio. En la pared detrás del escritorio cuelgan un montón de fotos de bebés. Tarjetas de agradecimiento de padres e hijos. Me pregunto si algún día colgará una foto del niño que llevo dentro en esta pared, pero la idea me resulta tan abstracta que dejo que se esfume.

Monica empieza a hablarme de la charla del día, que es una charla introductoria, y de lo que haremos posteriormente. La oigo hablar de altura y peso. Presión arterial y material informativo.

—¿Y dónde tenemos al padre?

—¿El padre? —Mi respuesta es un eco vacío, sin verdadero contenido. Monica levanta la cabeza y me mira. Tiene unos ojos azules extraordinariamente claros.

—O a lo mejor eres soltera. No es ni mucho menos insólito. Tenemos grupos para madres únicas. Así es como solemos denominarlo. Únicas, no solteras. No tienes por qué estar sola solo porque no haya un padre. —Monica sonrío dándome ánimos y tengo que tragar saliva varias veces para quitarme el sabor amargo de la boca.

—Hay un padre, pero hoy no ha podido venir. Es decir, no vivimos juntos, pero tenemos una relación, o sea que...

—Comprendo —dice Monica, y vuelve a sonreír—. Pero será bienvenido si también quiere venir. Al fin y al cabo, él también va a tener un hijo y animamos a los padres a que participen en todo. ¿Y es tu primer hijo? —Vuelve a sonreír y me doy cuenta que cada vez me siento más provocada por esta mujer sonriente, tranquila y segura. Que parece tener respuesta a todo.

—Tuve un aborto anteriormente. Mi niño, la criatura... el feto... tenía una malformación que hizo que no pudiera sobrevivir fuera del útero. Lo descubrieron durante una ecografía rutinaria. Pero de eso hace ahora cinco años.

Monica me ofrece una cajita de Kleenex y caigo en la cuenta de que estoy llorando, algo que había pasado por alto. Supongo que son las hormonas. Son esas malditas hormonas.

Monica parece no prestarle ninguna atención, como si las madres lloronas fueran algo con lo que se encuentra cada día, y entiendo que, naturalmente, es así. Sigue haciéndome preguntas. La última menstruación, enfermedades, pastillas anticonceptivas. Contesto lo mejor que puedo y ella concluye que, en mi caso, puesto que he tenido algún sangrado parecido a la menstruación a pesar de que estoy embarazada, la única manera de salir de dudas y establecer el tiempo de embarazo es a través de una ecografía.

—¿Fumas? —Monica aparta la vista del ordenador donde ha empezado a rellenar un formulario relativo a mi estado de salud.

Titubeo.

—Porque si fumas podemos ofrecerte ayuda para dejarlo. Colaboramos con el ambulatorio donde ofrecen un tratamiento para dejar de fumar a través de la hipnosis.

—Fumo en muy contadas ocasiones —decido contestar—. No soy una fumadora habitual.

Monica parece satisfecha y apunta algo en el formulario, y yo vuelvo a sentir malestar. Sé qué pregunta llegará ahora. Solo que no sé cómo contestarla. La pregunta que tanto temo. La pregunta que le pondrá nombre a mi desasosiego. La pregunta que me lleva a pensar en malformaciones en el feto, deformidades, pequeñas y frágiles neuronas.

—¿Y cuánto alcohol ingieres?

—Acabo de enterarme de que estoy embarazada y la verdad es que he bebido alcohol antes de saberlo... Pero bebo muy poco. De verdad. —La miro a los ojos azules y claros, y sonrío—. En principio, no bebo nunca alcohol, alguna copa de vino con motivo de alguna celebración, nada más.

Monica me devuelve una sonrisa radiante.

—Pues muy bien, entonces ha llegado el momento de pesarte —dice, y señala hacia una balanza digital que hay en una de las esquinas de la habitación.

Historia clínica, servicio de psiquiatría de la infancia y la juventud, BUP.

Sesión/Primera visita:

Niño de 11 años que acude en compañía de sus padres. El niño tiene problemas de agresividad en el colegio. Los padres cuentan que el niño es grande y fuerte y que a menudo se mete en peleas puesto que le cuesta controlar su agresividad cuando lo provocan. El niño se queja de que los demás chavales son malos y prefiere quedarse en casa que ir al colegio. Resulta difícil convencerle para que vaya.

Los padres describen a su hijo como un niño en el fondo tranquilo y bueno, pero que siempre ha sido un poco diferente. Cuando se les requiere que expliquen con mayor detalle en qué consiste la diferencia les cuesta precisar. Describen ciertas dificultades de aprendizaje en la escuela y añaden que el chico siempre ha sido un muchacho solitario que prefiere estar con los padres y no con otros niños. Le gusta montar y desmontar motores con su padre en el taller de coches. Los padres piensan que tienen una buena relación, pero que se ha producido cierto desgaste a raíz de los problemas con el hijo. El padre manifiesta que de vez en cuando piensa que la madre se muestra un poco blanda y que hay que llevar al niño con mano firme y poner unos límites muy claros. La madre le da la razón, pero a su vez es de la opinión que es difícil ser demasiado dura con el hijo sabiendo que sufre.

Por su lado, el niño da la impresión de ser tímido. Evita el contacto visual con el abajo firmante y, en su lugar, se mira las manos. Contesta con monosílabos al ser preguntado por lo ocurrido y no manifiesta ningún sentimiento fuerte. Parece que contiene mucha agresividad en su interior como defensa ante sus propias fuerzas destructivas. Dice que sus compañeros le parecen estúpidos y que muy pocas veces le permiten participar en sus juegos. Hace un tiempo, dos compañeros lo sometieron a una «broma pesada», bajándole los pantalones y dejando a la vista su pene, que llamaron «polla flácida» delante de una chica de la que el muchacho está enamorado. El chico cuenta que se sintió «completamente avergonzado» y que lo único que quería era «machacar» a los otros chicos. Puesto que es grande y fuerte pudo reducirlos y luego golpeó en la cara a uno de los chicos que posteriormente tuvo que recibir ocho puntos. El chico no muestra ningún tipo de arrepentimiento, sino que piensa que el otro recibió «lo que se merecía». También dice que los demás niños siempre se han comportado mal con él y que, de ningún modo, quiere volver a la escuela. A la pregunta de lo que haría en su lugar, el chico contesta que le gustaría trabajar en el taller de automóviles del padre.

Evaluación:

Niño de 11 años que de vez en cuando es agresivo y sufre arrebatos emocionales. Es hijo único de un matrimonio sólido. El padre trabaja de mecánico de coches con taller propio, la madre es florista. Los padres actúan de manera sobreprotectora y controladora y es probable que el comportamiento agresivo del niño sea una reacción a ello. Los problemas en la escuela tienen, con toda probabilidad, que ver con la poca disposición de los padres a dejar ir al hijo a la escuela. Su alto grado de absentismo parece confirmar esta hipótesis.

Así, las dificultades del niño pueden considerarse un síntoma de una dinámica familiar patológica y se considera que el tratamiento más adecuado será una terapia familiar. Se cita a los padres para una posterior visita con el abajo firmante dentro de dos semanas.

Anders Krepp, psicólogo y terapeuta familiar autorizado

Markus pone los platos sobre la ajada mesa abatible, coloca los vasos en una fila y deja los cubiertos en dos pulcros montones.

—¿Te parece bien así?

—Claro que sí, que cada uno coja lo que quiera. Al fin y al cabo, solo son Vijay y Aina, no tenemos por qué decidir quién se sienta dónde.

Markus sonrío y estira su largo y musculoso brazo. Aprovecha la ocasión y me abraza con autoridad manifiesta. Huele a recién duchado y entierro la nariz en el pliegue de la manga de su sudadera gris con capucha.

Es difícil definir el sentimiento que brota en mí. En algún lugar crece la esperanza, una especie de confianza que hace años que no sentía. Y luego otra cosa: una suave y cálida sensación de felicidad que fluye por mi cuerpo. Como si el sol me iluminara en medio de la oscura Estocolmo del mes de noviembre.

Más o menos al mismo tiempo que Markus abre las botellas de Amaron llaman a la puerta. Salgo al pequeño y frío vestíbulo por donde entra el aire por todos lados, me agacho y miro por la mirilla de la puerta que Markus ha hecho instalar después de que me asaltaran en mi casa.

Los rostros de Aina y Vijay me sonrían, grotescamente distorsionados por la lente.

Vijay lleva una botella de vino en la mano.

Abro, dejo entrar el aire frío y húmedo de otoño y los abrazo a los dos.

Un rato más tarde estamos sentados alrededor de la mesa de la cocina, comiendo el *boeuf bourguignon* que ha hecho Markus. Desde la sala de estar oigo el crepitar de la leña en la estufa. Un suave aroma a humo se ha posado en toda la casa. Aina lleva puesto un jersey de punto y unos calcetines gruesos de lana. Supongo que sigue teniendo frío porque ha metido las rodillas por dentro del jersey y está sentada como una rana en la silla de la cocina. Sus mejillas están sonrosadas a la suave luz de las velas de la mesa.

Al otro lado de la ventana está todo oscuro como el betún. La oscuridad es tal que ni siquiera logro distinguir el contorno de los árboles que bordean la bahía, no veo los destellos del cielo en el mar alborotado. Sin embargo oigo las olas rompiendo contra las rocas a través de la ventana de un solo cristal.

Vijay ataca el tema con mucho cuidado, nos mira a mí y a Aina dubitativo antes de formular la pregunta.

—¿Vosotras qué tal estáis ahora? Después de todo lo que ha ocurrido.

Aina toma un gran sorbo de su copa de vino y desvía la mirada hacia la negrura, se encoge de hombros.

—No lo sé. Me siento extraña. Se mezclan muchos sentimientos, pienso en ello constantemente. No es ninguna exageración si digo que es lo primero en lo que pienso cuando me despierto y lo último, antes de dormirme.

—Yo sueño con ello —añado, y en el mismo instante en que lo digo me arrepiento porque detecto la inquietud en sus ojos.

—¿Qué quieres decir con que sueñas con ello? —pregunta Vijay en un tono de voz traicioneramente suave, pero sé lo que piensa. Sé lo que piensan todos. Que sigo siendo frágil. Que posiblemente no sea capaz de resolver situaciones como esta, que en el mejor de los casos se resentirá mi profesionalismo y en el peor, mi propia salud mental.

Vijay se sacude unos granos de arroz de la sudadera con un logo que reconozco. Es el de una banda de rock duro de los años setenta. Pienso que nunca se sabe con Vijay, que puede tratarse de auténtico amor por la música, pero también puede que sea una nueva, y para mí desconocida, moda. Una de las que nunca llegan a mis tiendas absolutamente fuera de onda.

—Oh, olvidaos de lo que he dicho —digo, y agito la mano en un gesto de rechazo, pero puesto que siguen pareciendo dudar decido intentar explicarme—. Sí, bien, de acuerdo, es verdad que he soñado con ello, aunque en mi sueño fui yo la que intentaba salvar a Hillevi metiendo las manos en la herida, no Sirkka.

De pronto me acuerdo del sueño con toda nitidez, como si fuera un recuerdo verdadero: cómo salía la sangre a borbotones del frágil cuerpo de Hillevi, cómo se hunden mis manos en sus entrañas calientes y pulsantes. Cómo la abandona la vida a medida que crece el charco en el suelo de la consulta y los bollos de canela desparramados absorben el líquido y se tiñen de rojo hasta convertirse en enormes rosas.

Rosas de sangre.

—¿Cómo te fue? —pregunta Markus—. ¿La salvaste?

—No creo que tengas que preguntármelo —contesto, tal vez en un tono de voz demasiado cáustico.

—A lo mejor te sientes culpable por su muerte —prosigue Markus, y yo noto cómo la irritación crece en mi interior.

—Creo que estás interpretando cosas de mi sueño que tal vez no están en él —murmuro, pendiente de mantener un tono de voz bajo y controlado. Porque no quiero estropear esta velada que empezó de manera tan prometedora.

Aina parece haber captado la tensión que hay entre Markus y yo porque viene a mi rescate:

—¿Tú qué crees, Vijay? ¿Crees que fue Henrik quien asesinó también a Susanne?

—Cariño, entenderás que no puedo saberlo. Ha sido muy poco riguroso por mi parte pronunciarme sobre algo así sin conocer mejor el crimen.

—Pero supongo que algo podrás decir. ¿Quién es capaz de hacer algo así, realmente?

Vijay suspira hondo y se retuerce.

—De acuerdo —empieza diciendo—. Estaba en casa con su hija cuando llegó el autor del crimen. Por lo que sabemos, ella misma le abrió la puerta a él o a ella. Luego la patearon hasta morir y el autor del crimen abandonó el lugar. La hija, que estaba sentada debajo de la mesa del comedor, fue testigo de las atrocidades, pero no ha podido identificar al autor. ¿No es así?

—Así es —murmura Markus—. La hija dice que fue un hombre, que lo vio, que no lo reconoció. Pero no supo describir al criminal.

Vijay se pasa la mano por la barbilla, parece pensar un momento y asiente con la cabeza dirigiéndose a Markus.

—¿Qué más dijo?

De pronto Markus parece abatido, se encoge ligeramente de hombros.

—No pudieron sacarle mucho más, la verdad. La interrogó una investigadora infantil y por lo que he oído hizo un muy buen trabajo...

Vijay levanta la mano para interrumpir a Markus.

—No es culpa vuestra, tus colegas parecen haber hecho lo correcto. Es demasiado pequeña, eso es todo. Es imposible sacarle nada relevante a una niña de cinco años. ¿Qué más sabemos? El autor del crimen se empleó con extrema violencia y dirigió las patadas sobre todo al rostro de la víctima. No utilizó ninguna otra arma ni herramienta. ¿Correcto? —Markus vuelve a asentir—. ¿Se encontró alguna otra evidencia técnica en el lugar?

—No gran cosa, los técnicos creen que el autor del crimen es un hombre por la fuerza que requería y las huellas y pisadas que se encontraron en el lugar. También sospechan que el autor pudo utilizar guantes. Las marcas parecen indicarlo. Además, encontraron rastros de una especie de talco, del tipo que suele usarse en los guantes de cirujano. Por lo demás, no había nada remarcable. Encontraron todo tipo de fibras en el lugar, pelos de perro, de gato, de conejo, de hámster, parecía que allí hubiera vivido el arca de Noé al completo. Y luego encontraron restos de comida y una especie de virutas metálicas que los técnicos creen que pueden ser restos de soldadura.

—Humm, esto es interesante. Muy interesante.

Vijay se reclina en el asiento y estudia el techo.

—¿Qué es lo que es tan interesante? —pregunta Aina.

—Lo de los guantes. Hace suponer que hubo cierta premeditación, lo que, a su vez, indica otro tipo de crimen del que describiste al principio.

—Ahora vas a tener que explicarte —dice Markus.

—Bueno, veamos. Como entenderéis, hay muchos modelos para clasificar a los asesinos y demás delincuentes violentos, pero tal vez el más sencillo y al mismo tiempo de más fácil aplicación sea el que divide la violencia en dos grupos: la reactiva y la instrumental. Cuando hablamos de violencia reactiva, el autor mata como reacción a algo, a una provocación, a una persona o tal vez a un comportamiento que resucita algún viejo trauma. No es un acto planeado; si utilizan algún arma, a menudo cogen algún objeto que se halle en el lugar, una piedra o un cuchillo de cocina, por ejemplo. A menudo, abandona el arma o la herramienta en el lugar de los hechos. La violencia puede ser de gran magnitud y el lugar de los hechos suele ser caótico y repleto de evidencias técnicas puesto que el crimen no es premeditado. La mayoría de los asesinatos se engloban en esta categoría. La violencia familiar y de taberna suele ser, por ejemplo, típicamente reactiva. Además, a menudo el perpetrador y la víctima suelen conocerse. O sea, que... a primera vista, este crimen debería de englobarse aquí. Pero...

Vijay hace una pausa dramática y pasea la mirada alrededor de la mesa. Sospecho que disfruta siendo el centro de la reunión y compartiendo sus conocimientos con nosotros. Sabe que este es su campo. Sonríe y junta lentamente las manos de la manera que suele hacerlo cuando quiere contar algo importante.

—¿Qué? —dice Aina impaciente.

—Hay algo que no concuerda. Lo de los guantes. Me refiero a que el asesino haya utilizado guantes. No encaja del todo con la conducta del perpetrador reactivo. Él o ella no planea nada de antemano. Aunque obviamente —masculla Vijay, casi para sí—, la violencia instrumental puede transformarse en violencia reactiva. Y luego tenemos la fuerza injustificada con la que se empleó el agresor. El ultraje puede indicar que el agresor tiene un historial de traumatización reiterada. Entonces, cuando él mismo se encuentra en una situación en la que ejerce violencia contra alguien, esta reaviva el viejo trauma que conduce a una violencia aún mayor. De hecho, parece que puede muy bien haber sido así. La violencia inicialmente instrumental puede haberse convertido en ultraje reactivo.

Markus me mira y levanta discretamente la ceja. Yo sonrío, sé que piensa que Vijay intelectualiza, que se atasca en modelos teóricos que no son

aplicables a la realidad. Sin embargo, es Aina quien se atreve a plantear la pregunta.

—Muy bien, pero ¿qué significa todo esto? ¿Crees que fue Henrik, o no?

Vijay titubea un instante, como si quisiera asegurarse de que se formula correctamente.

—Creo que el crimen era premeditado. Por ejemplo, el uso de guantes. Y creo que, en cierto modo, era personal, el hecho de que las patadas estuvieran dirigidas al rostro me induce a pensarlo. Sin duda, a pesar de mi conocimiento harto limitado del caso, pienso que pudo ser él, Henrik.

—Pero Henrik tiene una coartada —dice Markus.

—Sí... —Vijay vuelve a titubear—. Pero tengo entendido que fueron sus empleados los que le dieron una coartada.

—Sí, trabajan en su empresa de construcción. ¿Por qué?

—Dependen de él. Es posible que hayan mentido para ayudarle. No sería, desde luego, ni la primera ni la última vez. Y el que Henrik luego haya disparado a la mujer de vuestro grupo demuestra que es capaz de matar. La verdad es que es muy poco probable que el asesino pueda ser otro que Henrik. Desde un punto de vista estadístico, claro. Poco probable, pero no impensable.

—¿Por qué improbable? —pregunta Markus.

—Pues por la sencilla razón que, en tal caso, habría dos asesinos sueltos, algo que, estadísticamente, es menos plausible, aunque completamente posible. Es absolutamente concebible. —Vijay titubea de nuevo unos segundos, antes de proseguir—. De hecho, podría muy bien ser que una persona totalmente desconocida haya asesinado a Susanne. Imaginaos la situación de Henrik. Alguien mata a la persona con la que convives. Luego te acusan del asesinato. Te quitan la niña, que si bien es verdad no es tuya, aprecias mucho. Hay personas que por un trauma mucho menos serio han llegado a tener un brote psicótico, ¿verdad? En tal caso, eso explicaría el asesinato en la consulta. Sea como fuere, es muy importante que la policía no dé por sentado que el agresor es Henrik antes de que esté probado. Me recuerda a un caso que hubo en Gävle en 2005. Un hombre de veintinueve años que vivía en un cobertizo del jardín de sus padres adoptivos mató a dos de sus hermanastros acogidos con unos meses de diferencia. Tanto la policía como el fiscal estaban hasta tal punto convencidos de que el primer asesinato había sido perpetrado por la pareja de la primera víctima que, de hecho, no tuvieron en cuenta que podía haber otro autor, a pesar de que existían indicios

que así lo señalaban. Si hubieran actuado de otra manera, tal vez la segunda mujer habría seguido con vida hoy.

—¿O sea, que estás diciendo que no fue Henrik? —pregunta Markus.

Vijay vuelve a suspirar. Esta vez, aún más hondo. Se siente frustrado porque no lo hemos entendido completamente.

—No, no es eso lo que digo. Solo digo que puede haber sido otra persona. Aunque desde un punto de vista estadístico, lo más plausible sea que fue él, claro.

—Lo que dijiste antes —empiezo diciendo yo—. Eso de la violencia reactiva e instrumental. Si el asesinato realmente fue premeditado, si fue instrumental, ¿cuál sería entonces el motivo?

—Pues el motivo en los casos de violencia instrumental puede ser cualquiera. Dinero, venganza, inclinación sexual. Sin embargo, en este caso parece que no hay nada que nos pueda inducir a pensar que se trate de violencia sexual, ¿no es así? Por lo tanto, yo diría que no se trata de eso. ¿Qué dijo Henrik cuando lo interrogaron? ¿Supongo que debieron de preguntárselo antes de que matara a la mujer de vuestro grupo y desapareciera?

—Dijo que es completamente inocente. Que nunca ha pegado ni a Kattis ni a su pareja, Susanne. Que Kattis miente en todo lo que dice, que lo único que intenta es destruirle. Y que estuvo en una taberna la noche que la asesinaron, algo que confirman los testigos.

—A lo mejor resulta que quien lo hizo fue un completo desconocido, a pesar de todo —propone Aina—. Un acosador. Alguien que la escogió a ella y que la persiguió. Que merodeaba por Gustavsberg.

—Últimamente se está hablando mucho de acosadores. ¿Cómo sería el típico acosador? —pregunta Markus.

—Tal vez deberíamos empezar por definir lo que es un acosador.

Vijay parece exultante y se mete otro bocado de *boeuf bourgignon* en la boca con el tenedor. Markus asiente con la cabeza expectante.

—De acuerdo, ¿existe una definición?

Vijay sonríe condescendiente, como si Markus fuera uno de sus alumnos menos dotados de la universidad.

—Existen muchas definiciones, pero la mejor es la que Meloy desarrolló en 1998. Dijo que, en principio, el acoso es una persecución deliberada, malévola y continuada de otra persona. Y si nos centramos en el perpetrador es típicamente un hombre, a menudo con un pasado criminal probado y problemas psiquiátricos o de adicción. Suelen tener, estadísticamente, un coeficiente intelectual superior a otros tipos de delincuentes, aunque existen

subgrupos de acosadores que más bien podrían considerarse como retrasados mentales e incompetentes sociales.

—¿O sea, que pueden ser o bien más listos o más tontos que el hombre medio? Entonces no hay gran cosa en lo que basarnos.

Markus parece dudar, pero Vijay se encoge de hombros y sonríe.

—Esta no es una ciencia exacta. En todo caso, suelen sufrir otros trastornos psíquicos: borderline, narcisismo, esquizofrenia, trastornos antisociales de la personalidad. Y luego, naturalmente, están los factores ambientales que también influyen. A menudo, algún tipo de pérdida sentimental ha precedido a la conducta, por ejemplo, una relación que se ha roto, un fallecimiento o simplemente han perdido el trabajo.

—¿Eso te puede volver loco? —dice Markus.

—Pues sí, si eres una persona vulnerable.

Vijay moja un trozo de pan en la salsa marrón con una amplia sonrisa en la cara. Markus sacude la cabeza, como si no estuviera de acuerdo y no creyera lo que cuenta Vijay.

—No, Markus —dice Vijay, todavía sonriente, y sus blancos dientes resplandecen contra su oscura piel—. No, tú seguramente no te volverías loco si perdieras el trabajo. Tú probablemente te limitarías a jugar un montón con el ordenador. ¿Me sigues?

Markus, que de pronto parece abochornado, sirve más vino a Aina y luego a sí mismo.

—Pero —dice Aina— ¿acaso no existen acosadoras?

—Sí, desde luego, pero son mucho menos frecuentes. Hace poco leí sobre un estudio realizado con ochenta acosadoras en Estados Unidos, Canadá y Australia. La verdad es que es bastante interesante, porque demostraba que tienen un perfil ligeramente diferente a los hombres acosadores. Eran mayoritariamente mujeres de unos treinta años, solteras o divorciadas, heterosexuales y muy formadas. En estos casos también había antecedentes de trastorno psiquiátrico, sobre todo de carácter borderline. Las acosadoras son un poco menos propensas a aplicar la violencia que los hombres, pero si la mujer ha tenido anteriormente una relación amorosa con la víctima el riesgo aumenta notablemente.

Noto cómo un frío soplo de aire de la ventana sin aislar envuelve mi cuerpo y tiemblo involuntariamente. Toda esta discusión, toda esta muerte, todo este odio, me hace sentir mal.

—¿Tiene necesariamente que ser un hombre el que mató a Susanne? —pregunta Aina.

—Los técnicos forenses dicen que es casi seguro que el agresor era un hombre. Y además, la hija también lo dijo durante el interrogatorio —dice Markus.

—Y desde un punto de vista estadístico, este tipo de delito lo cometen en su gran mayoría los hombres. Nueve de cada diez delitos con violencia son cometidos por hombres —añade Vijay.

—¿Crees que el asesinato de Susanne puede haber estado motivado por un robo? Me parece que la niña pequeña dijo algo de que el agresor cogió dinero. Se me olvidó decirlo antes —dice Markus.

—¿Recuerdas lo que dijo exactamente?

—La verdad es que no. Algo de que él, es decir, el asesino, cogió dinero, que sabía hacer magia.

Vijay sonríe afligido.

—Sí, pero solo porque ella vio que él cogía dinero no podemos estar seguros de que realmente fue así. Nunca se sabe con los niños. Tienen una imaginación muy viva, ¿no es cierto? Personalmente, me sorprendería mucho que se tratase de un asesinato relacionado con el robo.

Vijay hace una pausa y se mete un poco de rapé en la boca.

—Aunque, claro, la gente hace cosas muy extrañas, o sea, que, en teoría, sí. Sin embargo, la violencia empleada es desproporcionada, si tenemos en cuenta... —Vijay se rasca el cuello pensativo, mira al techo, hace una pausa dramática y prosigue—: Las patadas en la cara son algo muy personal y denotan un odio visceral. Los homicidios relacionados con un robo suelen ser distintos. A alguien le parten la cara porque se resiste a soltar la cartera, las llaves del coche o el bolso. Aunque, claro, hay excepciones. Si el agresor, o los agresores estaban drogados eso podría explicar la rudeza. Por ejemplo, el Rohipnol, o el flunitrazepan, que es como realmente se llama la sustancia, puede provocar un embotamiento emocional que hace que el agresor sea capaz de cometer actos de violencia muy graves. Entre los criminales se usa con bastante frecuencia, las llaman «pastillas delictivas», ¿lo sabíais? A menudo las recomiendan en diferentes foros en Internet a los que necesitan mitigar el desasosiego y el miedo antes de perpetrar un robo, un hurto o tal vez un maltrato planeado. Sea como fuere, dijisteis que la niña vio que el agresor cogió dinero. No tiene necesariamente que tratarse de un asesinato por robo solo porque el autor del asesinato se llevó algo. Es bastante frecuente que otros tipos de asesinos se lleven algo que pertenecía a la víctima. Dinero o recuerdos.

De pronto me asalta el malestar, apoderándose de cada una de las células de mi cuerpo. Me pongo en pie sin decir palabra y salgo corriendo de la habitación con las miradas de Aina y Vijay quemándome la espalda. También esta vez me da tiempo a llegar al cobertizo antes de vomitar el estofado de Markus en la pequeña y anticuada taza de váter.

Me quedo un rato sentada en el suelo.

Bowie me sonríe desde la pared, pero si no me equivoco su mirada parece preocupada por debajo de la sombra de ojos azul.

Ha pasado algo en la consulta.

Es como si la luz de los desnudos fluorescentes de la estancia hubiera adquirido un matiz más cálido. Las paredes de un verde claro parecen estar iluminadas desde dentro. Y me doy cuenta de que lo que hace que mi salita cambie de carácter de forma tan repentina es la pareja que está sentada frente a mí. Ellos también están cambiados. Patrik, con la espalda recta, una sonrisa en los labios, ¿tal vez ligeramente socarrona? Mia, una mujer muy distinta a la que recuerdo de la última vez. En realidad, ha pasado un tiempo desde que me visitaron juntos; unos niños enfermos y el trabajo de Patrik nos han obligado a aplazar nuestra sesión un par de veces. Sin embargo, el cambio es manifiesto, el pelo cae en unas ondas suaves y castañas alrededor del rostro de Mia, se ha maquillado y aunque no puedo decir que lo haya hecho con demasiado buen gusto porque la sombra de ojos de color verde no es, desde luego, mi preferida, el esfuerzo que ha demostrado hace que tenga un aspecto infinitamente mejor. Y la ropa. Unos tejanos azul oscuros y una blusa negra y escotada han sustituido el mono inevitable de tamaño XXL.

Sin embargo, tal vez lo más importante: Mia está sentada en la butaca y Patrik en la silla de varillas. No sé muy bien por qué me he fijado en ello, pero en cierto modo me parece una señal importante. Quizá sea un gesto pacificador de Patrik. ¿Su trasero huesudo friccionando contra el duro asiento de madera a cambio de los distendidos cuidados de Mia?

—Tenéis un aspecto formidable. Espero que estéis tan bien como parecéis.

Mia suelta una risita y por un segundo parece avergonzarse. Casi como si le hubiera hecho una pregunta íntima.

—Pues sí, la verdad es que es un pequeño milagro —dice con una voz que no reconozco. La antes ronca y quebradiza ha sido sustituida por una sonora voz de contraalto.

Miro escrutadora a Patrik que sigue con esa sonrisa burlona en los labios. En cierto modo es una sonrisa traviesa, como si fueran dos adolescentes que acabaran de tener sexo en el lavabo. Y qué sé yo, ¿a lo mejor es así?

Patrik tira del pelo desteñado dejando al descubierto la raíz oscura y se sube un poco las gafas de montura de carey.

—Mia tiene razón. La verdad es que es fantástico. Siento que estamos bien encauzados.

—Contadme, ¿qué habéis hecho para que todo funcione?

Mia mira al techo y parece reflexionar un rato.

—Verás, en realidad hemos hecho todo lo que hablamos la última vez, ya sabes, de hacer unos horarios y repartirnos las tareas de casa y esas cosas. Y hemos trabajado con el modelo para solucionar los problemas. Funciona. De verdad. Pero...

—Pero ¿qué?

—Mia ha dejado las pastillas esas —dice Patrik en voz baja, y aprieta la mano de Mia con fuerza. Veo cómo el rubor sube por el pálido cuello de Mia mientras ella asiente con la cabeza. Nos quedamos sentados así un rato. En silencio.

—¿Fue difícil? —pregunto finalmente.

Al principio, parece que Mia no sea capaz de responder. Se limita a negar lentamente con la cabeza.

—Pues no, y eso es lo más raro. En cierto modo, no fue difícil. Porque en cuanto Patrik dejó de estar furioso, en cuanto me dejó entrar, entonces... No sé. No creo que necesitara realmente las pastillas. En realidad, no.

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Mejor. Mejor que en mucho tiempo. Es extraño. Me siento tan... fuerte. Como si fuera a ser capaz de escalar una montaña, arrullar a los niños noche tras noche sin dormir, correr una maratón... ¡Oh, no sé! Suena curioso, ¿verdad?

—No, en absoluto —digo, y toco su brazo levemente. Noto cómo la fina tela sintética de su blusa resbala bajo las yemas de mis dedos. Fría y escurridiza como un pez.

Mia y Patrik sonrían. Tal vez un poco turbados. Mientras tanto, yo reflexiono un instante en silencio, suena un poco demasiado sencillo. Una relación en crisis, una de las partes, la madre, abusa de la benzodiazepina para sacar fuerzas. Luego, unas semanas más tarde todo vuelve a ser como antes: ninguna adicción, ningún conflicto, manos que se tocan suavemente al encontrarse en la cocina, mejillas que se ruborizan. Compenetración y deseo.

Cooperación. Una repentina disposición a comprender la situación del otro. Empatía. ¿Es así? ¿Puede ser tan sencillo? ¿Tan banal?

—Me temo que tendréis que ayudarme a comprender —empiezo a decir con cautela, reacia a cuestionar o a arriesgar de alguna manera su nueva y tierna complicidad—. ¿Cómo fue exactamente? ¿Cómo volvisteis a encontraros? Porque no creo que fuera tan sencillo como que tú, Mia, un buen día tiraste las pastillas al váter, ¿verdad?

—Pues sí, realmente creo que fue así de sencillo —dice Mia, y se pasa la mano por el cabello recién lavado y se lo retira detrás de la oreja.

—No, no, no. Debió de empezar cuando yo me espabilé de verdad —dice Patrik—. Creo que cuando finalmente comprendí por qué estaba tan jodidamente enojado con Mia todo el tiempo, nos liberamos. Estuvimos hablando y yo le conté lo de mi madre y todo eso.

—Y entonces fue cuando yo entendí que estaba obligada a dejar las pastillas por Patrik —completa Mia. Ahora se muestra más ardiente y entusiasta. Gesticula con sus manos regordetas revoloteando delante de su cara como dos rollizos gorrones.

—Muy bien. Habéis sido los dos fantásticos, fuertes y muy hábiles, si me permitís que os lo diga de esta manera. Quiero decir que no estamos en la escuela, vaya. Pero realmente habéis luchado. Lo que tenéis que saber es que es muy fácil recaer en las viejas rutinas. Si pasa algo malo, si os peleáis, si algún día estáis especialmente susceptibles. Está bien saberlo de antemano. Que no es nada anormal. Lo más importante es que juntos hagamos un plan para procurar conservar, sostener, estos avances que habéis hecho.

—No será ningún problema —dice Mia tranquilamente—. Me siento tan fuerte, ¿te lo he dicho? Creo que soy capaz de soportar cualquier cosa.

Miro a Patrik, pero él no dice nada, se limita a asentir con entusiasmo y se tira de la camiseta con el estampado de The Smiths.

Viernes por la mañana.

Me despierta un ruido agudo y me incorporo en la cama de un salto, pero no oigo nada, aparte de los sonidos habituales de la casa: el débil zumbido de la nevera, la lluvia que cae contra el tejado y el viento que silba afuera.

La oscuridad al otro lado de mi ventana es tan compacta que me lleva a pensar en un enorme animal negro que se ha enrollado alrededor de mi casita para dormir.

Salgo de la cama, me pongo mi raída bata, salgo al salón, noto una ráfaga de aire frío que recorre los tablones del suelo. Me estremezco y miro el reloj. Son las seis y media, pronto será la hora de levantarse.

En el salón todo está tranquilo, pero me doy cuenta casi de inmediato de que hay algo que no está bien en la ventana del medio. Una larga grieta recorre la ventana de lado a lado, como si alguien hubiera lanzado un objeto contra el cristal.

Me quedo un buen rato mirando por la ventana en silencio. Todo está oscuro y no logro distinguir nada, tan solo un solitario destello en el agua debajo de las rocas. El viento debe de haber arreciado durante la noche porque oigo cómo las ramas de los pinos golpean contra la fachada. Sospecho que se ha caído otra rama del enorme árbol y que ha alcanzado el cristal de la ventana. Ha pasado otras veces, pero la ventana no se ha roto nunca. Hasta ahora.

Sigue todo oscuro cuando me deslizo entre los escaramujos deshojados en dirección al cobertizo y el baño. Un viento helado se mete por debajo de la camiseta que uso de camisón.

Markus está en un curso de protección civil en caso de catástrofes en Västerås y yo he dormido fatal, me he despertado varias veces con palpitaciones, bañada en sudor. No recuerdo ningún sueño, tan solo una sensación difusa pero insistente de pánico y angustia. Y el sentimiento de que ya todo es demasiado tarde. Que el mal ya está hecho, que un proceso que no hay manera de detener se ha puesto en marcha.

El pequeño y embarrado sendero no se ha helado, pero casi. El suelo, rígido y mudo, cede apenas unos milímetros bajo mis botas de agua. En la mano sostengo la gran linterna, la que siempre llevo conmigo. El cono de luz se abre camino por el césped anegado de mi jardín y hacia las rocas que hay detrás. Hace un tiempo tenía verdadero pánico a la oscuridad, ahora solo siento un leve malestar cuando todo lo negro me envuelve. Tal vez como una especie de vértigo que apenas me discapacita, pero que resulta desagradable.

Justo cuando mi mano se cierne alrededor del pomo de la puerta del cobertizo oigo un ruido a mis espaldas. Primero creo que es un animal herido, porque suena como pasos arrastrados.

Me vuelvo y dirijo la sobredimensionada linterna hacia las casa, ilumino la puerta y la fachada desvencijada de madera que necesita una mano de pintura. Barro el campo con el haz de luz: terrones de hierba amarillenta,

ramas nudosas de los árboles que las tormentas de otoño han arrancado, pinaza escarchada que se amontona a lo largo de los muros de la casa. No veo nada extraño. Y todo lo que oigo es ese sonido rítmico de olas rompiendo contra las rocas.

—Markus, ¿eres tú?

Pero nadie contesta.

Decido que es un animal y nada más.

De nuevo pienso que deberíamos mudarnos a la ciudad. En muchos sentidos resulta poco práctico vivir aquí, pero hay algo que me retiene.

¿Stefan?

A veces me parece que la distancia con él aumentaría si dejara la casa.

Nuestra casa.

Markus está indeciso. Él preferiría vivir en un piso del barrio de Söder, pero puesto que trabaja en Nacka no tiene que desplazarse mucho desde aquí. Y sabe lo poco dispuesta que estoy a mudarme.

La puerta del cobertizo se abre con un chirrido y me apresuro a entrar en el calor. El pequeño baño es espartano y la única decoración es el *collage* de fotografías de Bowie en una de las paredes. Me dejo caer en la taza del váter y aprovecho para hacer pipí mientras me lavo los dientes, pienso que si alguna vez me mudo quiero tener un baño de verdad, uno con baldosas en las paredes, calefacción en el suelo y bañera.

Un lujo con el que soñar.

El aire parece aún más frío y crudo cuando vuelvo a atravesar el jardín en dirección a la casa. Las ventanas brillan como ojos amarillos en la oscuridad al acercarme a la puerta. Doy una última y amplia zancada para evitar el charco de barro que se ha formado justo delante de la escalera. En algún lugar oigo el sonido de una embarcación que se acerca.

Una vez envuelta en el relativo calor de la casa meto leña en la estufa y hago fuego, y luego me dirijo a la cocina dispuesta a poner la tetera en marcha. Y es entonces, cuando tengo la tetera retro de color pistacho en la mano que me ha regalado mi hermana por Navidad, que oigo el sonido. Parece que alguien llama a la puerta del salón.

Me deslizo vacilante a través de la puerta de la cocina. Los maderos del suelo parecen más fríos que de costumbre, pero en el salón el calor de la estufa ha empezado a extenderse y oigo el crepitar de la leña ardiendo.

No la veo inmediatamente. Al principio solo distingo la silueta de un rostro blanco al otro lado de una de las puertas acristaladas. Pálido y ojeroso, parece examinarme allí en medio del salón, paralizada de miedo en mitad de

un movimiento. Luego el rostro se acerca, se aprieta contra el cristal y veo quién es.

Malin.

Entreabro la ventana. No lleva puesta ninguna chaqueta, tan solo una fina rebeca y unas deportivas. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos y la piel blanca como el papel.

—¿Puedo entrar?

—Pero ¿qué es lo que ha pasado?

—Por favor, déjame entrar. ¿Recuerdas que dijiste que siempre podíamos ponernos en contacto contigo si pasaba algo y...? No soportaba estar en casa y vine hasta aquí. Perdona que no te haya llamado antes. Debería haberte llamado, pero...

Sin decir nada abro la puerta y ella se escurre rápidamente por el resquicio como si fuera un gato.

—Entra. ¡Pero si estás helada!

Asiente con la cabeza y se frota las manos, pero no hace ni el más mínimo ademán de titubeo. En su lugar, se dirige directamente hacia mi sofá pardusco y se deja caer en él.

Me acerco a ella con mucha cautela y envuelvo su cuerpo tembloroso y helado con la manta de cuadros escoceses.

—¡Pero si apenas llevas nada puesto! ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ya no aguanto más. No lo consigo, eso es todo.

Mirada vacía, hombros tensos y levantados. Su rubia cabellera está mojada y se pega al cráneo.

Me siento a su lado en el sofá y cojo su mano, noto que está temblando, de frío y tal vez de algo más. ¿Terror?

—Malin, ¿qué es lo que ha pasado?

Pero es como si no me oyera. Tiembla debajo de la manta, mira al frente con ojos vacíos. De pronto temo que haya sufrido una hipotermia de verdad y pienso si no debería llevarla a un médico.

—¿Quieres una taza de té?

Malin asiente con la cabeza sin mirarme y yo me voy titubeante a la cocina para poner agua a hervir.

—¿Quieres alguna otra cosa? ¿Un bocadillo?

Malin sacude la cabeza.

La situación me resulta incómoda. Malin no me cae especialmente bien, nunca la invitaría a mi casa en circunstancias normales. Es cierto que Aina animó a las mujeres del grupo para que llamaran si querían hablar. Pero ¿presentarse en mi casa de esta manera, a las siete de la mañana? No creo que sea muy normal. Salgo de la cocina con la taza de té hirviendo para Malin y me siento a su lado con cuidado.

Tiembla tanto que al levantar la taza el té se derrama por el sofá y por sus manos, pero no parece percibirlo.

—Ya sabes, hubo un tiempo breve en que sentí que lo tenía todo bajo control —susurra Malin.

—¿Qué era lo que tenías bajo control?

Malin me mira y sonrío débilmente.

—A mí misma. Después de la violación fue como si todo mi mundo se derrumbara. Hubo un momento en que pensé que me volvería loca de verdad. Que estaba a punto de perder la razón. Luego... me obligué a volverme terriblemente disciplinada con el entrenamiento y la comida y dejé de beber por completo, puesto que tenía miedo de perder el control. ¿Y sabes qué? La verdad es que funcionó. He recuperado mi vida, el sentido común. Solo que a veces es como si todo... volviera. Por ejemplo, las veces que me he encontrado con él, con el violador, en el centro. Entonces me dan unos terribles ataques de pánico. Y entonces siento que vuelvo a estar a punto de volverme loca de nuevo, y... no quiero, porque quiero tener el control de mi vida, no quiero caer en ese abismo, no quiero volverme loca.

—No creo que vayas a volverte loca, Malin, sencillamente creo que lo sientes así. Y cuando más intentes huir de esos sentimientos, más fuerza les darás. Lo mejor sería que te atrevieras a enfrentarte a los sentimientos en lugar de salir a correr en cuanto te asalta el miedo.

—Pero ahora todo se ha ido a la mierda.

Entierra la cabeza entre las rodillas, la apoya contra la manta a cuadros. Con mucho cuidado le quito la taza de té de las manos y la dejo sobre la mesa.

—¿Qué es lo que ha pasado para que te sientas así?

—Y estoy de vuelta en ese agujero negro y siento que estoy a punto de volverme loca.

—Tienes que contármelo, Malin. Si no lo haces, no podré ayudarte.

—De acuerdo —suspira Malin, y levanta la cabeza de la manta y me mira—. La tía que murió de las patadas que le propinó su novio, la Susanne esa. Ella fue una de las personas que le dieron una coartada a mi violador. Al

principio no lo entendí. Pero cuando Kattis nos contó cómo se llamaba y dónde vivía. Entonces lo supe al instante. Fueron unos cuantos los que le dieron una coartada, cinco, creo, y por lo tanto no solo fue su culpa. Pero... ¿sabes las horas que he dedicado a odiar a esta gente, a desearles la muerte? Y ahora ha pasado, y no sé realmente si estar contenta o si me parece terrible. Por un lado, puedo llegar a pensar que se merecía morir, por otro, sé lo enfermizo que es eso, y yo no quiero estar enferma. Y luego se presentó la policía y empezó a hacerme un montón de preguntas acerca de la violación y si conocía a Susanne y qué me parecía ella. Intentaron implicarme de alguna manera, como si yo no hubiera sufrido bastante ya. Se lo dije, les dije que de hecho soy la víctima de una agresión. Lo único que quiero es que mi vida sea como era entonces. Antes. Pero no puede ser, porque ahora vuelve todo lo que me pasó. Ya no puedo dormir, no puedo comer, ni siquiera consigo concentrarme lo suficiente para ver un programa de televisión normal y corriente, porque me asalta la sensación de que me estoy volviendo loca. De verdad.

Por fin ha dejado de llover. Las pesadas nubes se han retirado y un cielo celeste de noviembre se ha hecho visible. El viento ha amainado y la bahía se extiende brillante allí abajo; solo se aprecian unas leves ondulaciones en la superficie del agua. Unas aves marinas se mecen en el agua, se sumergen y desaparecen en el agua negra para luego volver a emerger.

No sé nada de pájaros. No sé de qué especie son, lo que comen, dónde se aparean. Si Markus hubiera estado aquí, a lo mejor él me lo podría haber dicho, a él le gusta más la vida al aire libre que a mí. Sabe de plantas y animales. Es capaz de encender fuego con dos palos, parece tener una brújula incorporada.

Un *scout* de verdad.

Sin embargo, Markus sigue en Västerås y me he quedado sola en casa. Abandonada a mis propios pensamientos y decisiones.

Malin se ha ido a casa. Estuvo durmiendo unas horas en mi sofá y luego se fue, parecía más bien sentirse culpable por haberme importunado. Yo estoy sentada delante del ordenador trabajando, puesto que el único paciente del día ha anulado su cita y he decidido trabajar desde casa.

Pienso en la historia de Malin. Me pregunto si ella podría tener algo que ver con lo que le ocurrió a Susanne. Intento entender su manera de reaccionar,

la manera en que la disciplina extrema puede llegar a convertirse en una protección contra la sensación de impotencia, humillación y terror.

Por mucho que me esfuerce no consigo apartarla de mi mente. Ordeno un poco, friego los platos, vuelvo a medir el dormitorio para determinar si realmente cabrá la cuna aquí.

Entonces anochece y se termina un día más.

A la mañana siguiente hay cinco mensajes de voz en el buzón de mi móvil. Cuatro son de Elin del despacho que quiere cambiar algunas citas, pero los mensajes que ha dejado son tan confusos que no entiendo qué es lo que quiere decirme. Anoto en la agenda que tengo que llamarla y aclarar la situación el lunes.

El quinto mensaje es de un tal Roger Johnsson. Se presenta como agente de policía que trabaja en la investigación del asesinato de la novia de Henrik, Susanne Olsson, y dice que quiere que le llame cuanto antes.

Roger Johnsson contesta al teléfono antes de que le llegue a sonar. Parece que haya estado sentado toda la mañana del sábado esperando mi llamada. Me dice sin tapujos que quiere que nos veamos hoy, cuanto antes mejor. Le propongo que nos veamos el lunes, pero él me dice que apreciaría si pudiera pasarme un momento. Cuando le pregunto de qué se trata, me responde con evasivas, una estrategia que reconozco gracias a Markus. Quiere que yo no sepa nada cuando nos veamos, para poder estudiar mis reacciones, mis reacciones espontáneas. Quedamos en que nos veremos esta misma tarde en su oficina en Nacka Strand.

El lugar de trabajo que comparten él y Markus.

Porque Markus y Roger son colegas, algo que Roger me comunica rápidamente. Se conocen, se ven, toman un café de vez en cuando. Sin embargo no trabajan juntos en esta investigación.

Abro la ventana con mucho cuidado. Los pájaros han desaparecido y un extraño silencio se ha extendido por mi pequeña ensenada. El viento se ha calmado y el agua se extiende brillante y plúmbea. Unas nubes oscuras han cubierto el cielo desde el norte y el aire es más frío.

Parece que habrá tormenta.

Roger Johnsson es de mediana edad. Lleva tejanos, camisa y americana. Y cinturón de cuero con una enorme hebilla de latón. También es uno de los pocos hombres suecos que lleva mostacho. Por alguna razón, me recuerda a los hombres de la teleserie *Dallas*. Parece uno de los amigos de Bobby Ewing, aunque sin sombrero de *cowboy*. Una especie de anacronismo en camisa de *cowboy*, aterrizada en Nacka Strand, directamente del Tejas de los ochenta.

—Bueno, Siri. Supongo que te preguntarás qué estás haciendo aquí. —Me mira y yo presiento algo que parece una sonrisita reprimida tras el poblado mostacho—. Quiero hablar contigo sobre Malin Lindbladh. Al fin y al cabo eres testigo del tiroteo mortal en Medborgarplatsen y tengo preguntas que tienen que ver con él y con otro crimen con violencia. ¿A lo mejor Markus te ha hablado de la investigación?

Roger se inclina hacia delante y me mira, me escudriña intensamente, de una manera que me resulta molesta. Me siento como si estuviera sentada frente a él desnuda. Estoy contenta de estar aquí por voluntad propia y no en calidad de sospechosa. Me imagino que puede ser tremendamente desagradable tratar con Roger. Es alguien a quien es preferible tener de tu lado.

Estamos en su despacho en la comisaría de Nacka. Fuera ya ha anochecido, a pesar de que solo son las tres. El brillo de las farolas se refleja en el asfalto húmedo y de vez en cuando se ve a alguien agacharse, de camino a la estación de autobuses o tal vez el ferry, en la fuerte lluvia que llega del norte. El despacho de Roger es pequeño y está abarrotado de libros, papeles y carpetas. Suena una radio con el volumen bajado, *Lugna favoriter*, el programa de canción ligera, con tres temas populares a las tres. Una mujer que se llama Monica saluda a su amor y luego canta Ronan Keating.

—¿Tú no estuviste involucrada en otro caso hace unos años? ¿No hubo un paciente tuyo que fue asesinado en tu jardín? Parece que es peligroso hacer terapia contigo. ¡Joder, no sabía que la terapia pudiera ser mortal!

Se ríe, breve y relinchante, y me siento aún más incómoda. Roger Johnsson debe de conocer mis antecedentes, debe de saber lo que me pasó. Sin embargo, allí está, burlándose de lo que me ocurrió a mí, y a mis pacientes. Es increíble y desagradable. Y, además, me está haciendo preguntas sobre una de mis pacientes. Empiezo a irritarme.

—¿Sí? —le pregunto.

—Eso, Malin, tengo entendido que asiste a una especie de grupo para mujeres maltratadas que tú diriges. ¿Es eso cierto?

Roger me mira fijamente con una mirada que es una mezcla de conmiseración y arrogancia. Me siento pequeña, expuesta. ¿Acaso la policía no está para ayudar a personas como yo? ¿Servir y proteger? ¿O eso solo es en las series policiacas norteamericanas que pasan por la tele?

—Es un grupo de mujeres que han estado expuestas a agresiones, no solo mujeres maltratadas. Y en cuanto a Malin, la verdad es que no puedo hablarte de ella. Estoy obligada por el secreto profesional. Todo lo que dice cualquiera que esté en tratamiento conmigo es confidencial.

—Confidencial. Muy bien. Pero ahora resulta que Malin nos ha contado que está en tratamiento contigo y que podemos hablar contigo. Sabemos que lo hace. De hecho, la hemos interrogado después del asesinato a tiros de...

Roger vacila, como si no recordara el nombre de Hillevi.

—De la paciente que asistía al mismo grupo. En todo caso, queremos que nos confirmes algunos datos. ¿A lo mejor me podrías hablar un poco del grupo?

Roger me mira retador.

—Bueno, verás... Es una especie de grupo de autoayuda. Para mujeres que han sufrido algún tipo de agresión en el municipio de Värmdö. La idea es que las participantes recobren las fuerzas para seguir trabajando en sus problemas sin nuestra ayuda, incluso después de que se haya disuelto el grupo.

—Vaya, eso suena muy bien, supongo. Nosotros, en el cuerpo de policía, apenas tenemos tiempo para brindarles a las víctimas de agresiones toda la atención que de hecho se merecen.

Veo que hay algo en su mirada que lo descubre, débil, pero está allí, a pesar de todo. Tal vez pasión. ¿Empatía? E intuyo que hay compromiso detrás de la fachada de poli y del mostacho sobredimensionado.

—Malin Lindbladh fue violada en Gustavsberg hace ahora dos años. ¿Lo sabías?

—Desde luego. Es uno de los casos que hemos discutido en el grupo.

—¿O sea, que os ha hablado de lo que ocurrió?

—Sí, nos contó lo que le pasó detalladamente, sí. También nos contó que habíais dejado escapar al agresor.

—En todo caso no somos nosotros los que decidimos si un delincuente es culpable o no y las consecuencias que deben tener sus actos. El tribunal de primera instancia lo absolvió.

—Porque algunos de sus amigos le dieron una coartada, sí.

Roger se encoge de hombros.

—Así es como va. Es imposible atrapar a todos los malos. Estoy seguro que tú también lo entiendes. Pero si estás tan puesta en lo que le ocurrió a Malin, ¿es posible que también sepas que Susanne Olsson fue una de las cinco personas que le dieron una coartada al acusado?

—Sí, ya me lo ha contado. No a las demás del grupo, pero a mí sí.

—Entonces, ¿qué fue exactamente lo que te dijo?

—Me lo contó, sin más. Que Susanne Olsson le dio una coartada y que la habíais interrogado. Estaba indignada.

—¿Indignada? ¿Por qué?

—La verdad es que no me extraña. Todo lo que ha pasado, el interrogatorio, que ha removido todos los recuerdos que tiene de la violación y el juicio, todo eso la hace sentirse mal.

Roger asiente con la cabeza, como si lo comprendiera, y se pasa la mano por el mostacho canoso.

—¿Y qué imagen tienes tú de Malin Lindbladh? ¿Tu imagen... clínica? ¿Es una persona de fiar, como solíamos decir antes? ¿Es digna de crédito?

Veo para mí a Malin, tal como la vi el día que se presentó en mi casa. Su rostro cansado. Su cuerpo acurrucado. El miedo, su resignación.

—Estoy completamente convencida de que es de fiar, tal vez un poco especial, pero absolutamente fiable.

—¿Especial? ¿De qué modo?

Me retuerzo ligeramente en la incómoda silla de las visitas, temo expresarme mal, despertar sospechas innecesarias que puedan ir en contra de Malin.

—Creo que ha estado muy mal después de la violación. Se somete a sí misma y a su cuerpo a un entrenamiento feroz, a una dieta y a otras medidas disciplinarias para controlar la angustia. Esa es mi impresión. Mi impresión clínica —digo, y ladeo la cabeza.

Roger sonríe.

—¿Y qué me dices de su credibilidad? ¿Te fías de ella?

Me quedo pensando un rato en el relato de Malin. No hay nada en lo que ha relatado que parezca ser mentira o una exageración. No veo ningún motivo para no creer lo que me ha contado.

—Sí, creo que es creíble. Claro que nunca puedes estar segura del todo, pero creo, a pesar de todo... Sí, me fío de ella.

Roger Johnsson sonríe socarronamente.

—Es interesante que digas que nunca puedes estar completamente seguro. Al fin y al cabo tienes un montón de colegas en la psiquiatría forense que

están dispuestos a jurar lo que sea. Solo hay que recordar el caso de Qvick.

Roger sacude la cabeza, como si me compadeciera por pertenecer a un gremio tan patético, repleto de ingenuos sabelotodos y charlatanes.

—En mi opinión tiene credibilidad, y que nunca se sabe.

Roger vuelve a asentir, me mira a los ojos y cierra la pequeña libreta de notas negra. Nuestra conversación ha terminado.

Extracto de un examen según el acta de los servicios sociales para la infancia y la juventud.

El chico de catorce años es acusado por agredir físicamente al propietario de un establecimiento de treinta y cuatro años en relación con una denuncia por hurto en su tienda. El incidente fue denunciado a la policía y está siendo investigado. El chico sostiene que si bien es cierto que golpeó al propietario de la tienda, este lo sujetó y lo amenazó con llamar a la policía y que entonces entró en pánico y se desenganchó a golpes. También reconoce que entró en el establecimiento que vende ropa deportiva con la intención de robar un pulsómetro, pero se niega por lo demás a comentar lo que ocurrió.

Los padres del chico cuentan que ha tenido grandes problemas en el colegio durante toda la infancia. En los últimos años solo ha asistido a la escuela esporádicamente y, en su lugar, solía frecuentar un grupo de chicos mayores del centro. Se sospecha que este grupo está involucrado en asuntos criminales y de drogadicción. La familia ha estado en contacto anteriormente con el servicio psiquiátrico BUP, pero no les pareció que la charla les llevara a ninguna parte. Tampoco el servicio tutorial de la escuela ha conseguido modificar la conducta destructiva del chico y convencerle de que volviera a la escuela.

Los padres dicen que están desesperados y que ya no saben qué hacer. Están muy preocupados por el desarrollo de su hijo. También cuentan que todos los conflictos con el chico han afectado su relación negativamente y que están considerando la separación. Sin embargo, creen que esto podría originar problemas aún mayores para el chico, puesto que tiene dificultades a la hora de manejar los cambios. Asimismo, la madre reconoce que tiene miedo de quedarse a solas con el hijo, pues de vez en cuando tiene unos terribles accesos de rabia si las cosas no salen como él quiere. Hace unos días, el hijo la atacó físicamente cuando, tras repetidas advertencias, al final apagó su ordenador mientras estaba jugando después de que finalizara el tiempo de juego acordado. En esta ocasión la zarandeó y la llamó bruja. Los padres creen que a lo mejor el chico necesita algún otro tipo de entorno.

Jovana Stagovic, asistente social, Juventud

Reunión en la consulta.

Elin está sentada con un montón de facturas sobre las rodillas y parece desdichada. Cuando llegó esta mañana al trabajo de pronto era pelirroja en lugar de morena y la habitual ropa negra había sido sustituida por un vestido de los años cincuenta con unas bastas botas a juego.

—Pero entonces ¿quién tiene que dar el visto bueno a las facturas?

—Eso no importa —dice Sven con voz cansada—. Lo puede hacer cualquiera de nosotros. No puedes pagarlas sin más, tienes que entenderlo.

Elin se sonroja y baja la mirada sin contestar.

Aina le lanza una fría mirada a Sven y posa su mano cariñosamente sobre la de Elin.

—Escucha, Elin, solo se trata de mil coronas. Olvidémoslo.

—¿Svensk adressregistret AB? ¿Un registro de direcciones? ¿Cómo puedes haber sido tan condenadamente estúpida como para pagarla? Me parece que debería ser obvio para cualquiera que no es más que un timo.

Sven se pasa la mano por su pelo cano y sucio y noto un olor a sudor que se propaga por toda la sala. Tanto Aina como yo estamos preocupadas, tememos que Sven esté a punto de hundirse, que beba demasiado.

Pienso en la conversación que tuvimos él y yo hace unas semanas. Entonces dijo que para él el amor se había terminado. Y también el alcohol. Que no volvería a tocar el alcohol. Constato que no ha cumplido su promesa por mucho tiempo. Pero supongo que es así como funciona.

—Sven —dice Aina en tono admonitorio.

—Deberíamos descontarlo de tu sueldo —prosigue Sven.

Elin deja caer el montón de papeles en el suelo con un ruido sordo, se lleva la mano a la boca como si quisiera impedir que salga nada de su boca y sale corriendo de la sala de reuniones.

—Me parece que esto no ha sido muy afortunado. Solo porque tengas problemas no tienes por qué hacérselo pagar a los demás.

Aina parece tranquila, pero su voz se ha tornado peligrosamente aguda, ha adoptado un tono que revela que está a punto de enfadarse de verdad.

—Mis problemas no tienen nada que ver con esto.

—Tus problemas tienen todo que ver con esto, lo sabes —dice Aina calmadamente.

—Bueno, al menos no soy yo quien atrae a locos con armas de fuego.

—Pero ¿qué estás diciendo? —digo, pues incluso yo empiezo a hartarme del mal humor de Sven. Francamente, no creo que sea culpa nuestra.

Sven masculla algo entre dientes acerca de Vijay.

—¿Qué? —dice Aina—. Si tienes un problema con que trabajemos para Vijay dilo claramente y deja de murmurar.

—Si no os hubierais empeñado en participar en ese estudio, todo esto no habría ocurrido nunca. Si queréis saber mi opinión, solo trabaja con vosotras para hacerse el importante.

Lo dice en voz baja, pero en un tono hostil, y vuelvo a percibir el olor a sudor que me llega desde el otro lado de la mesa oval.

—Sabes tan bien como nosotras que necesitamos el dinero —dice Aina.

Sven se calla y aprieta los dientes. Entonces coge su americana de pana color musgo que había dejado en el respaldo de la silla y abandona la sala con la misma celeridad que Elin.

Aina me mira a los ojos sin decir nada.

Desde que Hillevi fue abatida a tiros, Sven se ha comportado de una manera abiertamente hostil con Aina y conmigo. Es como si nos reprochara lo ocurrido.

Nunca le ha gustado Vijay. Vijay tiene éxito, Vijay es catedrático, a pesar de que todavía no ha cumplido los cuarenta. Vijay es todo lo que a Sven le hubiera gustado ser, pero nunca fue. Un recordatorio constante y doloroso de su propio fracaso.

—Huele mal —constata Aina.

—Sí, me he dado cuenta. Tenemos que hablar con él. Esto no puede seguir así. Ni siquiera se preocupa de su higiene personal.

Entonces suena el teléfono. Lo cojo y miro la pantalla, no reconozco el número.

—Contesta —dice Aina—, de todos modos no parece que vayamos a celebrar la reunión. ¡Joder, cómo estaba hoy todo el mundo! ¡Qué acaloramiento!

—¿No podrías contestar tú? —digo—. Me gustaría hablar un momento con Sven.

Aina se encoge de hombros y asiente con la cabeza.

Sven está sentado en la silla giratoria de su despacho. La lámpara está apagada y en la oscuridad veo el ascua del cigarrillo que está fumando, a pesar de que hemos decidido que no puede fumar en la consulta.

Poco a poco, los contornos de sus muebles empiezan a destacar en medio de la oscuridad. Hay pilas de papeles esparcidos por todo el suelo. Bolsas de plástico y embalajes vacíos del McDonald's cubren la mesa del escritorio. Hay una silla volcada en una de las esquinas, probablemente por el peso de su abrigo azul, que está al lado, tirado en el suelo.

Huele a humo de cigarrillos y a algo más. ¿Comida podrida? ¿Queso pasado?

—Dios mío, Sven...

Sven no contesta. Se limita a dar una calada a su cigarrillo, reavivando así el ascua naranja.

Me pongo en cuclillas a su lado, poso la mano en su brazo. Noto el temblor a través de su húmedo jersey de lana.

—No sabía que... Que estabas tan mal.

Sven se inclina lentamente hacia delante, baja la cabeza sobre la caja vacía de un Big Mac. Solloza.

—La echo tanto de menos... ¿Por qué es tan complicado el amor?

Y yo no contesto, porque esta pregunta no tiene respuesta. En su lugar le acaricio el pelo espeso y ondulado y abandono el despacho, tan silenciosamente como cuando entré.

Aina está sentada frente a mí en uno de los estrechos compartimentos del Pelikan. Tiene una jarra de cerveza espumante delante sobre la oscura y rayada mesa de madera. Yo me tomo una cola, que en realidad desearía que fuera una cerveza. O mejor aún, una copa de vino.

Aina apura con voracidad la bebida mientras yo la sorbo prudentemente.

—Las he llamado a todas... —empieza Aina.

Asiento quedamente y echo un vistazo por el local. Es una mezcla del joven y moderno Söder, trabajadores normales y corrientes que se toman una copa de camino a casa y los preceptivos borrachos de siempre que resueltos y en silencio se dedican a la bebida.

Los oscuros y lacados revestimientos de madera reflejan el brillo de las velas. A través de los vitrales arqueados veo pasar de vez en cuando a algún vecino aterido de Södermalm envuelto en la oscuridad.

Aina asiente con la cabeza por encima de la cerveza.

—Quieren seguir viniendo algunas veces más. Quieren algún tipo de cierre. Además, creo que todas tienen necesidad de hablar de lo que ha pasado.

—Pues así lo haremos. Oye, ha pasado otra cosa.

Aina levanta la mirada. Parece preocupada.

—¿Qué?

—Malin pasó por mi casa.

—¿Que pasó por tu casa? ¿Por qué?

Aina me mira conmovida.

—Para contarme una cosa. ¿Sabías que uno de los que le dieron una coartada al violador era Susanne Olsson?

—¿Esa Susanne Olsson? ¿La que fue asesinada?

—Exacto.

—¿Bromeas?

—En absoluto. También estuve en la comisaría para hablar con la policía de esto mismo.

—¿La policía? ¿Por qué?

—Supongo que esto significa que a lo mejor Malin tenía algún tipo de motivo para matar a Susanne, al menos en teoría.

—Dios mío, ¿eso crees?

—No me lo dijo directamente, pero es obvio que ahora tendrán que investigarla a ella también.

—Pero el agresor era un hombre, ¿no?

—Bueno, no lo sé. Solo pensé que querías saberlo.

—¿Las demás del grupo lo saben? ¿Lo sabe Kattis?

—La verdad es que no lo creo. Fue muy duro para Malin hablar de ello.

—Ya te dije que Malin es una perturbada.

Miro a Aina, allí sentada, frente a mí, con los dientes apretados y los brazos cruzados delante del pecho.

—A veces pienso que eres un poco...

—¿Qué? Dilo. ¿Dura?

—Sí, tal vez sea eso.

Noto cómo se me encienden las mejillas, de pronto pierdo todas las ganas de beberme la cola, aparto el vaso a un lado con un movimiento firme. No quiero seguir hablando de Malin, no quiero pensar en todo lo que ha ocurrido desde que ella y las demás mujeres del grupo entraron en nuestras vidas.

—¿Qué me dices de tu chico? —pregunto entonces.

Aina se relaja, baja las manos hasta las rodillas, sonrío levemente.

—Mi chico... no sé qué decirte... Pero está bien. Eso no lo hubieras creído nunca de mí, ¿verdad?

Hay un deje casi exultante en su tono de voz. Sacudo la cabeza, pienso que tiene razón, que realmente siempre he dudado de que fuera capaz de mantener una relación larga con nadie.

—Me alegro por ti.

Aina sonrío insegura y me mira con sus enormes ojos grises.

—Si quieres que te sea sincera...

—¿Sí?

—Me asusta un poco eso de entregarme a otra persona. Quiero decir, si algo le pasara a él... —La mirada de Aina se oscurece.

—Supongo que eso es precisamente de lo que se trata.

—¿Y eso, de qué va?

Aina señala la cola que tengo al lado y comprendo que sospecha algo, algo que tal vez hace tiempo que intuía. Aina me conoce muy bien, sabe que nunca bebería nada que no fuera vino después de las seis de la tarde. Conoce todas las excusas que utilizo para regalarme lo que mi cuerpo necesita.

La miro fijamente. Parece seria.

—¿Es cierto?

Y entonces siento cómo brota una sonrisa involuntaria en mis labios.

—¡Vaya, que de puta madre!

Aina se pone en pie de un salto, se inclina sobre la mesa, a punto de volcar la cerveza, y me abraza y yo aspiro el aroma a miel que despide su pelo y que tan bien conozco.

—En algún momento de la primavera —digo, casi sin aliento.

Aina sigue sonriendo, pero se vuelve a sentar rápidamente.

—¡Qué bien! De verdad. Pero escucha, ¿cómo nos organizaremos en la consulta a partir de ahora?

La miro extrañada. Ni siquiera había pensado en ello. La consulta me parece algo remoto y carente de importancia en comparación con la vida que está creciendo dentro de mí.

—¿La consulta?

—Sí, ¿qué haremos con tus pacientes? Porque supongo que no habrás pensado seguir trabajando como de costumbre, ¿verdad?

—No sé...

—Y luego está el alquiler. Si tú no trabajas, Sven y yo tendremos que compartirlo, ¿o qué habías pensado?

Un frunce crece entre las cejas de Aina y parece preocupada.

—Me temo que todavía no he decidido lo que haré.

—Además, Elin tampoco es que nos salga gratis —prosigue Aina, como si no me hubiera oído.

De pronto me asalta un quedo desengaño. La conciencia de que este acontecimiento, tan significativo para mi vida, fundamentalmente no supone más que un problema práctico para Aina. Miro fijamente el vaso de cola que tengo al lado sobre la mesa y pienso que daría casi cualquier cosa por una copa de vino.

Solo una copa.

Por la noche vuelvo a soñar con Hillevi.

Está sentada a mi lado sobre la cama y la luz de la luna es como plata en su cabello. En lugar del precioso vestido negro que llevaba la última vez que la vi, lleva una especie de camisón blanco. A la altura de la cintura brota una mancha roja negruzca que se hace grande peligrosamente y percibo el olor dulzón de su sangre.

Va descalza, y los preciosos y diminutos pies están sucios, como si acabara de entrar de fuera y hubiera paseado por las rocas bordeando el mar.

Parece preocupada, yo estoy echada, totalmente paralizada, debajo de la colcha y sus ojos oscuros se pasean por mi cuerpo.

—Es tu culpa —dice—. Es tu culpa, es tu culpa, es tu culpa.

Y yo no sé qué contestar, porque mi garganta se ha cerrado de miedo y dolor. Quiero tocarla. Le ofrezco mi mano, mi cuerpo, como consuelo. El único consuelo que puedo darle, pero mis miembros no me responden.

Parece reflexionar un rato, mira por la ventana, hacia la luna y el mar que descansa pesado alrededor de los escollos. Escruta la crujiente escarcha en el cristal, parece contemplar el dibujo de helechos que conforma.

—Ojalá no hubiera acudido a ti —susurra, y se pasa la mano por el abdomen y veo cómo esta se tiñe de rojo por la sangre que sigue saliendo a borbotones de su frágil cuerpo—. Si no hubiera acudido a ti, ahora estaría con mis hijos. ¿No es cierto? Ellos me necesitan. ¿Ahora qué será de ellos?

Sus ojos, negros y apagados como el carbón, se cruzan con los míos y yo empiezo a gritar, pero de mi boca no sale ni el más mínimo sonido. En cambio siento cómo su sangre se extiende por mi cuerpo, formando un pequeño charco en el hoyo que se ha creado donde estoy echada.

—Prométeme que ayudarás a los niños —dice, y de repente me abandona la parálisis y asiento con la cabeza.

Ella me corresponde y luego desaparece.

La cuesta que conduce hasta al Södersjukhuset me resulta inusualmente empinada y dura. Dos señoras mayores con bastón nos adelantan a paso ligero y se dirigen hacia el hospital infantil de Sachsska a toda prisa. Mi condición física es cada vez peor. Me siento como si estuviera afectada por una enfermedad grave. La comadrona me ha asegurado que se debe al embarazo, nada más. Que es normal.

Que todo es normal.

Markus está animado, muy excitado. Habla sin parar, salta de un tema a otro. El trabajo, las Navidades, la casa de sus padres en Skellefteå, donde el

padre está instalando calefacción geotérmica. Yo le contesto con monosílabos, intento escuchar, pero no consigo mantener la concentración. Mis pensamientos vuelven una y otra vez a mi última visita a la sala de ecografías de Södersjukhuset. El serio y sereno médico. El niño que estaba tan severamente dañado que no podía sobrevivir.

Lo inconcebible.

Lo que tendría que haber sido el primer rato de Stefan y mío compartido con nuestro bebé nonato se convirtió en una pesadilla colmada de palabras en latín, diagnósticos e intentos de explicar el porqué. Por qué nuestro hijo tenía una lesión. Por qué nuestro hijo no viviría.

Ahora recorro el mismo camino al lado de otro hombre. Las mismas aceras, los mismos edificios. Las mismas fachadas enlucidas de color gris. Todo es lo mismo y, sin embargo, el mundo es distinto. Nada es igual.

Markus ha dejado de hablar y me mira atentamente. Tiene un aspecto desesperadamente joven, con su cabello necesitado de un corte, revuelto y mojado por la lluvia que cae incansable desde las pesadas nubes.

—¿Es duro? —dice Markus, con una mirada considerada de preocupación. Lo aprecio, de veras, pero a la vez no sé qué hacer ante su actitud protectora. No quiero verme a mí misma como alguien débil y necesitada.

—Sí, un poco.

Atravesamos la puerta de cristal de la fachada lateral, la que conduce a la clínica de mujeres. La mujer de la ventanilla, detrás del cristal, me pregunta si venimos por una ecografía o un parto. La sensación de irrealidad no hace más que acrecentarse. Mi corazón late muy fuerte y rápido en mi pecho y siento que me cuesta respirar, que no tengo oxígeno suficiente. Me apetece una copa de vino, ahora mismo la necesito. Es imposible, ya lo sé. Nada de vino. Lo he jurado. Nada de vino, nada de alcohol. Ni siquiera una cerveza.

Nos dejamos caer en los sillones de la sala de espera y miro a las demás visitas. Una mujer que debe de estar a punto de parir está comiendo una manzana, al tiempo que lee una revista. Se ha quitado las botas y apoya los pies en la butaca que tiene enfrente. Tiene los pies hinchados y me sorprende que siquiera sea capaz de andar. Una pareja joven está sentada con un bebé en el regazo leyendo un libro. El niño señala algo en el libro y luego se ríe con todas sus fuerzas. La pareja se mira y también se ríe. Su afinidad es evidente, palpable.

Una mujer alta vestida con el traje de hospital verde se acerca a nosotros. Lleva el pelo oscuro peinado hacia atrás, recogido con una horquilla de carey.

Alrededor del cuello lleva un fino cordel de cuero del que cuelga una joya negra de aspecto africano. Me pregunto para mis adentros si todas las comadronas son naturales y alternativas, si todas preferirían que las llamaran «madres de la tierra», como solían llamarlas antes, y enseñar psicoprofilaxis, o si existen comadronas a las que les encante la técnica moderna y que estén dispuestas a utilizar fármacos.

La mujer se presenta como Helena y explica que es ella quien realizará hoy la exploración. La seguimos por el pasillo hasta que llegamos a una pequeña y sofocante sala. Es tan estrecha que apenas cabemos tres personas. Hace calor. Demasiado calor. La sensación de falta de aire crece y me siento presa del pánico.

Tengo que echarme sobre una camilla cubierta de papel y bajarme los tejanos hasta las caderas. Markus está sentado en una silla junto a mi cabeza.

En la pared de enfrente hay una pantalla.

Helena nos explica con todo detalle y de forma muy didáctica cuál es el objetivo de una exploración por ultrasonidos, que echas un vistazo a los órganos del feto y luego mides la cabeza para determinar la edad y el desarrollo.

—¿Es tu primer hijo? —dice Helena sonriente, al tiempo que extiende un gel transparente sobre mi abdomen. Desconoce la trascendencia de la pregunta, su carga.

—Es mi primer hijo, es decir, que soy novato. ¿Qué es ese engrudo que le has echado a Siri?

Markus viene a mi rescate. Sigue charlando con la comadrona mientras yo cierro los ojos y cuento mis respiraciones. Intento concentrarme en lo que está pasando ahora mismo. Ignorar el miedo. Oigo la voz de Helena, cómo describe lo que ve en la pantalla que está vuelta hacia ella, fuera de nuestro campo de visión para que no podamos interpretar, o malinterpretar, las imágenes. Oigo las palabras, su tono de voz calmado. La oigo, pero no consigo ligar lo que dice y convertirlo en frases comprensibles.

—¿Y ahora a lo mejor os gustaría ver a vosotros? —Helena me toca suavemente el hombro y abro los ojos. La pantalla que tenemos delante está encendida y muestra unos campos blancos y negros. De pronto lo blanco se une formando un cuerpo. Unas sombras irregulares se convierten en tronco, brazos y piernas. En la pantalla aparece una pequeña cabeza. He dejado de oír las palabras de Helena. Solo miro al niño que se mueve, impaciente, nervioso.

—Estoy midiendo la cabeza y el fémur para determinar la edad aproximada. Parece que estás en la semana dieciocho.

Helena sonríe y me mira inquisitiva. Me doy cuenta de que no he dicho ni una sola palabra desde que me presenté a ella.

—¿Semana dieciocho? —Me doy cuenta de que casi la mitad del embarazo ha pasado sin que me haya enterado. Que no se lo he contado a nadie, excepto a Markus y Aina, no a mis padres, ni a mis hermanas. Que todo el tiempo he estado convencida de que este embarazo acabaría en dolor y vacío, que he intentado hacer como si no existiera.

—Semana dieciocho —dice Helena, y mira su pantalla, introduce unas cifras y luego vuelve a levantar la mirada—. Eso quiere decir que seréis padres alrededor del veintinueve de abril.

Vuelvo a mirar la pantalla, veo la silueta del niño. Miro a Markus. Mi corazón sigue latiendo, con fuerza y muy veloz, pero el miedo ha desaparecido. Ha sido sustituido por otra cosa.

¿Esperanza?

Markus está sentado en la butaca que ha acercado al televisor. En la mano sostiene un mando, en la pantalla tiene lugar una suerte de combate. Me cuesta entender la fascinación por el juego. Hay días en que incluso llego a llamarlo inmaduro, pero me doy cuenta de que yo misma tengo tantas peculiaridades que Markus acepta y soporta que él también necesita espacio para lo que le gusta hacer.

En el salón hay algunas cajas de mudanzas vacías apoyadas contra la pared y caigo en que Markus ha traído más cosas de su piso. Que empiece a familiarizarse con la casa. Me desato las botas altas y cuelgo la chaqueta mojada por la lluvia y el chal del respaldo de una silla en el pequeño vestíbulo.

—Solo tengo que superar este nivel... —Markus sigue disparando muy concentrado contra el enemigo virtual que aparece en la pantalla.

—Claro.

Levanto las bolsas de papel con la compra y me las llevo a la cocina. Empiezo a deshacerlas y meto la comida en la nevera y en el congelador. Me sorprende lo cotidianamente natural que me resulta. Y que, de hecho, me gusta la sensación. Oigo a Markus maldiciendo desde el salón. Ha terminado el juego, y por lo visto ha perdido.

—¿Quieres que te ayude?

Markus entra en la cocina, se acerca a mí y me da un ligero beso en la mejilla. Parece haber olvidado la derrota. Me acaricia el hombro.

Algo ha cambiado entre nosotros. Markus está más tranquilo, menos obstinado, tal vez porque se siente más seguro. Y cuando él está calmado yo me siento menos presionada. Así de sencillo y, sin embargo, tan difícil. Sacudo la cabeza y meto lo último en la despensa. Markus se sienta a la mesa de la cocina. Apoya la cabeza en las manos. Parece preocupado.

—¿Tú qué sabes de niños, en realidad? Me refiero a la psicología infantil.

Ha vuelto la cara hacia mí y veo que no se ha afeitado y que tiene los ojos inyectados en sangre. Sé que últimamente trabaja más de lo habitual. Está periféricamente involucrado en la investigación del asesinato de Susanne Olsson, pero sobre todo está trabajando en dos violaciones que tuvieron lugar en Hellasgården. Sé que fueron inusualmente brutales y que temen que se trate de un violador en serie, y sé que la investigación le pesa.

—¿Niños? ¿Acaso desconfías de mi capacidad para criar a un niño? ¿Crees que seré una porquería de madre?

—No todo gira a tu alrededor, cariño. —La sonrisa de Markus es cansada, y aunque sé que está bromeando me asalta la mala conciencia—. Ya sabes, la niña pequeña esa, Tilde. Ahora vive con su padre, a tiempo completo. Antes pasaba cada dos fines de semana con él y el resto del tiempo estaba con Susanne. Sea como sea, el padre dice que Tilde no habla. Solo dibuja. No ha mencionado a su madre ni una sola vez desde el asesinato, no ha preguntado, no parece interesarle. Es como si se hubiera encerrado en sí misma. Y el padre no sabe qué hacer para que vuelva a abrirse.

—¿Está en tratamiento? ¿Ve a algún psicólogo?

Pienso en la niñita que estuvo dibujando sentada bajo la mesa durante varias horas mientras su madre yacía muerta a su lado, en el suelo de la cocina y en lo que Markus me ha contado anteriormente sobre el interrogatorio que le hizo la policía.

—Sí, le han asignado un psicólogo del BUP. Pero no sé lo que hacen, eso debes de saberlo tú mejor que yo.

—De hecho no tengo ni idea. Nunca he trabajado con niños traumatizados. A lo mejor la están ayudando a expresarse. Dibujando, pintando... Uf, la verdad es que no lo sé.

Me doy cuenta de que mis conocimientos de la terapia con niños que han sido testigos de actos violentos son tremendamente limitados. De pronto recuerdo una conferencia en la facultad de psicología que dio una mujer rubia con unos enormes aros en las orejas y una preciosa pashmina alrededor del cuello que nos habló de su trabajo con niños refugiados que estaban en un

campo al norte de Estocolmo. De cómo pedían a los niños que dibujaran soldados y luego rompieran los dibujos.

—Por cierto, ¿qué fue de la teoría del asesinato por robo?

—Creen que puede haber sido un asesinato de ese tipo. Así de sencillo. Resulta tan condenadamente innecesario...

—Y Henrik, ¿dónde entra él en este asunto? ¿En calidad de ladrón o qué? Observo a Markus, veo que hace una mueca y mira al techo.

—No creo en esa tontería del asesinato por robo, de acuerdo. Sencillamente siento que está equivocada. Tanto ensañamiento. Han interrogado al repartidor de publicidad que la encontró. Y de hecho había aprovechado para birlarle la cartera, lo que le convierte en sospechoso. Pero, por Dios, un chico de dieciséis años que no tenía ninguna relación con la víctima... No, no me lo creo. Y Henrik sigue desaparecido. Nuestros perfiladores externos creen que sobre todo es un peligro para sí mismo. Temen que pueda suicidarse si se da cuenta del crimen que ha cometido. Como si eso sirviera de algo. Su ex, Kattis, llama varias veces al día. Tiene un miedo terrible a que vaya a por ella, y sigue convencida de que fue él quien asesinó a Susanne Olsson también. O al menos eso es lo que dice.

Detecto el desánimo de Markus, su cansancio, pero también veo rabia. Un sentimiento que Markus casi nunca muestra.

—¿Y lo de Malin?

Markus sacude la cabeza.

—Una extraña coincidencia, ¿no te parece? Que acabara en el mismo grupo que la ex novia de Henrik Fasth. Si es que realmente es una coincidencia. Pero eso creo, porque el agresor fue, casi con toda seguridad, un hombre, y además Malin tiene una coartada. Estuvo corriendo una media maratón en Skåne el día que Susanne fue asesinada.

—¿Es decir que no es más que una banal casualidad?

—¿Qué sé yo? Al fin y al cabo, Gustavsberg no es que sea muy grande. Y tienen la misma edad, no creo que sea tan increíble que realmente se trate de una casualidad.

Markus se encoge de hombros y se masajea las sienes.

—Toda esta investigación es un maldito lío —prosigue—. La prensa va a cuchillo con nosotros por lo de Henrik, que no lo detuviéramos inmediatamente, y todo el mundo tiene una opinión de lo que ocurrió y quiere expresarla públicamente. Y en el fondo se trata de decir que somos unos inútiles.

Estamos uno al lado del otro en la pequeña cocina. Markus, cansado y furioso. Yo, intranquila. Pienso en Henrik, en su comportamiento confuso y violento. La sola idea de que está en algún lugar, oculto, al acecho, me da miedo, al tiempo que me doy cuenta de que Markus tiene razón. Es muy probable que Henrik sea más peligroso para sí mismo.

Entonces suena el móvil de Markus. Siento un pinchazo de decepción. Habíamos quedado que pasaríamos la noche juntos. Es más que probable que la conversación que está teniendo signifique que tendrá que irse, a lo mejor para asistir al interrogatorio del posible autor de un crimen. Solo contesta con monosílabos al teléfono. Habla entre dientes y asiente brevemente con la cabeza antes de colgar. Parece irritado, indignado por la información que ha recibido. Se traslada al salón, enciende el portátil que está encima del aparador al lado de la ventana y escribe algo. A los pocos segundos se abre una nueva página en la pantalla y veo los negros titulares de la versión digital del *Aftonbladet*: «Ella atraparé al asesino de su madre. —La nueva testigo de la policía en el asesinato de Susanne, Tilde, de cinco años».

Las lágrimas de Patrik.

Fluyen como ríos por sus mejillas escamosas y coloradas. Forman manchas húmedas sobre sus tejanos gastados.

Todas las esperanzas, toda la fe que sentía la última vez que nos vimos se las ha llevado el viento, igual que la hojarasca alrededor de mi casa.

Inclina su largo cuerpo hacia el suelo de linóleo de motas amarillas. Vencido. Superado. Por la vida, por el amor.

Le paso la cajita de Kleenex por encima de la mesa, tan impotente como siempre. Intento poner orden.

—Se fue. Creo que se folla a otro tío. ¡Hija de puta!

Su voz es tan débil como su cuerpo.

—De acuerdo, empieza por el principio. ¿Qué ha pasado?

Patrik suelta un suspiro y se reclina en la silla. Está medio echado, como enfebrecido, en mi butaca. Como si fuera incapaz de sentarse derecho. Todos los músculos fatigados hasta la extenuación.

—Antes de ayer. Es increíble. Cuando llegué a casa... Ella, ella estaba haciendo las maletas. Así, sin más. Se fue, sin más. Nos dejó a mí y a nuestros hijos. Sin decir nada. ¡Joder!

Su cuerpo huesudo tiembla.

—¿Y ella qué dice?

—La odio.

Patrik grita y sé por qué. Eso duele mucho. Cuando alguien a quien quieres desaparece. Contra tu voluntad. Lo comprendo muy bien. Querría poder estrechar a este hombre delgado, a este muchacho barbudo, entre mis brazos y mecerlo.

Aunque, claro, no puede ser.

Él es el paciente, yo la terapeuta.

Nuestros papeles están muy definidos: él está sentado en una butaca, yo en la otra.

Él llora y yo le ofrezco pañuelos.

Él paga y yo escucho.

—De acuerdo, de acuerdo. Esto fue lo que dijo: que yo la he ayudado, que es estupendo, que vuelve a ser fuerte, y bla, bla, bla. Un montón de mierda, si quieres saber mi opinión. Ahora se ha dado cuenta de que no me quiere. Y ahora ya es bastante fuerte para dejarme. Gracias al apoyo que le he dado. ¡De nada!

Se frota la cara con el Kleenex, se retira los mocos de la boca y de la barbilla, hace una bola con el pañuelo de papel mojado y la lanza a la papelera. Falla y la bola aterriza con un sordo plaf en mi suelo clínicamente limpio.

Ninguno de los dos reacciona.

—Además, es completamente ilógico. Tendría que haber sido yo quien la abandonara a ella. Al fin y al cabo soy yo quien tuvo que trabajar para ganar dinero, que tuvo que cuidar de los niños mientras ella estuvo mal. Echada en el sofá. Comiendo. Como una vaca fea y gorda. Maltratado. Si alguien tenía que irse ese era yo. No ella. No es justo.

—Y ¿cómo te sentiste cuando te contó que se iba?

—Si vuelves a preguntarme una tontería más me voy inmediatamente. ¿Lo entiendes? —farfulla Patrik entre dientes. Sin embargo, es una afirmación impotente, una amenaza sin mordiente.

Suspira y echa la vista hacia el techo.

—De acuerdo, de acuerdo. Sentí que me moría. Sentí que me moría y que ella me estaba quitando la vida. Al fin y al cabo tenemos una vida en común. Dos hijos. ¿Cómo ha podido? Es un error. Es antinatural. Una madre no puede abandonar a sus hijos sin más.

Al otro lado de la puerta, Aina y Sven discuten. La voz de Aina suena airada, la de Sven, más apagada, insistente. No se rinde.

—¿Tal como hizo tu madre? Quiero decir, en cierto modo también ella te abandonó.

—¡Deja de hablar de mi madre! —aúlla Patrik—. Esto no tiene nada que ver con ella. Se trata de Mia, ¡joder!

—Es cierto, se trata de ti y de Mia, pero una parte del dolor que sientes seguramente tiene que ver con las experiencias que arrastras.

Patrik no me escucha. Está distante, muy lejos de aquí. Masculla algo imperceptible hacia el suelo brillante.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

—El amor.

Susurra algo.

—¿El amor?

—*Love fucks you up.*

Y no puedo más que asentir.

Patrik dibuja líneas en el suelo con sus zapatos mojados, extiende el agua sucia de color marrón. Como un niño, pienso. Parece un niño. Un niño apesadumbrado y desvalido.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

Patrik me mira. Me mira incrédulo con los ojos ribeteados y el ceño fruncido. Mira por la ventana negra, aprieta los labios en una fina raya.

Lo único que oigo es el chirrido cuando arrastra las suelas de los zapatos por el suelo de linóleo.

Gustavsberg, *noviembre*

Las casas adosadas están construidas en medio de lo que parece ser un campo, al pie del bosque de abetos que se extiende hasta llegar al lago en dirección oeste y hasta el pequeño centro en dirección este. Las fachadas amarillas de madera y las puertas azules han adquirido un color gris de agua de fregado en el crepúsculo del mes de noviembre. Delante de las casas, los coches están aparcados pulcramente en batería. De las ventanas sale una luz amarilla y cálida que se refleja en los campos pantanosos y se abre camino a tientas hacia la oscuridad más allá de los pequeños y aseados jardines, hacia el bosque donde no vive nadie.

Kent Hallgren está cansado, cansado hasta la extenuación.

Más cansado de lo que nadie se merece estar, piensa, y se sirve un buen trago de whisky en el vaso Duralex. Nada de hielo. Le habría gustado tomárselo con hielo, pero no le quedan fuerzas para ir a por él al congelador que está en el otro extremo de la cocina. Siente como si sus piernas fueran de piedra, le duele la espalda y su cabeza está a punto de estallar. Al levantar el vaso y llevárselo a la boca, nota el acre olor de su propio sudor.

Últimamente, piensa, le gustaría poder olvidarse del calendario, borrarlo del disco duro.

La muerte de Susanne lo ha consumido. Ha dormido mal y ha sido incapaz de concentrarse en el trabajo. Una vez más, piensa que no se lo merecía. Que realmente se merece una vida mejor, sin una ex mujer loca a la que han asesinado, sin una criatura a cuestas.

No es que no sienta simpatía por Susanne, porque la siente. Al fin y al cabo, estuvieron juntos tres años y solo Dios sabe que no merecía morir, a pesar de que los últimos años se comportó como una cerda de primera. Tenía sus lados buenos, Susanne. Era una buena madre para Tilde, una de las que hacen comida sana, siempre se preocupó de que Tilde fuera bien vestida y llevara el pelo recogido en trenzas. Una de las que mantiene una relación buena con el personal de la guardería y del ambulatorio pediátrico.

Y ahora todo es responsabilidad suya.

Obviamente, no es lo que más le apetece. Obviamente es injusto. Él no está preparado para ocuparse de un niño a jornada completa; no sabe cómo se hace. No sabe hacer trenzas, no sabe con qué quiere jugar una niña pequeña.

Hay embalajes del restaurante de kebabs y de la pizzería en el rincón al lado del bol del agua del gato. Tilde ha pintado algunas de las cajas de pizzas. Un rostro con unos ojos redondos y unos dientes largos y afilados le sonríe desde el cartón grasiento de color beis oscuro.

Piensa distraído que la cara no es demasiado agradable, que de hecho es una cara malvada. ¿Por qué la habrá dibujado? ¿Podría ser el dibujo del asesino? ¿Debería llevarle el cartón a la policía? ¿Cuánto vio, en realidad? ¿Vio a...? No, no debe pensar en ello. Tiene que dejar de hacerlo ahora mismo. Decide no llevarle el cartón a la policía, no tiene mucho que ver con un retrato robot.

Tilde está sentada a la mesa de la cocina, ensartando perlas de madera en un hilo de pescar. No tenía otro hilo, porque, en circunstancias normales, Tilde no suele pasar largos períodos con él, o al menos no lo suficientemente largos como para necesitar un montón de juguetes. Suele bastar con el juego del dragón Bolibompa y con un bloc de dibujo. Sin embargo, ahora le ha comprado unas perlas en la tienda de juguetes del centro. Allí le dijeron que serían perfectas para una niña de cinco años, y parece que así es porque Tilde lleva casi una hora manipulándolas.

Da un sorbito al whisky que está tibio y ahumado, y que le provoca náuseas al tragar. Piensa en lo que le dijo la policía, que todavía no saben quién es el agresor. Que no hay manera de vincular a Henrik con el crimen, que de hecho tiene una coartada. Sin embargo, la policía debe de sospechar de él. No hace falta ser un físico nuclear para darse cuenta de que hay algo raro en él. Esos músculos. No cree que baste con levantar escombros para tener esos músculos. Debe de tomar alguna cosa. Es increíble que Susanne se enamorara de él. Y luego estaba lo del tiro con pistola, sin duda una manera más de descargar sus tendencias agresivas. Además, aunque en realidad eso a él no le concernía, había rumores de que Henrik se jugaba casi todo lo que ganaba a los caballos.

Y ahora él está aquí, cargando con una niña de cinco años, esto desde luego no es lo que había planeado. Y encima ha tenido que despedirse del viaje a Phuket que tenía previsto hacer con los chicos.

Le da un gran sorbo al líquido tibio y la vaharada de alcohol le escuece en los ojos.

Todos se mostraron muy comprensivos cuando tuvo que anularlo. La verdad es que todos pensaron que lo que le había pasado a Susanne era terrible. Y para colmo también se había convertido en una especie de celebridad en su círculo de amistades. Una persona a la que trataban con mucho respeto e interés. Alguien a quien la gente quería conocer. De hecho, eso era bastante agradable.

De repente está allí, frente a él. Rodea sus tejanos con sus bracitos y lo mira con esos enormes ojos azules, que también son los de Susanne, y él nota algo cálido en el diafragma. Un sentimiento cuyo nombre desconoce y que tampoco sabe cómo manejar.

—Mi niñita, el tesorito de papá.

Se agacha y le acaricia la mejilla.

—¡Uy, papá! Hueles a señorita.

—¿A señorita? —pregunta él, confuso.

—Sí, como la señorita cuando tiene esa cosa azul pegajosa en las manos.

—¿Azul pegajosa?

Entonces cae en la cuenta. En el baño de la guardería hay un gran dispensador de gel limpiador a base de alcohol que el personal utiliza para lavarse las manos. Parece que funciona contra la gripe. ¿O sea, que huele como el gel ese? Deja a un lado el vaso con el líquido de color ámbar y coge a la niña en brazos.

—Es hora de dormir, tesoro.

La niña asiente con la cabeza y vuelve a asombrarse de lo obediente que es, se pregunta si siempre será así o si simplemente se trata de una fase que superará en algún momento. Se pregunta si estará traumatizada y, en tal caso, cómo se manifestará.

La sube a la cama y hunde la nariz en su pelo castaño, aspira el aroma a comida y a pastilla de jabón.

—Buenas noche, mi princesita.

—También tienes que lavarme los dientes. Hay que lavarse los dientes.

La niña abre los ojos azules de par en par y lo vuelve a mirar con esa mirada seria y él suspira.

—¡Uy, papá se ha olvidado! Ya voy, ¿de acuerdo?

La niña asiente.

Él va al baño, busca entre el desorden que hay encima de la lavadora el pequeño cepillo de dientes con forma de jirafa. Al final lo encuentra debajo de una lata de rapé, pero no consigue dar con la pasta de dientes de la niña que sabe a chuches. En su lugar distribuye una porción mínima de Colgate en el cepillo y vuelve a la habitación provisional de la niña. Piensa que pronto la arreglará, pintará las paredes con unos colores más alegres. ¿A lo mejor amarillo? La decorará con unos cuantos muebles infantiles, Ikea tiene unos que no están mal y que son económicos, lo ha visto en la red, y se deshará de los sticks de bandy y los juegos de ordenador.

Con mucho cuidado le cepilla sus pequeños y perfectos dientes mientras ella mantiene obediente la boca abierta.

—Pues ahora ya está. Ahora duerme.

Ella lo mira con una expresión indignada.

—¡Pero papá, si te has olvidado del pijama!

—¡Uy, sí, es verdad! Qué metedura de pata.

Le pone el pijama, el de Dora la Exploradora. Le da otro beso en la mejilla y sale de la habitación sin hacer ruido.

Otro whisky, piensa. Si alguien se merece otro, ese es él.

Se coloca delante de la ventana y mira hacia el campo oscuro y anegado de agua. Hacia el bosque que empieza justo detrás, hacia las siluetas de pinos y abetos que todavía son visibles contra el oscuro cielo. Suspira hondo. Se imagina la arena harinosa y blanca de las playas de Phuket, los bares de Patong. La piel morena y suave de las mujeres y sus estrechas caderas bajo las faldas demasiado cortas.

Piensa que necesitaba salir de allí. Por fin tomarse el descanso que se merece, que tanto necesita.

Apoya la cabeza contra el cristal de la ventana, oye el ulular del viento. Contempla cómo revolotean las hojas secas en la oscuridad de la calle.

—¡Papááá!

Al principio no contesta. La verdad es que ni siquiera le quedan fuerzas para abrir los ojos, solo de descansar todo el peso de su cuerpo contra el frío cristal.

—¡Papááá!

Está en medio de la habitación con el rostro vuelto hacia la ventana. La fina cortina ondea levemente en la corriente de aire.

—Pero, cariño, tienes que dormir.

La coge en brazos, pero ella se escabulle. Empieza a gritar.

—¡Papá, había un león delante de mi ventana!

—Pero tesoro...

Se agacha para cogerla en brazos, pero ella es más rápida, sale corriendo en dirección al salón. Él la sigue.

—Amor mío, no hay leones aquí, en Gustavsberg. En Suecia. Hace demasiado frío, se mueren.

Desde que vio el documental en la tele sobre leones ha tenido miedo. ¿Cómo pueden pasar un programa así en la hora de mayor audiencia de la tele? Esto le supera. Animales que se destrozan mutuamente, ¿es eso entretenimiento apto para niños?

Tilde se sienta en el sofá de piel. Rodea sus piernas con los brazos, hunde la nariz entre las rodillas.

—Vi un león en la ventana. Lo he visto, lo he visto, lo he visto.

—Venga, ¿quieres que vayamos a ver si ya se ha ido el león? ¿Quieres que vayamos juntos a mirar?

Están frente al cristal oscuro de la ventana. Él la lleva en brazos, apoyada en la cadera, y cae en la cuenta de lo poco que pesa. Una niña, tan importante, pero tan ligera.

Un soplo de aire frío les da en la cara desde la ventana rota que no acaba de cerrar bien y él se recuerda a sí mismo que tendrá que repararla muy pronto, en cuanto haya bastante luz y calor para hacerlo.

—¿Has visto? No hay ningún león.

Ella mira recelosa por la ventana, se inclina hacia delante y su cálido aliento deja unas manchas húmedas en el cristal.

—¿A que no?

Ella parece dudar, se rasca el pelo un poco con una mano sucia. En las uñas todavía tiene restos de la laca rosa pálida que Susanne le puso en su día.

Se pregunta si alguna vez aprenderá a hacer cosas de niñas con ella. Pintarle las pequeñas uñas, ponerle pasadores en el pelo. Saber qué tejanos son los correctos.

—Bueno, ahora tienes que dormir, de verdad.

—Papá.

—¿Sí?

—Prométeme que nunca me darás patadas.

Él se queda paralizado, en mitad de un paso.

—Pero, amor mío, ¿qué es lo que dices? Claro que nunca te daré patadas. Ahora duerme.

En su interior el corazón late con fuerza y nota cómo el sudor brota en sus sienes.

La vuelve a depositar con cuidado en la cama que también es un sofá.

Que en realidad es un sofá.

Sale de puntillas de la habitación sobre unas piernas temblorosas que apenas le sostienen y cierra la puerta. Vuelve a su copa con el líquido de color ámbar, enciende la tele y pone el programa deportivo, solo para ver cómo Federer barre a Söderling de la pista. Constata que las cosas van fatal para el tenis sueco. Piensa en Phuket, en la tibia y salada agua del mar, en todo a lo que ha tenido que renunciar.

Decide que se merece una copa más.

Se despierta tiritando de frío. La tele sigue encendida y ve cómo una mujer y un hombre sonrientes se beben una especie de bebida dietética de color marrón. Son delgados y están morenos, y parecen felices y contentos.

Una corriente de aire frío atraviesa la estancia y se da cuenta de que tiene los miembros extrañamente entumecidos cuando intenta incorporarse. Le laten las sienes y le sobreviene una oleada de malestar.

¿Está abierta la puerta?

Alarga el brazo para coger el mando a distancia y apaga la tele. En el silencio que se produce posteriormente oye una especie de golpeteo. Como si la corriente de aire hiciera golpear la puerta contra la pared.

Se dirige hacia el vestíbulo a paso lento.

¿Qué demonios?

El aire frío le envuelve las piernas y se mira confuso los pies, como si el problema estuviera allí. En el frío suelo de baldosas.

Pam, pam.

De pronto parece que el pensamiento se ordena, o tal vez sea una especie de instinto primitivo.

Se acerca a la puerta de la habitación de Tilde y la abre. Y en el mismo instante en que lo hace, todos los sonidos del bosque irrumpen en la casa, ahogando sus pensamientos, anegando su conciencia.

Un aire helado levanta las cortinas y las revuelve como si fueran velas hechas jirones. Las hojas secas revolotean por el suelo de parqué, se le pegan a los tobillos.

El cristal de la ventana golpetea contra la pared.

Pam, pam.

Mira hacia el sofá donde el saco de dormir de color verde militar está arrugado y vacío en una esquina.

Tilde ha desaparecido.

Medborgarplatsen, *noviembre*

Me resulta extraño volver a preparar una reunión de grupo. Por una vez, Aina ha llegado a tiempo y juntas colocamos las sillas y la mesa. Una silla menos. Hoy hablaremos de lo que ha ocurrido. Le pondremos palabras, intentaremos comprenderlo, explicarlo.

—De vez en cuando me siento tan harta de todo esto... De todo lo que hacemos. ¿Realmente crees que sirve de algo? ¿Que cambia algo? No son más que palabras y más palabras.

Miro sorprendida a Aina, que está inclinada sobre la pequeña mesa, disponiendo una garrafa de agua, vasos y termos de café. Aina no suele ser de las que dudan o se rinden.

—Claro que es importante lo que hacemos. Lo sabes muy bien. Has tratado a mucha gente y la has ayudado. Es bueno lo que haces. Muy bueno, además.

Aina me mira, y veo que sus ojos están enrojecidos e hinchados. Ha estado llorando.

—Todas estas palabras. —Aina sacude la cabeza—. Es como si rellenáramos la realidad con palabras para explicar lo que no entendemos. Para vencer a nuestros demonios. Para mantenerlos ocultos, bajo la superficie, pero en realidad no cambiamos nada, simplemente mantenemos a raya los problemas. Porque no podemos cambiar nada. Lo que ha ocurrido ha ocurrido, no hay más.

Vuelve a sacudir la cabeza, y las lágrimas empiezan a rodar por sus mejillas. Está totalmente quieta, impasible, no muestra ninguna reacción. Solo estas lágrimas.

—¡Joder, Siri! No soporto pensar en los hijos de Hillevi. Que tengan que seguir conviviendo con un padre que les pega. Que su madre ha muerto, y que la única persona que tienen en este mundo es ese padre maltratador. Es una locura. Es demencial.

Se seca los ojos con el dorso de la mano. Se los frota como una niña pequeña. A pesar de que es una mujer adulta parece una criatura. Una niña de cinco años herida y desvalida. Me acerco a ella, la abrazo. La estrujo con todas mis fuerzas. Noto que todo su cuerpo tiembla por el llanto. Nos quedamos un buen rato así, yo con los brazos alrededor de Aina, hasta que sus lágrimas dejan de correr.

El grupo está reunido: Malin, Sofie, Kattis y Sirkka. Sin embargo, hay un vacío, una marcada ausencia. Hillevi era una persona tan fuerte, palpable y firme, estaba tan presente... Resulta imposible imaginarse que ya no está entre nosotras. Es como si pudiera entrar por la puerta en cualquier momento, sonreír, disculparse por haber llegado tarde y luego tomar asiento en su silla.

—¿Por qué habéis retirado su silla?

Es Sofie quien hace la pregunta, suena furiosa, porfiada.

—Pensamos que Hillevi ya no está aquí. Que no era una buena idea negarlo. —Aina la mira a los ojos, con insistencia, seria, y Sofie asiente lentamente con la cabeza y luego aparta la mirada.

Aina empieza lentamente a relatar la muerte de Hillevi. Lo que ocurrió la última vez que nos encontramos. Al principio se muestra dubitativa, vacilante, pero de pronto las palabras empiezan a fluir rápidamente. Vuelve a describir el escenario. A Henrik, furioso y loco con el arma en la mano. Hillevi, que intenta aplacarlo con sus palabras.

Aina habla y las demás escuchamos. En silencio, apresadas por sus palabras.

De pronto Sofie interviene, confirma algo que Aina ha dicho. Se identifica con un sentimiento. Y entonces el grupo empieza a funcionar. De meras espectadoras pasivas y mudas, se transforman de repente en participantes activas que se exponen, que dejan al descubierto sus miedos y su dolor. Hay tal fuerza en sus palabras, en sus experiencias... Y juntas conseguimos guiarlas por el camino adecuado. Conseguimos mantener el control sobre el grupo, ocuparnos de que todas puedan decir la suya y que todas sean vistas y escuchadas. Captamos el miedo de Kattis, la rabia de Malin, el dolor de Sofie y la queda gravedad de Sirkka. Recogemos los sentimientos, hasta que el grupo está listo para seguir adelante.

—Hay una cosa que me resulta extraña. Sé bastante de todas vosotras, salvo de ti, Sirkka. Es raro. La verdad es que me gustaría saber, me gustaría saber por qué acabaste aquí. En nuestro grupo.

Malin se pasa la mano por el flequillo, se lo retira detrás de la oreja. La calma se ha instaurado en el grupo. Es como si todos los sentimientos al fin hubieran salido a la superficie y la necesidad de hablar de otra cosa hubiera despertado. Miro a Sirkka, cómo se toquetea las cutículas, cómo se examina la laca de uñas con una mirada crítica, buscando defectos donde no los hay.

—No hay gran cosa que contar. Tenía un marido malvado que me pegaba cuando estaba de mal humor y descontento, es decir, siempre.

Un suspiro hondo y resignado.

—¿Cómo os conocisteis? —interrumpe Sofie. Mira a Sirkka, muchos años mayor que ella, intenta y quiere entender quién es, lo que ha vivido.

—Bueno, no es una historia demasiado interesante. —Sirkka pasea la mirada por los rostros de las participantes del grupo. Por alguna extraña razón se detiene en el mío. Sonríe levemente, apenas es perceptible—. Conocí a Timo a principios de los años setenta. En el setenta y uno. Éramos muy jóvenes entonces. Los dos habíamos dejado Finlandia para trabajar en Suecia. Por aquel entonces, muchos lo hacían, venir a Suecia para trabajar, aquí era donde estaban los empleos. De hecho nos conocimos en el barco. *Silja Line*.

Una sonrisa irónica se dibuja en sus labios y se oye una risita ahogada de Sofie.

—Ahora, en serio. ¿Os conocisteis en el barco? ¿Y estuvisteis juntos casi cuarenta años? Eso debe de ser único, creía que en los barcos no había más que rollos de una noche y borrachos.

Sofie parece sorprendida. Sorprendida y un poco excitada. Como si de pronto entendiera que Sirkka no siempre fue la mujer que ahora tiene enfrente.

—Bueno, es cierto que había mucha fiesta en esos barcos. Y la gente bailaba, uf, sí... —Sirkka vuelve a sonreír. Esta vez con más alegría. Su mirada introspectiva, perdida en los recuerdos de un tiempo que se perdió.

—¿Y? —Malin mira a Sirkka con curiosidad—. ¿Entonces qué pasó?

—Bueno, veamos. Nos conocimos y nos hicimos pareja. Timo era un hombre elegante y divertido. Al principio fue maravilloso. De hecho, éramos felices. Al principio, cuando todo no era más que un juego. Vivíamos en un pequeño estudio en Solna, Råsunda. Estábamos realquilados y era muy importante que nadie se enterase de ello y, por lo tanto, siempre andábamos de puntillas por las escaleras. El piso era diminuto. No teníamos cocina, tan solo un armario con los utensilios de cocina imprescindibles. Y nos teníamos que duchar en el sótano. Pero para nosotros era un palacio. Yo trabajaba de auxiliar de enfermería en el ambulatorio del Karolinska y solo tenía que

cruzar el cementerio de Norra para llegar al trabajo. Timo trabajaba en la fábrica de Scania, en Södertälje, él tenía un buen trecho para ir y venir del trabajo. Sea como fuere, me quedé embarazada. No estaba previsto, pero así fue de todos modos. Y la verdad es que ninguno de los dos se alegró especialmente. Pero qué le íbamos a hacer y, así, tuvimos a nuestra primera hija en abril del setenta y dos.

—Pero ¿entonces por qué no abortaste, si no queríais tener un hijo? —dice Sofie, y mira inquisitivamente a Sirkka.

—Entonces el aborto no era libre. Había mujeres que se iban a otros países a abortar, a Polonia, por ejemplo. Y podías solicitarlo aquí, si tenías alguna razón especial para hacerlo. Hicimos lo que hizo la mayoría de nuestros amigos. Casarnos. Es posible que los años setenta fueran una década liberal en algunos sentidos, pero seguía habiendo mucha gente que pensaba que era una deshonra tener un hijo fuera del matrimonio. Había que estar casados y asentados, y ser formales. Si no, ¿qué pensaría la gente?

Sirkka abre los brazos en un gesto de resignación y me doy cuenta de que le ha dado muchas vueltas a esto, a su destino, a lo largo de los años.

—Bueno, sea como fuere, nos alegramos mucho cuando llegó la niña. Era tan bonita... También conseguimos un piso más grande, en Södertälje. Timo estaba más cerca del trabajo y yo estaba en casa con Helena. Y luego llegó Mikael, al año siguiente.

—Pero ¿entonces qué pasó? —Los ojos de Sofie son grandes y redondos, como platos. Se diría que parece incluso entregada. Una niña que escucha un cuento.

—Pues verás —dice Sirkka con un suspiro—, resulta difícil de explicar. Timo se volvió hostil y celoso. Empezó a vigilarme, a espiarme incluso. Ahora ya he comprendido que es así como suele empezar todo, pero entonces no. Creía que había hecho algo mal. Intenté cambiar. Mostrarme más contenta, limpiar más, cocinar mejor. Procurar que los niños se comportaran cuando estaba su padre en casa. Me volví menos abierta y simpática con los desconocidos, me alejé de mis amigos. Sin embargo, no sirvió de nada en absoluto. Nada de lo que hacía servía de nada. Él se ponía furioso. Terriblemente furioso. Se enfurecía cuando los niños gritaban o hacían ruido. Se enfurecía cuando le parecía que yo me disgustaba. Cuando me mostraba alegre. Cuando no le gustaba la comida. Recuerdo la primera vez que me pegó. Era Navidad y yo había preparado la tentación de Jansson, arenques con patatas al horno, siguiendo la receta de su madre. Dijo que estaba demasiado

salado. Dijo que se avergonzaba de su familia. Que se había casado con una bruja fea y asquerosa que no sabía cocinar. Y entonces me golpeó en la cara.

Sirkka cierra los ojos. En su rostro arrugado aparece un leve temblor. El recuerdo duele. Después de todos estos años sigue doliendo.

—Fue como si disfrutara haciéndolo. No recuerdo que se haya disculpado ni me haya pedido perdón ni una sola vez. Era como si simplemente se limitara a hacer lo que tenía derecho a hacer. Se transformó en otra persona. Y yo no lo entendía. De pronto me encontré en el infierno y no sabía cómo había acabado allí. Era un demonio. Un demonio de verdad.

Su rostro vuelve a contraerse de dolor.

—¿Y no podías haberlo abandonado?

Las palabras de Aina son dulces, en realidad ni siquiera es una pregunta, sino más bien una confirmación.

—No, no tenía adónde ir, no tenía trabajo, no tenía dinero propio, no tenía amigos. Mi familia estaba en Finlandia, pero mis padres ya empezaban a estar muy mayores y luego mi madre enfermó de cáncer. Todo pasó en medio año, y se murió. Todo lo que tenía en la vida era ese maldito tío. Y luego los niños. Vivía por ellos.

De nuevo aparece esa sonrisa casi imperceptible, como si Sirkka hubiera aprendido a no exponer sus sentimientos. Está sentada inmóvil en su silla, contándonos su vida de una manera objetiva y calmada, como si la historia no tuviera nada que ver con ella. Tan solo los leves cambios en su arrugado rostro ponen de manifiesto los sentimientos que se ocultan debajo de la piel.

—Al principio solo me pegaba de vez en cuando. Gritaba, sobre todo. Me echaba una bronca cuando me equivocaba. Tal vez una bofetada. Un golpe con la mano abierta en la cabeza. Luego todo cambió. Empezó a amenazarme. Me decía que me mataría si no aprendía la lección. Si no hacía lo que él mandaba. Creo que disfrutaba humillándome. Viéndome asustada. Me tenía cogida, y él lo sabía. Era suya. He estado reflexionando, preguntándome por qué no me abandonó, siendo yo tan inútil, tan fea, tan repugnante. Y creo que fue precisamente por eso. Yo era de su propiedad y eso le hacía sentir poderoso. Al menos es así como yo me lo explico a mí misma.

Sirkka sonríe compungida hacia mí y Aina, como si creyera que se ha metido en nuestros dominios. Que somos nosotras las que debemos encargarnos de las explicaciones y de las interpretaciones.

—Los niños, los niños son los que me han mantenido a flote. Hubo momentos en que deseé estar muerta. Era la única salida que veía a aquel

infierno. Pero los niños siempre consiguieron que volviera a reunir fuerzas para seguir adelante.

—Pero lo que nos estás contando pasó hace más de treinta años. ¿Estás diciendo que te quedaste a su lado durante todo este tiempo, y que siguió así siempre? ¿Durante todos estos años? ¿Durante toda tu vida adulta? —Kattis parece horrorizada. Contempla a Sirkka con una mirada llena de simpatía.

—Pues sí, así es. Tal como lo has dicho. Durante toda mi vida adulta. Al principio, estaban los niños, eran muy pequeños, y luego... Te acostumbras. No consigo explicármelo de otra manera, simplemente te acostumbras. Incluso lo más repulsivo se transforma en cotidiano. Y sabes a qué atenerte. Poco a poco, empecé a dudar de mí misma. A lo mejor Timo tenía razón. A lo mejor no era más que una bruja estúpida incapaz de hacer nada sin él. Al menos sabía lo que tenía. Un tipo asqueroso en casa, es cierto. Pero tenía un techo bajo el que cobijarme y dinero para comer. Los niños crecieron, se fueron de casa. A veces hablaban conmigo y me decían que debería abandonarle. Al fin y al cabo, ellos sabían cómo estaban las cosas. A pesar de que solo vieron una parte de lo que pasaba. Incluso Timo tenía el sentido común suficiente para mantener a los niños fuera de los peores incidentes. Y yo lo defendía, lo excusaba, buscaba razones, lo encubría. Suena como una locura, lo sé, pero así era. Y en cierto modo, nos teníamos el uno al otro. No sé si sabré explicarlo, pero... Fuimos nosotros dos a lo largo de todos aquellos años. De vez en cuando casi nos lo pasábamos bien, por extraño que pueda parecer. Era como si celebráramos una tregua. Y pasó el tiempo. Los años pasan muy rápido, de pronto ya eres vieja, los niños han dejado el nido y todo con lo que soñaste en su día, hace muchos años, ha desaparecido. Ya es demasiado tarde para todo. La vida te ha dejado atrás. Eso fue tal vez lo más doloroso. Cuando me di cuenta de que él me había robado mi vida. Sentí como si no pudiera quitarme nada más, ni siquiera matándome. Y no fue hasta aquel momento que...

Sirkka enmudece y se queda pensativa. Como si estuviera razonando consigo misma. El repentino silencio de la sala es pesado, el ambiente está cargado. Cada sonido, extrañamente ampliado. La lluvia que golpea contra los cristales. Nadie dice nada. Es como si todas aguardáramos la próxima frase de Sirkka. Como si supiéramos que hay algo más. Algo que saldrá.

—Fue un martes. Tenía el turno de noche en el hospital y preparé la cena. Tal como solía hacer. Cenaríamos juntos y luego yo me iría a trabajar. Timo estaba sentado en el sofá, mirando algo en el canal de documentales, tal como solía hacer, pues le gustaba dársele de culto con sus conocimientos recién

adquiridos. Llevaba un par de días sintiéndose un poco achacoso. Había estado en casa. Y ahora estaba en el sofá, llamándome. Al principio creí que quería algo. Que quería que le trajera algo, pero luego... Entendí que le pasaba algo. Su voz sonaba rara. Cuando entré en el salón se agarraba el torso con las manos. Hacía una pinta de lo más estrambótica. Extraña. Tenía la piel gris, de un gris pálido, y sudaba. Le dolía el brazo y el pecho. Quería que llamara a una ambulancia. He trabajado un montón de años en asistencia sanitaria. Reconozco cuando es el corazón el que da problemas. Y también sabía que tenía la tensión alta y estaba un poco obeso. También fumaba. Yo estaba allí mirando a Timo y entendí que podía ser algo grave. Muy grave. Y de repente fue como si... Todos aquellos años, todos los años que compartimos pasaron como una película en mi cabeza. Todos los golpes, todos los insultos. Las burlas, las humillaciones. Ahora de pronto él era el débil y yo la fuerte. Y yo sabía que lo correcto habría sido correr al teléfono y llamar a una ambulancia. ¡Por Dios, si era evidente que estaba enfermo! Pero no fui capaz. Él me lo había quitado todo. Toda mi vida. Y ahora él estaba sentado en el sofá y quería que lo ayudara. Y yo, yo lo miré y asentí con la cabeza, le susurré que llamaría. Luego me fui a la cocina. Apagué el fuego de las patatas, retiré el cazo. Devolví las chuletas de cerdo a la nevera. Metí los platos y los vasos en el armario. Fue como una película que reproduce marcha atrás. Eliminé todo rastro de la cena que nunca llegamos a tener. Y luego salí al vestíbulo, me puse el abrigo, cogí mi bolso. Y entonces cogí el teléfono. Teníamos uno de esos inalámbricos. Me lo metí en el bolso y luego me fui. A trabajar. Cuando volví a casa al día siguiente todavía estaba sentado en el sofá. En el mismo sitio, casi en la misma postura. Aunque estaba muerto. Y cuando vi que se había ido me senté en el suelo y me puse a llorar. De alivio.

Por la noche vuelvo a soñar con Stefan.

Siempre Stefan.

Hacemos el amor en la oscuridad y su cuerpo frío y mojado se mueve enérgicamente sobre mí. Sé que ahora pertenece al mar, que descansa en las olas, pero no quiero soltarlo. Quiero quedármelo un ratito más. Sentirlo dentro de mí una última vez.

Y pienso que esto es más fuerte. Más fuerte, mejor y más vívido que hacer el amor con Markus.

A pesar de que está muerto.

Así, hago el amor con mi esposo muerto. Y lo disfruto. Lo sostengo con fuerza por sus huesudas caderas, siento el sabor del agua de mar que rezuma de su espalda, desde sus hombros hasta mi boca.

Luego él se echa a mi lado en la cama, con la mano sobre mi abdomen. Veo cómo su tórax se alza y se hunde en la oscuridad, como si realmente respirara, veo sus ojos negros que brillan en la noche.

—Ya está —dice en voz baja, y me acaricia el estómago suavemente con su mano mojada y fría—. Ahora también es mi hijo.

Justo cuando me dispongo a contestarle siento unas manos que me sacuden. Que me devuelven a la realidad. Los contornos del cuerpo de Stefan se tornan borrosos, se disuelven hasta que no son más que un húmedo soplo de aire.

Me doy cuenta de que es Markus quien me ha despertado y de pronto temo haber hablado en sueños. A lo mejor he gritado el nombre de Stefan, o cualquier cosa.

Algo peor.

—¡Siri, despierta!

Lo miro.

El hombre que es mío. El que realmente debería amar. El que se merece y necesita mi amor.

El dormitorio está a oscuras, pero el débil resplandor amarillo de la estufa en el salón ilumina su rostro. Tiene el pelo en punta y veo que el sudor brota de su frente.

—Siri, ha desaparecido. Alguien se la ha llevado.

—¿Quién? ¿De qué me estás hablando? ¿Quién ha desaparecido?

—Tilde, ya sabes, la niña pequeña que presencié el asesinato de Susanne. Alguien la secuestró ayer por la noche en casa de su padre.

De pronto estoy completamente despierta. A pesar del calor que hace en la casa tengo frío. Se me hace un nudo en el estómago y me siento mal.

Tilde.

La niñita que estaba sentada en medio del charco de sangre de su madre pintando.

La pequeña y traumatizada Tilde que solo supo decir que el asesino era un hombre.

Secuestrada.

Extracto de una carta dirigida a los servicios sociales del terapeuta responsable.

Clínica de rehabilitación de Säby.

El cliente es un muchacho de dieciocho años que lleva internado en Säby desde los catorce. También ha vivido periódicamente con una familia de acogida, pero no ha funcionado demasiado bien. A menudo ha acabado volviendo con nosotros en Säby. Durante los años que el cliente lleva viviendo aquí hemos trabajado mucho con actuaciones de carácter terapéutico ambiental. Por ejemplo, el cliente ha sido el responsable de nuestro huerto, un trabajo que ha desempeñado con gran habilidad. También ha desarrollado diferentes actividades creativas, como teatro y dibujo. Hemos tenido algunos problemas a la hora de motivar al cliente para que estudie y, por lo tanto, resulta difícil evaluar su capacidad intelectual, aunque varios miembros del personal perciben que es un poco lento y que le cuesta entender las instrucciones si son demasiado largas. Funciona sobre todo bien en situaciones estructuradas donde pueda trabajar con tareas de índole práctica. También ha demostrado tener dotes artísticas y le gusta dibujar y pintar. Durante los períodos en que ha vivido con una familia de acogida a menudo han surgido conflictos y, alguna que otra vez, incluso peleas. Pensamos que el cliente tiene grandes dificultades para adaptarse a situaciones nuevas y también es evidente que se encuentra mejor en un ambiente tranquilo. En el trato con los demás jóvenes de Säby, el cliente se ha mostrado bastante prudente y un poco retraído. Disfruta en compañía de los demás jóvenes y se pone muy contento cuando le brindan su atención y lo invitan a tomar parte en las actividades sociales. Al mismo tiempo, es evidente que no sabe muy bien cómo comportarse en compañía de gente de su misma edad. Se muestra fácilmente nervioso e inseguro, e incluso también agresivo, sobre todo cuando malinterpreta las intenciones de los demás jóvenes. Ha llegado el momento de dar de alta al cliente de Säby y devolverlo a su municipio de origen. Lo más probable es que vuelva a su antigua casa, que ha pasado a ser suya desde que los padres murieron. Nosotros, aquí en Säby, pensamos que es sumamente importante que el cliente siga recibiendo ayuda del ayuntamiento después del alta, pues no creemos que sea capaz de valerse totalmente por sí mismo. Recomendamos un contacto regular con los servicios sociales. También estamos convencidos de que sería beneficioso que se integrase en la vida laboral y, por lo tanto, es sumamente importante que se le ponga en contacto con la oficina de empleo.

Peter Runfeldt, terapeuta responsable del centro de rehabilitación de Säby

Estoy sentada sobre un montón de tesis en el despacho de Vijay llorando.
Las lágrimas manan por mis mejillas.

En cuanto a Vijay, está sentado en su silla con el semblante preocupado. Sé lo que está pensando: que fue una equivocación encargarme la dirección de grupo de autoayuda, que no soy lo bastante fuerte, que sobre todo no soy capaz de separar mis propios traumas de los de mis pacientes. Que al final el pasado me ha alcanzado.

Me hubiera gustado tanto poder demostrarle lo contrario, pero en cambio estoy ahora aquí llorando.

Vijay se mete una porción de rapé en la boca y carraspea.

—Pero si no puede ser tu culpa que alguien haya secuestrado a esta niña, ¿no te parece? Supongo que lo podrás comprender.

No consigo darle ninguna respuesta, simplemente sacudo la cabeza y me sueno la nariz con estruendo en el enorme pañuelo de papel que él me ha dado. El que de forma lenta pero segura se convertirá en una húmeda bolita.

—Era una testigo —prosigue Vijay en un tono de voz indeciso—, incluso salió en la prensa. Lo más probable es que el autor del crimen la haya quitado

de en medio.

Vuelvo a sonarme y lo miro.

—Puede ser cualquiera. Markus dice que no tienen ninguna pista. No encontraron ninguna huella delante de la ventana. Había llovido demasiado y, por lo tanto, no encontraron ninguna pisada ni nada por el estilo. Henrik se ha escapado, o sea que puede habérsela llevado él. Pero en realidad no tiene ningún motivo, puesto que dispone de una coartada para el asesinato de Susanne. Por lo tanto, ¿por qué iba a secuestrar a Tilde? Él no puede ser el asesino de Susanne. Por muchas vueltas que le dé al asunto, tengo la sensación de que todo tiene que ver con el primer asesinato, el de Susanne.

Vijay saca otro pañuelo de su escritorio, lo estruja en la mano hasta convertirlo en una pelotita y me lo lanza. Yo lo atrapo y prosigo:

—La policía está rastreando el círculo de amistades de Susanne. Hablan con toda la gente de su trabajo, de su familia. No creo que hayan encontrado nada.

—Tengo el presentimiento de que se nos escapa algo —dice Vijay—. Desde un punto de vista estadístico, el asesino de Susanne debería ser alguien cercano a ella. La mayoría de los asesinatos los comete una persona allegada a la víctima. Y la naturaleza del delito así lo indica. La mataron a patadas. En la cara. Es un modo terriblemente brutal. Y muy personal. Nos lleva a pensar que la persona que cometió la agresión tenía unos sentimientos muy fuertes hacia ella o, mejor dicho, en contra de ella.

Vuelvo a sonarme la nariz.

—Entonces, ¿tú qué crees?

Vijay golpea la mesa de su escritorio con el bolígrafo.

—Creo que debemos tomar los posibles motivos como punto de partida.

—¿Y?

—Bueno, si es verdad lo que dice Kattis, que Henrik es un maltratador de mujeres, hay buenas razones para sospechar que realmente fue él quien lo hizo.

—Pero Henrik estaba en el bar.

—Sí, o eso dicen él y sus colegas.

Considero este comentario un rato. ¿Y si la coartada de Henrik no se sostiene? ¿Y si sus amigos mienten? Entonces podría encajar. La violencia desmesurada e injustificable. El odio. Eso concordaría con un asesino de este tipo.

—Pero entonces ¿no crees que la policía debería haberlo investigado? Me refiero a si la coartada no se sostiene.

—Sí, claro. Solo intento encontrar alguna explicación plausible a lo que puede haber ocurrido. Luego tenemos la hipótesis del asesinato por robo. No me la creo para nada. El modo de actuar no encaja en absoluto. Siempre que las drogas no estén implicadas en el caso. Luego tenemos al padre, me refiero al padre biológico de Tilde. A lo mejor él tenía algún motivo para odiar a Susanne, ¿qué sé yo? Supongo que la policía lo habrá investigado.

—La verdad es que no lo sé.

—Es evidente que lo han hecho. Es un claro sospechoso.

—Pero es muy poco probable que el padre de Tilde la haya secuestrado. Al fin y al cabo desapareció de su casa.

—Eso dice, sí. A fin de cuentas no es tan extraño que un padre que ha matado a su hijo sostenga que alguien lo ha secuestrado.

—Pero por Dios...

Vijay abre los brazos en un gesto de resignación.

—Lo siento, Siri, pero así es el mundo en el que vivimos. Y cuanto antes lo aceptemos y realmente podamos asimilar la manera en que estas personas piensan y actúan, más fácil será detenerlos. Por cierto, ¿quién ha dicho que la niña fue secuestrada?

—Pero es que desapareció por la ventana. En mitad de la noche.

Vijay sonríe levemente.

—A lo mejor se escapó.

—¿Por qué iba a hacerlo? No creo que una niña de cinco años desaparezca por la ventana en mitad de la noche...

—A no ser que...

—¿Qué?

—A no ser que quisiera escapar de su padre. A lo mejor le tenía miedo por alguna razón que desconocemos.

Reflexiono sobre las palabras de Vijay un rato. ¿Es posible que Tilde haya dejado la casa de su padre voluntariamente? ¿Que se haya escapado en medio de la oscuridad y el frío solo con el pijama puesto? Me cuesta creerlo.

Por un segundo considero hablarle a Vijay de Malin, pero decido que no es relevante. Al fin y al cabo, aquel día Malin estuvo corriendo una maratón y, además, el asesino fue un hombre. La muerte es un hombre, pienso.

Vijay se estremece, se ciñe la chaqueta de punto alrededor del cuerpo. Se reclina en la silla y sube los pies a la mesa. Coloca las deportivas encima de un libro sobre arte africano, pero no parece darse cuenta.

Se pasa la mano por la barba de tres días y de pronto parece apenado.

—¿Crees que está viva?

—¿Quién sabe? En cualquier caso, si alguien pretende acallarla, a la policía no le queda mucho tiempo. Urge. Urge mucho. O a lo mejor ya es demasiado tarde. Si es Henrik quien se la ha llevado, si realmente no mató a Susanne y no está más que psicótico y confundido y cree que la niña tiene que estar con él, entonces las posibilidades de que esté viva son mayores.

Noto cómo las lágrimas vuelven a inundar mis ojos. Han robado a una niña inocente. Amenazada de muerte. No lo puedo remediar, pero de pronto pienso en la vida que está creciendo dentro de mí, el niño igualmente inocente que se desarrolla allí dentro, en la oscuridad. Y en lo infinitamente cruel e imprevisible que puede ser el mundo.

—Hay una cosa... —empiezo a decir—, una cosa que no te he contado. Una cosa de mí.

—Lo sé —dice Vijay sin más, y sonrío con su sonrisa misteriosa—. Felicidades, supongo que es lo que se dice en estas circunstancias.

—¿Cómo?

Sonríe socarronamente.

—Pero, cariño, si has dejado de beber por completo. Sueles ser una esponja. Y Markus no te deja ni a sol ni a sombra. —Vijay hace una pausa—. ¿Sabes qué? Te tengo mucha envidia.

—¿De verdad?

—Sí.

De pronto parece turbado, baja la mirada a su desordenado escritorio, parece descubrir el bonito libro de arte bajo sus sucias deportivas. Lo coge con mucho cuidado, lo limpia y luego vuelve a mirarme a los ojos.

—Olle no quiere tener hijos. A mí me gustaría, pero es que es tan condenadamente anal. Le encanta el orden, no quiere ningún niño que ponga su vida patas arriba. Eso dice, al menos.

De repente Vijay parece triste de nuevo, un sentimiento que no estoy acostumbrada a ver en él. Me doy cuenta de que deja que me acerque a él mucho más de lo que ha hecho nunca. Con mucha cautela le pregunto:

—¿Eso dice? Pero tú crees que hay algo más, ¿verdad?

Vijay se encoge de hombros abatido, enciende otro cigarrillo y con el rabillo del ojo veo que su mano tiembla ligeramente.

—No creo que...

—¿Qué?

Vijay titubea. Toma impulso.

—Creo que ha dejado de quererme.

Nuestras miradas se encuentran y sus ojos se tornan negros y vacíos de dolor. Asiente lentamente con la cabeza.

—Ahora ya lo sabes —susurra.

A pesar de que solo son las dos ya casi ha oscurecido. En el borde de la acera corren unos ríos caudalosos de agua marrón grisácea que se mezcla con alguna hoja solitaria y escombros. El torrente pasa por encima de mis pies y desaparece por una rejilla con un sonido succionador.

Justo pasado el McDonald's veo el letrero: «Centro de Empleo». O sea, que es aquí donde trabaja.

Kattis me ha invitado a un café, y aunque sé que nos tratamos con demasiada familiaridad, que me cae demasiado bien y que hace tiempo que he sobrepasado la distancia profesional que tiene que haber entre terapeuta y paciente, estoy aquí, delante de su oficina para tomar un café y un bollo con ella, como si eso fuera a mejorar la situación. Me sorprende pensando en lo que diría Aina si nos viera ahora mismo y de pronto me avergüenzo porque sé que tendría cosas que decirme acerca de mi comportamiento. Cosas que tal vez yo no podría refutar porque en cierto modo tiene razón.

Su sonrisa es amplia cuando abre la puerta, y el abrazo, cálido y largo.

—Entra. Dios mío, tienes los dedos como carámbanos.

Me retira unas gotas de lluvia de la frente y vuelve a reírse. Esta vez, ligeramente abochornada. Dejo el bolso y la gabardina y la sigo por los locales luminosos. Los techos son altos, al menos cinco metros, y unas enormes ventanas corren a lo largo de la fachada que da a Skt Eriksgatan. En las oficinas de planta abierta una decena de hombres y mujeres de nuestra misma edad se sienta a unos escritorios que parecen haber sido distribuidos al azar. Algunos me saludan tímidamente con la mano y yo les devuelvo el saludo.

—Qué bien estáis aquí.

—¿De verdad? Es una vieja fábrica de bicicletas de principios del siglo pasado. Hoy somos quince, aunque ahora mismo no estamos todos en la oficina. Algunos están visitando lugares de trabajo y haciendo otros recados.

Kattis atraviesa la sala abierta hasta llegar a una pequeña cocina que está al fondo, a la derecha.

—Mira, he comprado bollos de canela, no sabía lo que te gustaba. Espero que te parezca bien.

De pronto parece intranquila, como si estuviera muy preocupada por el más mínimo detalle. Asiento con la cabeza y me siento en una de las sillas.

—Los bollos de canela son perfectos.

Nos quedamos así un rato, sentadas en las sillas blancas, a la mesa blanca, en la estancia enormemente blanca. Charlamos, nos comemos los bollos recién comprados, nos reímos como dos niñas pequeñas de una historia que cuenta Kattis de su antiguo jefe.

—Oye —dice Kattis de pronto, y posa suavemente su mano sobre la mía—. Tengo algo para ti. —Se pone en pie, va a la despensa y se estira para coger algo—. Aquí tienes, quiero que tengas esto.

La miro, sonrío levemente.

—Kattis, no tenías por qué molestarte.

—¡Ábrelo!

Su voz suena impaciente.

Miro el paquete bellamente envuelto que descansa sobre mis rodillas. «Blås & Knåda», pone en la etiqueta. Retiro lentamente el cordel alquitranado y negro que huele a embarcadero de verano y abro el papel. Es un pequeño jarrón de porcelana de color azul metálico. No muy distinto del que Kattis rompió en la consulta el día que irrumpió en la sala de terapia y contó que Susanne había muerto. Me quedo sentada con el jarrón sobre las rodillas unos segundos, sin saber muy bien cómo reaccionar.

—¿Por qué...?

Kattis levanta las manos y las extiende como si quisiera protestar por algo que he dicho, bloquear mis palabras con sus manos desnudas.

—Es muy importante para mí, por favor. ¿Lo entiendes?

Asiento con la cabeza y la miro; está sentada frente a mí, con la gruesa chaqueta de punto con capucha, y de pronto parece muy afligida. Dejo el jarrón sobre la mesa con mucho cuidado, veo cómo se refleja en el tablero reluciente.

De pronto Kattis levanta la mirada, por encima de mi hombro izquierdo. Frunce el ceño, parece molesta.

—¿Sí? ¿Qué?

Me vuelvo y veo a un chico de unos veinte años detrás de mí. Lleva unos tejanos gastados y una sudadera con capucha. El pelo negro que le llega casi a los hombros, cuelga como una cortina sobre sus ojos y su mirada no se cruza con la mía. Juega con una moneda que tiene en la mano.

—¿Podemos hablar?

Su voz es oscura y ronca, como si hubiera estado cantando rock y fumando toda la noche, y su mirada sigue clavada en el suelo.

—Ahora mismo no es el mejor momento, Tobias. Tendrás que esperar un poco. Tengo una visita.

—Oh, de acuerdo.

Pero en lugar de irse se sienta en una de las sillas de la mesa. Se instala un silencio embarazoso en la salita. Recojo unos pedacitos de azúcar que han caído de los bollos de canela, los junto en la mano y me los como, uno detrás de otro.

—Tobias... —empieza a decir Kattis.

—Está bien —intento mediar, pero ella sacude la cabeza.

—Tengo que hablar con Siri un momento. Tendrás que sentarte a esperar en los sofás de la entrada, ¿de acuerdo?

El muchacho mira a Kattis a los ojos por primera vez y asoma cierto resentimiento en la manera en que la contempla, como si se hubiera ofendido. Como si Kattis lo hubiera ultrajado con su negativa. Sin embargo, un segundo más tarde el chico vuelve a mirar la mesa, se encoge de hombros. Entonces levanta su cuerpo larguirucho y sale al trote en dirección a la entrada, sin volverse ni una sola vez.

—Disculpa —dice Kattis.

—No tienes por qué disculparte, por Dios, al fin y al cabo este es tu trabajo.

Kattis prosigue, sin reparar en mi comentario:

—Tobias es uno de los chicos con los que trabajo. Es un amor, realmente. Y también está un poco enamorado de mí, o eso creo.

Se ríe a hurtadillas.

—Tal vez debería apostar por él, así al menos tendría un novio amable y atento.

Kattis sonrío y sacude la cabeza, casi parece que sienta cariño por el chaval. Como una madre o una hermana mayor.

De pronto siento curiosidad por saber cómo trabaja Kattis, quiero saber más sobre su trabajo.

—En realidad, ¿qué hacéis en un Centro de Empleo? Sé que eres instructora, pero ¿eso qué significa en la práctica?

—Un Centro de Empleo es un recurso para jóvenes que, por alguna u otra razón, tienen problemas a la hora de incorporarse al mercado laboral. Pueden tener, pongamos por caso, alguna discapacidad, llevar mucho tiempo sin trabajar o haber estado de baja prolongadamente. Nos reunimos con nuestros

clientes, realizamos junto con ellos una evaluación de sus aptitudes y elaboramos un plan de acción que puede contemplar varias cosas, por ejemplo la formación a través de cursos de reciclaje, o una lista del tipo de empleo que deben buscar. Luego los ayudamos en la búsqueda. Los ayudamos a escribir su CV y la carta de presentación, etcétera. Recibimos ayudas del Estado, pero pertenecemos a una fundación.

De pronto aparece junto a la mesa una mujer joven de piel oscura. Lleva un vestido con estampado batik y los mechones rasta recogidos en un moño alto. La expresión de su cara es resuelta, adusta.

—Perdona que interrumpa, Kattis, pero ha ocurrido una cosa.

—¿Qué? —dice Kattis, y levanta la ceja.

La mujer suspira y me mira molesta, luego susurra algo, pero lo bastante alto para que yo lo oiga.

—Es Muhammed...

—¿Sí? —dice Kattis, animándola a que hable, y yo me pregunto si será la jefa de la joven.

—Lo ha incendiado todo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—Está claro que le pasaba algo al soplete de soldar. No sé, a lo mejor no fue culpa suya. Pero dicen que lo hizo a propósito. Ahora mismo viene de camino hacia aquí.

—Está más que claro que fue su culpa. —Kattis suspira, se pone en pie y posa su mano sobre el brazo de la mujer, le da un leve apretón—. Todo se arreglará, ya me ocupo yo. ¿Tienes el número de teléfono del taller de chapa de Asplund?

La mujer asiente con la cabeza y sonríe aliviada.

—Gracias, guapa. Te lo agradezco. De verdad.

Los labios de Kattis se separan en una amplia sonrisa.

—Es mi trabajo. Tendré que hablar con Muhammed en cuanto aparezca por aquí.

Entonces se vuelve hacia mí.

—Es uno de nuestros clientes. Hemos tenido bastantes problemas con él. Bueno, ya lo has oído tú misma. Tiene —Kattis vacila— la maldita costumbre de incendiar las cosas. No es la primera vez que pasa. ¿A lo mejor podríamos hablarlo alguna vez? Tal vez tú, como eres psicóloga, me podrías explicar por qué lo hace.

Kattis se queda callada y vuelve a toquetearse el pelo antes de proseguir:

—Lo siento, pero me temo que tengo que ocuparme de esto ahora mismo. Y tal vez también debería hablar con Tobias antes, o sea que...

—No te preocupes, está todo bien. De todos modos tengo que volver a la consulta.

No es hasta que salgo a la lluvia de St Eriksgatan que caigo en la cuenta de que me he dejado el pequeño jarrón sobre la mesa de la cocina. Doy media vuelta, vuelvo al portal y abro la puerta.

Frente a mí, en el sofá rojo de las visitas, está sentada Kattis muy cerca de un chico de piel oscura y pelo largo que lleva puesto un mono azul y unas deportivas de un blanco deslumbrante. Su mano descansa en la de Kattis, que lo mira con una expresión serena en el rostro.

El chico me mira sorprendido cuando entro, retira la mano.

—El jarrón —mascullo, de pronto dominada por una extraña sensación de estar importunándoles, de haberme inmiscuido en una situación de carácter privado.

—Este es Muhammed —dice Kattis.

El chico del pelo largo no me saluda, en su lugar se mira los zapatos ostentosamente y cruza los brazos sobre el pecho. Lo miro y dentro de mí toma forma un pensamiento: hay algo en este muchacho de piel oscura, algo con soldaduras e incendios, pero no recuerdo qué. Y luego desaparece el pensamiento, se escurre como agua entre mis manos. Tan imposible de retener como ella.

Kattis sonríe, se aleja y va a por el pequeño jarrón azul sin decir nada. Y una vez más caigo en lo segura y confiada que parece en su papel de profesional. Lo mucho que tanto sus clientes como sus colaboradores parecen apreciarla.

Entonces nos damos un nuevo abrazo y yo cojo el camino hacia Medborgarplatsen en medio de la oscuridad otoñal.

En algún lugar en las afueras de Estocolmo, *noviembre*

Está sentada a su lado en el sofá del curioso salón con todos sus muebles viejos y polvorientos. Le recuerda un poco la casa de muñecas que tiene en casa de mamá. Los muebles están amontonados de cualquier manera, algunos del revés o apilados uno encima de otro, como latas en un armario. Él le ha dado un polo y ella se lo come en silencio, intenta evitar sorberlo, para que él no se enfade. A él no le gusta cuando hace ruido. Tampoco le gusta que se manche. Ni que hable. Lo mejor es quedarse sentada inmóvil y sin decir nada para que él no se enfade.

Piensa en Henrik, en que él siempre le deja comerse el helado en su regazo y nunca se enfada si se le derrite. Ni siquiera si se le cae todo el helado y le resbala por sus pantalones o su jersey. Él se ríe y le da uno nuevo, aunque mamá proteste. Es porque el helado es bueno para el estómago. Igual que las cervezas.

Recoge las piernas debajo del camisón para no pasar frío. Pero no sirve de nada. A pesar de sus esfuerzos, el aire gélido se cuela por debajo de la ropa y envuelve su cuerpo como un animalito frío. Se enrolla en torno a su estómago, sus piernas, su pecho.

No puede remediarlo, y los dedos se vuelven pegajosos cuando el polo empieza a derretirse y gotea, y lo observa atentamente antes de atreverse a secarse las manos en el camisón de Dora la Exploradora. Sin embargo, él no se da cuenta, sigue mirando por la ventana oscura, hacia la lluvia que cae incesantemente.

Fuera solo hay bosque.

Ella lo sabe, porque él le ha dejado mirar por la ventana, le ha explicado que el bosque se extiende muchas millas a su alrededor, que se perdería si entrara en él. Que nadie la encontraría y que al final los zorros y las cornejas se la comerían, porque siempre están hambrientos y, además, les gusta mucho la carne de niño.

Desde el pequeño televisor sale música y dos chicos con gafas de sol, gorras con visera y cadenas de oro alrededor del cuello viajan en un coche blanco al tiempo que cantan y parecen hablar en el lenguaje de signos con las manos. Exactamente igual que Fadime de la guardería, la que no oye nada. Sin embargo, él no parece siquiera mirar la tele ni escuchar la música. Solo quiere fumar todo el rato y contemplar la lluvia que cae.

Delante del sofá, en el suelo, está echado el enorme perro blanco, duerme. Él no deja que ella toque al perro. Aunque es un perro muy simpático, ella se ha dado cuenta, porque suele acercarse a ella y lamerle la cara y las manos con su larga y pegajosa lengua que huele fatal.

Antes quería tener un perro. Siempre pedía un perro para su cumpleaños o por Navidad, pero nunca se lo regalaron, porque mamá decía que daba demasiado trabajo.

Ahora tiene un perro.

Pero no tiene a mamá.

Y piensa que le gustaría mucho más volver a tener a su mamá. Él puede quedarse con su estúpido perro que huele a caca por la boca. Con que vuelva su mamá le basta, no necesita ningún perro. No volvería nunca más a pedir un perro, no volvería a pedir nunca nada.

Si...

Riiiiiiiiing.

El sonido es tan agudo que casi duele en los oídos. Por un segundo cree que es su culpa que suene, que ha vuelto a tocar algo que no debería haber tocado, que ha hablado cuando debería callar, que ha pataleado cuando debería estar quieta.

Se hace un ovillo en el sofá. Se hace tan pequeña que, a lo mejor, él no la verá. No le pegará.

¿Te puedes hacer tan pequeña e invisible como para que nadie te pueda ver solo con la fuerza de voluntad? ¿Es eso posible?

Sin embargo, él no parece enfadado, solo nervioso. Mira hacia el vestíbulo donde el perro ya ha empezado a ladrar, salta del sofá y corre hacia la puerta, arrea al perro con el pie y mira por el ojito que lo ve todo.

El ojo espía.

Luego vuelve con pasos furtivos, se agacha frente a ella y la coge de los hombros con firmeza pero también con mucho cuidado.

—Ahora escúchame.

Ella asiente lentamente, no se atreve a mirarlo. Baja la mirada a pesar de que él está tan cerca que incluso siente su respiración que huele igual que un

cenicero.

—Tienes que esconderte detrás del sofá, ¿lo has entendido?

Él señala el respaldo del sofá con el dedo y ella vuelve a asentir con la cabeza.

—No debes salir de allí. ¿De acuerdo?

Ella mira al suelo. La pelusa se amontona junto con los envoltorios de los helados, un par de cascos de música asoman por debajo del sofá, un cable roto está enrollado como una culebra ávida de compañía alrededor de una de las patas del sofá.

—Ahora. Échate detrás del sofá.

Ella se apresura a trepar por encima del respaldo de terciopelo del sofá y se desliza hasta el frío suelo. Se echa allí con la cabeza vuelta hacia el salón. Por debajo del sofá ve sus pies cuando vuelve a acercarse a la puerta principal y la abre.

Al otro lado hay una mujer. En realidad no puede saberlo con toda seguridad, porque los pantalones tejanos y las botas de agua pueden muy bien pertenecer tanto a un hombre como a una mujer, y no puede ver nada más desde su escondite, pero la voz, la voz es la de una mujer. Y hay algo conocido en ella. La mujer habla en voz alta, en voz alta y luego en voz baja, y de vez en cuando él masculla algo a modo de respuesta.

Entonces ve que sus piernas desaparecen en la cocina. Las piernas de la mujer siguen allí, en el vestíbulo, inmóviles, como si las botas de agua se hubieran quedado pegadas al suelo. Se abren y cierran armarios, traquetean las cacerolas. Luego sus piernas vuelven, se dirigen a la puerta principal y se detienen delante de las botas de agua.

—Oh, muchas gracias. Muy amable. Nos vemos —dice la mujer.

Las botas de agua dan media vuelta y desaparecen en la oscuridad. La puerta se cierra de un portazo, pero él sigue allí, inmóvil frente al ojo espía.

Otea la oscuridad.

Justo cuando empieza a avanzar hacia el salón vuelve aquel sonido agudo.

Riiiiing.

—Mierda —masculla él, da media vuelta y se dirige de nuevo hacia el vestíbulo.

La puerta se vuelve a abrir y ella siente un frío viento que corre por el viejo suelo de parqué.

—¿Sí?

—Verás, olvidé...

Y de pronto sabe a quién le recuerda la voz de la mujer: a mamá. No es que sea la voz de mamá, solo que se le parece mucho y de repente recuerda exactamente cómo suena mamá y cómo huele cuando entierra la nariz en su costado, y lo suave y cálida que es su barriga cuando la toca.

De pronto le sobreviene un terror que es mayor, mucho mayor que el miedo que le tiene al hombre de la casa. ¿Y si resulta que es mamá la que está en la puerta y ella no llega a verla? ¿Y si mamá ha venido a por ella y no la encuentra? La sola idea la hace sentir mal, hace que se le dispare el corazón en el pecho. Apenas tarda unos segundos en decidirse. Se incorpora rápidamente detrás del sofá, salta por encima de los montones de periódicos que hay sobre la alfombra y sale corriendo hacia la puerta.

—¡Maaamááá!

Un muro de aire frío la golpea en la cara. Él se vuelve y ella ve que sus ojos están abiertos de par en par y que ha cerrado los puños.

—¡Maaamááá!

En la puerta hay una señora mayor con el pelo cano y corto y gafas. Sostiene un rallador en la mano y tiene la boca abierta, como si esperase que alguien fuera a darle de comer. La señora da unos pasos inseguros hacia atrás, todavía con la boca abierta.

—¡Joder! —grita el hombre, la agarra y la echa contra el frío suelo donde algo afilado se le mete en la mejilla—. Te lo dije, niña de mierda. Te lo dije, te lo dije.

Entonces vuelve toda su atención hacia la mujer en la puerta que no es su mamá sino una estúpida señora de pelo cano que nunca había visto antes.

—Disculpa, Gunilla. Esto no es...

Pero sea lo que fuere lo que quiere decir, la señora no parece escucharle. Sigue reculando hacia la escalinata del porche como si hubiera visto un fantasma. Él la suelta y da un par de pasos hacia la señora, la arrastra hasta el vestíbulo y cierra la puerta.

—Gunilla, por favor...

Pero la señora no lo escucha. Ella se lo nota en los ojos que se vuelven grandes y brillantes y completamente vacíos de una manera extraña.

—Dios mío, ¿qué está pasando aquí? —susurra la señora, y aprieta el rallador contra su pecho con los dos brazos, como si fuera un osito de peluche.

Ella vuelve a hacerse tan pequeña como puede. Como un ovillo. Un ovillo invisible en una esquina del vestíbulo. Y se mete los dedos en las orejas y farfulla la cancioncilla que su abuelo le enseñó: «Hola tú, cómprame

arándanos. Hola tú de nuevo, cómprame arenques podridos». Pero aunque tiene los dedos metidos en las orejas y habla al mismo tiempo no puede evitar oír los golpes y los chasquidos. Alza la voz: «Hola tú, muchas veces, cómprame calzones de señora».

Algo frío toca su pierna. Mira por encima de la mano, es una bota de agua y al seguirla con la mirada descubre que la pierna de la señora sigue metida en la bota, que de hecho la señora entera está echada en el suelo, tan plana como una crep, como si estuviera tomando el sol en la playa.

En algún lugar en las afueras de Estocolmo, *noviembre*

El pequeño trastero está completamente a oscuras. Si aprieta la espalda contra la pared e intenta estirar las piernas toca la puerta con los pies. Las paredes laterales son de tablones de madera húmeda. Parecen las paredes de un apartamento al que mamá solía llevarla de vez en cuando: duras, húmedas y ásperas.

En el suelo se amontonan unas revistas con fotografías descoloridas de señoras desnudas con sonrisas tontas y enormes pechos que les cuelgan hasta la cintura. Las vio cuando él abrió la puerta para depositar en el suelo la bandejita con bollos y zumo.

Lo primero que ocurrió cuando se disponía a beber el zumo fue que volcó el enorme vaso en el suelo y ahora está sentada en medio del charco pegajoso de zumo, y tiene más sed y más frío que nunca.

Alrededor de la muñeca lleva atada una cuerda que sube en la oscuridad y le impide alcanzar el suelo con la mano. Cuando duerme, su mano entumecida flota como un globo en la oscuridad que la envuelve.

Tiene frío.

En la esquina del pequeño habitáculo está el orinal que el hombre ha dejado allí. El que no sabe muy bien cómo debe utilizar. Además, le da miedo quitarse las braguitas en la oscuridad, le da miedo que alguien o algo de pronto le muerda el trasero. Por lo tanto, hizo pipí en el suelo con las braguitas puestas, una efímera sensación cálida de verano que se extendía. Luego: pipí mojado, frío e irritante que cubre su pierna.

En las esquinas se agolpan las pelusillas de polvo y unas cositas duras que tal vez sean piedras, insectos muertos o cualquier otra cosa, algo peor. Y una vez más piensa en todos los monstruos que sabe que habitan en la oscuridad. Los que están al acecho por encima de su cabeza, de largos brazos de insecto, dientes afilados y garras tan largas como las piernas de un niño. Los que solo esperan engullirla en cuanto se despiste, en cuanto se olvide de pensar en ella. En la que mantiene alejados a los monstruos.

Mamá.

Se pregunta cuándo vendrá mamá a salvarla del hombre que a lo mejor también es un monstruo. Y se pregunta si será capaz de reconocer a mamá cuando venga, si su cara se habrá curado, todo aquello rosado y rojo que salió de ella, ¿se lo habrán devuelto? Papá dice que sí lo han hecho. Que tiene que estar guapa para el entierro. Pero entonces la meterán en una cajita. Igual que la muñeca que ella le compró. Aunque la cajita de mamá no es transparente. Está hecha de madera y la enterrarán en el suelo. Y eso a ella le parece horroroso. Que mamá tenga que quedarse dentro de esa pequeña y oscura arca totalmente sola y no pueda salir de allí nunca más.

El hambre le provoca dolor de estómago. Los bollos que él dejó en el cubículo estaban duros y fríos, como si hubieran salido directamente del congelador sin haber pasado antes por el microondas ni un segundo. Los estuvo chupando y royendo hasta que consiguió desprender unos pequeños bocados harinosos que sabían a canela.

También piensa en papá, y en Henrik. Y en las señoritas de la guardería.

Pero aun así...

Si cierra los ojos con fuerza. Si aprieta los ojos hasta ver pequeñas esferas de colores incandescentes, es a ella a la que ve. Siempre a ella.

Mamá.

De vez en cuando, también percibe su olor, esa curiosa mezcla de perfume que huele a caramelo y a sudor y a cigarrillos. Pero en cuanto intenta adivinar de dónde viene el olor, este desaparece y solo queda el débil hedor a moho y pipí.

Entonces vuelve a oír pasos en las escaleras debajo de ella. Se acurruca en la esquina, porque aunque tiene miedo a la oscuridad, más miedo le tiene al que está allí afuera. De pronto se siente segura en el pequeño y oscuro habitáculo y piensa que no quiere que se abra la puerta nunca, que quiere quedarse sentada en el charco de pipí y zumo, con el aroma a mamá en la nariz.

Entonces se abre la puerta y una luz blanca y penetrante la ciega, clavándose en sus ojos como mil cuchillos.

Esconde la cabeza con la mano libre. Se acurruca hasta hacerse lo más pequeña que puede, como un ovillo en la esquina del cubículo.

—Venga, nos tenemos que ir —dice la voz, pero ella no se mueve, se queda inmóvil, acurrucada, con un brazo colgando de la cuerda sobre su cabeza—. ¿No has oído lo que te he dicho? Tienes que venir ya.

La voz suena furiosa. Furiosa y decidida. Como una señorita enfurecida que acaba de descubrir que un niño de la guardería ha sido desobediente. Sigue sin osar moverse. Aprieta los ojos con fuerza y piensa en su mamá. Su áspera mejilla con pequeños hoyos, los ojos alegres. La barriga que es tan suave y blanda que puede esconder la mano allí, entre la piel, entre sus pliegues.

—Pero, niña estúpida, ¿no has oído lo que te he dicho?

Una mano dura en su axila la levanta, obligándola a salir hacia la luz blanca. Ella se resiste, lucha. Se gira como un mono en la cuerda, da vueltas, una y otra vez, hasta el desfallecimiento, hasta que empieza a marearse.

—¡Mamá! —grita—. ¡Mamááá!

—¡Cállate la boca!

El golpe escuece en su mejilla y el calor se extiende por su rostro. Las lágrimas se mezclan con los mocos y dibujan riadas saladas y viscosas que corren hacia su boca.

—¡Quiero a mi mamá!

De pronto oye la cancioncita. Él también parece haberla oído, porque la suelta y saca el móvil del bolsillo.

—¿Sí?

Ella lo oye hablar en voz alta y baja. Su espalda encorvada sobre el móvil, como si lo acunara, como si estuviera hablándole a un niño pequeño. Entonces se vuelve y la empuja hacia la oscuridad. Vuelve a cerrar la puerta de golpe.

—Volveré —le oye decir desde fuera.

Ella se deja caer silenciosamente en cuclillas, se sienta sobre el montón de revistas, se retira las lágrimas viscosas de la mejilla con la mano libre. Vuelve a sentir el olor de antes: perfume, sudor, humo.

Y sabe que ella está allí, que vela por ella y la protege tanto del monstruo que está en la habitación como del que está fuera.

Värmdö, *noviembre*

Mi desayuno es tan triste como la mañana otoñal al otro lado de mi ventana. Un trozo de pan tostado viejo y húmedo que cuelga flácido de mi mano y una taza de té.

Markus entra por la puerta principal, por enésima vez. Lleva la leña bien cogida entre los brazos, la apila cuidadosamente sobre el enorme montón que ya hay al lado de la estufa.

—¿Qué? ¿Avituallando para la Tercera Guerra Mundial?

Markus no se ríe y noto su irritación a través de la estancia. La presiento como una tormenta en ciernes.

—Esta noche habrá tormenta. Pero supongo que tú no te preocupas por estos asuntos tan terrenales, ¿verdad? De haber sido por ti, tu nevera estaría vacía y la leña seguiría en el cobertizo.

Me encojo de hombros, miro hacia el cristal oscuro. Como granito pulido, pienso. Así de impenetrable es la oscuridad al otro lado de mi ventana.

—¡Vaya mal humor que gastas! —digo entonces.

Él no se digna contestarme, sino que sigue apilando la leña en silencio.

—Tormenta de nieve —dice entonces—. Habrá tormenta de nieve. No creo que hoy debas coger el coche para ir a trabajar.

—Cogeré el autobús como de costumbre, me parece que no suelo coger el coche para ir a la ciudad, ¿lo habías olvidado? Y por cierto, ¿qué más te da a ti?

Vuelve a quedarse en silencio. Luego su mirada se cruza con la mía, y presiento el dolor en ella.

—Estoy preocupado por ti, ¿por qué te empeñas en no comprenderlo?

Algo se reblandece en mi interior y una sensación de calor se extiende por mi cuerpo lentamente. Me pongo en pie, tiro ligeramente de la larga camiseta que me aprieta el abdomen, me acerco a Markus y lo rodeo con los brazos. Siento el frío de su anorak, percibo el olor a humo de leña en su pelo húmedo.

—¿Sabes qué? —le digo—. Te quiero.

Él se queda callado, no dice nada, no se mueve. Solo se oye el sonido de su respiración y el crepitar del fuego en la habitación.

Nos quedamos así un buen rato.

—Siempre salgo a flote, soy como un corcho. Siempre emergo a la superficie. Siempre llego a tierra firme. ¿Lo entiendes?

La voz de Patrik es calmada, suave. Sin embargo, su mirada vaga por mi salita en la consulta. Unas ojeras de un violeta oscuro rodean sus ojos, testimonio de su cansancio y su dolor. Hemos quedado para una última sesión. La terapia de pareja ha terminado, también la relación. Me pregunto si eso significa que he fracasado, porque realmente quería, realmente deseaba que su relación se arreglara. Que hubiera sido capaz de pegar los cascajos de su vida como si fuera una vasija rota.

—¿Y Mia?

—Pues parece tranquila, casi feliz.

—¿Y eso a ti cómo te sienta?

—¿Cómo coño quieres que me sienta?

La mirada de Patrick es cortante, pero detrás de la rabia vislumbro el dolor y me doy cuenta de que mi pregunta es trivial.

—Te contaré cómo me siento. Me siento fatal. Habría sido mucho más fácil si me hubiera dejado por otro.

—¿Más fácil?

—Sí, porque no me ha dejado por otro, me ha dejado por... nada. ¿Lo entiendes?

Asiento lentamente con la cabeza. Claro que lo entiendo. El dolor, la vergüenza que te sobreviene por el rechazo. Y de pronto me avergüenzo porque caigo en la cuenta de que es exactamente a lo que yo he expuesto a Markus.

«Sí, claro que te quiero, pero necesito mi libertad. Quiero tener al niño, pero no te quiero a ti. No te quiero en mi casa, en mi cama. En mi cuerpo. No te quiero tan cerca».

—¿Y qué tal funciona en la práctica?

Patrik se encoge de hombros y se pasa la mano por el pelo deslucido que me recuerda los tepes muertos de mi jardín que asoman de los charcos de agua.

—Supongo que bien.

—¿Qué significa eso?

—Los niños están conmigo cada dos semanas. Mia ha alquilado un piso de dos habitaciones en Brännkyrkagatan. Se llevó casi todos los muebles, o sea que mi casa está un poco vacía. Pero lo más raro de todo es que de pronto hemos establecido, no sé cómo describirlo, pero creo que hemos entablado una especie de relación laboral, o comercial. A veces siento que estamos haciendo negocios. Negociamos las cosas: «Si tú te llevas las sillas, yo me quedo la mesa. Vaya, ya has comprado sillas, ¿a lo mejor prefieres quedarte con una de las butacas? Muy bien, pues quedamos así». Es muy raro. En cierto modo, muy civilizado de una manera increíblemente triste y dolorosa. Y luego levantamos la reunión para ir a recoger o a llevar a los niños, o para asistir juntos a una reunión en el colegio, y haces ver que todo es muy normal, aunque lo que realmente querrías hacer es ponerte a gritar. Y luego les cuentas a las pedagogas de la guardería que, sí, es cierto, que nos hemos separado, pero que todo va a pedir de boca, de verdad. «Mia y yo estamos en contacto permanente. Y sí, claro, podéis llamar a cualquiera de los dos si hay cualquier cosa, nos mantenemos informados de todo el uno al otro». ¿Me sigues?

—Entiendo.

—¿De veras?

Patrik me mira con ojos cansados y caigo en la cuenta de que no me cree. De vez en cuando acabas en una situación con un paciente en la que sientes que no estaría de más si compartieras tus propias experiencias, aunque solo sea por explicarle que sí, que realmente, pero realmente, lo comprendes. Podría hablarle a Patrik de Stefan y de su muerte. De que estaba convencida de que mi vida se había terminado. Debería poder reconocerle, entre susurros, que no consigo amar a Markus tanto como amo el recuerdo de mi difunto marido. Participarle mi incapacidad para amar de verdad. De sentir el amor bonito y verdadero, el amor abnegado, procreador y familiar.

Sin embargo, no lo hago. No digo nada. Me limito a mirar al hombre que tengo enfrente, encogido en la butaca, el que estira sus largas y zambas piernas enfundadas en unos tejanos gastados. Porque no acostumbro a compartir este tipo de confidencias con mis pacientes.

—Pero ¿no ves nada positivo en el hecho de que las cuestiones prácticas estén bien encaminadas?

De nuevo se encoge de hombros con tal convencimiento que las cadenas de su cazadora de piel tintinean.

—¿Y si miras hacia delante? —digo, en un intento conciliador.

Patrik se reclina en la butaca, parece examinar la grieta que atraviesa el techo en diagonal.

—Como ya te he dicho, me las apañaré. Y la verdad es que ya no estoy tan enfadado con Mia.

—Pero eso es bueno. ¿No crees?

Vuelve a mirarme con esa mirada. La que contiene tanto dolor como desprecio.

—He estado leyendo un montón. Cultivándome, por así decirlo.

—¿De veras?

Se retuerce en el asiento y las cadenas de la cazadora de piel vuelven a sonar. Es un sonido inquietante, como sacado de una película de terror vieja y polvorienta.

—Al fin y al cabo, el amor no es más que un montón de hormonas, sustancias señal y otras mierdas. Hay varias fases. Al principio está el deseo, la atracción sexual. En esta etapa se segrega testosterona y estrógeno y esas cosas. Solo dura unos cuantos meses, como mucho. Luego llega el enamoramiento. Es cuando se segrega serotonina, dopamina y como sea que se llame. Tienen el mismo efecto sobre el cerebro que la anfetamina. ¿Me sigues? Todos somos drogadictos a escondidas cuando estamos enamorados, antes de desengancharnos. Porque todos nos desenganchamos. Así es. El enamoramiento dura un máximo de tres años.

—¿Y luego qué? La gente sigue junta mucho más tiempo que eso. Eso lo vemos constantemente.

—Luego entramos en una nueva fase. Lo que entonces sostiene la relación son los hijos, el matrimonio, proyectos comunes y el interés. Y otras hormonas. Del tipo oxitocina y...

—Un momento, Patrik. No sé lo que habrás leído, pero lo que me estás exponiendo ahora es lo que se suele llamar un modelo biológico. Seguramente sea correcto, pero creo que los modelos biológicos no se sostienen completamente como método para explicar el comportamiento humano. Sobre todo, hablan muy poco de lo que significa ser un ser humano. De sus sentimientos.

—Pues a mí me parece que se ajusta bastante bien a la realidad —murmura Patrik.

—Es normal que lo creas, estando en la situación que estás.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pero Patrik —hago una pausa en la que intento encontrar una manera de decirlo, una que explique sin ofender ni reducir—, te acaban de abandonar.

Te sientes engañado, humillado y desilusionado. Es obvio que una teoría que nos describe a todos como seres dominados por los instintos te encaje a la perfección.

—¿O sea, que no crees que sea cierto?

—No he dicho eso. Solo quiero decir que no es toda la verdad. Creo que hay muchas otras maneras de explicar lo que es el amor. La explicación puramente biológica no es más que una entre las muchas que se pueden aplicar al fenómeno. Puedes considerar el amor desde una perspectiva cultural, social o cognitiva. O teológica, si quieres. Aunque no es algo de lo que sepa gran cosa. Pero si por ejemplo hablaras con un sacerdote, sin duda te daría otra versión. ¿No crees?

—No conozco ni a un solo sacerdote.

—Yo tampoco. —Sonrío—. Pero esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿tú qué crees?

De pronto noto que se me encienden las mejillas. ¿Qué sé yo del amor, en realidad? ¿Qué es lo que nos mantiene juntos, a mí y a Markus? ¿Mi soledad y mi miedo? ¿Su perseverancia y su paciencia para con mis paranoias? ¿El niño que crece en mí? ¿La oxitocina, la serotonina y la testosterona?

—Hubo un filósofo que se llamaba Kierkegaard —empiezo a decir.

—Sé muy bien quién es Kierkegaard, ¡joder!

La voz de Patrik suena ronca y mordaz. Mis mejillas arden y de pronto me siento como una usurpadora, como alguien que simula ser terapeuta, que ha tomado prestada la sala con la mesita y las butacas forradas de piel de oveja. Que ha robado una cajita de Kleenex y una libreta de notas para que todo parezca creíble.

—Kierkegaard dijo... —Me llevo las palmas de las manos a la cara para refrescarme las mejillas, pero están demasiado calientes y húmedas, así no hago más que transmitirle mi inseguridad a Patrik—. Hablaba de un salto, de un «leap of faith», un salto de fe, que dan los seres humanos al enamorarse, o cuando creen en Dios. Es algo ilógico. Se trata de atreverse a creer y soltarse, dejarse llevar, y resulta imposible explicarlo mediante argumentos racionales. Y, al contrario, siempre existe la duda cuando creemos que es la parte racional de nosotros la que debe decidir. Por lo tanto, no existe la fe sin la duda. Y no existe el amor si no nos atrevemos a dejarnos llevar y dar ese salto. Aunque racionalmente sepamos que nos podemos hacer daño.

Patrik me lanza una mirada oscura. Se hunde aun más en la butaca. Se retuerce el pelo de color paja entre los dedos con la boca apretada en una fina y exangüe línea.

—¿Realmente te crees esa mierda?

Su comentario me deja sin habla, por primera vez durante nuestras charlas. Porque realmente tiene cierta razón. Porque si lo creyera, entonces debería atreverme a dar el salto.

Dar el salto. Dejarme llevar.

Se saca la lata de rapé del bolsillo trasero sin soltarme con la mirada, se mete con destreza una pizca debajo del labio inferior y susurra:

—No, claro, ya me lo parecía.

Recobro lentamente la compostura.

—Lo único que pretendía decir es...

—Sé lo que querías decir, pero no me lo creo. De hecho creo que todo es tan condenadamente trivial y mierdoso como parece. Que el sentimiento de amor existe para que nos reproduzcamos con el individuo adecuado. Que lo que mantiene a la gente junta son las cuestiones prácticas, el dinero, los hijos, todo el conjunto de mierda que poseemos. Y el amor... A veces parece que sobre todo sea una excusa para hacer lo que nos dé la gana. Herir, controlar, maltratar... La gente comete errores y luego le echa la culpa al amor. Todos los tíos que pegan a sus novias o esposas sostienen luego que también lo hicieron por amor, ¿no es cierto? La gente mata y luego dice que lo hizo por amor... Los enamorados son personas al límite de la psicosis, ¿lo sabías?

Me mira retador. Busca mi confirmación.

—Hay las mismas sustancias señal en el coco de alguien que está enamorado como en el de alguien que está loco. ¿Lo entiendes? El amor es un peligro mortal. Dios nos libre del amor.

Abro la boca para refutar su afirmación, para defender el amor, pero me quedo callada. A lo mejor tiene razón. Por la ventana veo cómo revolotean unos enormes copos de nieve sobre Medborgarplatsen. Remolinean a la luz de las farolas, bailan en el aire, cubren la plaza con una alfombra blanca y mullida.

—Está nevando —digo.

Pero Patrik no me contesta.

Hemos quedado en uno de los café de Söderhallarna. Sé que Aina tendría alguna que otra objeción que hacer si supiera que nos vemos fuera del grupo, pero no tengo fuerzas para molestarme en saberlo. Aina se ha vuelto aún más irascible y distante. Desde que se terminó su relación con Carl-Johan es imposible llegar a ella y a menudo me regaña y me corta.

El mercado está abarrotado de gente y huele a lana mojada. Están celebrando una especie de espectáculo, un aniversario, y hay un montón de gente que quiere comprar cerdo de granja o quesos suecos de postre a un precio especialmente económico. Me siento a una mesa y contemplo a un mago que hace juegos de cartas delante de un grupo de niños que lo miran con ojos grandes. Sin que me dé cuenta, ella se sienta a mi lado.

Lleva el pelo recogido en su habitual coleta. Está pálida, demacrada. Parece más delgada. Desgastada. Nota mi mirada y sonríe con una sonrisa torcida.

—Lo sé. Tengo un aspecto horrible. Otra vez.

Sacudo la cabeza. A pesar del cansancio es guapa de una manera casi hipnótica. Como si la iluminara un fuego interno.

—¿Te has enterado de algo? ¿Sabes algo de Henrik?

Se encoge de hombros abatida.

—Nada. No saben nada, o al menos a mí no me dicen nada. No entiendo cómo puede desaparecer sin más. Alguien tiene que haberle ayudado. Debe de haber alguien que lo mantiene oculto en algún lugar. De vez en cuando tengo la sensación de que está cerca. Que me persigue, pero eso es una locura. ¿O qué?

—¿Has hablado con la policía? ¿Les has dicho que crees que te vigila?

—Sí, he hablado con la policía y han instalado una alarma en mi casa y una línea directa con el 112 y no sé qué más. Lo que sí te puedo decir es que ahora me toman en serio. Después de que Hillevi...

Se queda callada y baja la mirada. Parece estudiar la mesa detalladamente, pasa el dedo por un arañazo en la superficie.

—Y Tilde, ¿crees que se ha llevado a Tilde?

Kattis levanta la mirada, me mira a los ojos.

—No lo sé, no es propio de él meterse con niños.

Las dos nos quedamos en silencio un rato. Pienso en Tilde, en la fotografía del diario de la niña de cinco años desaparecida. Unas finas trenzas castañas, una boca alegre. Una niña pequeña que primero fue testigo del asesinato de su propia madre y luego desapareció. Me pregunto si seguirá viva.

—De todos modos, me he tomado unos días de fiesta. No tengo fuerzas para ir al trabajo. Es difícil dar a los demás cuando te sientes tan vacía. ¿Crees que está mal? —pregunta Kattis, y me mira fijamente. Parece buscar alguna señal de aprobación o desaprobación en mi cara.

—No creo que tengas que sentirte mal por ello. Quiero decir, al fin y al cabo esta es una situación extrema.

—Hoy se iban de excursión, con pernoctación. Van al Universeum, el museo de la ciencia de Goteburgo, y se quedarán a dormir en un hotel. El Centro de Empleo, quiero decir. Solemos hacer este tipo de cosas con los jóvenes, ya sabes. Muchos de ellos son especiales, no tienen demasiados contactos sociales. Nos convertimos en sus padres, sus amigos y sus empleadores. Solo que de vez en cuando se hace muy duro... —Kattis vuelve a bajar la mirada, remueve el café con leche y mira al mago que ahora ha empezado a sacar monedas de plata de detrás de la oreja de un niño pequeño.

Y de pronto siento un nudo frío en mi estómago. Tardo un rato en ser capaz de formular el pensamiento conscientemente.

—Oye, tu cliente, el que estaba allí cuando pasé por tu oficina. ¿El chico de la moneda?

Kattis asiente con la cabeza y echa una mirada indiferente por la cafetería.

—¿Tobias? ¿Qué pasa con él?

Pienso en la conversación de Vijay y Markus. De cuando hablaron de lo que Tilde dijo, sobre el dinero que cogió el asesino. De que el asesino sabía hacer trucos de magia. Y veo a los niños agolparse alrededor del mago de la moneda.

—¿Dijiste que estaba un poco enamorado de ti?

—Enamorado... Bueno, no sé. Supongo que estará un poco fascinado por mí. Ya sabes, anda tras de mí todo el tiempo. Me trae pequeños regalos, intenta invitarme a salir. De algún modo siempre se las apaña para estar cerca de mí. Me sigue como un perrito, literalmente. A veces tengo la sensación de que lo sabe todo de mí. Apunta cosas que digo en una libreta.

Kattis suelta una risita y toma un sorbo del café.

—¿Apunta cosas que dices?

Me siento mal. Lo que Kattis describe no parece un enamoramiento inocente, sino algo muy distinto. Dentro de mí oigo la desnuda y dolida voz de Patrik durante la conversación que mantuvimos recientemente. La conversación acerca del amor, no del bonito y romántico amor, sino del amor oscuro y violento que nos lleva a hacer cosas que no deberíamos, a perder el control. El amor que hace daño, que duele.

—Bueno, ya sabes. Cuando hemos estado hablando y estas cosas. Al fin y al cabo, es uno de esos chicos que no tiene a nadie, podríamos decir. Nos hicimos amigos. Luego me pareció que habíamos llegado demasiado lejos, que nos habíamos acercado demasiado, ¿entiendes? Le sorprendí escuchando

mis conversaciones telefónicas. Y una vez me siguió a mí y a mis colegas por la ciudad, después del trabajo.

—Oye, eso no suena del todo bien.

Kattis sonríe y agita los delgados brazos en un gesto de disculpa.

—Tobias es completamente inofensivo. Te lo juro.

—¿Sabe todo lo de Henrik?

Kattis se queda en silencio y me mira con una mirada vacía, como si no comprendiera la pregunta.

—¿Henrik?

—Sí, que estuvisteis juntos. Y que te pegaba.

Asiente lentamente con la cabeza y observo que el rubor se propaga por sus blancas mejillas de porcelana.

—Sí, lo sabe. Pero no me preguntes cómo. En todo caso yo no se lo he contado. Es posible que se lo haya oído decir a alguien en el trabajo. Una vez dijo que me salvaría de él. Eso es un poco raro, la verdad. Mi héroe es un muchacho de veinte años que no es precisamente un dechado de inteligencia.

En el pequeño escenario, la actuación ha concluido. El mago se ha quitado el sombrero y el público se ha dispersado. Siento mi cuerpo rígido y frío. Noto un incipiente dolor de cabeza, el habitual malestar vuelve a manifestarse. Toda esta gente, todo este ruido. Todos estos olores. Una mezcla de olor a frito y a pan recién hecho, y por debajo de estos, un leve acento a carne cruda y sangre. Tengo que tragar saliva varias veces para no vomitar sobre la mesa.

—Kattis, sé que esto puede sonar un poco extraño, pero ¿crees que sería capaz de hacer algo violento? ¿Es peligroso?

—Peligroso, ¿quieres decir si sería capaz de hacerme daño? —Kattis parece divertirse—. Pues no, creo que sé cómo manejarlo. Como ya te he dicho, es manso como un cordero.

—Quiero decir, ¿podría ser peligroso para otros? Para Henrik, por ejemplo, o para Susanne.

Kattis me mira escéptica y una arruga crece lentamente entre sus cejas.

—¿Por qué iba a hacerle daño a Susanne? Eso es enfermizo, perdona que te lo diga. De acuerdo, a lo mejor podría meterse con Henrik, pero ¿con Susanne? No es lógico.

—¿Puede haberte oído decir algo de ella? ¿Algo que a lo mejor pueda malinterpretarse, o tomarse al pie de la letra?

Kattis se queda en silencio. Cierra los ojos. Luego niega lentamente con la cabeza.

—No es posible. ¿Estás pensando lo que yo creo que piensas?

—¿Has dicho algo de Susanne, algo que pudiera malinterpretarse? ¿Algo que una persona ingenua a quien gustas mucho podría malentender?

Kattis vuelve la mirada hacia mí. Sus ojos se oscurecen, brillan. De pronto parece asustada.

—Eso es imposible, no puede ser.

—¿Qué has dicho?

—No me lo creo.

Sacude la cabeza con tal violencia que la coleta vuela de un lado a otro de su cabeza, como un látigo.

—Kattis, haz el favor, piensa. ¿Qué le dijiste?

Suspira hondo, se retuerce y vuelve a bajar la mirada, recoge unas migas de la mesa.

—Que es una guarra —susurra—. Que me quitó a Henrik. Que pegaba a esa pobre niña, Tilde. Que deseo que esté muerta. Pero no se lo dije a él. Lo hablé con una chica con la que trabajo, y con otros amigos por teléfono. Fue al principio. Justo cuando se acabó entre nosotros. Al fin y al cabo, seguía estando enamorada de él... Pero no lo decía en serio... Estaba destrozada. Son estas cosas que se dicen cuando estás mal. ¡Yo nunca... nunca!

—¿Y Tilde? ¿Crees que Tobias puede haberse llevado a Tilde?

Kattis levanta lentamente la mirada de la mesa, me mira con unos ojos oscuros y contritos.

—¿Sabes qué? Es muy raro. —Detecto la duda en la voz de Kattis. El tormento—. Veamos, él me preguntó hace unos días qué cereales suelen gustarles a los niños pequeños. Y con qué juegan.

Vuelvo a ver la imagen de la niña. La fotografía de la guardería, grotescamente ampliada, en todas las portadas. La niña alegre de las trenzas. ¿Realmente puede ser verdad?

—Háblame más de Tobias. ¿Alguna vez se había mostrado agresivo?

Kattis baja la mirada, hunde la cara entre las manos, como si tratara de concentrarse, o tal vez esté llorando. Al rato se frota la cara y me mira, y yo intuyo las lágrimas.

—Sí, sí, sí. Se ha mostrado violento alguna vez. Aunque nunca desde que está con nosotros, en el Centro de Empleo. Creía que iba por buen camino. —Kattis hace una breve pausa y de pronto se agarra a la mesa, como si estuviera a punto de caerse—. Dios mío, imagínate que la tiene allí, en su casa. ¿A lo mejor deberíamos llamar a la policía? ¿O acercarnos nosotras? A casa de Tobias, claro. Pero él no está en casa, está en Goteburgo con sus compañeros.

Si es como tú dices, entonces podríamos acercarnos allí y buscarla. Francamente espero que te equivoques. La imagen que tengo de Tobias es que es inofensivo. Un poco desequilibrado, sí, pero inofensivo. Pero si es tal como tú crees, entonces deberíamos intentar ayudarla, ¿no es cierto?

—¿Cuánto tiempo estará en Goteburgo?

—Vuelven mañana.

Al otro lado de la ventana, la nevada arrecia. Veo a niños revolcándose en la nieve recién caída, echados boca arriba haciendo ángeles, lanzando bolas de nieve contra la fachada de la biblioteca. La visión de los niños se vuelve casi físicamente dolorosa. Hago un gesto con la cabeza hacia Kattis.

—Haremos lo que dices, iremos hasta su casa. Podemos llamar a la policía de camino.

Cuando cruzamos Medborgarplatsen en dirección al pequeño coche de Kattis caigo en la cuenta del extraño silencio que nos envuelve. De pronto deja de oírse el tráfico y a la gente que vislumbro en la oscuridad. La nieve se mete por dentro del cuello de mi abrigo, por el borde de mis botas de caña baja, irremediablemente gastadas y poco prácticas. Me ciño la bufanda, me detengo un segundo para descansar. Desde que estoy embarazada me quedo sin aliento muy pronto. Sin aliento, con ganas de hacer pipí e indispuesta. Mi estado no tiene nada de bendito ni de romántico. Siento que no es más que un único y largo tránsito hacia la vida en familia que he intentado desesperadamente eludir durante los últimos años.

En Götgatan, el tráfico a duras penas avanza. Los coches ya han convertido la alfombra blanca y algodónada en un lodazal de color pardo.

Kattis se abre camino a través del tráfico, se mete entre los carriles y le toca furiosa el claxon a un coche que se ha detenido.

—Realmente espero que estés equivocada. Pero si hay algo de cierto en lo que dices, todo es culpa mía. Todo.

Su voz suena apagada y estruja el volante con tanta fuerza que sus nudillos empalidecen. Cruzamos el puente de Skanstull. Debajo, dormitan los baños de Eriksdal bajo la capa de nieve. Cuando llegamos a la altura de Gullmarsplan, Kattis parece vacilar un segundo, pero entonces coge el desvío en dirección a la E 4.

—Tú lo conoces bien. ¿Tú qué crees, puede haberlo hecho? ¿Puede haberse llevado a Tilde?

Kattis se retuerce en el asiento. Se sube la cremallera del grueso anorak con los bordes de piel, como si tuviera frío a pesar de la calefacción del coche, y me mira con una mirada aterrorizada.

—No lo sé.

—Pero ¿tú qué dirías?

Kattis vuelve a retorcerse y me doy cuenta de que la conversación le resulta desagradable.

—Es posible —dice finalmente—, es posible que lo haya podido hacer. Es lo bastante ingenuo y desequilibrado. Y como ya te he dicho antes, sí se ha mostrado violento en otras ocasiones. Se ha metido en peleas, y cosas así. Sin embargo, no creo que...

Me echo hacia delante y rebusco en mi bolso entre papeles, monedas y chicles. Saco el móvil.

—Voy a llamar a Markus.

Kattis asiente brevemente con la cabeza. No parece haber oído lo que he dicho.

El teléfono de Markus está apagado y se conecta el buzón de voz. Dejo un mensaje, le pido que me llame.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurro.

—Vamos. Si Tilde está allí puede ser urgente.

—¿Dónde vive?

—En el campo, en las afueras de Gnesta, a unas seis o siete millas al sur de Estocolmo. Tengo GPS.

Avanzamos en silencio en el pequeño coche de Kattis. Fuera pasa un suburbio detrás de otro en la oscuridad: Ålvsjö, Fruängen, Sättra, Skärholmen. En todas las poblaciones de hormigón por las que pasamos: gente como nosotras, acurrucada en sofás y camas, avanzando con dificultad en la nieve, cargada de bolsas de la compra. Almas solitarias en medio de la compacta oscuridad invernal escandinava. Todos ellos con sus sueños y problemas, sus esperanzas y sus desengaños. Pienso en ello y de pronto me sobreviene: la certeza de quién es el verdadero autor.

—*Love fucks you up* —mascullo.

—¿Qué?

Kattis parece desconcertada, escudriña mi rostro como si acabara de decir algo que me califica para el traslado inmediato al psiquiátrico. Me río brevemente, como para quitarle el aguijón a lo que acabo de decir.

—Siempre se trata del amor —digo, sin dar más explicaciones. Pienso en Patrik en la butaca de los pacientes: destrozado, rechazado, humillado. Y Sven, abandonado por su mujer después de treinta años juntos. Su mirada vacía, su acre aliento alcohólico, sus manos temblorosas. Y Aina, su semblante dolido, rígido y controlado cuando me contó que Carl-Johan estaba casado, que tenía esposa, hijos y casa en Mälärhøjden.

¿Y si fuera posible vivir sin amor? ¿Y si nos bastáramos nosotros mismos, seríamos entonces libres? ¿Disminuiría el dolor, desaparecería? En tal caso, ¿se habría quedado Hillevi al lado de un hombre que le pegaba? ¿Habría Sirkka dedicado toda su vida adulta a cuidar de un hombre descontento que la maltrataba? ¿La madre de Sofie habría aceptado que su nuevo marido pegara a su propia hija?

Pienso en lo que me dijo Vijay hace unas semanas, que no se trata de amor, que se trata de poder. Y pienso que estaba equivocado, o que en todo caso su explicación era insuficiente. Porque al fin y al cabo es el amor que le concede el poder a un ser humano sobre otro, que hace que acepte lo inaceptable, que soporte lo insoportable.

Cierro los ojos y veo a Tobias ante mí, el pelo oscuro, casi negro, los ojos hundidos. La moneda que baila por encima de sus nudillos. Me imagino que su amor por Kattis es del tipo obsesivo: absorbente, intenso, agri dulce. Para él, ella es inalcanzable, es imposible acercarse a ella realmente. Al fin y al cabo, ella es su asesora. La relación que ella tiene con él es la misma que yo tengo con mis pacientes. Tal vez lo hizo para llegar a ella, para mostrarle que es digno de ella.

Y Stefan, siempre Stefan.

A pesar de que está muerto no consigo dejar de amarlo. Ese maldito amor se entromete desde el otro lado. Se impone como una grieta en mi alma, una cuña entre la realidad y el sueño que hace que el pasado se filtre en mi vida, en mi realidad, como el agua de un sumidero.

De pronto vuelvo a sentirme mareada y el sudor brota en mis sienes. El abrigo me aprieta alrededor del cuello. Me lo desabotono de un tirón y me vuelvo hacia Kattis:

—¿Podrías parar un momento? Tengo que...

—¿Aquí? ¿En mitad de la autopista?

—¡Por favor!

Parece que se ha dado cuenta de que me siento mal porque se mete en el arcén y pone las luces de señalización.

—Date prisa, no estamos muy bien aquí. —Abro la puerta de un empujón y salgo a la oscuridad, a la densa nevada, al frío reparador. Avanzo hasta la cuneta, me agacho y hundo las manos en la nieve. Vomito algo indefinible. Descanso un momento, hasta que las manos empiezan a dolerme de frío. Entonces hago una bola con la nieve recién caída y me froto la frente y alrededor de la boca, me incorporo despacio y vuelvo al pequeño coche rojo.

Cuando me siento al lado de Kattis, ella ha puesto la radio. Una grave música soul inunda el angosto espacio, Kattis baja el volumen y me mira preocupada.

—¿Estás bien?

No, realmente no estoy bien. Mi cuerpo se ha rebelado, parece que he llegado a un punto en el que soy incapaz de ayudar, ya sea a mis pacientes, o ya sea a mis amigos y, además, tenía que haberseme ocurrido lo de Tobias mucho antes, la certeza me martiriza. De ser así, ¿seguiría Tilde en casa con su padre?

—Estoy embarazada —digo, en voz tan baja que apenas lo oigo yo. Sin embargo, Kattis sí lo oye. Veo auténtica sorpresa en sus ojos. Sonríe, pero su sonrisa parece forzada y artificial, como si le doliera en algún sitio.

—¡Enhorabuena, eso es... fantástico! ¿Es él, el policía?

Asiento con la cabeza, pienso en Markus. Sus cálidas manos, su mejilla arrugada al despertar, las legañas en sus ojos azules. En cómo abraza mi barriga por las noches, como si quisiera proteger al niño que está allí dentro de todo mal. Como si realmente pudiera protegerlo de la maldad del mundo.

—No estaba previsto —digo, y me arrepiento de mi comentario al instante porque siento que vuelvo a traicionar a Markus contando que de ningún modo había planeado tener un hijo con él.

Kattis aminora la marcha violentamente y derrapamos en el aguanieve.

—¡Maldita sea!

En algún lugar delante de nosotras, en medio de la oscuridad, vislumbro unos destellos azules y una larga caravana de coches que se ha formado en la cuesta que conduce hacia Vårby. Kattis pone los limpiaparabrisas a toda marcha. Sin embargo, no alcanzamos a ver más allá de diez metros por delante del coche. Vuelve a subir la música, como si no quisiera hablar, mira hacia los destellos azules que se acercan lentamente.

Examino su perfil en la oscuridad, veo los destellos azules barrer sus mandíbulas finamente dibujadas y sus marcadas cejas. Me pregunto si realmente la conozco, si sé lo que se mueve en su cabeza. Lo que en realidad

piensa de mí y de Aina, de lo que le ocurrió a Susanne y Hillevi. De Henrik y Tilde.

Entonces llegamos a la altura del accidente. Un camión aparentemente intacto se ha detenido en mitad de la calzada, pero al pasar veo el pequeño utilitario que se ha empotrado en la parte delantera: una bola de chapa, como de papel de estaño arrugado. Se me cierra el estómago.

—Sigán recto hacia delante —dice la voz enlatada del GPS.

—¡Mierda! —exclama Kattis—. Espero que hayan sobrevivido.

Asiento con la cabeza, incapaz de responder. En su lugar, miro hipnotizada a los bomberos y la policía que se mueven por el lugar del accidente. Entonces alguien golpea el cristal. El agente de policía agita la mano irritado para que avancemos, «¡Es increíble que todo el puto mundo tenga que detenerse para mirar!», le oigo gritar, y Kattis pisa el acelerador con tal ímpetu que el coche da un brinco hacia delante en la nieve.

No sé por qué, pero de repente siento curiosidad por Kattis. Me ha hablado muchas veces de la relación que mantuvieron ella y Henrik: de cómo se conocieron, y que la relación pasó de intensa y amorosa a ser destructiva. Pero de pronto caigo en la cuenta de lo mucho que desconozco de ella y de su vida.

—¿Qué otros novios tuviste antes de Henrik?

—¿Antes de Henrik?

Me mira sorprendida, con la boca abierta, como si fuera a decir algo, pero no encontrara las palabras.

—Sí, porque supongo que...

Su boca se abre en una amplia sonrisa, y una vez más me asombra lo guapa que es cuando sonrío.

—La verdad es que muchos.

No puedo evitar devolverle la sonrisa. De pronto me recuerda a Aina. Sin embargo, el dolor vuelve a aparecer rápidamente en su rostro.

—Siempre me ha costado un poco dejar de flirtear con los hombres. A lo mejor tú podrías explicarme a qué obedece esa necesidad. Y por qué no soy capaz de dejar de hacerlo. Porque si es como tú crees que es, tal vez todo esto se deba a que he flirteado demasiado con Tobias. Tendría que haber marcado las distancias con más contundencia. Debería de haber dado marcha atrás.

Mira por el parabrisas con el rostro hermético. Fuera, la nevada se ha transformado en una verdadera tormenta. Avanzamos a una velocidad muy

baja por la E 4. Delante de nosotras, la cola de coches serpentea en dirección sur, como un gigantesco gusano de luz se arrastra hacia delante a la velocidad de un caracol.

Echo un vistazo hacia la tormenta de nieve, lo único que se oye es la música soul y el chirrido de los limpiaparabrisas. De pronto siento como si estuviéramos solas en el mundo, Kattis y yo. Que lo único verdaderamente real es el pequeño Golf rojo que patina en la nieve recién caída. Markus parece estar muy lejos. También Aina y la consulta. Incluso el niño que llevo en mi vientre parece un remoto sueño. La nieve que se coló en mis botas y por debajo del cuello de mi abrigo hace tiempo que se derritió para convertirse en una película pegajosa en mi cuello y mis tobillos.

—Vamos a tardar un rato —murmura Kattis sin mirarme.

Cuando tomamos el desvío hacia Gnesta y Mölnbo observo que un coche con los faros delanteros averiados se ha colocado justo detrás de nosotras. Me resulta conocido y me pregunto, por un breve instante, si no lo habré visto antes, en el lugar del accidente, en Vårberg.

Por un momento me pregunto si esto no será una mala idea, si no será todo un producto paranoico de mi imaginación desenfrenada. Si el embarazo y las hormonas me han hecho perder el juicio, y me entran ganas de gritarle a Kattis que detenga el coche. Que demos media vuelta y volvamos a Estocolmo. Pero entonces vuelvo a ver a Tilde ante mí y pienso en las extrañas preguntas sobre cereales y juguetes.

—En el siguiente cruce, gire a la derecha.

Ahora ya ni siquiera vemos los contornos de los edificios por los que pasamos, solo intuimos las siluetas de los enormes abetos que nos envuelven a ambos lados de la carretera. Es noche cerrada, la nieve forma torbellinos a nuestro alrededor, refleja la luz de los faros. Solo se oye la música, y de vez en cuando las instrucciones mecánicas del GPS. En algún lugar, a nuestra izquierda, vislumbro un edificio y aparecen unas farolas como bengalas en medio de la tormenta de nieve, que nos indican que estamos entrando en una zona más poblada.

—Gnesta —murmura Kattis. Atravesamos el oscuro centro desierto, si es que se puede llamar así, porque apenas hay un puñado de establecimientos en un cruce de calles: un videoclub, un restaurante de kebabs, una pizzería. Un solitario letrero se balancea al viento frente a la tasca del pueblo,

informándonos de que una cerveza fuerte de medio litro cuesta treinta coronas. Parece una ciudad fantasma.

Kattis gira al llegar a un camino menor que parece conducir directamente al bosque, lejos de las edificaciones. Me vuelvo y oteo, vislumbro los faros delanteros de un coche en algún lugar detrás de nosotras, me parece ver que uno de ellos brilla menos que el otro, pero el tiempo es demasiado malo para que pueda determinar si es el mismo coche de antes.

Kattis entorna los ojos y mira a través del parabrisas. La visibilidad es prácticamente nula y el mundo que nos rodea parece estar integrado por nieve, y nada más que nieve. El firme se torna irregular y nos obliga a aminorar la marcha. El coche da tumbos hacia delante y hacia atrás, oigo cómo algo duro golpea contra los bajos, como si hubiéramos chocado con una piedra.

—Pronto —susurra Kattis—. Pronto.

—En el próximo cruce, doble a la izquierda.

Entonces Kattis pisa el acelerador para subir una pequeña cuesta. El coche vuela por encima de la cúspide y sigue adelante por el otro lado. Entre los oscuros árboles distingo una empinada bajada y veo que el camino gira a la derecha. Kattis frena, pero en lugar de obedecer, el coche patina y avanza derecho hacia el muro de robustos abetos.

—¡Mierda! —exclama con voz ronca.

Nos deslizamos a toda velocidad contra un enorme tronco de abeto. El estampido es ensordecedor. El sonido de cristales rotos y metal que se retuerce hasta lo irreconocible inunda la carrocería. Luego el silencio. Lo único que se oye es el sonido de los limpiaparabrisas que siguen moviéndose al otro lado del cristal roto; como la pata de un insecto moribundo se desplaza espasmódico ante mis ojos.

La nieve entra en remolinos por las ventanillas. Me sacudo los cristales de las rodillas y me vuelvo hacia Kattis que está sentada con la cabeza apoyada en el volante.

—¿Estás bien? —pregunto, y poso la mano sobre su hombro.

Pero Kattis no contesta, solo gime levemente.

La agarro del hombro bruscamente, la zarandeo.

—Di algo.

—Mi pierna —chilla Kattis.

—Siga recto —dice la voz metálica, indiferente ante lo que acaba de ocurrir.

Me vuelvo hacia ella y apago el motor, veo cómo sus piernas desaparecen por debajo del salpicadero, pero algo va mal. Es como si todo su asiento se hubiera desplazado hacia delante y ya no hubiera sitio para las piernas. O como si el frontal del coche se hubiera hundido y hubiera apresado sus piernas.

—Espera, ahora te ayudo.

Me abrocho el abrigo y me envuelvo la cabeza y el cuello con la bufanda. Abro la puerta del coche y me hundo en la nieve recién caída. De nuevo mis botas se llenan de esa nieve blanda.

Mis dedos desnudos avanzan a tientas por la carrocería al tiempo que me abro paso hacia el capó, solo para constatar que nos hallamos en medio de un profundo hoyo. Con mucho cuidado me meto en el agujero, oigo el sonido como de cristales que se hacen añicos cuando piso la fina capa de hielo. Al instante noto que mis botas se llenan de agua helada. Me vuelvo, uno de los faros frontales me ciega, el que sigue encendido.

El tronco del árbol sigue intacto, pero todo el lado izquierdo del frontal está aplastado y ha tomado la forma del árbol, es como si el metal abrazara el tronco. Salgo del hoyo y entorno los ojos contra el faro y la nieve que se arremolina a mi alrededor. Es imposible seguir adelante con el coche. Lo único que puedo hacer es intentar desenganchar a Kattis para que recorramos el último tramo a pie.

Rodeo el coche hasta llegar al lado de Kattis, observo que incluso la puerta está hundida. Lo único que ocurre cuando tiro de la manija es que ella empieza a gritar. Las imperceptibles vibraciones que he provocado parecen causarle un serio daño y temo lo peor. ¿Y si se ha lesionado de verdad? ¿Y si está realmente herida?

Entonces me envuelvo la mano con la bufanda. Retiro los pedazos de cristal que siguen en la ventanilla del lado de Kattis para poder meter el tronco en el coche y echar un vistazo. Con mucho cuidado, echo su cuerpo hacia atrás, contra el asiento, para poder examinarle las piernas. Gime levemente.

En la débil luz que se filtra a través del parabrisas no resulta fácil ver nada, pero cuando mis ojos se acostumbran a la oscuridad, lo veo: el metal ha apresado su pierna izquierda como un torniquete. La sangre rezuma justo por encima de la rodilla y unas manchas oscuras crecen en los tejidos.

—¿Puedes mover la pierna?

—No. —La respuesta llega directa y en voz alta. De pronto parece absolutamente lúcida—. No, y no la toques, ¿has entendido?

Detecto el pánico en su voz y asiento con la cabeza, poso la mano en su hombro.

—De acuerdo, voy a pedir ayuda por teléfono.

Kattis asiente lentamente con la cabeza y cierra los ojos. Sus labios están tan blancos como la nieve que sigue colándose en el interior del coche.

Marco el número de emergencias y para mi sorpresa me ponen en espera. La situación me resulta absurda. Impaciente, empiezo a tamborilear contra el teléfono al tiempo que oteo en dirección al negro bosque. ¿Cómo puede alguien vivir en un lugar como este? ¿En medio del bosque?

De pronto oigo una voz en el teléfono y para mi sorpresa empiezo a llorar.

Balbuceo, tengo que repetir las cosas constantemente, pero al final consigo explicar que hemos sufrido un accidente de coche y que mi amiga está herida. La mujer al otro lado de la línea telefónica me hace preguntas respecto a la respiración y la hemorragia. Me pregunta si consigo mantener el contacto con Kattis y si parece conmocionada. Le doy las coordenadas del GPS para que puedan localizarnos y la mujer me explica que el temporal ha provocado que muchos coches se hayan salido de la carretera. Que vendrá una ambulancia, pero que aún puede tardar un rato. Me explica que tengo que procurar que no pase frío y que observe su comportamiento. Después de colgar me vuelvo hacia Kattis:

—Quieren que me quede aquí contigo.

Kattis se pasa la lengua por los pálidos labios y me mira.

—Escucha, se me ha quedado atrapada la pierna, no he tenido un infarto. Todo está bien. Yo estoy bien.

Me quito el abrigo, meto la cabeza por la ventanilla rota y la cubro con él como si fuera una manta.

—Ve a buscarla. Al fin y al cabo, yo no me puedo mover. Según el GPS, la casa tiene que estar aquí mismo.

Estoy indecisa, pero Kattis parece tranquila.

—Oye, que tengo teléfono móvil. Puedo llamarte si hay algo. Estate tranquila.

Avanzo con dificultad a través del bosque, lo único que oigo es el viento que ha arreciado, el chirrido de la nieve debajo de mis suelas demasiado finas y mi propia respiración. A mi alrededor, un denso bosque de abetos que se yergue hacia el cielo nocturno. No tengo frío en los pies, se me han dormido y ya no siento el suelo que piso al caminar.

La casa está rodeada de espesa vegetación. A pesar de que no puedo ver lo que crece bajo la capa de nieve, tengo la sensación de que hace muchos años que alguien se preocupó del jardín.

Cuando me acerco descubro que no todo son plantas, como creí en un primero momento. A la derecha hay un par de viejos coches desguazados, hundidos en la nieve, como cadáveres que alguien ha traído a rastras. Al lado se amontonan los neumáticos de coche en unas pilas altas. A mi izquierda distingo los contornos de un carro de la compra patas arriba. Solo las pequeñas ruedas despuntan por encima de la capa de nieve. Frente a la escalera se yergue un montículo cubierto de nieve que rápidamente descubro que, en realidad, es una lona que cubre otra cosa, tal vez leña o todavía más desechos. En la escalera se amontonan lavadoras viejas, microondas y ruedas de bicicleta. Hay una escalera de mano vieja y rota apoyada contra la fachada.

La casa en sí es de ladrillo amarillo y parece haber sido construida en los años cincuenta. Una cálida luz brilla desde las ventanas de la planta baja y dibuja unas franjas doradas en la nieve.

Todo está en silencio.

A mi alrededor se arremolina la nieve, va envolviendo lentamente la triste colección de electrodomésticos extintos y de coches jubilados del jardín. Con dedos trémulos retiro la nieve de algo que parece una vieja calandria y me siento encima para recuperar el aliento. Hace un frío terrible. Desearía que alguien me hubiera acompañado: Aina, Markus, Vijay, Hillevi.

Por alguna razón es precisamente Hillevi quien emerge en mi mente. No hubiera estado de más tener su calma y su confianza en medio de este bosque.

Entonces oigo algo en la oscuridad detrás de mí. Suena como si un cubo de latón vacío se hubiera caído al suelo. Es un sonido metálico y hueco. Me vuelvo. Miro hacia la oscuridad, pero lo único que veo es la nieve que baila en mitad de la noche. ¿Es posible que no esté sola aquí? ¿Tobias? Sin embargo, no veo pisadas en la nieve alrededor de la casa. Y, además, Tobias está en Goteburgo. Lejos de aquí.

Tras un segundo de titubeo me decido, recorro el último trecho hasta la casa y me deslizo a lo largo de los muros. Echo un vistazo a través de la ventana iluminada. Pienso en lo fácil que resulta mirar al interior, pero que no soy visible desde dentro.

Veo el interior de una cocina. Las encimeras están abarrotadas de cacerolas, ollas y fuentes. Los platos sucios se amontonan por todas partes. Hay viejas cajas de pizza esparcidas por el suelo de linóleo a cuadros amarillos y blancos. No se ve a nadie. La casa parece desierta y me acerco a

la puerta principal, subo las escaleras y agarro el pomo. La puerta se abre sin ejercer resistencia.

El vestíbulo está a oscuras y está lleno de cajas con revistas. Noto el olor a cigarrillos y de algo más: comida, aceite, café, ropa vieja sin lavar. El inconfundible olor que suele haber en las casas de personas muy mayores. Un hedor a cerrado que me provoca náuseas, que evoca imágenes de cenas demasiado largas en casa de la vieja tía soltera de papá. Asado de carne de res con salsa marrón y pepinillos. Carquiñolis. Y luego el olor a moho de un cuerpo de mujer desaseado y a mugre incrustada que impregnaba todo el festejo.

En el suelo, delante de la puerta, hay un rayador y un par de botas de agua de mujer. Me agacho para examinarlas detenidamente, pero antes de que me haya dado tiempo a coger la bota, una figura se abalanza sobre mí. Tardo un segundo en descubrir que es un perro. Un gordo y viejo golden retriever. El perro parece contento de verme, da brincos a mi alrededor y me lame las manos como si fuéramos viejos amigos.

Me tiemblan las piernas y sigo avanzando cautelosamente a través del vestíbulo. Tras la puerta de la derecha hay un comedor. Todas las superficies están cubiertas de envases de papel, periódicos y revistas. Sin embargo, todo está apilado en pulcros montones. Como si de hecho la persona que vive aquí hubiera intentado establecer algún tipo de sistema en el caos que parece reinar en la casa.

De pronto un ruido agudo. Como cuando un niño sopla una flauta dulce con todas sus fuerzas. Mi corazón se desboca y una extraña flojera se propaga rápidamente por mis piernas entumecidas.

Unas diminutas figuras saltan de un antiguo reloj de cuco que cuelga en la pared, sobre la mesa del comedor. Anuncia que son las seis. Respiro pesadamente, noto cómo el malestar se extiende por mi cuerpo. Doy media vuelta y salgo de la habitación.

Por el otro lado, el vestíbulo da a un cuarto de estar. La puerta está casi taponada por objetos. Viejos esquís, cañas de pescar, una máscara de soldar, cajas con botellas vacías de refrescos que reconozco de mi infancia: Trocadero, Sockerdricka, Pommac. Avanzo lentamente hacia el salón, tropiezo con una clase de paquete plastificado que hay en el suelo, me agarro a una cortina para no caerme. El polvo de la tela se libera y colma el aire, lo torna granulado y dificulta la respiración. Toso. Noto cómo se me cierra la tráquea.

La estancia está repleta de pesados y oscuros muebles de época. En algunos sitios, los muebles están apilados uno encima del otro. Sillas encima de mesas. En las paredes cuelgan reproducciones de paisajes, niños llorando y veleros. Unas cortinas de terciopelo de color mostaza cubren todas las ventanas, me impiden mirar a fuera.

Detrás tengo al perro, que me sigue por todos lados. Las garras golpean contra el parqué gastado. No hay ni rastro de la niña. Me siento estúpida y por primera vez me pregunto qué estoy haciendo aquí. No tiene ningún sentido. Tilde no está aquí.

Cuando cae el golpe estoy absolutamente desprevenida. El dolor es agudo y punzante, y unos puntos incandescentes bailan delante de mis ojos. Noto que unos brazos fuertes me rodean por detrás y una mano se cierra sobre mi boca. Me llega una extraña mezcla de aftershave y sudor. Intento volver la cabeza y vislumbro un pelo oscuro y una piel cubierta de espinillas.

Tobias.

—Has venido, a pesar de todo, maldita hija de puta —me bufa al oído.

—Tilde —mascullo.

—¿La niña? ¿Quieres a la niña?

Intento asentir con la cabeza.

—Has tenido suerte de que siga aquí. No te preocupes, ahora te llevaré con la niña. Por supuesto.

Empieza a arrastrarme de vuelta al vestíbulo, pasando por los montones de papeles y los muebles apilados. Intento bajar los pies, intento andar sola, pero me cae un nuevo golpe rápidamente y ya no oso hacer nada. Un repentino empujón me hace trastabillar y caigo de cabeza al suelo, sin tiempo para parar la caída con las manos. Siento una patada en el costado, una patada poco precisa, casi apática, aunque lo bastante fuerte para atemorizarme más que nunca. Pienso en Susanne, en su rostro destrozado a patadas.

A mis espaldas oigo un chirrido a goznes sin engrasar y de pronto alguien tira de mí. Tobias me levanta del suelo y me empuja por el hueco de la puerta.

—Está allá arriba. En el armario ropero.

Vacilo un segundo, pero creo que dice la verdad. Creo que Tilde está allí arriba.

—¡Pero venga, sube, joder!

Tobias vuelve a empujarme hacia las escaleras y trastabillo en la oscuridad, al tiempo que oigo que la puerta se cierra a mis espaldas, seguida de un chirrido metálico.

Oscuridad.

Estoy en el desván, avanzo palpando la pared sobre la escalera, encuentro una especie de cable que se extiende hacia el interior del trastero como una serpiente. Cuando avanzo alerta, el suelo de madera cruje bajo mis pies. Fuera, el viento bordea ululante la fachada lateral de la casa. Alrededor de mis piernas se aprietan unos fardos blandos que me veo obligada a sortear. Tal vez sea ropa. ¿O revistas viejas?

Entonces siento otra cosa. El cable se termina y es sustituido por un pequeño objeto esférico. Una bombilla. Tiene que haber un interruptor en algún lado. Con mucho sigilo vuelvo atrás por donde vine, sigo el cable con los dedos, paso por encima de los bultos que hay en el suelo cautelosamente. Siento un tosco olor a moho y polvo.

Entonces lo encuentro.

El interruptor emite un chasquido cuando lo giro y de pronto el desván se llena de luz.

Y es entonces cuando la veo.

Apoyada contra la pared, como una muñeca de trapo, entre dos maletas, está medio sentada una mujer de unos sesenta años. Su rostro está cubierto de manchas moradas y parece extrañamente hinchado. Sus manos están levantadas como garras, paralizadas en una postura anormal. Su abrigo está manchado y polvoriento, como si alguien la hubiera arrastrado por el suelo. No lleva zapatos, solo un calcetín de lana gris en uno de los pies. El otro está descalzo.

Sin querer suelto un grito y reculo un paso, choco con algo y me caigo hacia atrás sobre un blando montón de revistas y de ropa vieja.

El polvo se arremolina a mi alrededor, me hace toser.

A pesar de que me he caído no puedo evitar mirarla. Hay algo hipnótico en ese cadáver. Porque me he dado cuenta de que está muerta.

Me obligo a apartar la mirada para poder echar un vistazo al espacio.

El trastero es más pequeño de lo que pensaba y supongo que estoy justo debajo del caballete. En el suelo se amontonan viejos anoraks y tejanos junto con diarios. Me agacho delante de una pila de *Dagens Nyheter* de 1989. Al lado de otros periódicos, todos ellos de 1989, hatillos amarillentos que dan testimonio de lo que ocurrió aquel año. Echo un vistazo al primero: 14 de marzo, «Kerstin Ekman y Lars Gyllensten abandonan la Academia Sueca en protesta». Cojo el diario. El papel es duro y se ha pegado, como si hubiera estado en agua. Debajo, otro diario: 25 de marzo de 1989, «Aquí se termina el rastro de Helene Nilsson, 10 años» y «Catástrofe petrolífera en Alaska».

Me pongo en pie arduamente y miro a mi alrededor. En un extremo de la estancia larga y estrecha hay una pequeña ventana con cristales cubiertos de polvo y en la otra, una puerta.

El armario ropero.

Con mucho cuidado me abro camino hacia la puerta entre las pilas de periódicos y escombros. Rodeo la mujer muerta dibujando un amplio arco, no quiero arriesgarme a tropezar con ella, a unirme involuntariamente en un abrazo con sus manos que parecen garras, con la fría piel.

—Tilde, ¿estás ahí?

Golpeo la madera sin cepillar con tanta fuerza que me clavo algunas astillas en las manos.

Nadie contesta desde el otro lado de la puerta. Ninguna voz de niña responde a mi llamada.

La puerta tiene una cerradura, pero le falta el pomo. Palpo el borde de la puerta hasta que encuentro un resquicio lo bastante grande para meter los dedos. Luego tiro de ella todo lo que puedo, hago fuerza contra la pared con el pie y la puerta cede con un suspiro y se abre de par en par.

Y allí está.

Parece más delgada que en las fotografías que vi en los diarios vespertinos. El brazo le cuelga de una cuerda sobre la cabeza en un ángulo antinatural. Tiene la cara sucia, pero veo perfectamente sus grandes y oscuros ojos que parecen mirarme sin entender lo que está pasando. Un débil olor a orina colma el pequeño espacio. En el suelo hay una manta sucia y unos moldes vacíos de bollos hechos de papel de velos.

Desato la cuerda que está sujeta a un gancho en la pared del armario ropero, me agacho y cojo el pequeño cuerpo de la niña en mis brazos.

Es tan ligera...

O sea, que eso es lo que pesa una vida. Apenas unos cuantos kilos.

Me maravilla pensarlo mientras atravieso la habitación a grandes zancadas en dirección a la escalera. La niña no se resiste. No dice nada. Simplemente apoya la cabeza contra mi hombro como si estuviera dormida.

Le tapo cuidadosamente los ojos con la mano para que no tenga que ver el cadáver de la mujer. Pienso que ya ha visto suficiente muerte y maldad.

A través de los tablones del suelo oigo a Tobias que da vueltas con pasos pesados, haciendo ruido y maldiciendo. No sé por qué me condujo hasta Tilde con tanta facilidad, pero me temo lo peor. Está a punto de pasar algo. Algo

terrible. Me siento con mucha cautela sobre uno de los fardos de ropa, todavía con Tilde en brazos. Oigo su respiración regular. Cierro los ojos. Dejo que me venza el dolor y el creciente mareo.

De pronto oigo un leve sonido, suena como si las paredes estuvieran llenas de ratas que mordisquean el material aislante. Al tiempo percibo un olor penetrante. Gasolina. El sonido aumenta y de pronto caigo en la cuenta de lo que ha ocurrido.

La casa está ardiendo. Tobias la ha incendiado.

Entre los tablones de madera sin cepillar del suelo se abren camino las volutas de humo gris azuladas y comprendo que pronto los muebles y las cajas con los escombros de años de la planta baja avivarán el fuego.

La escalera sigue a oscuras, pero la luz del trastero alcanza para que pueda ver mientras bajo a toda prisa. Cuando lo agarro, el pomo está candente y retiro la mano involuntariamente, la envuelvo en mi bufanda y lo vuelvo a intentar. Bajo la manilla ardiente, toso por el humo que entra por debajo de la puerta. Pero la puerta no se abre. Lo vuelvo a intentar. Y entonces lo entiendo: el restallido con que se cerró la puerta, el chirrido metálico que oí mientras subía las escaleras.

Ha cerrado la puerta con llave.

Con Tilde en brazos vuelvo a subir corriendo hasta el angosto trastero. Ahora se oye con toda claridad el crepitar del fuego a través del suelo, como un prolongado y silbante aullido. Oigo el estampido de cristales al resquebrajarse. Oigo ladrar al perro desde algún lugar. Insistente y alto, como si quisiera llamar la atención de alguien.

Ante mí se perfila negra la solitaria ventana contra el pontón de madera.

Con mucho cuidado dejo a Tilde en el suelo. Limpio el cristal con la manga de mi jersey y miro afuera. La nieve revolotea y me impide ver nada. Descuelgo la aldabilla y empujo con todo mi peso hasta que la ventana cede y se abre de par en par. El aire frío entra a raudales, me asomo y miro hacia abajo.

Nos encontramos a tal vez unos cinco metros del suelo. Al principio no logro ver lo que tenemos debajo de nosotras. La capa de nieve es demasiado gruesa. Luego vislumbro el contorno de algo. Tardo un rato en entender lo que es. Al principio solo veo unas piezas afiladas de metal que sobresalen de entre la nieve, pero luego caigo en la cuenta de que son los cuadros de unas viejas bicicletas desguazadas que se amontonan debajo de la ventana.

Saltar desde aquí es imposible.

Entonces veo una figura larguirucha que se aleja lentamente por la nieve. El perro lo sigue de cerca.

—¡Tobias! —grito—. No puedes dejarnos aquí. ¿No lo comprendes?

La figura se detiene un instante, se vuelve y su mirada se encuentra con la mía. No contesta. Entonces vuelve a girarse y sigue caminando sin la menor prisa.

—¡Vuelve aquí, hijo de puta!

No reacciona, simplemente desaparece en la nevada.

Me dejo caer en el suelo al lado de Tilde. A pesar de que he abierto la ventana, el estrecho trastero empieza a llenarse de humo. Tilde tose y cojo su pequeña y fría mano en la mía. Oigo que murmura algo.

—¿Qué has dicho, cariño?

—Mamá —dice—, quiero a mi mamá.

Doy un apretón a su mano. No contesto y nos quedamos allí sentadas unos segundos. Entonces noto la patada. Infinitamente ligera, como si un pajarito hubiera hecho una voltereta dentro de mí y hubiera tomado impulso contra la pared abdominal. Poso la mano en mi vientre y vuelvo a notarlo. Esta vez con mayor nitidez. Otra patadita. Otra vida.

Y sé que tenemos que salir de esta maldita casa.

Paseo la vista por la estancia. ¿A lo mejor podría formar una especie de cuerda con la ropa vieja y bajar por ella?

—Espera aquí —digo, y me pongo en pie. Doy una vuelta por el angosto trastero y recojo la ropa del suelo. Evito mirar el flácido cadáver de la mujer que descansa contra la pared. El humo se cuela por todas las grietas, oigo rugir el fuego bajo nuestros pies como una bestia hambrienta.

Rápidamente ato las piezas de ropa hasta formar una cuerda provisional. La ligo a una de las vigas sobre la ventana y me cuelgo de ella con todo mi peso para comprobar su resistencia. Cede de inmediato. Un par de tejanos se resquebrajan por la mitad. Tras años en el suelo húmedo del trastero, la tela está enmohecida y tierna.

Desato los tejanos y ligo el abrigo a la rebeca, vuelvo a tirar de la cuerda de ropa.

Ras.

El abrigo se desgarran en dos partes y el polvo de la tela se arremolina en la estancia, mezclándose con el humo cada vez más denso.

—¡Mierda!

Las lágrimas se agolpan en mis ojos, no sé si se debe al humo o a la situación. Me dejo caer al lado de Tilde.

—Tu mamá vendrá pronto —miento.
Tilde no contesta.

Estamos sentadas en silencio debajo de la ventana, oyendo cómo un par de cristales más explotan en la planta baja.

Entonces se oye una débil voz desde algún lugar. Al principio creo que proviene del interior, pero luego comprendo que viene de fuera.

Cuando me asomo por la ventana lo veo delante de la casa, en medio de la densa nevada. Con las piernas abiertas, mira hacia la ventana donde estoy yo.

—¡Ayuda! —grito. Mi voz resuena ronca y débil, pero a pesar de todo él me oye.

Corre hacia el muro de la casa y me doy cuenta de que hay algo en sus movimientos, en su grande y robusto cuerpo, en la cabeza rapada, que me resulta familiar.

—¡Salta!

—No puede ser, hay un montón de escombros debajo de la ventana, unos objetos afilados.

Busco en mi mente, recuerdo que vi algo al lado de la puerta principal antes de entrar en la casa.

—Una escalera, hay una escalera al lado de la entrada.

Sin responder se vuelve y sale corriendo hacia la fachada, desaparece entre los copos de nieve. Detrás de nosotras, un crujido, parece que el edificio en sí esté a punto de ceder. De pronto el suelo empieza a temblar bajo mis pies y estoy a punto de perder el equilibrio, porque es como si el suelo desapareciera. Pero no desaparece, simplemente cambia su inclinación. El suelo se ladea, como si estuviéramos a bordo de un velero, y me veo obligada a agarrarme al marco de la ventana para no salir disparada hacia la escalera cuando de repente el suelo se convierte en un descomunal tobogán.

—¡Mamá!

En el último momento logro coger el brazo de Tilde y evito que se deslice suelo abajo. El cuerpecito que antes me pareció extrañamente ligero ahora es plúmbeo. Con las últimas fuerzas que me quedan logro devolverla a la ventana.

—Tienes que sujetarte aquí, ¿lo comprendes?

Me mira con los ojos vidriosos sin contestar, pero se agarra obediente al marco de la ventana.

Lentamente van cayendo los cartones, las pilas de diarios y los desechos desde el suelo inclinado hasta el fuego. Con el rabillo del ojo veo cómo el cadáver de la mujer, junto con las dos maletas que tiene a cada lado, se alejan y desaparecen entre las llamas con un chisporroteo.

Entonces el hombre vuelve, aparta algunos esqueletos de bicicleta que molestan y levanta la escalera de mano contra la pared. Sin decir nada empieza a subir los peldaños. El primer madero cede y cae hacia atrás, contra el suelo, maldice, se queda estirado boca arriba y mira hacia nosotras, que estamos colgadas de la ventana, con medio cuerpo fuera.

Y es cuando descubro quién es.

Henrik.

Me sobreviene el malestar de nuevo con una fuerza que no creí posible y caigo de rodillas sobre el suelo inclinado delante de la ventana.

Y entiendo cómo ha sucedido todo.

Comprendo por qué el coche con los faros delanteros estropeados nos siguió en medio de la tormenta. Henrik a la caza de Kattis. La mujer que cree que mató a Susanne y se llevó a Tilde.

De pronto está delante de la ventana, en lo alto de la escalera. Su rostro a la altura del mío. Los ojos muy abiertos, los brazos tendidos hacia delante.

—Pásame a Tilde. La bajaré primero.

—¡Henrik! —grita Tilde, y alarga sus bracitos hacia él, pero yo la retengo, ¿cómo puedo estar segura de que tiene intención de salvarla? El hombre que mató a una mujer ante mis ojos.

Su mirada se cruza con la mía, me mira como si estuviera loca.

—Pero, por Dios, ¿no irás a creer que le haré daño? Pero si es como una hija para mí.

Veo la desesperación en sus ojos. Se vuelve a oír un fuerte crujido desde el interior de la casa y el suelo vuelve a cambiar de inclinación. Se vuelve aun más empinado. Ahora siento el calor que irradia desde la planta baja. Como si nos halláramos encima de un enorme horno. Y pienso que así es exactamente.

—Ella es lo único que me queda. La amo, ¿es que no lo entiendes?

Los ojos de Henrik se clavan en los míos y dejo que sus palabras penetren. Después de todo lo que ha pasado: ¿él la ama? Otra vez el amor. ¿Qué significa, en realidad? ¿Puedo confiar en él? Pero ¿cuál es, entonces, la alternativa? ¿Una muerte segura en una casa en llamas? ¿Una caída de cinco metros contra un montón de chatarra?

Ayudo a Tilde a subir a la ventana y él coge su cuerpecito con mucho cuidado. Le dice que se agarre a él con fuerza, que se agarre a su cuello. Y

luego baja. Yo espero unos segundos y luego salgo por la ventana, con las piernas por delante. Bajo con cautela por los inestables travesaños. Me desplomo en el suelo y me quedo echada boca arriba en la nieve.

Respiro. Oigo voces detrás de la tormenta.

Alguien que llora. Henrik. Y luego la niña que lo consuela. Le dice que todo irá bien, que no tenga miedo, que ella ya ha echado un vistazo, detenidamente, y que allí no hay leones.

Extracto del informe pericial psiquiátrico forense.

La investigación neuropsicológica indica que Tobias Lundwall sufre un trastorno del desarrollo de leve a moderado. Esto implica, más específicamente, que Tobias Lundwall en ciertos aspectos no actúa ni funciona como un individuo adulto, sino más bien como un niño en edad de lactancia.

Posee una capacidad intelectual deficiente, lo que influye en su capacidad para razonar contenidos abstractos y asimilar información del entorno. Hay que decir que es digno de mención que la incapacidad funcional de Tobias Lundwall no se haya detectado anteriormente. Asimismo, Tobias Lundwall presenta ciertos rasgos autísticos, aunque estos no se consideran de tal calibre que cumplan los criterios para diagnosticar un síndrome autista. La evaluación psiquiátrica indica, además, ciertos rasgos antisociales, esquizoides y paranoides, pero tampoco aquí el paciente cumple con los criterios de diagnóstico por completo. No hay nada en el examen que indique que Tobias Lundwall, a pesar del trastorno leve del desarrollo, haya tenido un concepto distorsionado de la realidad, la capacidad de discernimiento distorsionada, ni que sea incapaz de discernir entre el bien y el mal. Por lo tanto, no podemos decir que Tobias Lundwall, a pesar de los graves crímenes que ha cometido, sufra un serio trastorno psiquiátrico y, así, no hay motivos para poner a Tobias Lundwall en tratamiento psiquiátrico forense, según el capítulo 31, artículo 3 del Código Penal.

Antonio Waezlaw, especialista en psiquiatría forense

Universidad de Estocolmo, *cinco meses más tarde*

—Dios mío...

—¡No lo digas!

Le lanzo una mirada de advertencia a Vijay. Separa los labios en una amplia sonrisa, descubre su dentadura blanca y perfecta. Con la mano derecha da unas leves palmaditas a mi enorme barriga. En la izquierda sostiene un cigarrillo. Se apresura a apagarlo en un jarrón de flores cuando percibe mi mirada.

—Disculpa, hay un montón de cosas que no se pueden hacer en compañía de mujeres embarazadas.

Con mucho cuidado retiro una pila de artículos y ensayos de una de las sillas para las visitas y me seco el sudor de la frente. A pesar de que solo estamos en abril, llevamos una semana a más de veinte grados.

—¿Cómo estás?

Vijay ladea la cabeza y me escudriña, al tiempo que se repantiga en su silla. Cruje de forma inquietante. Luego pone los pies sobre la mesa. El chándal del día es verde y naranja y parece ser de los años setenta. Cuando se gira en la silla para dejar unos ladrillos de libros en la estantería veo que lleva el pelo rizado y entrecano, recogido en un moño en la nuca.

—Bien, estoy bien —digo—. Pero empiezo a estar muy harta de esto.

Me doy una palmadita en la barriga que está tensa como un balón de playa debajo de la vieja camisa tejana de Markus.

—¿Cuánto tiempo te queda?

—Dicen que vendrá en una semana.

—¿Dicen?

—Ya veremos, supongo. He hablado con el niño y le he dicho que ya va siendo hora de que salga.

—Hay un punto de acupresión en la mano —empieza a decir Vijay.

Alzo la mano en protesta.

—Por favor, no creo en esas chapuzas.

Sin embargo, ya se ha levantado de la silla y se ha acercado a mí. Se sienta frente a mí sobre el escritorio, me coge suavemente la mano izquierda y aprieta con fuerza en un punto entre el pulgar y el índice.

—Supongo que no puede hacer daño —mascullo, y me seco el sudor de la frente—. ¿Qué tal en casa?

Vijay se queda en silencio un rato. No me mira. Simplemente sigue masajeando y presionando mi mano.

—Vacía —dice entonces.

Nada más. Solo esta única, miserable y solitaria palabra.

Asiento con la cabeza. Me abstengo de comentar que la ciudad está llena de hombres guapos, que es primavera, que él es atractivo y deseable, porque sé que él ya lo sabe. Piensa que el que él ama lo ha abandonado, y que, cuando menos, tiene derecho a su dolor. Que sería un error exigirle que también lo deje atrás, como si fuera una prenda de vestir desechada.

Vijay carraspea levemente y me suelta la mano, aunque se queda sentado sobre la mesa de escritorio.

—¿Y Markus qué?

Me encojo de hombros.

—Supongo que como siempre.

Vijay asiente con la cabeza sin hacer más preguntas.

—Oíste que salió la sentencia ayer, ¿verdad?

—Es difícil evitarlo. Salió en todas las portadas. No entiendo cómo se puede condenar a una persona con trastorno del desarrollo a diez años de cárcel.

—Diez años es la pena habitual por asesinato. También pueden condenarte a cadena perpetua si el crimen es especialmente cruento. Sea lo que sea lo que signifique eso. Quiero decir, ¿puede algo ser más grave que esto? El asesinato de Susanne Olsson fue brutal y luego aquella mujer, la vecina a la que mató, la que encontraron en la casa que ardió en llamas. Pero yo no soy jurista, solo loquero.

Me reclino en la silla, casi me quedo sin aliento por las fuertes patadas en el vientre. Intento en vano encontrar una postura que sea cómoda.

—Pero Tobias sufre trastornos del desarrollo. De acuerdo, de carácter leve, pero al fin y al cabo tiene un coeficiente intelectual de quizá cincuenta y cinco, está en el mismo nivel mental que un niño de diez años. No creo que se pueda meter a un muchacho como él en la cárcel. ¿Cómo quieres que se las apañe allí dentro? ¿Qué sociedad es esta que sanciona de esta manera?

Vijay sacude lentamente la cabeza y sonrío enigmático.

—A veces no te entiendo.

—¿Por qué?

—Ese supuesto chico de diez años casi te quita la vida a ti y a tu hijo nonato, ¿y pretendes que lo suelten a la calle?

—Eso no es lo que yo he dicho. Simplemente creo que no es justo meter a personas con trastornos del desarrollo en la cárcel. Es una salvajada, es de incivilizados. Entonces, ya que estamos, podríamos instaurar la pena de muerte también.

La mirada de Vijay se vela y sé que se está preparando para soltarme uno de sus pequeños discursos.

—Como estoy seguro que sabrás, el sistema jurídico penal sueco no distingue, en realidad, entre si un delincuente está sano o sufre una discapacidad psíquica. Antes se podía condenar a los reos con trastornos mentales a penas especiales, pero ya no existe esa posibilidad. Los hospitales especializados dejaron de existir en los noventa, al tiempo que el concepto jurídico de «trastornado» fue eliminado. Ahora solo existe el tratamiento psiquiátrico forense como alternativa, y en este caso, el infractor deberá sufrir un grave trastorno psíquico. La mayoría de los delincuentes que se ajustan a esta categoría son psicóticos. También hay unos cuantos que son dementes, o que tienen algún tipo de lesión cerebral grave. No basta, ni mucho menos, con ser medio chiflado para recibir tratamiento psiquiátrico. Los trastornos psíquicos del desarrollo tampoco constituyen una razón para recibirlo. Por lo tanto, la única alternativa que queda es la prisión.

—Pero ¿eso no contraviene las normas mínimas aceptadas por la ONU?

—Sí, así es. Y nosotros en Suecia somos muy rápidos a la hora de criticar a, pongamos por caso, Estados Unidos porque ejecuta a discapacitados y enfermos mentales. En cambio, nosotros los metemos en la cárcel. ¿Sabías que hace unos años se hizo un estudio que demostró que entre el cinco y el diez por ciento de los internos en nuestras instituciones penitenciarias tienen trastornos del desarrollo, es decir, que tienen un coeficiente intelectual por debajo de los setenta? Eso significa que cada año más de cien personas con trastorno del desarrollo son condenadas a penas de cárcel. Hay internos que tienen el nivel intelectual de un niño de guardería. Además, existe un gran número de incógnitas, un número estimado de casos desconocidos. Resulta más difícil valorar el desarrollo mental de, por ejemplo, personas con un trasfondo étnico diferente al sueco. Nuestros preciosos cuestionarios no funcionan si solo hablas kurdo, ¿me sigues? Por lo tanto, sin duda existen muchos más casos que desconocemos.

—Como te digo, barbarie. Además, es una locura. A Henrik, que tiene un coeficiente intelectual normal, se le sentencia a recibir tratamiento psicológico, justificándolo con que sufría un serio trastorno psíquico en el momento de cometer el delito. Al mismo tiempo, dicen que, en principio, ahora ya está bien y, por lo tanto, es muy probable que salga pronto. Y Tobias, que tiene trastornos del desarrollo, está en prisión. Y lo estará los próximos diez años. ¿En qué sociedad vivimos, realmente?

Vijay se encoge de hombros.

—Bienvenida a la realidad, pelusilla.

Sacudo la cabeza.

—No, el problema no es que yo sea una ingenua. Esto está mal, no es digno de una sociedad de derecho. Y Tobias, que es tan inocente, al que otros jóvenes obviamente han timado y explotado durante toda su infancia, ¿se las tiene que apañar en la cárcel?

—Ya sabes, dicen que hay planes de implementación individual para los internos. A fin de cubrir las necesidades de cada interno.

La voz de Vijay tiene cierto deje sarcástico.

—Sí, claro.

—Otra observación interesante es que, de hecho, nadie detectó su discapacidad antes. Si lo he entendido bien, tuvo problemas a los dieciocho años, y sus padres y sus profesores estuvieron en contacto permanente con los servicios sociales y de psiquiatría. ¿Por qué no se dieron cuenta antes de lo que le pasaba? Tal vez entonces hubieran podido ayudarle. Tal vez entonces se hubiera podido evitar lo que ocurrió.

No sé qué contestar a esto, no siento más que apatía y desánimo.

—Por cierto, ¿dijo Tobias alguna vez por qué lo había hecho?

—No. Se negó en redondo a hablar del crimen. Se calló como un muerto. Nunca reconoció nada. Lo pillaron cuando intentó ayudar a Kattis a salir del coche accidentado. Y entonces gritó algo incongruente, que tenían que ayudarla, que era lo único que importaba. Lo único que tenía importancia. Eso es, en principio, lo único que dijo. Desde entonces ha guardado silencio. Durante todos los interrogatorios. Si no hubieran tenido pruebas técnicas, no habrían podido enjuiciarlo por el asesinato de Susanne. Porque al final encontraron esos guantes de cirujano ensangrentados con sus huellas dactilares en el asiento trasero de su coche. Y su coche tenía rastros de Susanne. Además, encontraron pelos de su perro en el piso de Susanne. Mi apuesta es que, en cierto modo, creía que estaba ayudando a Kattis a través del crimen. Al fin y al cabo, ella estuvo hablando muy mal de Henrik y de su

nueva pareja. Las cosas como son. Es una gran suerte que no haya matado a la niña también.

Asiento con la cabeza, recuerdo sus sucios bracitos que descansaban alrededor de mi cuello. El olor a orina y moho en el estrecho armario ropero. Las volutas de humo que se colaban entre los maderos del suelo y desaparecían por el techo como sargazos, el calor que ascendía hacia nosotras desde la planta baja.

Vijay me escudriña en silencio y yo me pregunto qué debe de pensar, cuál es su postura ante las injusticias, ante todas las desigualdades en nuestra maravillosa y modélica sociedad escandinava.

—Todo esto —empiezo diciendo—. Hace que me sienta terriblemente incómoda, desalentada. También pienso en los hijos de Hillevi. ¿Sabías que han vuelto con su padre?

Vijay sacude la cabeza, afligido.

—No lo sabía. Pero era de esperar, ¿no crees?

—No lo sé. Tal vez, pero sigue siendo un error, un inmenso e increíble error. Se merecían un hogar seguro en algún lugar. No deberían tener que vivir con la persona que, de hecho, los maltrataba.

De pronto recuerdo el sueño que tuve una noche de otoño: cómo Hillevi vino a mí en su túnica ensangrentada y me pidió cuidar de los niños, cómo le prometí que lo haría. Y ahora, sin embargo, han vuelto con su padre maltratador. Desearía haber podido hacer algo más, haber ayudado a esos niños de verdad.

Entonces siento las pataditas de nuevo y me devuelven de una manera muy tangible al despacho de Vijay. Miro por la ventana. Las hojas de un verde claro ondean en la brisa. Me pongo en pie fatigosamente.

—Oye, tengo que irme. He quedado para tomar un café con una amiga.

Vijay asiente distraído con la cabeza.

—Me parece muy bien.

—Gracias, qué bien que me des permiso.

Vijay sonríe.

—Tienes mi bendición, hermana. Y eso. El libro. Ya te lo llevaré.

Su abrazo cuando nos despedimos es cálido, aunque un poco forzado. Mi barriga estorba y Vijay se ve obligado a doblarse para rodearme con sus brazos.

—Lláname cuando... —Vijay hace un gesto hacia mi vientre y yo asiento con la cabeza, me despido y lo dejo en el pequeño despacho sobreamueblado de científico.

Fuera del pesado edificio de ladrillo el aire es tibio y el sol calienta mi rostro. Se oye el canto de los pájaros desde los grandes y viejos árboles que bordean el camino que conduce hasta el departamento de psicología. En la hierba, la gente está echada boca arriba, fumando, riendo, estudiando para los exámenes.

Estocolmo ha vuelto a la vida.

Su sonrisa es amplia cuando entro por la puerta de la cafetería. Para variar, lleva el pelo largo y castaño suelto y pienso que le sienta bien, en cierto modo, la hace parecer más adulta y femenina.

En el interior hace más calor que fuera, si cabe. El olor a pastas y café impregna el pequeño local.

—Dios mío, qué barriga tan espectacular tienes —dice en un tono de voz soñador.

Río brevemente.

—Si supieras lo cansada que estoy últimamente...

—Pero ya no te queda tanto. Tendrás que aguantar.

Asiento con la cabeza. Ahora lo sé todo de aguantar, o al menos me siento así. Mi estado no tiene nada de bendito. Estar embarazada es realmente una enfermedad, al contrario de lo que afirman esas vacas lactantes de zapatos ortopédicos con piñas alrededor del cuello. Nunca me había sentido tan mal en toda mi vida. Lo único en lo que consigo pensar es que pronto habrá terminado y que por fin recuperaré mi cuerpo. De vez en cuando me parece más importante que el niño. De momento, el bebé no es más que un concepto abstracto. A pesar de que noto que vive en mí, que patatea, se vuelve, tiene hipo, sigue pareciéndome irreal. Como un sueño.

—¿Cómo estás?

Se retuerce el pelo entre los dedos y me lanza una sonrisa cauta.

—Estoy bien. Me parece maravilloso que el juicio contra Tobias haya llegado a su fin. Me pasé todo el día de ayer durmiendo, estaba completamente agotada. Como si hubiera corrido una maratón. ¿Es eso normal?

—Desde luego. Es la tensión que cede.

Se queda callada un rato. Sorbe su café y me mira por encima del borde de la taza.

—¿Has traído...?

—Por supuesto.

Me agacho, rebusco en mi viejo y gastado bolso y saco el libro. A *General Theory of Love*, Teoría general del amor. No tengo ni idea de por qué Kattis quiere que le preste precisamente este libro, aunque recuerdo que estuvimos hablando del tema en alguna ocasión. No sabía siquiera que le gustara leer especialmente, sobre todo tratándose de libros de no ficción en inglés. Lo coge con una sonrisa de Mona Lisa, pasa la mano por la cubierta como si fuera un pequeño cachorro perdido que acaba de encontrar.

—Ya lo sabes. De vez en cuando siento que necesito comprender todo lo que ha pasado en los últimos años.

Asiento con la cabeza. Paseo la mirada por el local donde las gentes de Estocolmo que se han tomado la primavera en serio y se han vestido con *shorts* y camisetas se mezclan con señoras mayores enfundadas en pieles y tocadas con sombreros.

—Y... Bueno, ya sabes, todo lo de Henrik también ha sido muy duro. Lo han condenado a internamiento psiquiátrico. Pero...

—¿Qué?

De pronto parece avergonzada, se lleva las palmas de las manos a sus mejillas encendidas y parece examinar el techo sobre nuestras cabezas.

—La gente con la que he hablado me ha dicho que seguramente lo soltarán muy pronto.

—¿Y?

Vuelve a retorcerse el pelo, sonríe insegura y me mira a los ojos. De pronto, la expresión de su cara es aniñada. Su rostro de finos rasgos está limpio y no lleva ni una gota de maquillaje. Sonríe cautelosamente.

—Supongo que sabré esperar.

—¿Esperar? ¿A qué?

Siento una corriente que recorre mi columna vertebral, desde el cuello hasta la pelvis. Como si alguien me hubiera echado agua por la espalda. Y de pronto sé lo que está a punto de decir y se hace el silencio en el local. Como si las conversaciones de las demás mesitas a nuestro alrededor también hubieran cesado, como si el ruido de la cocina se hubiera silenciado.

—A Henrik, me refiero. A lo mejor podríamos volver a estar juntos.

Värmdö, *noviembre*

Aina y yo hacemos equilibrios en las rocas que bordean el mar, nos acurrucamos contra el viento, miramos hacia las aguas oscuras donde las olas tienen crestas espumosas.

—Cuidado, está resbaladizo —le advierto. Pero ella no contesta, hunde las manos en los bolsillos de la parka. Su pelo baila al viento.

Con mucho cuidado nos dirigimos hacia la enorme piedra plana donde solemos sentarnos en verano para tomar el sol.

En otro tiempo, en otra vida, así me siento, porque hay pocas similitudes entre mi pequeña ensenada hoy y el mar acogedor de aguas templadas del verano que nos daba la bienvenida.

Aina está callada y enfurruñada. Me sorprendió pero también me alegró cuando llamó y me dijo que le gustaría pasar a verme un rato. Antes, antes de Markus, solía venir a menudo. Ahora ya casi nunca lo hace.

—Elin estuvo a punto de llorar el viernes. Por lo visto, los diarios no paran de llamar y los pacientes no logran ponerse en contacto con nosotros —constata Aina.

—Mientras Elin no dé nuestros teléfonos privados... No logro entender que les parezca tan interesante.

—Pues yo sí, francamente. Una madre de tres hijos muere por un disparo en una consulta de psicología en el centro de Estocolmo. Tienes que reconocer que es espectacular. En todo caso, no han encontrado la posible relación con el asesinato de Susanne. Es una suerte.

—¿La policía también te ha interrogado a ti? —pregunta, pero apenas puedo oír las palabras porque casi se pierden entre el viento silbante y el bramido de las olas.

—Sí, han interrogado a todo el mundo. Eso dice Markus.

Aina sonríe brevemente, con una sonrisa fugaz y enigmática.

—¿Y qué más dice, tu Markus?

¿Mi Markus? Estoy a punto de reaccionar a sus palabras, pero decido no engancharme. De vez en cuando Aina se enfurruña, no hay que hacerle caso.

—Dice que han interrogado a todo el mundo en la consulta y en el grupo de autoayuda. Siguen sin tener ningún sospechoso por la muerte de Susanne, ni por el secuestro de Tilde. Y Henrik sigue estando en libertad. Tampoco están convencidos de la manera en que pueden estar vinculados el asesinato de Hillevi con el de Susanne, ni siquiera están seguros de que lo estén.

—¿Nada más? —pregunta Aina.

—Bueno, sí. Markus mencionó que, por lo visto, Henrik entrenaba en el mismo gimnasio que el tío que violó a Malin.

—Vaya. ¿Y eso qué quiere decir?

—Probablemente nada. No hay tantos gimnasios en Gustavsberg y seguramente no sea más que una coincidencia. Y precisamente ese gimnasio tiene muy mala fama. Por lo visto hay muchas drogas allí.

—¿Y?

—No lo sé. Tal vez pueda significar que Henrik también haya tenido acceso a las drogas, lo que podría, en cierto modo, explicar su comportamiento, su agresividad. ¿Tú qué crees?

—No lo sé —dice Aina dubitativa—, pero he estado pensando mucho en lo que nos contó Sirkka. No consigo olvidarlo.

—¿Sirkka?

—Sí, de hecho confesó que, a efectos prácticos, mató a su marido. Y que no sintió ningún tipo de remordimiento después de hacerlo.

Aina se retira unos mechones rubios y húmedos de la cara y la boca y se vuelve hacia el viento para que le aparte el pelo hacia atrás.

—Pues yo no lo he pensado de esta manera. Simplemente no llamó para pedir ayuda. Y luego él murió.

Aina me mira con una sonrisa torcida en los labios.

—Oye, ahora estás siendo un poco ingenua, ¿no te parece? Sabía exactamente lo que hacía. Lo mató y no se siente culpable por ello. ¿Eso a ti no te incomoda?

Me encojo de hombros, no sé qué contestar.

—¿Adónde quieres llegar?

—Solo me lo pregunto. Si has hecho algo así una vez, ¿quiere eso decir que eres capaz de volver a hacerlo?

Vuelvo a quedarme sin respuesta. Aina mira hacia tierra firme, parece escrutar mi casita, que se acurruca en lo alto entre las escarpadas rocas y los pinos.

—¿Entramos? —pregunta, y yo asiento con la cabeza.

Volvemos lentamente por el pequeño sendero que conduce hasta la casa. En la mano sostengo la enorme linterna, ilumino el camino para que no tropecemos con las raíces o resbalemos en los pequeños baches que están llenos de hojas mojadas.

En la casa hace calor. La leña crepita en la estufa del salón y un débil pero inconfundible aroma a humo impregna el aire.

—¿Quieres un té? —pregunto.

—Quiero vino —dice Aina sin mirarme, y se hunde en el sofá, encoge las piernas contra el cuerpo y rodea las rodillas con sus brazos. Yo me voy a la cocina para ver qué tengo. Hace muy poco tiempo nunca me habría pasado que no tuviera vino en casa, pero para mi sorpresa constato que se ha acabado el vino. Que el armario donde guardaba mis botellas y mis cartones está vacío.

—Oye —grito desde la cocina—. No tengo vino.

—¿Tienes alcohol?

—¿Alcohol? ¿Lo dices en serio?

—Nunca había dicho nada tan en serio.

Sacudo la cabeza hacia ella desde la puerta y vuelvo a meterme en la cocina para buscar. El alcohol no ha sido nunca lo mío, pero a lo mejor Markus ha traído alguna botella. Debajo del fregadero encuentro una botella azul de ginebra.

—Tengo ginebra. ¿Con qué la quieres? No tengo tónicas.

—Con nada.

Por lo visto, Aina no está en su mejor momento, pienso, al tiempo que lleno media copa de agua con el líquido transparente. Las oleadas de alcohol me provocan un nudo en el estómago y de pronto vuelven las náuseas que tanto conozco. Me apoyo en la encimera y vuelvo la cara para evitar el olor.

Aina susurra un «gracias» y vacía media copa de un solo trago.

—Carl-Johan está casado —dice de pronto. Me interrumpe en mitad de una frase. Y finalmente me mira a los ojos. De pronto comprendo por qué ha venido, por qué ha estado tan arisca, por qué necesita el tibio alcohol en el vaso de Duralex.

Vuelve a aparecer la misma sonrisa torcida de antes.

—Casado, ¿lo entiendes? Esto es realmente lo último que esperaba de él. Estaba tan concentrada reflexionando sobre si realmente sería capaz de colgarme sentimentalmente de un solo tío... Daba por supuesto que él me

quería a mí de verdad. Siempre lo hacen. Soy yo la que los abandona a ellos. ¿Lo comprendes?

—Sí, lo sé —digo. Porque a lo largo de todos estos años, los hombres han ido pasando, uno detrás de otro, por la vida de Aina y siempre ha acabado de la misma manera. Ella los ha abandonado.

—Y eso. Ahora que yo, por primera vez...

No es capaz de pronunciar las palabras, pero yo la miro y asiento en silencio. Sus mandíbulas están tensas, los dientes apretados y ha aparecido una profunda arruga entre sus cejas.

—¿Cómo te enteraste?

Vuelve a sonreír con esa sonrisa torcida.

—Ella me llamó. Su maldita mujer me llamó. A mí.

—¿Su mujer? Pero ¿cómo es que tenía tu número?

—Mira, es tan banal que apenas soy capaz de contártelo. Se ve que revisó sus SMS y encontró mis mensajes. Por lo visto, él no fue lo bastante sensato para borrarlos. O sea que me llamó.

—Dios mío, ¿y qué te dijo?

Aina se retira una lágrima que rodaba por su mejilla hacia el mentón.

—Estaba muy calmada. Como si hubiera llamado para pedir un taxi, o encargar comida en un restaurante, o algo así. Me dijo que no era la primera vez que pasaba. Que ya lo había hecho antes. Que abusa del amor. Que abusa de ella. Y de mí. Me dijo que no me apenara, que lo superaré y que puedo llamarla cuando quiera. Todo fue muy civilizado. De una manera absurda. Al principio no la creí. O sea, que llamé a Carl-Johan. Y él lo reconoció de inmediato. Tienen dos hijos. Y una maldita casa en Mälarhöjden.

Medito sobre lo que Aina me acaba de contar. Pienso que el amor no siempre es un sentimiento bonito y sereno, sino a veces una bestia: siempre a la caza, siempre hambriento, el amor anida en la linde de nuestras vidas.

Nos acecha.

No hay amor sin sufrimiento. Siempre hay alguien que quiere más. Siempre hay alguien que es traicionado. Siempre este dolor.

No es justo, pienso.

No existe la justicia.

Esta noche, Aina está en mi cama y Markus duerme en el sofá.

Por su respiración atormentada me doy cuenta de que no duerme. Fuera, el viento otoñal recorre los muros de la casa. La lluvia tamborilea contra el

tejado.

Cojo su mano en medio de la oscuridad y le doy un apretón. Está fría y húmeda, pero me corresponde con otro apretón.

Cuando despierto Aina se ha ido. A mi lado, la cama se extiende silenciosa y vacía.

Todo está a oscuras y el olor dulce a humo de la estufa colma mi pequeño dormitorio. Fuera oigo el viento que parece haber arreciado y aúlla feroz por las esquinas. También oigo el mar, cómo las olas, agitadas, rompen contra las rocas.

Desde el salón se oyen voces tenues. Me vuelvo hacia la mesilla de noche y busco a tientas el despertador. Son las cinco y media de la mañana. ¿Qué hace Markus despierto a estas horas?

Al levantarme, me sobrevienen las náuseas como una ola, se me cierra el estómago y me llevo instintivamente la mano a la boca. En algún lugar detrás de las sienes anida el dolor de cabeza, una débil pero insistente palpitación, como una flamante resaca.

El perpetuo malestar, el que de ningún modo parece querer cesar nunca, tal como reza en todos los libros, los olores que se imponen, el cansancio, el maldito cansancio paralizante, el que impregna cada célula de mi cuerpo, que brota de todos mis poros. Y luego: a lo que tengo que renunciar, y en el mismo segundo en que me sobreviene el pensamiento vuelve la sensación de vacío, la succión, con fuerzas renovadas. Solo una copa de vino. Solo una pequeña copa. El sonido del corcho al arrancarlo de la botella, el borboteo al verter el líquido en la copa. La degustación ritual, la que indica a posibles espectadores que se trata de una persona educada y experta en vinos que se regala con una copa. No una borrachuza patética que no ha podido resistirse a la llamada de la botella.

En cuanto salgo de la cama me doy cuenta del frío que hace en la habitación. Me pongo las zapatillas y el albornoz que sigue siendo, gracias a Dios, demasiado grande.

Está sentado en la estancia en penumbra con la espalda vuelta hacia mí. Frente a él, sobre la mesa que está cubierta de migas y manchas grasientas de la cena del día anterior, está su ordenador portátil. En la mano sostiene una taza de café.

Me acerco a él de puntillas desde atrás, poso mis manos sobre sus hombros. Sin decir nada, Markus levanta la mano derecha y la posa sobre la mía, me aprieta los dedos.

En la pantalla hay un muchacho en camiseta y gorra. Está echado hacia atrás, casi encogido delante del gran escritorio. También hay alguien sentado frente a él, pero no consigo ver quién es. La cámara está dirigida al chico. Y de pronto caigo en la cuenta de que me recuerda a alguien, pero no logro acordarme de quién. Hay algo en ese cuerpo flaco, en ese semblante obstinado, en esa voz ronca que me resulta familiar.

—Nunca la he tocado. ¿Por qué iba a hacerlo? —dice el chico de la gorra.

—Te ha denunciado dos veces, tengo los informes aquí —dice la otra voz anónima. Es una voz femenina, también ronca, andrógina, rasposa como papel de lija. Como si la mujer a la que pertenece hubiera fumado decenas de miles de cigarrillos y le hubiera gritado a sus hijos desobedientes durante años.

El chico de la gorra se encoge de hombros, impasible, y se hunde aun más en la silla.

—Pero ya os he dicho que miente.

—¿Querrás decir que mintió?

El chico de la gorra vuelve a encogerse de hombros, esta vez sin añadir nada.

La ronca voz femenina suspira, se oye un golpeteo, como si alguien estuviera tamborileando sobre la mesa con un bolígrafo.

—¿Ni siquiera te importa que haya muerto?

El enjuto cuerpo se retrae.

—¿Estás majara? Claro que me importa. De hecho era mi madre.

Markus lleva la mano izquierda al teclado y detiene la grabación justo cuando el chico de la gorra se levanta con tal ímpetu que la silla cae hacia atrás y golpea contra la pared. Cuando la imagen se congela, el momento queda atrapado en la pantalla de Markus, vuelvo a mirar el rostro que me resulta familiar.

—No deberías ver esto, es confidencial. Pero ¿qué coño?

—¿Qué haces?

—Trabajo. No podía dormir. Sonja me pidió que revisara unos interrogatorios.

—¿Dónde está Aina?

—Se fue hará ahora una media hora. Recuerdos.

—¿Quién era? Me parece haberlo reconocido.

—No lo creo. Es el hijo de Susanne, la mujer que fue asesinada.

—Es verdad, también tenía un hijo mayor. Me lo contó una de las chicas del grupo.

Markus asiente y alza la cabeza para mirarme por primera vez. Tiene los ojos inyectados en sangre por el cansancio.

—Tuvo un hijo cuando todavía era una adolescente. Hubo problemas desde el minuto cero, en la guardería, en el colegio. Es un drogadicto, está internado en un centro de rehabilitación, una casa LVU. Susanne lo había denunciado por maltrato anteriormente. Me parece que solían discutir de dinero y estas cosas.

—Drogadicto, pero ¿qué edad tiene, realmente? Parece bastante joven.

—Dieciséis.

—¿Dieciséis?

—Pues sí.

—Mierda.

—Pues sí.

Markus baja su mirada inyectada en sangre. Apaga el ordenador y suspira hondo, de cansancio, o tal vez por otra razón.

—¿Has dicho que lo habías reconocido?

Sacudo la cabeza lentamente, sin saber muy bien cómo explicarme sin parecer confusa.

—Me recuerda a alguien. ¿Te acuerdas de la noche en Medborgarplatsen, cuando Henrik Fasth me abordó? Había otro tío allí. Antes. Bueno, no creo que tenga importancia.

—No, dilo. ¿Era él?

Me masajeo las sienes, intento recordar. Siento cómo el dolor de cabeza empieza a manifestarse detrás de mi frente. Me dejo caer en la silla de varillas al lado de Markus, me inclino hacia él y le doy un beso en su mejilla rasposa. Aspiro el aroma familiar de piel cálida que es el suyo.

—No, no creo que fuera él, pero realmente se parecen mucho. También era un drogadicto. Terriblemente joven. Exactamente como este chico. ¿Es sospechoso?

Markus me despeina cariñosamente.

—Supongo que sí. Pero la verdad es que tiene una coartada. Estaba en ese centro de rehabilitación.

—¿Y tienen controlados a todos esos mocosos en todo momento?

Markus se encoge de hombros.

—Me temo que vas a tener que preguntárselo a otra persona. Solo estoy ayudando a Sonja a revisar unos asuntos.

Vuelvo a mirarlo, presiento el abatimiento tras la mirada baja, y de pronto siento una gran ternura hacia él. El hombre absolutamente perfecto que está sentado a mi lado, el padre del hijo que llevo dentro, el que tantas veces no consigo apreciar por completo. En un mundo habitado por drogas de dieciséis años, un mundo lleno de soledad y dolor indescriptible, nos tenemos el uno al otro, a pesar de todo.

—Ven —digo, y lo cojo de la mano.

Parece confuso.

—¿Qué?

—Vamos a la cama, venga. No son ni siquiera las seis.

Me ofrece una sonrisa cautelosa. Últimamente, no he estado especialmente comunicativa y supongo que mi comentario le hace sentirse inseguro. Sin embargo, se pone en pie y me sigue hasta el dormitorio, con las manos apoyadas en mis hombros, como si estuviera marcando que le pertenezco. Y yo descubro que, de hecho, me gusta la sensación, que no es, ni mucho menos, un sentimiento desapacible.

Ser suya.

Nos tapamos con el edredón hasta por encima de las cabezas, como si fuéramos a abandonar este mundo para adentrarnos en otro. Sus besos saben a bocadillo de queso y café y suelto una risita cuando me quita las braguitas y se coloca encima de mí. Y por un segundo todo es perfecto. Markus que acaricia mis pechos y besa mi cuello, el niño, la manifestación física de nuestro amor que se ha posado en algún lugar de mi oscuro interior. Todavía invisible, intangible. Más fantasía que realidad, como el vago recuerdo de un sueño.

Y me permito llegar hasta el final de mi reflexión: que creo que debe ser eso lo que se siente.

Cuando eres feliz.

Gnesta, *ocho meses atrás*

Así. O sea, que esto es el amor.

Cae en la cuenta de que es más que justo que él también pueda experimentarlo, a pesar de que nunca esperó que pudiera pasar.

Él no.

No con ella, en todo caso.

Chicos como él no pueden amar a chicas como ella. Simplemente es así. Y una vez más se maravilla por estar aquí en la cama, a su lado. Que él, de entre todos los hombres, sea el que puede tocar esta suave y pálida piel. Ahuecar la mano sobre sus pequeños pezones rosados. Besarle las ingles, y el bosque castaño claro que cubre su pubis. Escuchar esos pequeños sonidos ahogados que hace cuando él se mueve dentro de ella con mayor ímpetu. Los que le producen asociaciones confusas, tanto con animales heridos como con películas porno, que lo excitan y a su vez lo perturban: ¿lo hace mal?, ¿le duele?

Pero ella sonríe, dice que es perfecto, maravilloso. Tan maravilloso que a veces siente que se va a romper. Ella le explica que es una especie de dolor, que a la vez no es. Y él comprende lo que ella quiere decir, porque cuando él explota dentro de ella, cuando muere entre sus brazos, siente lo mismo. Como si todo el dolor y todo el placer y todos los sentimientos le inundaran como un gigantesco maremoto, aterrador pero a la vez liberador.

Nadie hay más guapa que ella.

Ya la primera vez que la vio lo pensó, y ese pensamiento era al tiempo excitante y prohibido, pero también terriblemente trivial. Formaba parte de la realidad a la que estaba habituado, que había ciertos asuntos en la vida que sencillamente no eran para él, para la gente como él. Había puertas que nunca podría abrir. Lugares que nunca vería. Sentimientos que no podía esperar que experimentaría.

Amor, por ejemplo.

Se había fijado en ella en cuanto empezó en el Centro de Empleo. En cómo su pelo castaño y largo adquiría destellos de fuego cuando el sol brillaba en él, en cómo sus ojos cambiaban del gris más pálido al violeta más oscuro de un nubarrón cargado de tormenta.

Y cuando ella sonreía, a él le entraban ganas de sonreír con ella, de compartir ese alegre sentimiento que parecía colmarla. Pero, claro, ella no sonreía nunca para él. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué iba nadie a sonreír para él?

Más tarde. Habían hablado de su futuro. Y ella había estado sentada frente a él en la silla giratoria como si fuera la cosa más natural del mundo, chupando aquel lápiz amarillo, y le había dicho: «¿No crees que ya es hora de que te pongas las pilas? De hecho has tenido dos períodos de prueba. Deberías haber conseguido que te hicieran fijo en alguna de esas empresas, porque en realidad eres un chico muy capaz».

Y él había pasado vergüenza y se había ruborizado bajo el pelo largo y oscuro. La había odiado por estar allí sentada, en la silla giratoria, con el lápiz en la boca como un garrote, diciéndole que era un chico muy capaz. Había detestado esa tienda Ica donde había pasado un día tras otro, retirando frutas y verduras pasadas de los estantes. Naranjas mohosas y ciruelas podridas, al tiempo que las moscas de la fruta volaban a su alrededor. Había aborrecido aquel curso de soldadura sin sentido que no le condujo a encontrar un trabajo. Y había odiado la clasificación de correo en la oficina de Solna, y a todos los bichos raros que trabajaban allí. Todos eran engendros tullidos que tartamudeaban y cojeaban.

Todos eran como él.

Y sobre todo se había odiado a sí mismo por no ser como los demás, por no saber «comportarse como hace la gente», como le había dicho su madre antes de que ella y papá murieran.

Ella posa la mano sobre su vientre y él ve cómo sube y baja al compás de su respiración.

—Oye —dice ella—. ¿Me quieres?

—Por supuesto que sí —masculla él.

Abochornado y, sin embargo, feliz. Colmado de ese amor adulto que sabe tan distinto a todo lo demás que haya podido probar.

—¿Harías cualquier cosa por mí?

Él se vuelve hacia ella y su mano rueda sobre la manta mugrosa. Los últimos rayos de sol caen a través de la ventana, encendiendo el fuego en su

cabellera. Con mucho cuidado deja la moneda sobre el montón de periódicos al lado de la cama y posa la mano sobre su pecho.

—Por supuesto que sí.

—¿Aunque fuera algo espantoso, realmente espantoso?

De pronto su mirada se ha tornado oscura. Como si estuviera enojada. Y él sabe que hará cualquier cosa para volver a verla contenta, para borrar esa expresión de dolor de su rostro, alisar las arrugas en la frente, devolverle la sonrisa.

—Haré cualquier cosa por ti —dice—. Cualquier cosa.

Agradecimientos

Queremos agradecer a todos aquellos que nos han ayudado con el libro. Sobre todo a nuestra maravillosa editora Helene que casualmente pudo proporcionarnos información de primerísima mano acerca de lo que supone estar embarazada; Katarina, nuestra fantástica redactora, que consiguió mostrarse al tiempo creativa y celosamente rigurosa; y a nuestro agente Joakim, de Nordin Agency, que le ha abierto el mundo a Siri.

Camilla: También quiero darles las gracias a todos mis amigos de Estocolmo que me han soportado, a pesar de que casi emigré a España durante la escritura. Así como a Estelle y Fredrik, sin cuyo apoyo y ayuda en España probablemente no habría ahora un libro. También quiero agradecerle a Joachim su apoyo e inspiración, y a mis hijos Calle y Josephine, su paciencia conmigo durante todas estas noches y estos fines de semana que he pasado frente al ordenador.

Gracias a mis colegas de Inside Team por su infinita paciencia, a pesar de que a veces Siri se interpone en las tareas y deberes de la realidad. También quiero darles las gracias a todos mis maravillosos amigos que me animan y me apoyan para que escriba. Finalmente, un enorme agradecimiento va para los hombres de mi vida: Andreas, Max y Gustav. Sin vuestro amor no habría libro.



CAMILLA GREBE, (Estocolmo, 1968), formada en Económicas y Marketing en la Universidad de Estocolmo, dirige una consultoría en el campo de las telecomunicaciones, en los últimos años ha trabajado principalmente para la filial de Telenor en Suecia y Telenor GrameenPhone en Bangladesh; además, es co-fundadora de Storyside, una editorial especializada en audiolibros que fue adquirida por Natur&Kultur en 2007. Casada con Joachim, es madre de dos hijos, Calle y Josephine y la perra dálmata Ella, miembro de pleno derecho de la familia.

ÅSA TRÄFF (Estocolmo, 1970), su hermana pequeña, es licenciada en Psicología y tiene una consulta privada donde atiende a pacientes, normalmente en el área de trastornos alimenticios y de ansiedad; también ha trabajado en varios proyectos de investigación en la Universidad de Estocolmo, en psiquiatría de niños y adolescentes y con jóvenes con síndrome de Asperger. Actualmente vive en Gnesta, una pequeña ciudad al sur de Estocolmo, con su marido Andreas, y sus hijos Max y Gustav.

Lo que empezó como un reto literario entre las dos hermanas acabó convirtiéndose en un *thriller* escalofriante. Su debut literario, *Te vigilo*, ha sido bendecido con el éxito. A los pocos meses de su publicación en Suecia, los derechos del libro se han vendido a siete países y a la mayor productora de cine escandinava. Las autoras han sido rápidamente bautizadas como «las

hermanas del crimen», y comparadas con Camilla Läckberg. Actualmente han publicado el segundo volumen de la serie dedicada a Siri Bergman.

Notas

[1] El faláfel o falafel es una croqueta de garbanzos o habas. <<